

Isaac Asimov

El hombre del Bicentenario

Super ficción #35

Título original: *The Bicentennial man*

Isaac Asimov, 1976

Traducción: Mireia Bofill

Ilustraciones: Michael Whelan

Editor digital: whatsername

ePub base r1.2

Dedicado a
Judy-Lynn del Rey,
que ha trazado nuevos surcos en nuestro género

Aquí me tienen, con otra colección de ciencia ficción; y sentado frente a ella no puedo dejar de pensar, no sin una cierta sorpresa, que en estos momentos llevo exactamente tres octavos de siglo escribiendo y publicando ciencia ficción. Lo cual no está nada mal para una persona que como máximo admite estar en las postrimerías de la juventud, o tener los treinta cumplidos, si mucho me apremian.

Imagino que quienes han intentado seguir mi trayectoria de libro en libro y de materia en materia deben tener la impresión de que ha transcurrido más tiempo. El flujo continuado de las palabras, año tras año, sin atisbos de posible interrupción, suscita naturalmente las más peculiares inquietudes.

Hace sólo un par de semanas, por ejemplo, estaba firmando ejemplares en una convención de libreros y, entre otros, recibí estos gentiles comentarios:

—¡Parece increíble que todavía esté usted vivo!

—Pero, ¿cómo es posible que tenga un aspecto tan joven?

—¿Realmente es una sola persona?

Y aún pueden ocurrir cosas peores. En una crítica de uno de mis libros,^[1] aparecida en el «Scientific American», de diciembre de 1975, me describían así: «Antaño bioquímico en Boston, ahora etiqueta y soporte de una sociedad anónima de autores en Nueva York».

¡Cielo santo! ¿Una anónima? ¿Sólo el soporte y la etiqueta?

La realidad es otra. Lamento mucho que con mi abundante producción ello parezca imposible, pero estoy vivo, soy joven y soy una sola persona.

De hecho, constituyo una empresa totalmente unipersonal. No cuento con ningún tipo de auxiliares. No tengo agente literario, ni representante comercial, ni auxiliares de investigación, ni secretaria, ni mecanógrafa. Mecanografio personalmente todos mis textos, leo todas mis galeradas, confecciono todos mis índices, yo mismo realizo toda la labor de recogida de datos, redacto todas mis cartas y contesto a todas mis llamadas telefónicas.

Me gusta hacerlo así. Al no tener que relacionarme con otras personas, puedo concentrarme mejor en mi trabajo, y adelanto más.

Este tipo de malentendidos con respecto a mi persona comenzó a preocuparme hace ya diez años. Por aquel entonces, «The Magazine of Fantasy and Science Fiction» (normalmente conocida por las siglas «F & SF») estaba preparando un número especial dedicado a Isaac Asimov, para su edición de octubre de 1966. Me pidieron un nuevo cuento para ese número y accedí a su petición,^[2] pero también escribí un breve poema por iniciativa propia.

El poema fue publicado en el número especial y nunca más ha vuelto a ver la luz pública —hasta el momento de esta edición—. He decidido incluirlo aquí, pues es útil para mi tesis. Más tarde, siete años después de publicado, se lo recité a una encantadora jovencita, quien, sin hacer aparentemente un gran esfuerzo mental, me sugirió de inmediato un cambio que era tan inevitable, y mejoraba tanto el poema, que no he tenido más remedio que volver a publicar los versos para poder introducirlo.

Originariamente había titulado el poema ¡Estoy en la primavera de la vida, crío podrido! Edward L. Ferman, director de «F & SF», lo redujo a La primavera de la vida. Yo prefiero con mucho la versión más larga, pero he decidido que produciría un efecto un poco raro en el índice, de modo que voy a conservar la versión abreviada. (Pardiez!).

La primavera de la vida

*En verdad era vivaz el joven
que me detuvo un día.
Tras una ojeada complacida, he aquí
lo que me supo decir:
«¡Pero, mazel tov, es Asimov,
dichosos los ojos que al fin os ven!»
Desde años atrás, siempre temí
que hubierais muerto tiempo ha.
O que si vivo, hubierais
tenido que ver pasar cincuenta años fríos,
Y estuvierais débil, desencajado,
con cabellos ralos y ojo reumático.
Pues, la verdad, vuestras cosas leo
desde que sólo un chiquillo era,
incapaz de distinguir o separar
las buenas de las malas hebras.
También mi padre os leía ya
antes de conocer a mamá.
Con vos soñaba, desde que un día
de vos oyó hablar a su papá.
Desde el alba de los tiempos, hombre genial,
mis antepasados han admirado de verdad
al decano de la ciencia ficción y gran escritor,
al viejo Asimov.
Eso ya me rebasó. «Calla! —exclamé—,
la vieja chispa todavía arde en mí.
Mi paso es ligero, brilla mi ojo,
poblado y negro conservo el cabello.»
Abreviaré: su sonrisa expresaba desconfianza,
de modo que reaccioné así:
verán, chillé y de un golpe maté
a aquel crío podrido.*

La modificación de que hablaba aparece en la primera línea de la segunda estrofa. Originariamente, ésta decía: «Pero —estrellas del cielo— es Asimov», pero la citada jovencita advirtió en el acto que la expresión adecuada era «mazel tov». Esta frase hebrea significa «buena suerte» y los judíos la emplean como saludo gozoso en ocasiones de regocijo, entre las que sin duda debe contarse un encuentro con mi persona.

Han transcurrido diez años desde que escribí el poema y, lógicamente, aún ha ido en aumento la impresión de increíble vejez que causo entre quienes sólo me conocen a través de mis obras. Cuando este poema fue escrito sólo llevaba publicados sesenta y seis libros. Ahora, diez años más tarde, el marcador señala ciento setenta y cinco, conque ha sido ésta una década de constante conflagración mental.

De un modo u otro, sigo conservando mi vieja chispa. Mi paso aún es ligero y mi ojo también brilla. Más aún, me desenvuelvo mejor que nunca en las conversaciones con mujeres jóvenes (y ya es decir). El Único verso que tendría que modificar ahora es el que hace referencia a mi «poblado y negro» cabello. No existe por ahora peligro inminente de calvicie, pero —¡ay de mí!—, comienzo a encanecer. Estos últimos años, me he dejado crecer un generoso par de algodonosas patillas y las tengo casi blancas.

Y ahora que ya saben lo peor sobre mi persona, pasemos a los cuentos o más bien (pues todavía no se han librado totalmente de mi presencia) a mi comentario de introducción al primer cuento.

* * *

Los orígenes de Intuición femenina van ligados a la persona de Judy-Lynn Benjamin, a quien conocí en el Congreso Internacional de Ciencia Ficción que se celebró en 1967, en la ciudad de Nueva York. A Judy-Lynn hay que verla para creerla —es una mujer increíblemente inteligente, de ingenio rápido y gran tenacidad que parece irradiar constantemente un encendido fulgor radiactivo.

En aquel entonces era directora comercial de «Galaxy».

El 21 de marzo de 1971 se casó con ese encantador viejo cicatero, Lester del Rey, y en dos segundos consiguió limar a golpe limpio todas sus asperezas. En estos momentos, es directora editorial de Ballantine Books, con el nombre de Judy-Lynn del Rey y está generalmente considerada (sobre todo por mi parte) como uno de los principales editores del ramo.^[3]

Hace unos años, en 1968, cuando Judy-Lynn todavía trabajaba para «Galaxy», un día estábamos sentados en el bar de un hotel de Nueva York y ella me hizo conocer, lo recuerdo bien, algo llamado grasshopper.^[4] Le dije que no bebía, pues no toleraba el alcohol, pero ella insistió en que ese combinado me gustaría, y lo malo es que así fue.

Es un cóctel verde a base de crema de menta, y nata, y sabe Dios qué cosas más, y es delicioso. En aquella ocasión sólo tomé uno, conque me limité a acceder a un nivel ligeramente superior al estado de ruidosa campechanería que suele caracterizarme normalmente, y seguí manteniéndome lo suficientemente sobrio como para poder hablar de negocios.^[5]

Judy-Lynn sugirió que escribiera un cuento sobre un robot femenino. En fin, como es lógico, mis robots son sexualmente neutros, pero todos llevan nombres masculinos y siempre los trato como si fueran varones. El cambio que ella me sugería podía ser bueno.

—Hi, es una idea interesante —dije, y me alegré muchísimo, pues Ed Ferman me había pedido un cuento en conmemoración del vigésimo aniversario de «Fantasy and Science Fiction» y yo había aceptado, pero por el momento no se me ocurría ninguna idea.

El 8 de febrero de 1969 comencé a escribir Intuición femenina, ateniéndome a la sugerencia. Cuando estuvo terminado, Ed lo aceptó y el relato se publicó en el «Fantasy and Science Fiction» de octubre de 1969, el número del vigésimo aniversario. Y, además, apareció como narración principal de ese número.

Pero, entre el momento de la venta del cuento y el de su publicación, Judy-Lynn me preguntó casualmente un día:

—¿Al final hiciste algo con mi idea de un relato sobre un robot femenino?

—Sí, lo he escrito, Judy-Lynn, y Ed Ferman va a publicarlo —dije entusiasmado—. Gracias por la sugerencia.

Judy-Lynn abrió mucho los ojos.

—Los cuentos basados en mis ideas son para mí, zoquete. No se venden a la competencia —dijo en tono muy peligroso.

Tras lo cual siguió explayándose sobre el tema durante media hora y rechazó con sorna todos mis intentos de explicarle que Ed me había pedido un cuento antes de que ella me hiciera la sugerencia y que nunca me había dicho claramente que quería publicar ella ese cuento.

Las cosas como sean, Judy-Lynn, ahí va el cuento otra vez, y reconozco gustoso que la sugerencia de un robot femenino te la debo a ti. ¿Contenta? (No, tampoco lo esperaba).

Intuición femenina

Las tres leyendas de la robótica:

1. Ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra algún mal.
2. Todo robot obedecerá las órdenes recibidas de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes puedan entrar en contradicción con la primera ley.
3. Todo robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando esta protección no entre en contradicción con la primera o la segunda ley.

Por primera vez en la historia de Norteamericana de Robots y Hombres Mecánicos, S.A., se había producido la destrucción de un robot por accidente en la propia Tierra.

Era imposible señalar responsabilidades. El vehículo aéreo había sido derribado en pleno vuelo y un incrédulo comité de Investigación intentaba decidir si realmente tendría la osadía de hacer públicas las pruebas de que el aparato había sido alcanzado por un meteorito. Ninguna otra cosa hubiera podido avanzar con la velocidad suficiente para llegar a evitar que actuara el mecanismo de desviación automática; ninguna otra cosa podría haber causado el desastre salvo una explosión nuclear, y eso quedaba descartado.

Asóciese a ello un informe sobre un destello detectado en medio de la noche justo antes de la explosión del vehículo —y no por cualquier aficionado, sino por el Observatorio Flagstaff— y la localización de un fragmento de hierro de considerables dimensiones y claramente meteórico, recientemente incrustado en el suelo a una milla del lugar del suceso. ¿Cabía otra conclusión?

Aun así, nunca antes había ocurrido nada parecido y el cálculo de las probabilidades en contra del suceso arrojaba cifras monstruosas. Pero incluso los hechos más colosalmente improbables pueden producirse alguna vez.

El cómo y el porqué eran considerados de importancia secundaria en las oficinas de la Norteamericana de Robots. Lo verdaderamente grave era que se había producido la destrucción de un robot.

Ello, por sí solo, ya resultaba preocupante.

El hecho de que JN-5 fuera un prototipo, el primero en actuar sobre el terreno, tras cuatro pruebas anteriores, era aún más preocupante.

El hecho de que JN-5 fuese un tipo radicalmente nuevo de robot, totalmente distinto de cualquier otro jamás construido hasta el momento, resultaba abismalmente preocupante.

El hecho de que según todos los indicios JN-5 había logrado averiguar algo de incalculable importancia antes de su destrucción y que ese logro tal vez se hubiera perdido para siempre, situaba el desánimo más allá de cualquier posible expresión.

Apenas parecía digno de mención el detalle de que, junto con el robot, había perecido también el primer robosicólogo de la compañía.

Clinton Madarian llevaba diez años en la empresa. Durante los cinco primeros, había trabajado sin rechistar bajo la refunfuñante supervisión de Susan Calvin.

Las brillantes capacidades de Madarian eran perfectamente evidentes, y Susan Calvin le había ascendido calladamente por encima de otros hombres mayores que él. Ella se habría negado a justificar en cualquier caso este proceder ante el director de investigación, Peter Bogert, pero lo cierto es que no fueron precisas razones. O, más bien, éstas eran obvias.

Madarian era la absoluta antítesis de la famosa doctora Calvin en varios aspectos muy notorios. En realidad no era tan obeso como le hacía parecer su destacado doble mentón, pero aun así tenía una figura que imponía respeto, en tanto que Susan pasaba prácticamente desapercibida. Ante el grueso rostro de Madarian, su mata de relucientes cabellos castaño rojizos, su piel tosca y su voz atronadora, su risa sonora y, en especial, su irrefragable confianza en sí mismo y la vehemencia con que anunciaba sus éxitos, las demás personas que había en la habitación tuvieron la sensación de que el espacio era insuficiente para todos.

Cuando Susan Calvin se retiró por fin (negándose de antemano a cooperar en ningún sentido con cualquier cena testimonial que pudiera organizarse en su honor, en términos tan contundentes que su jubilación ni siquiera se comunicó a las agencias de noticias), Madarian la sustituyó.

Llevaba exactamente un día en el cargo cuando puso en marcha el proyecto JN.

Este exigió la mayor dedicación de fondos jamás concedida por Norteamericana de Robots a un proyecto concreto, pero Madarian despachó ese detalle con un genial movimiento desdeñoso de la mano.

—Vale cada uno de esos centavos, Peter —dijo—. Y confío que así sabrás hacérselo entender al Consejo de Dirección.

—Dame alguna razón —dijo Bogert, preguntándose si Madarian accedería a hacerlo. Susan Calvin jamás había dado razones para nada.

—Desde luego —dijo, sin embargo, Madarian, y se instaló confortablemente en el gran sillón del despacho del director.

Bogert se lo quedó mirando con expresión casi temerosa. Sus propios cabellos, negros en otro tiempo, se habían vuelto ya casi blancos y tardaría menos de diez años en seguir a Susan por el camino de la jubilación. Ése sería el fin del equipo inicial que había convertido a Norteamericana de Robots en una empresa de alcance mundial capaz de rivalizar con los gobiernos nacionales en cuanto a importancia y complejidad. De algún modo, ni él ni sus antecesores habían llegado a hacerse verdadero cargo de la enorme expansión de la empresa.

Pero ahora estaba ante una nueva generación. Los nuevos hombres se sentían a sus anchas con el Coloso. Carecían de ese toque de admiración que a ellos les hacía caminar de puntillas como si no acabaran de creérselo. Y por eso avanzaban con arrojo, lo cual era bueno.

—Me propongo iniciar la construcción de robots sin restricciones —dijo Madarian.

—¿Sin las tres leyes? Sin duda...

—No, Peter. ¿Sólo se te ocurren esas restricciones? ¡Qué, diablos!, tú colaboraste en el diseño de los primeros cerebros positrónicos. ¿Tendré que ser yo quien te diga que, prescindiendo ya de las tres leyes, no existe un solo circuito de esos cerebros que no esté cuidadosamente diseñado y prefijado? Tenemos robots programados para tareas específicas, dotados de capacidades específicas...

—Y te propones...

—Dejar abiertos los circuitos a todos los niveles, excepto por lo que respecta a las tres leyes. No es difícil.

—No es difícil, desde luego —dijo secamente Bogert—. Las cosas inútiles nunca son difíciles. Lo difícil es fijar los circuitos y conseguir que el robot sea de alguna utilidad.

—Pero, ¿por qué es difícil hacer eso? Fijar los circuitos es un proceso muy trabajoso a causa de la importancia que tiene el principio de incertidumbre en las partículas

de la masa de positrones y de la necesidad de minimizar el efecto de incertidumbre. Pero, ¿por qué minimizarlo? Si disponemos las cosas de manera que el principio tenga justo el peso suficiente para permitir que los circuitos se interconecten de manera imprevisible...

—Tendremos un robot imprevisible.

—Tendremos un robot creativo —dijo Madarian, sin la menor señal de impaciencia—. Peter, si algo tiene el cerebro humano que jamás ha tenido un cerebro robótico, es precisamente ese residuo de imprevisibilidad derivado de los efectos de la incertidumbre a nivel subatómico. Reconozco que jamás se ha demostrado experimentalmente la presencia de este efecto en el sistema nervioso, pero sin él, el cerebro humano no sería superior al cerebro robótico, en principio.

—Y crees que si logras introducir ese efecto en el cerebro robótico, el cerebro humano no será superior a aquél, en principio.

—Eso pienso, exactamente —dijo Madarian.

Y continuaron charlando un largo rato a partir de allí.

Era evidente que el Consejo de Dirección no tenía la menor Intención de dejarse convencer fácilmente.

Scott Robertson, el principal accionista de la compañía, dijo:

—Ya es bastante difícil controlar la industria de los robots tal como están las cosas, con la hostilidad del público hacia los robots siempre a punto de estallar. Si el público imagina que los robots estarán incontrolados... Oh, no me vengan ahora con las tres leyes. El hombre medio no creerá que las tres leyes puedan protegerlo una vez haya oído mencionar tan sólo la palabra «incontrolado».

—Pues, no la usen —dijo Madarian—. Pueden decir que el robot es... «intuitivo».

—Un robot intuitivo —musitó alguien—. ¿Un robot mujer?

Una sonrisa se extendió por toda la mesa de juntas.

Madarian aprovechó esa ocasión.

Muy bien. Un robot mujer. Nuestros robots son asexuados, evidentemente, y también lo será éste, pero siempre los tratamos como si fueran varones. Les ponemos nombres de hombre y nos referimos a ellos en masculino. Éste en concreto, desde el punto de vista de la naturaleza de la estructura matemática del cerebro que he propuesto, entraría dentro del sistema de coordinación JN. El primer robot sería el JN-1, y había dado por sentado que se llamaría John-1... Me temo que ése es el nivel de originalidad al que se mueve el roboticista medio. Pero, ¿por qué no llamarlo Jane-1, qué demonios? Si es imprescindible que el público sepa lo que estamos haciendo, pues diremos que estamos construyendo un robot femenino, con intuición.

Robertson meneó la cabeza.

¿Y qué cambia con eso? Estás diciendo que te propones suprimir la última barrera que, en principio, mantiene el cerebro robótico a un nivel inferior al del cerebro humano ¿Cómo supones que reaccionará el público cuando se entere?

¿Acaso piensas dar publicidad a ese hecho? —dijo Madarian. Reflexionó un poco y luego añadió—: Mira. Si algo cree la opinión pública general es que las mujeres son menos inteligentes que los hombres.

Una mirada inquieta se reflejó por un instante en el rostro de algunos de los hombres sentados en torno a la mesa y echaron un rápido vistazo a su alrededor como si Susan Calvin todavía ocupara su lugar acostumbrado.

—Si anunciamos un robot femenino —dijo Madarian—, ya podrá ser cualquier cosa. El público dará automáticamente por sentado que es una retrasada mental. Sólo

tenemos que presentar al robot como Jane-1 y no nos será preciso añadir nada más. Estaremos a salvo.

—En realidad —dijo pausadamente Peter Bogert—, eso no es todo. Madarian y yo hemos repasado cuidadosamente los cálculos matemáticos, y la serie JN, llámese John o Jane, sería perfectamente segura. Los robots serían menos complejos y poseerían menos capacidades intelectuales, en un sentido ortodoxo, que muchas otras series que hemos diseñado y construido. Sólo tendríamos el único factor adicional de..., bueno, tendremos que irnos acostumbrando a llamarlo «intuición».

—¿Quién sabe qué hará ese factor? —musitó Robertson.

—Madarian ha sugerido una de las cosas que podría hacer. Como todos ustedes saben, en principio se ha logrado desarrollar el salto espacial. Los hombres pueden alcanzar lo que, en efecto, vienen a ser hipervelocidades superiores a la de la luz y visitar otros sistemas estelares y regresar en un período de tiempo insignificante, en un espacio de semanas como máximo.

—Eso no es ninguna novedad —dijo Robertson—. Podría haberse logrado sin robots.

—Exactamente, y no nos está sirviendo de nada porque no podemos usar el hiperreactor excepto tal vez en una que otra exhibición ocasional para dar un poco de publicidad a Norteamericana de Robots. El salto espacial es arriesgado consume una terrible cantidad de energía y, por tanto, resulta enormemente caro. Si pensamos usarlo a pesar de todo, sería bonito poder comunicar la existencia de un planeta habitable. Llámennle necesidad psicológica. Gasten unos veinte millones de dólares en un solo salto espacial, para luego no obtener más que datos científicos y el público querrá saber por qué se ha despilfarrado su dinero. Comuniquen la existencia de un planeta habitable y se convertirán en un Colón interestelar, y nadie se preocupará de averiguar cuánto ha costado.

—¿Y a qué viene esto?

—Pues se trata de que vamos a encontrar un planeta habitable. O dicho de otro modo: averiguaremos qué estrella al alcance del salto espacial en su presente fase de desarrollo, cuál de las trescientas mil estrellas y sistemas estelares situados en el radio de trescientos años luz tiene mayores probabilidades de contar con un planeta habitable. Disponemos de una enorme cantidad de detalles sobre cada una de las estrellas situadas en un radio de trescientos años luz y datos para suponer que cada una de ellas cuenta con un sistema planetario. Pero, ¿cuál posee un planeta habitable? ¿Cuál debemos visitar?... Lo ignoramos.

—¿En qué podría sernos útil ese robot Jane? —quiso saber uno de los directores.

Madarian estuvo a punto de responderle, pero luego le hizo una leve señal a Bogert y éste comprendió. La opinión del director de investigación tendría más peso. A Bogert le gustaba especialmente la idea; si la serie JN resultaba un fracaso, su relación con la misma sería bastante notoria como para que los dedos pegajosos de las acusaciones se adhirieran a él. Pero, por otra parte, no le faltaba mucho para jubilarse, y si el proyecto salía bien, se retiraría en medio de un resplandor de gloria. Tal vez sólo se debiese a la confianza que irradiaba Madarian, pero Bogert había llegado a convencerse sinceramente de que la cosa saldría bien.

—Es posible —dijo— que en algún lugar de las bibliotecas de datos que hemos reunido sobre esas estrellas, se oculten los métodos para calcular las probabilidades de que existan planetas habitables semejantes a la Tierra. Sólo nos falta interpretar adecuadamente los datos, considerarlos bajo el apropiado punto de vista creativo, establecer las

correlaciones exactas. Aún no lo hemos logrado. O si algún astrónomo lo ha conseguido, no ha tenido la perspicacia suficiente para comprender lo que tenía entre manos.

Un robot de tipo JN podría establecer las correlaciones con mucha mayor rapidez y exactitud que un hombre. Sería capaz de establecer y rechazar en un solo día tantas correlaciones como un hombre en diez años. Además, trabajaría realmente al azar, en tanto que un hombre tendría fuertes prejuicios basados en concepciones previas y en lo que ya se da por sentado.

A estas palabras siguió un considerable silencio, que fue roto finalmente por Robertson.

—Pero es sólo cuestión de probabilidad, ¿no es así? Supongan que el robot dijese: «La estrella con mayores probabilidades de contar con un planeta habitable en un radio de tantos y tantos años luz es Squidgee-17», o lo que sea, y nos trasladamos allí y descubrimos que una probabilidad es sólo una probabilidad y que a fin de cuentas allí no había ningún planeta habitable. ¿Cuál sería entonces nuestra situación?

En aquel momento intervino Madarian.

—Aun así saldríamos ganando. Sabríamos cómo llegó el robot a esa conclusión, pues él, ella, nos lo diría. Es posible que ello nos permitiera profundizar enormemente en algunos detalles astronómicos y sacar un provecho de todo el asunto, aun cuando ni siquiera llegásemos a efectuar el salto espacial. Por otro lado, entonces podríamos calcular la localización de los cinco planetas más probables, y la probabilidad de que en uno de los cinco sistemas hubiese un planeta habitable sería superior a 0,95. Sería prácticamente seguro...

Y continuaron charlando un largo rato a partir de allí.

Los fondos concedidos eran bastante insuficientes, pero Madarian ya contaba con la costumbre de gastar buenos dineros una vez entregados los malos. Ante el riesgo de perder irremisiblemente doscientos millones cuando con otros cien millones podrían salvarse, no había duda de que se aprobaría la concesión de los cien millones adicionales.

Finalmente, Jane-1 estuvo construida y fue presentada en sociedad. Peter Bogert lo —la— examinó gravemente.

—¿Por qué esa cintura estrecha? —dijo—. Sin duda ello introduce una debilidad mecánica.

Madarian rió entre dientes.

—Oye una cosa, si vamos a llamarla Jane, no tiene sentido darle el aspecto de un Tarzán.

Bogert meneó la cabeza.

—No me gusta. Pronto la hincharás más arriba para producir el efecto de unos senos, y sería una idea nefasta. Puedo decirte exactamente qué tipo de ideas perversas se les ocurrirán a las mujeres si comienzan a pensar que los robots pueden parecerse a ellas, y tendrás que enfrentarte con una verdadera hostilidad por su parte.

—Es posible que en eso tengas razón —dijo Madarian—. Ninguna mujer quiere sentirse sustituible por algo sin ninguno de sus defectos. De acuerdo.

Jane-2 no tenía la cintura estilizada. Era un robot sombrío que raras veces se movía, y hablaba aun con menos frecuencia.

Durante su construcción, Madarian sólo había corrido muy de tarde en tarde al despacho de Bogert con alguna noticia, señal segura de que las cosas no iban muy bien. La efervescencia de Madarian en momentos de éxito resultaba arrolladora. No habría vacilado en invadir el dormitorio de Bogert a las tres de la madrugada con una noticia de última

hora, incapaz de esperar a comunicársela por la mañana. De eso Bogert estaba seguro.

Ahora Madarian parecía deprimido, su habitual discurso florido se había apagado casi por completo, sus mejillas rollizas estaban como hundidas.

—No quiere hablar —dijo Bogert, con la sensación de dar en el clavo.

—Oh, hablar, sí habla. —Madarian se sentó pesadamente y comenzó a morderse el labio inferior—. Al menos de vez en cuando —dijo.

Bogert se levantó y dio una vuelta alrededor del robot.

—Y cuando habla, lo que dice no tiene sentido, supongo. Bueno, pues si no habla, no es mujer, ¿no crees?

Madarian intentó esbozar una débil sonrisa y luego renunció a ello.

—El cerebro, aislado, funcionaba.

—Lo sé —dijo Bogert.

—Pero una vez ese cerebro estuvo al frente del aparato físico del robot sufrió necesariamente una modificación, como es lógico.

—Desde luego —convino Bogert, sin saber qué decir.

—Pero ha sido una modificación imprevisible y frustrante. El problema es que cuando se opera con un cálculo de incertidumbre de n dimensiones, las cosas son...

—¿Inciertas? —dijo Bogert. Estaba sorprendido ante su propia reacción. La inversión de la compañía ya había alcanzado dimensiones considerables y habían transcurrido casi dos años; sin embargo, los resultados, para decirlo amablemente, eran decepcionantes. Con todo, allí estaba azuzando a Madarian y divirtiéndose con todo el asunto.

Casi furtivamente, Bogert se preguntó si la ausente Susan Calvin no le estaría azuzando a él. Madarian era de una efervescencia y efusividad muy superiores a las que jamás hubiera podido llegar a manifestar Susan cuando las cosas iban bien. También era muchísimo más vulnerable en los momentos bajos, cuando las cosas no marchaban bien. Susan, en cambio, no flaqueaba precisamente en las situaciones difíciles. Madarian constituía un blanco casi perfecto como compensación por el blanco que nunca se había permitido ofrecer Susan.

Madarian no reaccionó ante el último comentario de Bogert, como tampoco habría reaccionado Susan Calvin; pero, no por desprecio, que habría sido la reacción de Susan, sino porque no lo oyó.

—El problema está en la identificación —dijo intentando explicarse—. Jane-2 está estableciendo magníficas correlaciones. Es capaz de hacer correlaciones sobre cualquier tema, pero una vez hecho esto, no sabe distinguir un resultado valioso de otro inservible. Averiguar la manera de programar un robot para que identifique una correlación significativa, cuando se ignora qué correlaciones establecerá, no es problema sencillo.

—Imagino que ya habrás pensado en la posibilidad de reducir el potencial de la conexión de diodos W-21 y hacer saltar la chispa entre los...

—No, no, no, no... —La voz de Madarian se desvaneció en un susurrante disminuyendo—. No podemos hacer que vaya soltándolo todo. Se trata de lograr que identifique la correlación crucial y saque la correspondiente conclusión. Una vez conseguido esto, un robot Jane lograría intuitivamente una respuesta, ¿comprendes? Algo que nosotros no conseguiríamos excepto por un rarísimo golpe de suerte.

—Tengo la impresión —dijo secamente Bogert— de que si tuvieras un robot así le harías hacer rutinariamente lo que, entre los humanos, sólo es capaz de lograr algún que otro ser genial.

Madarian asintió vigorosamente.

—Exactamente, Peter. Ya lo habría dicho antes si no hubiera temido asustar a los ejecutivos. Por favor, no lo repitas en la reunión.

—¿De verdad quieres un robot genio?

—¿Qué importancia tienen las palabras? Estoy intentando conseguir un robot con la capacidad de establecer correlaciones al azar a enormes velocidades y que posea a la vez un elevado cociente de identificación de la significación clave. Y estoy intentando traducir estas palabras a un campo positrónico de ecuaciones. Y la verdad es que creía haberlo logrado, pero no es así. Aún no.

Miró a Jane-2 con ojos de descontento y preguntó:

—¿Cuál es la mejor significación que has logrado, Jane?

La cabeza de Jane-2 giró para mirar a Madarian, pero no emitió ni un solo sonido, y Madarian suspiró resignado:

—Ha introducido la pregunta en los bancos de correlación.

—No estoy segura —dijo al fin Jane-2 sin entonación. Era el primer sonido que pronunciaba.

Madarian levantó la mirada.

—Está efectuando un proceso equivalente a la formulación de ecuaciones con soluciones indeterminadas.

—Lo suponía —dijo Bogert—. Escúchame, Madarian, ¿puedes lograr algo a partir de aquí, o lo abandonamos ahora y dejamos nuestras pérdidas en quinientos millones?

—Oh, lo conseguiré —musitó Madarian.

Jane-3 no fue la solución. Nunca llegó ni siquiera a estar activada y Madarian estaba hecho una furia.

Fue un error humano. Culpa suya, para ser totalmente exactos. Sin embargo, aunque Madarian sufrió una completa humillación, los demás mantuvieron la calma. Quien jamás haya cometido un error en las terriblemente complicadas matemáticas del cerebro positrónico puede complimentar el primer escrito de rectificación.

Transcurrió casi un año antes de que Jane-4 quedara terminada. Madarian volvía a rebosar de entusiasmo.

—Lo ha logrado —anunció—. Posee un elevado cociente de identificación.

Su confianza en los resultados era suficiente como para presentarla ante el Consejo de Dirección y hacerla resolver problemas. No problemas matemáticos; cualquier robot era capaz de hacerlo; sino problemas formulados en términos deliberadamente engañosos sin llegar a ser inexactos.

—La verdad es que eso no cuesta mucho —dijo luego Bogert.

—Claro que no. Es una cosa elemental para Jane-4, pero algo tenía que mostrarles, ¿no?

—¿Sabes cuánto llevamos gastado hasta el momento?

—Vamos, Peter, no me vengas con esto ahora. ¿Sabes cuánto obtendremos a cambio? Estas cosas no caen en saco roto, ya lo sabes. Por si te interesa, te diré que llevo más de tres años sufriendo por este asunto, pero al fin he conseguido desarrollar nuevas técnicas de cálculo que nos permitirán economizar más de cincuenta mil dólares con cada nuevo tipo de cerebro positrónico que diseñemos de ahora en adelante. ¿De acuerdo?

—Sí, pero...

—No me vengas con peros. Así es. Y personalmente, tengo la sensación de que el cálculo de la incertidumbre n-dimensional puede tener toda una serie de nuevas

aplicaciones si tenemos la inventiva necesaria para descubrirlas, y mis robots Jane las descubrirán. Una vez logrado exactamente lo que busco, la nueva serie JN quedará amortizada en el plazo de cinco años, aunque triplicemos la inversión realizada hasta ahora.

—¿Qué quieres decir con eso de «exactamente lo que buscas»? ¿Qué le pasa a Jane-4?

—Nada. Es decir, no gran cosa. Va por el buen camino, pero podría perfeccionarla, y me propongo hacerlo. Cuando la diseñé creía saber hacia dónde iba. Ahora la he puesto a prueba y ya sé hacia dónde voy. Tengo la intención de llegar hasta allí.

Jane-5 fue la respuesta. Madarian tardó más de un año en construirla y esta vez no expresó ninguna reserva; su confianza era absoluta.

Jane-5 era más baja que el robot medio, y más delgada. Sin ser una caricatura de una mujer como había sido Jane-1, lograba producir una impresión de femineidad aun sin poseer ni un solo rasgo claramente femenino.

—Es su manera de tenerse en pie —dijo Bogert. Sus brazos colgaban grácilmente y, por alguna razón, el torso producía la impresión de curvarse ligeramente cuando el robot se volvía.

—Escúchala... —dijo Madarian—. ¿Cómo te sientes, Jane?

—Muy bien de salud, gracias —dijo Jane-5, y su voz sonó exactamente igual como la de una mujer; un dulce y casi inquietante contralto.

—¿Por qué has hecho esto, Clinton? —dijo Peter, sorprendido y con el ceño un poco contraído.

—Es importante desde el punto de vista psicológico —dijo Madarian—. Quiero que la gente la considere una mujer; que la traten como a una mujer; que le expliquen las cosas.

—¿Qué gente?

Madarian se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando a Bogert pensativo.

—Me gustaría que organizaras las cosas para que Jane y yo viajemos a Flagstaff.

Bogert no pudo dejar de advertir que Madarian no había dicho Jane-5. Esa vez había omitido el número. Ésa era la Jane.

—¿A Flagstaff? ¿Por qué? —preguntó indeciso.

—Porque ahí está el centro mundial de planetología general, ¿no es así? Allí es donde estudian las estrellas e intentan calcular las probabilidades de encontrar planetas habitables, ¿no es cierto?

—Ya lo sé, pero está en la Tierra.

—Ya, y desde luego no lo ignoro.

—Los desplazamientos de los robots sobre la Tierra están estrictamente controlados. Y el viaje es innecesario. Hazte traer una biblioteca de libros sobre planetología general aquí y deja que Jane se empape con ellos.

—¡No! Peter, quieres meterte en la cabeza que Jane no es un robot lógico corriente; es intuitiva.

—¿Y qué?

—¿Y cómo podemos saber qué es lo que necesita, qué le puede ser útil, qué la inspirará? Podemos emplear cualquier modelo metálico de la fábrica para leer libros; en ellos sólo hay datos en conserva, y además atrasados. Jane tiene que disponer de información viva; tiene que conocer los tonos de voz, debe poseer información lateral; incluso debe saber cosas perfectamente irrelevantes. ¿Cómo demonios vamos a saber qué o

cuándo algo desencadenará un mecanismo en su interior y le permitirá formar una pauta organizada? Si lo supiéramos, no la necesitaríamos para nada, ¿no crees?

Bogert empezaba a sentirse atosigado.

—Entonces haz venir aquí a esos hombres, los planetólogos generales —dijo.

—Sería inútil traerles aquí. Estarían fuera de su elemento. No reaccionarían con naturalidad. Quiero que Jane pueda verles trabajar; quiero que vea sus instrumentos, sus despachos, sus mesas de trabajo, que sepa todo lo que pueda sobre ellos. Quiero que organices su traslado a Flagstaff. Y realmente no hay más que hablar.

Por un instante casi había hablado como Susan. Bogert se estremeció y dijo:

—Será complicado, organizar algo así. Transportar un robot experimental...

—Jane no es experimental. Es la quinta de la serie.

—Las otras cuatro no eran modelos útiles, en realidad.

Madarian levantó las manos con un gesto de impotente frustración.

—¿Y quién te obliga a decirle eso al Gobierno?

—El Gobierno no me preocupa. Es posible hacerle comprender que hay casos especiales. Lo que me preocupa es la opinión pública. Hemos progresado mucho en cincuenta años y no tengo intención de perder la mitad de lo ganado porque tú hayas perdido el control de un...

—No perderé el control. Tus comentarios son absurdos. ¡Mira! Norteamericana de Robots puede costear un avión particular. Podemos aterrizar sin llamar la atención en el aeropuerto comercial más próximo y perdernos entre cientos de aterrizajes parecidos. Podemos hacer que nos espere un gran vehículo terrestre con un remolque acoplado para transportarnos a Flagstaff. Jane será izada con una grúa y para todos será obvio que estamos trasladando una pieza de equipo absolutamente no robótico con destino a los laboratorios. Nadie se detendrá a mirarnos dos veces. Los hombres de Flagstaff estarán informados y se les comunicará el motivo exacto de la visita. Tendrán todas las razones del mundo para cooperar y evitar que haya filtraciones.

Bogert contemporizó:

—Lo arriesgado será el transporte en el avión y el vehículo terrestre. Si algo le pasara a la grúa...

—No ocurrirá nada.

—La cosa podría pasar si desactivásemos a Jane durante el transporte. Entonces, si alguien descubriera que estaba allí dentro...

—No, Peter. No podemos hacer eso. No con Jane-5. Mira, ha estado asociando libremente desde que fue activada. Podemos congelar la información que posee mientras dure la desactivación, pero de ningún modo podríamos hacer lo mismo con las libres asociaciones que ha estado formando.

—Pero, en ese caso, si por algún motivo llega a saberse que estamos transportando un robot activado...

—No se sabrá.

Madarian se mantuvo firme y finalmente despegó el avión. Era un último modelo de Computo-jet automático, pero llevaba un piloto humano —un empleado de Norteamericana de Robots— como refuerzo. La caja donde iba Jane fue desembarcada sin problemas en el aeropuerto, fue transferida al vehículo terrestre y llegó sin incidentes a los Laboratorios de Investigación de Flagstaff.

Peter Bogert recibió la primera llamada de Madarian apenas una hora después de su llegada a Flagstaff. Madarian estaba embelesado y, como era propio de él, fue incapaz de

esperar a comunicar sus impresiones.

El mensaje llegó vía rayos láser transmitidos por circuito cerrado, encubierto, desordenado y normalmente impenetrable, pero Bogert estaba exasperado. Sabía que sería posible descifrarlo si alguien con la suficiente capacidad tecnológica —el Gobierno por ejemplo— así se lo proponía. La única verdadera garantía de seguridad estaba en el hecho de que el Gobierno no tenía ningún motivo para intentarlo. Al menos en eso confiaba Bogert.

—Por el amor de Dios, ¿tenías que llamar? —exclamó.

Madarian le ignoró por completo.

—Ha sido una inspiración —dijo—. Una verdadera genialidad, te lo digo yo.

Bogert se quedó un instante con los ojos fijos en el auricular.

—No me digas que tienes la respuesta. ¿Tan pronto? —gritó luego, incrédulo.

—¡No, no! Danos un poco de tiempo, maldita sea. Quiero decir que el asunto de la voz ha sido una inspiración. Fíjate bien, después del traslado desde el aeropuerto hasta el edificio principal de Flagstaff, descargamos a Jane y ella salió de la caja. Todos los hombres presentes dieron un paso atrás al verla. ¡Asustados! ¡Sin saber qué hacer! Si ni siquiera los científicos son capaces de comprender las leyes de la robótica, ¿qué podemos esperar del individuo medio sin ninguna formación? Durante un minuto me dije: «Todo habrá sido inútil. No hablarán. Sólo pensarán en encontrar alguna escapatoria rápida por si ella pierde el juicio y serán incapaces de pensar en otra cosa».

—Bueno, entonces, ¿adónde quieres ir a parar?

—Pues entonces ella les saludó de manera rutinaria: «Buenas tardes, caballeros. Encantada de conocerles», dijo. Y lo pronunció en hermoso contralto... Y la cosa ya estuvo hecha. Un hombre se arregló la corbata y otro se pasó los dedos por los cabellos. Lo que de verdad me sorprendió fue ver al tipo más viejo del lugar parándose realmente a comprobar si llevaba abrochada la bragueta. Ahora todos van locos tras ella. Ha bastado la voz para lograrlo. Ella ya no es un robot; es una chica.

—¿Quieres decir que están hablando con ella?

—¡Qué si están hablando con ella! Ya lo creo. Debería haberle programado entonaciones sensuales. De haberlo hecho ahora estarían intentando citarse a solas con ella. Hablando de reflejos condicionados, fíjate bien, los hombres responden a las voces. En los momentos más íntimos, ¿miran acaso? Lo importante es la voz que se oye...

—Sí, Clinton, me parece recordar. ¿Dónde está ahora Jane?

—Con ellos. No quieren soltarla ni un momento.

—¡Maldita sea! Vete con ella. No la pierdas de vista, hombre.

Las llamadas de Madarian, durante su estancia de diez días en Flagstaff, se hicieron después menos frecuentes, y su entusiasmo fue decreciendo progresivamente.

Jane escuchaba atentamente, informó y de vez en cuando respondía. Seguía siendo popular. Se le permitía entrar en todas partes. Pero no se obtenían resultados visibles.

—¿Nada en absoluto? —preguntó Bogert.

Madarian se puso en el acto a la defensiva.

—No puede decirse que nada en absoluto. Es imposible decir eso en el caso de un robot intuitivo. No sabemos qué puede estar ocurriendo en su interior. Esta mañana le ha preguntado a Jensen lo que había desayunado.

—¿Rossiter Jensen, el astrofísico?

—Claro, naturalmente. Luego ha resultado que esta mañana no había desayunado. Bueno, una taza de café.

—Conque Jane está aprendiendo a tener charlas intrascendentes. Eso difícilmente puede compensar el gasto...

—Oh, no seas cabezota. Nada es charla intrascendente para Jane. Lo ha preguntado porque le interesaba para algún tipo de correlación cruzada que estaba formulando en su mente.

—¿Qué puede...?

—¿Cómo voy a saberlo? Si lo supiera, yo mismo sería Jane y no la necesitaríamos a ella. Pero tiene que significar algo.

Jane lleva programada una alta motivación para obtener una respuesta al problema de localizar un planeta de habitabilidad y distancia óptimas y...

—Comunícate conmigo cuando lo haya logrado y no antes. Realmente no necesito recibir una descripción paso a paso de las posibles correlaciones.

La verdad es que no esperaba que le notificaran el éxito de la misión. Con los días, fue apagándose el entusiasmo de Bogert, de modo que cuando por fin recibió la noticia, no estaba preparado. Y la recibió al final de todo.

Esa última ocasión, cuando llegó el mensaje apoteósico de Madarian, éste le habló casi en un susurro. La exaltación había descrito un círculo completo y Madarian había caído en una reverente parsimonia.

—Lo ha logrado —dijo—. Lo ha logrado. Y lo ha conseguido cuando yo ya estaba a punto de darme por vencido. Después de haber recibido toda la información disponible y casi toda ella por duplicado o triplicado, sin decir jamás una palabra que pareciera sugerir algo... Ahora estoy en el avión, de regreso. Acabamos de despegar.

Bogert consiguió recuperar el aliento.

—No juegues conmigo, amigo. ¿Tienes la respuesta? Si es así, dímelo, sin rodeos.

—Ella tiene la respuesta. Me ha dado la respuesta. Me ha dado los nombres de tres estrellas situadas en un radio de ochenta años luz con entre un sesenta y un noventa por ciento de probabilidades, dice ella, de poseer un planeta habitable cada una. Al menos en un caso, la probabilidad es de 0,972. Es prácticamente seguro. Y esto es sólo el principio. Una vez de regreso, podrá exponernos la línea exacta de razonamiento que le ha permitido llegar a esta conclusión, y puedo vaticinar que toda la ciencia de la astrofísica y la cosmología quedarán...

—¿Estás seguro...?

—¿Crees que sufro alucinaciones? Tengo un testigo. El pobre tipo ha saltado más de medio metro en el aire cuando Jane ha comenzado a desgranar súbitamente la respuesta en su magnífica voz...

Y entonces se produjo el impacto del meteorito, y la consiguiente y completa destrucción del aparato dejó a Madarian y al piloto reducidos a trocitos de carne sanguinolenta y fue imposible recuperar ningún resto aprovechable de Jane.

En Norteamericana de Robots no se había visto nunca un desaliento tan profundo. Robertson intentó consolarse pensando que la misma integridad de la destrucción había encubierto totalmente las ilegalidades en que había incurrido la empresa.

Peter movía tristemente la cabeza y se lamentaba:

—Hemos perdido la mejor oportunidad que jamás ha tenido Norteamericana de Robots de lograr una imagen pública intachable; una oportunidad de superar el condenado complejo de Frankenstein. Habría sido un gran paso para los robots que uno de ellos obtuviese la solución del problema del planeta habitable, después de que otros robots ya habían contribuido a descubrir el salto espacial. Los robots nos habrían abierto la galaxia. Y

si al mismo tiempo hubiéramos podido hacer avanzar los conocimientos científicos en una docena de direcciones distintas, como sin duda habríamos hecho... Oh, Cielos, es imposible calcular los beneficios que ello hubiera reportado a la especie humana, y a nosotros, naturalmente.

—Podríamos construir otras Janes, ¿no? —dijo Robert son—. ¿Aun sin Madarian?

—Desde luego que sí. Pero ¿podemos contar con que vuelva a establecerse la correlación adecuada otra vez? ¿Quién sabe cuán baja era la probabilidad de ese resultado final? ¿Y si a Madarian le hubiera favorecido por una vez la suerte de los principiantes seguida luego de una mala suerte aun más fantástica? Que un meteorito haya hecho blanco... Es simplemente increíble...

—Pudo ser... intencionado —dijo Robertson en un vacilante susurro—. Quiero decir, si no debíamos de saberlo, y si el meteorito fue un dictamen de...

Enmudeció bajo la mirada inquisitiva de Bogert.

—No habrá sido una pérdida total, espero —dijo Bogert—. Sin duda otras Janes podrán sernos útiles en algún sentido. Y podemos dotar a otros robots de voces femeninas, si eso puede contribuir a favorecer su aceptación por parte del público, aunque me pregunto qué dirán las mujeres. ¡Si sólo supiéramos qué dijo Jane-5!

—En su última llamada, Madarian dijo que había un testigo.

—Lo sé —dijo Bogert—. He estado reflexionando sobre ello. ¿Creen que no me he puesto en contacto con Flagstaff? Nadie en todo el lugar le oyó decir nada fuera de lo corriente a Jane, nada que sonase como una respuesta al problema del planeta habitable, y desde luego cualquiera de ellos habría identificado la respuesta, caso de producirse..., o al menos habría reconocido que podía ser una respuesta.

—¿Creen que Madarian puede haber mentido? ¿O que se había vuelto loco? Tal vez intentaba cubrirse las espaldas...

—Quiere decir que tal vez estuviera intentando salvar su reputación, fingiendo que tenía la respuesta, para luego manipular a Jane impidiéndole hablar y entonces poder decir:

«Oh, lo siento, debió de ser algo accidental. ¡Oh, maldita sea!» No puedo aceptarlo ni por un instante. Puestos en ese plan, podríamos suponer que también organizó la caída del meteorito.

—¿Qué podemos hacer, pues?

—Concentrarnos otra vez en Flagstaff —dijo Bogert abatido—. La respuesta tiene que estar allí. Tengo que profundizar más, eso es todo. Me iré allí y charlaré con un par de personas del departamento de Madarian. Tenemos que registrar ese lugar de arriba abajo y de uno a otro extremo.

—Pero, aun cuando hubiera un testigo y éste lo hubiese oído todo, ¿de qué nos serviría, si ya no tenemos a Jane para que nos explique el proceso?

—Cualquier pequeña información puede ser útil. Jane citó los nombres de las estrellas; probablemente según los números del catálogo, pues ninguna de las estrellas bautizadas tiene la menor probabilidad. Si alguien es capaz de recordar habérselo oído decir y también recuerda incluso el número del catálogo, o si lo oyó con la claridad suficiente para poder recuperarlo a través de una psicoprueba si falla el recuerdo consciente, en tal caso ya tendríamos algo. Con los resultados obtenidos al final, y los datos que se proporcionaron a Jane al principio, tal vez pudiéramos reconstruir la línea de razonamiento; tal vez lográsemos recuperar la intuición. Si lo consiguiésemos, la partida estaría salvada...

Bogert regresó al cabo de tres días, callado y totalmente deprimido. Cuando Robertson le preguntó ansioso si había conseguido algo, movió negativamente la cabeza.

—¡Nada!

—¿Nada?

—Absolutamente nada. He hablado con todos los hombres de Flagstaff, con todos los científicos, técnicos, estudiantes que tuvieron algún contacto con Jane; todos los que al menos la habían visto. No eran demasiados; debo reconocer que Madarian fue discreto en ese aspecto. Sólo dejó que la vieran quienes podían proporcionarle algún conocimiento planetológico. En conjunto, treinta y tres hombres habían visto a Jane y sólo doce de ellos habían hablado con ella a un nivel no estrictamente casual.

»Les he hecho repasar una y otra vez todo lo que dijo Jane. Lo recordaban todo muy bien. Son hombres de agudo ingenio que participaban en un experimento crucial relacionado con su especialidad, de modo que tenían todas las motivaciones para recordar. Y se encontraban ante un robot parlante, algo sorprendente de por sí, el cual además hablaba como una actriz de la televisión. Era imposible que lo olvidaran.

—Tal vez una sicopruera... —sugirió Robertson.

—Si alguno de ellos tuviera la más remota idea de que algo había sucedido, lograría sonsacarle su consentimiento para realizar la prueba. Pero no tenemos la menor excusa y no podemos poner a prueba a dos docenas de hombres que se ganan la vida con su cerebro. Sinceramente, no cuente con mi colaboración para eso. Si Jane hubiera mencionado tres estrellas y hubiera dicho que poseían planetas habitables, su cerebro habría echado chispas, como tocado por un fuego de artificio. ¿Cómo podría haberlo olvidado ninguno de ellos?

—Entonces, tal vez alguno mienta —dijo Robertson sombrío—. Desea conservar la información para su propio uso, para reivindicar más adelante toda la fama.

—¿Y de qué le serviría? —dijo Bogert—. Para empezar, todos los demás especialistas saben exactamente para qué estaban allí Madarian y Jane. Y en segundo lugar, también conocen el motivo de mi visita. Si en cualquier momento futuro, alguno de los hombres que ahora trabajan en Flagstaff se descuelga de pronto con una teoría de un planeta habitable sorprendentemente nueva y distinta, pero válida, todos los demás hombres presentes en Flagstaff y todo el personal de Norteamericana de Robots sabrán en el acto que la teoría es robada. Jamás lograría hacerla pasar por suya.

—Entonces, el mismo Madarian se engañó por algún motivo.

—Tampoco veo la forma para poder creer eso. Madarian tenía una personalidad irritante..., todos los robosicólogos tienen personalidades irritantes, creo; ésa debe de ser la razón de que trabajen con robots y no con seres humanos. Pero no era tonto. No pudo equivocarse en algo así.

—Entonces...

Pero Robertson había agotado las posibles conjeturas. Habían topado con una pared en blanco y todos se quedaron mirándose desconsolados durante algunos minutos.

Finalmente Robertson volvió a cobrar vida.

—Peter...

—¿Sí?

—Consultémoslo a Susan.

Bogert se puso rígido.

—¿Cómo?

—Que se lo consultemos a Susan. Llamémosla y pidámosle que venga.

—¿Para qué? ¿Qué puede hacer en realidad?

—No lo sé. Pero también es robosicóloga, y tal vez comprenda a Madarian mejor que todos nosotros. Además, ella... Oh, qué demonios, siempre tuvo más seso que

cualquiera de nosotros.

—Tiene casi ochenta años.

—Y tú tienes setenta. ¿Qué hay con eso?

Bogert suspiró. ¿Habría perdido su lengua corrosiva algo de su aspereza en esos años de retiro?

—Bueno, se lo pediré —dijo.

Susan Calvin entró en el despacho de Bogert y lanzó una lenta ojeada a su alrededor antes de fijar la mirada en el director de investigación. Había envejecido mucho desde su jubilación. Tenía los cabellos de un tenue color blanco y la cara toda arrugada. Estaba tan delgada que casi parecía transparente, y sólo sus ojos, penetrantes e inflexibles, recordaban aún a la mujer de antaño.

Bogert se adelantó con gesto cordial y le alargó la mano.

—¡Susan!

Susan Calvin la cogió entre las suyas.

—Tienes bastante buen aspecto, Peter, para ser un anciano —dijo—. En tu lugar, yo no esperaré al año que viene. Retírate ahora y da paso a los jóvenes... Y Madarian ha muerto. ¿Me has llamado para pedirme que vuelva a ocupar mi antiguo puesto? ¿Estás decidido a conservar las antiguallas hasta pasado un año de su verdadera muerte física?

—No, no, Susan. Te he llamado... —Se interrumpió. A fin de cuentas, no tenía ni idea de por dónde empezar.

Pero Susan leyó sus pensamientos con la misma facilidad de siempre. Se sentó con una cautela inspirada por unas articulaciones rígidas y dijo:

—Peter, me has llamado porque estás en un gran apuro. De lo contrario, hubieras preferido verme muerta que a menos de una milla de ti.

—Vamos, Susan...

—No pierdas el tiempo con trivialidades. Nunca tuve tiempo que perder cuando contaba cuarenta años y desde luego tampoco puedo perderlo ahora. La muerte de Madarian y el hecho de que me hayas llamado son dos acontecimientos fuera de lo corriente, de modo que debe de haber alguna relación entre ellos. Dos acontecimientos poco usuales sin una relación representan un suceso con una probabilidad demasiado baja para merecer que se le preste atención. Empieza desde el principio y no te preocupes aunque quedes como un estúpido. Hace tiempo que descubrí que lo eras.

Bogert carraspeó tristemente y comenzó a hablar. Susan le escuchó con atención, levantando de vez en cuando la arrugada mano para interrumpirle y hacerle alguna pregunta.

Llegados a cierto punto soltó un bufido.

—¿Intuición femenina? ¿Para eso queráis el robot? Vaya con los hombres. Topáis con una mujer que ha llegado a una conclusión correcta y sois incapaces de reconocer que posee una inteligencia igual o superior a la vuestra, conque vais e inventáis algo llamado intuición femenina.

—Oh, sí, Susan, pero déjame continuar...

Continuó. Al oír que Jane tenía voz de contralto, Susan dijo:

—A veces resulta difícil decidir si merece la pena indignarse contra el sexo masculino o si más vale prescindir por completo de él por excesivamente despreciable.

—Bueno, déjame continuar... —dijo Bogert.

Cuando hubo terminado, Susan dijo:

—¿Me concedes el derecho a utilizar privadamente este despacho durante un par de

horas?

—Sí, pero...

—Quiero examinar los distintos documentos: el programa de Jane, las llamadas de Madarian, las entrevistas que tuviste en Flagstaff —dijo ella—. Supongo que podré usar este precioso teléfono de rayos láser de nuevo diseño y tu terminal de la computadora si quiero.

—Claro, naturalmente.

—Bien, entonces, largo de aquí, Peter.

Aún no habían transcurrido cuarenta y cinco minutos cuando Susan Calvin se acercó renqueando a la puerta, la abrió y llamó a Bogert.

Cuando éste apareció, venía acompañado de Robertson. Entraron juntos y Susan saludó a este último con un «Hola, Scott», no demasiado entusiasta.

Bogert intentó desesperadamente adivinar los resultados en la cara de Susan, pero sólo vio las facciones de una ceñuda viejecita nada predispuesta a facilitarle las cosas.

—¿Crees que podrás hacer algo, Susan? —preguntó con cautela.

—¿Más de lo que ya he hecho? ¡No! No hay nada más que hacer.

Los labios de Bogert esbozaron un mohín de disgusto; Robertson, en cambio, preguntó:

—¿Qué has hecho ya, Susan?

—He estado pensando un poco —respondió ella—. Algo que según parece nunca conseguiré que haga nadie más. Para empezar, he estado pensando en Madarian. Le conocía, como ya sabéis. Tenía cerebro pero era un extrovertido muy irritante. Creí que te gustaría como sucesor mío, Peter.

—Fue un cambio —dijo Peter, incapaz de guardarse el comentario.

—Y siempre corría a comunicarte los resultados tan pronto los tenía, ¿verdad?

—Sí, eso hacía.

—Y, sin embargo —dijo Susan—, recibiste su último mensaje, aquel en el cual te comunicaba que Jane le había dado la respuesta, desde el avión. ¿Por qué esperarías tanto? ¿Por qué no te llamó cuando todavía estaba en Flagstaff, inmediatamente después de que Jane dijera lo que sea que dijo?

—Supongo que por una vez deseó asegurarse bien —dijo Peter— y..., bueno, no lo sé. Era lo más importante que más le había ocurrido; es posible que por una vez deseara esperar e ir sobre seguro.

—Al contrario; cuanto más importante fuese, menos habría esperado, te lo aseguro. Y si era capaz de esperar, ¿por qué no acabar de hacer bien las cosas y aguardar hasta estar de regreso en la Norteamericana de Robots donde podría contrastar los resultados con todo el equipo de computadoras que esta empresa podía poner a su disposición? En resumen, bajo un punto de vista esperó demasiado y bajo el otro se precipitó.

—Entonces crees que preparaba alguna jugada... —la interrumpió Robertson. Susan le miró indignada.

—Scott, no intentes competir con Peter en cuanto a comentarios pueriles. Dejadme continuar... Existe un segundo aspecto, que hace referencia al testigo. Según la grabación de esa última llamada, Madarian dijo: «El pobre tipo ha saltado más de medio metro en el aire cuando Jane ha comenzado a desgranar súbitamente la respuesta en su magnífica voz». En realidad, eso fue lo último que dijo. Y lo que yo me pregunto entonces es: ¿por qué saltó el testigo? Madarian había explicado que todos los hombres estaban prendados de esa voz, y habían pasado diez días con el robot, con Jane. ¿Por qué iba a sorprenderles el mero

hecho de que ella hablase?

—Supuse que había sido por la sorpresa de oír en boca de Jane la respuesta a un problema que ha tenido ocupados a los planetólogos durante casi un siglo —dijo Bogert.

—Pero ellos esperaban esa respuesta de ella. Para eso estaba allí. Además, es preciso tener en cuenta los términos de la frase. La declaración de Madarian parece indicar que el testigo quedó desconcertado, no sorprendido, si pueden distinguir el matiz. Más aún, esa reacción se produjo cuando «súbitamente Jane comenzó», en otras palabras, en el momento de iniciarse la declaración. Para sorprenderse por el contenido de las palabras de Jane, el testigo tendría que haber escuchado un rato a fin de poder asimilarlo. Madarian habría dicho que había saltado más de medio metro después de oírle decir a Jane tal y tal cosa. Habría hablado de «después» y no de «cuando», y no habría incluido la palabra «súbitamente».

—No creo que puedas matizar hasta el punto de considerar la utilización o no utilización de una palabra —dijo Bogert incómodo.

—Puedo hacerlo —replicó Susan con voz gélida—, pues soy robosicóloga. Y puedo suponer que Madarian también lo hacía, porque él era robosicólogo. Conque tendremos que explicar esas dos anomalías. El extraño retraso de la llamada de Madarian y la extraña reacción del testigo.

—¿Tú puedes explicarlas? —preguntó Robertson.

—Evidentemente —dijo Susan—, pues suelo reflexionar con un poco de simple lógica. Madarian llamó para comunicar la noticia sin la menor demora, como hacía siempre, o al menos con tan poca tardanza como le fue posible. Si Jane hubiera resuelto el problema en Flagstaff, sin duda habría llamado desde allí. Como llamó desde el avión, es evidente que ella debió de resolver el problema cuando él ya había salido de Flagstaff.

—Pero entonces...

—Dejadme terminar. ¿Madarian no fue transportado del aeropuerto a Flagstaff en un vehículo pesado cerrado? ¿Y Jane no fue con él, en su caja?

—Sí.

—Y es de suponer que Madarian y Jane en su caja regresaron de Flagstaff al aeropuerto en el mismo vehículo pesado cerrado. ¿No es cierto?

—Sí, ¡naturalmente!

—Y tampoco iban solos en ese vehículo. En una de sus llamadas, Madarian dijo: «Nos condujeron del aeropuerto al edificio principal», y supongo que es correcto deducir que si les condujeron, es que debía de haber un chófer, un conductor humano, en el vehículo.

—¡Cielo santo!

—Lo malo de ti, Peter, es que cuando piensas en un testigo de una declaración planetológica, imaginas que tuvo que ser un planetólogo. Divides a los seres humanos en categorías, y menosprecias y desdeñas a la mayoría de ellos. Un robot no puede hacer eso. La primera ley dice: «Ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra algún mal». Cualquier ser humano. Ésa es la esencia de la concepción robótica de la vida: Un robot no hace distinciones. Para un robot, todos los hombres son verdaderamente iguales, y para un robosicólogo que debe tratar forzosamente a los hombres a nivel robótico, todos éstos son también verdaderamente iguales.

»A Madarian no le hubiera pasado por la cabeza decir que un camionero había escuchado la declaración. Para ti, un camionero no es un científico sino un simple apéndice animal de un camión, pero para Madarian era un hombre, y un testigo. Ni más ni menos.

Bogert meneó la cabeza, incrédulo.

—Pero, ¿estás segura?

—Claro que estoy segura. ¿Cómo explicarías si no el otro detalle; el comentario de Madarian sobre el sobresalto del testigo? Jane iba embalada, ¿no? Pero no estaba desactivada. Según los informes, Madarian siempre fue contrario a desactivar jamás a un robot intuitivo. Además, Jane-5, como todas las Janes, era sumamente poco comunicativa. Es muy probable que a Madarian no se le ocurriera en ningún momento ordenarle que debía permanecer callada mientras estuviera en la caja; y las ideas comenzaron a encajar finalmente dentro de la caja. Como es lógico, ella empezó a hablar. Una hermosa voz de contralto sonó de pronto procedente del interior de la caja. ¿Qué harías al ocurrir eso, si fueras conductor? Seguro que tendrías un sobresalto. Es un milagro que no chocara.

—Pero si el testigo fue el camionero, ¿por qué no se presentó...?

—¿Por qué? ¿Crees que puede saber que había ocurrido algo crucial, que lo que oyó era importante? Además, ¿no crees que Madarian debió de darle una buena propina pidiéndole que no dijera nada? ¿Querías que corriera la noticia de que se había transportado ilegalmente un robot activado sobre la superficie de la Tierra?

—Bueno, ¿será capaz de recordar lo que oyó?

—¿Por qué no? Tal vez tú pienses, Peter, que un camionero, situado un peldaño por encima del mono en tu opinión, es incapaz de recordar. Pero los camioneros también tienen cerebro. Las declaraciones fueron sumamente extraordinarias y es muy posible que el conductor haya recordado algunas. Aunque confunda algún número o alguna letra, nos encontramos ante un conjunto finito, como sabéis, las cinco mil quinientas estrellas o sistemas de estrellas, poco más o menos, que están situadas en un radio de ochenta años luz, pues no he consultado la cifra exacta. Es posible llegar a obtener los datos correctos. Y, en caso necesario, tendréis todas las posibles excusas para recurrir a la sicoprueba...

Los dos hombres se la quedaron mirando. Por fin, Bogert, sin atreverse a creerlo, susurró:

—Pero, ¿cómo puedes estar tan segura?

Por un momento, Susan estuvo a punto de decir: «Porque he llamado a Flagstaff, bobo, y porque he hablado con el camionero, y porque él me ha dicho lo que oyó, y porque he consultado el computador de Flagstaff y he obtenido los nombres de las tres únicas estrellas que concuerdan con la información, y porque tengo esos nombres en el bolsillo».

Pero no lo dijo. Dejaría que hiciera él todas las averiguaciones por su cuenta. Susan se levantó con gran cuidado.

—¿Que cómo puedo estar tan segura? —dijo sardónica—. Digamos que es cosa de intuición femenina.

* * *

No teman, amables lectores, que el hecho de que yo no captara bien las intenciones de Judy-Lynn supuso el fin de una amistad. Los Asimov y los DeL Rey viven a menos de una milla de distancia y se visitan con frecuencia. Aunque Judy Lynn jamás se lo piensa dos veces antes de hacerme una mala jugada, somos, hemos sido, y seguiremos siendo, los mejores amigos del mundo.

* * *

Un día a mediados de 1969, me llamaron de Doubleday para preguntarme si estaría dispuesto a escribir un relato de ciencia ficción que pudiera servir de base para el guión de

una película. No quería hacerlo, pues no me gusta verme mezclado directamente con los medios de comunicación visuales. Tienen dinero, pero nada más. Sin embargo, los de Doubleday me presionaron y no me gusta decirle que no a Doubleday. De modo que acepté.

Luego, más adelante, cené con un caballero muy agradable que estaba relacionado con la productora cinematográfica y quería comentar el cuento conmigo.

Me dijo que deseaba una ambientación submarina, lo cual me gustó. Luego pasó a describir con considerable entusiasmo el tipo de personajes que quería para la historia, y los sucesos que consideraba necesarios. Mientras iba hablando, sentí que se me caía el ánimo a los pies. El caso es que yo no quería el protagonista que me describió; tampoco quería, con mayor vehemencia si cabe, la protagonista que me describió; y, sobre todo, no quería los sucesos que me describió.

Pero siempre he sido incapaz de manifestar una reacción negativa ante la gente, sobre todo cara a cara. Me esforcé por sonreír lo mejor que pude, y procuré parecer interesado.

Al día siguiente telefoneé a Doubleday. Tal vez aún estuviera a tiempo. Pregunté si se había firmado el contrato. Sí, realmente, así era, y habían recibido un importante adelanto, la mayor parte del cual me correspondería a mí.

No creía posible sentirme aún más desanimado, pero así fue. Tenía que escribir ese relato.

—Bueno, en ese caso —dije—, si lo que escribo no les sirve, ¿devolveréis el adelanto?

—No forzosamente —me dijeron—. El adelanto es sin condiciones. Nos lo quedaremos aunque no les guste lo que escribas.

—No —dije—. No me gusta ese sistema. Quiero que se les devuelva todo el adelanto, si lo que escribo no les sirve. Podéis resarciros de vuestra parte con mis derechos de autor.

A los de Doubleday tampoco les gusta negarme nada, de modo que aceptaron esta condición, si bien dejaron claro que ellos se encargarían de devolver su parte sin descontarme nada de mis derechos de autor.

Eso significaba que no tenía obligación de hacer más que lo mejor de lo que era capaz, según lo entendía yo. Comencé a escribir Tromba de agua el primero de septiembre de 1969, y lo hice a mi manera. Sabía exactamente qué querían los de la productora y no se lo di. Naturalmente, rechazaron el relato cuando estuvo terminado y se les devolvió el adelanto hasta el último centavo.

Como bien pueden imaginar, sentí un gran alivio. Y, por otra parte, existe todo un mundo más allá de Hollywood. A Ejler Jacobsson, de «Galaxy», le gustó la historia tal como la había escrito, de modo que ésta se publicó en esa revista, en mayo de 1970. Me pagó mucho menos de lo que habría cobrado de la productora, pero, por otra parte, compró el cuento y nada más.

Tromba de agua

Stephen Demerest contempló la trama del cielo. Mantuvo la mirada fija en él y el azul le pareció opaco y repugnante.

Incautamente, puso los ojos en el sol, pues nada vino a cubrirlo de manera

automática, y luego apartó la mirada a toda prisa, presa de pánico. No había quedado ciego; sólo seguía viendo destellos. Incluso el sol era deslavazado.

Involuntariamente, recordó la plegaria de Áyax en la *Iliada* de Homero. Están luchando sobre el cuerpo de Patroclo, en medio de la niebla, y Áyax dice: «¡Oh, Padre Zeus, salvad a los aqueos de esta bruma! ¡Despejad el cielo, permitidnos ver con nuestros ojos! ¡Matadnos a plena luz, si matarnos os complace!».

«Matadnos a plena luz...», pensó Demerest.

Matadnos a plena luz en la Luna, donde el cielo es negro y suave, donde brillan resplandecientes las estrellas, donde la limpidez y pureza del vacío ponen de relieve el contorno de todas las cosas.

No bajo este azul algodinoso y pesado.

Se estremeció. Un verdadero estremecimiento físico sacudió su cuerpo largo y delgado, y eso le molestó. Iba a morir. Estaba seguro de que así sería. Y, pensándolo bien, ello tampoco ocurriría bajo el azul, sino bajo el negro, pero un negro distinto.

Como respondiendo a ese pensamiento, se le acercó el piloto del transbordador, bajo, moreno, de cabellos rizados, y le dijo:

—¿Preparado para la oscuridad, señor Demerest?

Demerest asintió. Su figura se alzaba muy por encima del otro, igual como le ocurría con la mayoría de los hombres de la Tierra. Éstos eran gruesos, sin excepción, y andaban con soltura, con sus pasos cortos y bajos. Él en cambio tenía que vigilar cada paso, guiarlos a través del aire; hasta el lazo impalpable que le mantenía pegado al suelo era compacto.

—Estoy preparado —dijo. Inspiró profundamente y con gesto deliberado repitió su anterior mirada al sol. Colgaba bajo el cielo matutino, el aire polvoriento lo empañaba, y tenía la seguridad de que no le cegaría. No creía poder volver a verlo jamás.

Era la primera vez que veía un batiscafo. A pesar de todo, tenía tendencia a imaginarlo en términos de prototipos, un globo ovoide con una cabina esférica debajo. Era como si hubiera insistido en imaginar los vuelos espaciales en términos de toneladas de combustible convertidas en fuego y escupidas hacia atrás y un módulo irregular tanteando el camino, como una araña, en dirección a la superficie de la Luna.

El batiscafo no se parecía en nada a la imagen de sus pensamientos. Tal vez bajo su envoltura siguiera ocultándose una bolsa flotante y una cabina, pero todo su aspecto era ahora de elaborada uniformidad.

—Me llamo Javan —dijo el piloto del transbordador—. Omar Javan.

—¿Javan?

—¿Le parece extraño este nombre? Soy iraní de origen; terrícola por convicción. Una vez allí abajo, no existen las nacionalidades. —Sonrió y su tez pareció aún más morena en contraste con la uniforme blancura de sus dientes—. Si le parece bien, saldremos dentro de un minuto. Será mi único pasajero; supongo, pues, que debe de llevar peso.

—Sí —dijo secamente Demerest—. Al menos cincuenta kilos más de lo que estoy acostumbrado.

—¿Es de la Luna? Ya me había parecido que caminaba de una manera rara. No será demasiado incómodo, espero.

—No es exactamente cómodo, pero me las arreglo. Hacemos ejercicios para estos casos.

—En fin, suba a bordo. —Se hizo a un lado y dejó pasar a Demerest, que bajó por la pasarela—. Personalmente no quisiera ir a la Luna.

—Pero va a Profundidad del Océano.

—He hecho unos cincuenta viajes hasta el momento. Es otra cosa.

Demerest subió a bordo. La nave era estrecha, pero eso no le preocupó. Habría podido ser un módulo espacial, sólo que era más... bueno, más compacto. Otra vez esa palabra. Todo producía la clara impresión de que la masa no tenía importancia. La masa se sostenía en el aire; no era preciso levantarla.

Todavía estaban en la superficie. A través del grueso cristal transparente se divisaba el cielo azul, ahora verdoso.

—No es necesario que se sujete al asiento —dijo Javan—. No hay aceleración. Todo el movimiento es suave como el aceite. No tardaremos mucho; apenas una hora. No puede fumar.

—No fumo —dijo Demerest.

—Espero que no sufra usted claustrofobia.

—Los habitantes de la Luna no tenemos claustrofobia.

—Todo ese espacio...

—No en nuestra caverna. Vivimos en... —intentó encontrar la expresión adecuada—, en un cráter lunar, a cien pies de profundidad.

—¡Cien pies! —El piloto parecía divertido, pero no sonrió—. Ya estamos bajando.

El interior de la cabina estaba organizado de forma angulosa, pero en uno que otro punto una sección de la pared situada detrás de los instrumentos revelaba su esfericidad fundamental. Javan accionaba los instrumentos como si fuesen una extensión de sus brazos; los ojos y las manos se movían ágilmente sobre ellos, casi con amor.

—Todo ha sido comprobado —dijo—, pero me gusta echarle un último repaso final; allí abajo sufriremos una presión de cien atmósferas.

Su dedo apretó un contacto y la puerta circular se cerró pesadamente hacia dentro y se aplastó oblicuamente contra el marco.

—Cuanto mayor la presión, con más fuerza se cerrará —dijo Javan—. Dele la última mirada a la luz del sol, señor Demerest.

La luz seguía brillando a través del grueso cristal de la ventana. Comenzaba a parpadear; el agua ya comenzaba a interponerse entre ellos y el sol.

—¿La última mirada? —dijo Demerest.

Javan contuvo una risita.

—No la última mirada. Me refiero, mientras dure el viaje... Supongo que no había estado nunca en un batiscafo.

—No, no había estado. ¿Han estado muchos?

—Muy pocos —reconoció Javan—. Pero no se preocupe. Es sólo un globo subacuático. Hemos introducido un millón de mejoras desde que se construyó el primer batiscafo. Ahora se alimenta de energía nuclear y, dentro de ciertos límites, podemos desplazarnos libremente, gracias al chorro de agua, pero una vez reducido a lo esencial, sigue siendo una cabina esférica bajo unos depósitos de flotación. Y un barco nodriza aún lo remolca hasta alta mar, pues la energía que transporta es demasiado preciosa para malgastarla en desplazamientos de superficie. ¿Preparado?

—Preparado.

El cable que les unía al buque nodriza se desprendió y el batiscafo se hundió un poco; luego más aún, a medida que el agua de mar iba llenando los depósitos de flotación. Se balanceó unos instantes, bajo el influjo de las corrientes de superficie, y luego, nada. El batiscafo fue hundiéndose lentamente a través de un verde cada vez más intenso.

Javan se relajó.

—John Bergen es el jefe de Profundidad del Océano. ¿Va a visitarle a él?
—preguntó.

—Así es.

—Es un buen tipo. Su esposa está allí con él.

—¿Sí?

—Oh, ya lo creo. Tienen mujeres ahí abajo. Son un buen grupo, cincuenta personas. Algunos permanecen allí durante meses.

Demerest recorrió con el dedo la estrecha juntura, casi invisible, que marcaba el lugar donde la puerta se unía a la pared. Lo retiró y se lo miró.

—Se nota algo grasiento —dijo.

—Es silicona. Siempre sale un poco por efecto de la presión. Sirve para... No se preocupe. Todo es automático. Todo es a prueba de error. A la primera señal de mal funcionamiento, cualquiera que sea, nos desprenderemos de nuestro lastre y saldremos a flote.

—¿Quiere decir que nunca ha ocurrido nada con estos batiscafos?

—¿Qué puede ocurrir? —El piloto miró con extrañeza a su pasajero—. Una vez rebasada la profundidad donde pueden encontrarse ballenas espermáticas, nada puede pasar.

—¿Ballenas espermáticas? —El fino rostro de Demerest se contrajo en un gesto de preocupación.

—Ya lo creo, se sumergen setecientos metros de profundidad. Si chocan contra un batiscafo... Bueno, las paredes de los depósitos de flotación no son particularmente resistentes. No tienen por qué serlo, ¿sabe? Están abiertas sobre el mar y cuando se comprime la gasolina, que hace de flotador, se llenan de agua de mar.

Todo estaba oscuro ya. Demerest se encontró mirando fijamente por el ojo de buey. El interior de la cabina estaba iluminado, pero esa ventana estaba oscura. Y no era la oscuridad del espacio; era una oscuridad espesa.

—Aclaremos bien las cosas, señor Javan —dijo vigorosamente Demerest—. Usted no está equipado para hacer frente al ataque de una ballena espermática. Seguramente tampoco estará equipado para hacer frente al ataque de un pulpo gigante. ¿Se han producido, de hecho, incidentes de este tipo?

—Pues, verá...

—Nada de bromas, por favor, y no me tome por un necio. Se lo pregunto por curiosidad profesional. Soy ingeniero-jefe de seguridad en Luna City y quiero saber qué precauciones puede tomar este batiscafo contra posibles colisiones con criaturas de gran tamaño.

Javan parecía incómodo.

—La verdad es que no ha habido incidentes —musitó.

—¿Se cree que podrían producirse? ¿Aunque la probabilidad sea remota?

—Todo es remotamente probable. Pero, en realidad, las ballenas espermáticas son demasiado inteligentes para ponerse a jugar con nosotros y los pulpos gigantes son demasiado asustadizos.

—¿Pueden vernos?

—Claro, naturalmente. El batiscafo está iluminado.

—¿Llevamos focos?

—Ya hemos pasado la zona de los grandes animales, pero sí, los tenemos, y voy a

encenderlos para que los vea.

En el negro de la ventana de pronto apareció una tormenta de nieve, una tormenta de nieve en sentido inverso, con los copos cayendo hacia arriba. La negrura se había llenado de estrellas en alineación tridimensional y todas se desplazaban hacia arriba.

—¿Qué es eso? —dijo Demerest.

—Sólo porquería. Materia orgánica. Pequeñas criaturas. Flotan, se mueven poco y recogen la luz. Vamos bajando entre ellas. Por eso parece que suban.

Demerest fue adaptando su sentido de perspectiva y dijo:

—¿No estamos bajando demasiado aprisa?

—No, no es demasiado aprisa. Si así fuera, podría emplear los motores nucleares, suponiendo que quisiera desperdiciar energía; o podría arrojar un lastre. Más adelante así lo haré, pero de momento todo ya de maravilla. Respire tranquilo, señor Demerest. La nieve se hará menos densa a medida que descendamos y no es probable que veamos gran cosa en lo tocante a formas espectaculares de vida. Hay pequeños rapés y cosas por el estilo, pero nos esquivarán.

—¿Cuántas personas suele transportar en un solo viaje? —preguntó Demerest.

—He llevado hasta cuatro pasajeros en esta cabina, pero entonces resulta un poco estrecha. Podemos acoplar dos batiscafos y transportar diez personas, pero es engorroso. En realidad necesitaríamos convoyes de transbordadores, más pesados en cuanto a los «nuquis», o sea, los motores nucleares, y más ligeros en lo tocante a flotadores. Hay diseños de este tipo en proyecto, según me han dicho. Claro que hace años que vienen diciéndome lo mismo.

—Luego, ¿se prevé una gran expansión de Profundidad del Océano?

—Ya lo creo, ¿por qué no? Hemos construido ciudades en las plataformas continentales, ¿por qué no en el fondo del océano? En mi opinión, señor Demerest, el hombre irá y debe ir dondequiera que pueda llegar. La Tierra nos ha sido dada para poblana, y la poblaremos. Lo único que necesitamos para que el fondo del mar sea habitable son escafandras perfectamente manejables. Las cámaras de flotación nos frenan, nos hacen más vulnerables, y complican la técnica de construcción.

—Pero también les protegen, ¿no le parece? Si todo fallase de golpe, la gasolina que transportan aún les sacaría a flote. ¿Cómo se las arreglaría si le fallasen los motores nucleares y no contara con cámaras de flotación?

—Si vamos a preocuparnos por eso, le diré que es imposible pretender eliminar todas las probabilidades de que se produzca un accidente, aun tratándose de accidentes fatales.

—Lo sé perfectamente —dijo Demerest con sentimiento.

Javan se puso serio. Su voz cambió de tono.

—Lo siento. Lo he dicho sin la menor intención. Lamento lo de ese accidente.

—Ya —dijo Demerest. Quince hombres y cinco mujeres habían muerto. Uno de los individuos que figuraba en la lista de los «hombres» tenía catorce años. El accidente había sido atribuido finalmente a un fallo humano. ¿Qué podía decir a eso un ingeniero-jefe de seguridad?

—Sí —dijo.

Una mortaja se interpuso entre los dos hombres, una mortaja tan gruesa y abultada como el agua de mar comprimida del exterior. ¿Cómo prever el pánico y la distracción y la depresión, todo a la vez? Podían darse «lapsos lunáticos» —un nombre absurdo—, pero los hombres los sufrían en momentos poco oportunos. No siempre se advertía la proximidad de

un «lapso lunático», pero éstos causaban sopor y disminuían la capacidad de reacción de las personas.

¿Cuántas veces había caído un meteorito y había sido esquivado o se había conseguido frenarlo o se había podido absorber el golpe sin problemas? ¿Cuántas veces se habían producido perjudiciales temblores del suelo lunar y había sido posible controlarlos? ¿Cuántas veces se había recuperado un fallo humano y había sido posible compensarlo? ¿Cuántas veces no habían ocurrido diversos accidentes?

Pero los accidentes que no llegan a ocurrir no cuentan. Se habían producido veinte muertes...

—¿Se ven las luces de Profundidad del Océano! —exclamó Javan, (Cuántos minutos más tarde).

Al principio, Demerest no logró distinguirlos. No sabía hacia dónde debía mirar. En dos ocasiones anteriores, criaturas relucientes habían chispeado a lo lejos, a través de la ventana, para desaparecer luego con la luz de los focos, y Demerest las había tomado por las primeras señales de Profundidad del Océano. Ahora no veía nada.

—Ahí abajo —dijo Javan, sin indicar la dirección. Estaba atareado en ese momento, ocupado en frenar la caída y ajustar lateralmente el rumbo del batiscafo.

Demerest podía oír el lejano murmullo de los chorros de agua, impulsados a vapor, con el vapor que formaba el calor de momentáneos estallidos de energía atómica.

«Se alimentan de deuterio —pensó vagamente Demerest—, y están rodeados, de él por todas partes. Su producto de desecho es el agua y les rodea por todas partes».

Javan había arrojado también parte de su lastre e inició una especie de distante cháchara.

—Antes solían emplearse trocitos de acero como lastre y se dejaban caer por medio de controles electromagnéticos. En cada viaje se utilizaban cantidades de hasta cincuenta toneladas. Los conservacionistas comenzaron a preocuparse porque el fondo del océano se estaba llenando de acero en proceso de oxidación, conque lo sustituyeron por nódulos de metal incrustados en las rocas que se recogen desde la plataforma continental. Los recubrimos de una pequeña capa de hierro a fin de poder manipularlos electromagnéticamente y evitar que en el fondo del océano se deposite algo que no sea suboceánico para empezar. Además, también resulta más barato... Pero cuando tengamos batiscafos nucleares de verdad, no necesitaremos ningún tipo de lastre.

Demerest casi no le oía. Ahora se divisaba Profundidad del Océano. Javan había encendido sus faros, y bastante más abajo se extendía el fondo fangoso de la Fosa de Puerto Rico. Allí se alzaba, como un montón de perlas igualmente fangosas, el conglomerado esférico de Profundidad del Océano.

Cada unidad era una esfera igual a aquella en la que Demerest se iba hundiendo ahora hasta tocar puerto, aunque mucho más grande, y a medida que Profundidad del Océano se hacía más, y más, y más grande, iban sumándose nuevas esferas.

«Están a menos de ocho kilómetros de sus casas, no a trescientos cincuenta mil», pensó Demerest.

—¿Cómo nos las arreglaremos para entrar? —preguntó Demerest.

El batiscafo había tocado puerto. Demerest había oído el ruido apagado del metal al chocar contra metal pero luego habían transcurrido varios minutos sin que se oyera nada más que una especie de rasguído ocasional mientras Javan permanecía inclinado sobre sus instrumentos sumido en una profunda concentración.

—Eso no debe preocuparle —dijo al fin Javan, respondiendo con retraso a su

pregunta—. No hay ningún problema. Esta dilación se debe sólo a que he tenido que asegurarme de que el ajuste fuera perfecto. Una junta electromagnética se adhiere a todos los puntos formando un círculo perfecto. Si la información de los instrumentos es correcta, ello indica que estamos situados justo sobre la puerta de entrada.

—¿Y entonces ésta se abre?

—Lo haría si al otro lado hubiera aire, pero no lo hay. Está lleno de agua de mar y primero es preciso sacarla. Luego entraremos.

Demerest no echó ese detalle en saco roto. Había acudido allí ese día, el último de su vida, para encontrarle un sentido a esa misma vida y estaba decidido a no perderse detalle.

—¿A qué obedece esa medida adicional? —preguntó—. ¿Por qué no mantener la cámara de aire, suponiendo que sea eso, como tal, y tenerla siempre llena de aire?

—Tengo entendido que es por razones de seguridad —dijo Javan—. Ésa es su especialidad. El tabique intermedio recibe siempre la misma presión por ambos lados, excepto cuando lo está cruzando alguien. Esta puerta es el punto más débil de todo el sistema, puesto que se abre y se cierra; tiene juntas; tiene rebordes. ¿Sabe a qué me refiero?

—Lo sé —murmuró Demerest. Ahí había un punto flaco, lo cual significaba un posible resquicio por el cual... pero lo mejor sería aguardar.

—¿A qué esperamos ahora? —dijo.

—Están vaciando la cámara, expulsando fuera el agua.

—A base de aire.

—Cielos, no. No pueden permitirse desperdiciar el aire de esta forma. Se necesitarían mil atmósferas para vaciar el agua que contiene esa cámara y la cantidad de aire necesario para llenarla a esa densidad, aunque sea momentáneamente, es más de lo que pueden permitirse utilizar. El agua se desplaza con vapor.

—Claro. Naturalmente.

—Se calienta el agua —dijo alegremente Javan—. Toda la presión del mundo es incapaz de impedir que el agua se convierta en vapor cuando alcanza una temperatura superior a los 374 °C. Y el vapor expulsa el agua a través de una válvula unidireccional.

—Otro punto débil —dijo Demerest.

—Supongo que sí. Pero de momento nunca ha fallado. Ahora están expulsando el agua de la cámara. Cuando comienza a borbotea el vapor por la válvula, se interrumpe automáticamente el proceso y la cámara queda llena de vapor sobrecalentado.

—¿Y después?

—Y después disponemos de todo un océano para enfriarlo. Disminuye la temperatura y el vapor se condensa. Una vez llegados a este punto, se puede empezar a llenar de aire corriente a una presión de una atmósfera y entonces se abre la puerta.

—¿Cuánto rato tendremos que esperar?

—No mucho. Si fallara cualquier cosa, se oirían sonar las' sirenas. Al menos, eso dicen. Nunca he oído una en acción.

Siguieron unos minutos de silencio y luego, de pronto, se oyó un agudo estallido acompañado de una sacudida simultánea.

—Lo siento —dijo Javan—, debí habérselo advertido. Estoy tan acostumbrado que se me ha olvidado. Cuando se abre la puerta, una presión de mil atmósferas en el otro extremo nos empuja con fuerza contra la superficie metálica de Profundidad del Océano. No existe una fuerza electromagnética capaz de retenernos con el vigor suficiente para

impedir este último choque de una centésima de pulgada.

Demerest aflojó la mano que tenía cerrada y exhaló un suspiro.

—¿Todo en orden? —dijo.

—No se han agrietado las paredes, si se refiere a eso. Aunque, desde luego, suena como el fin del mundo, ¿verdad? El ruido aún es peor cuando tengo que marcharme y vuelve a llenarse la cámara de aire. Prepárese.

Pero, de pronto, Demerest había empezado a cansarse de esa situación. «Acabemos de una vez —se dijo—. No quiero alargarlo más».

—¿Vamos a entrar ahora? —preguntó.

—Ahora entraremos.

La abertura en la pared del batiscafo era pequeña y circular; más reducida aún que aquella por la cual habían entrado antes. Javan la cruzó sinuosamente, murmurando que siempre le hacía sentirse como el corcho de una botella.

Demerest no había sonreído desde su entrada en el batiscafo. Y tampoco podía decirse que realmente sonriera en ese momento, pero torció una comisura de la boca pensando que un flacucho habitante de la Luna no tendría problemas para pasar por allí.

Atravesó la abertura a su vez y notó que las manos de Javan le agarraban firmemente por la cintura, para ayudarle a pasar.

—Aquí no hay luz —dijo Javan—. No tendría sentido introducir otro punto vulnerable tendiendo cables para la iluminación. Pero para eso se inventaron las linternas.

Demerest se encontró en un pasillo perforado, cuya superficie de metal inoxidable relucía con un brillo apagado. Y a través de las perforaciones logró distinguir la superficie temblorosa del agua.

—La cámara no está vacía —dijo.

—No puede conseguirse nada mejor, señor Demerest. Si se vacía la cámara a base de vapor, luego queda ese vapor, y para obtener la presión necesaria para vaciarla ese vapor debe quedar comprimido hasta aproximadamente un tercio de la densidad del agua líquida. Cuando se condensa, una tercera parte de la cámara queda llena de agua, pero tiene una presión de una atmósfera solamente... Vamos, señor Demerest.

El rostro de John Bergen no era totalmente desconocido para Demerest. En el acto lo reconoció. Como director de Profundidad del Océano desde hacía diez años, Bergen era una cara habitual en las pantallas de televisión de la Tierra, tan habitual como las de los dirigentes de Luna City.

Demerest había visto la imagen del director de Profundidad del Océano en dos y también en tres dimensiones, en blanco y negro y en color. El hecho de verle ahora en persona no varió mucho su impresión.

Al igual que Javan, Bergen era bajo y de figura gruesa; con una estructura opuesta a la pauta fisiológica tradicional (¿ya tradicional?) en la Luna. Era bastante más rubio que Javan y tenía las facciones visiblemente asimétricas, con la nariz un poco gruesa ligeramente torcida hacia la derecha.

No era bien parecido. Ningún habitante de la Luna le habría considerado apuesto, pero entonces Bergen sonrió y el gesto con que le alargó la gran manaza tenía algo risueño también.

Demerest depositó su propia mano delgada en el hueco de la que le tendían y se dispuso a recibir un fuerte apretón, pero éste no llegó. Bergen estrechó ligeramente la mano y la soltó.

—Me alegra que haya venido —dijo—. No disponemos de grandes lujos, nada que

pueda hacer notoria nuestra hospitalidad, ni siquiera podemos declarar un día de fiesta en su honor, pero el espíritu está ahí. ¡Bienvenido!

—Gracias —dijo suavemente Demerest. Y continuó sin sonreír, aun después de eso. Estaba ante un enemigo y lo sabía. Seguro que Bergen también debía de saberlo y, en ese caso, esa sonrisa que esbozaba resultaba hipócrita.

Y en ese momento se oyó un choque ensordecedor de metal contra metal y la cámara se estremeció. Demerest brincó hacia atrás y se apoyó vacilante contra la pared.

Bergen no se inmutó.

—Ha sido el batiscafo al despegar —dijo con voz calmada— y el golpe del agua que comienza a llenar la cámara de aire. Javan debió de advertírselo.

Demerest, jadeante, intentaba calmar los latidos de su agitado corazón.

—Javan me lo había advertido —dijo—. Pero aun así me ha cogido por sorpresa.

—Bueno, no volverá a repetirse por algún tiempo —dijo Bergen—. No recibimos demasiadas visitas, sabe. No estamos equipados para ello, conque nos quitamos de encima a todos esos tipos importantes que creen que un viajecito hasta aquí abajo podría beneficiarles en sus carreras. Toda clase de políticos, principalmente. Claro que su caso particular es distinto.

Demerest se preguntó si era realmente distinto. Le había costado bastante conseguir el permiso para desplazarse ahí abajo. Sus superiores en Luna City no aprobaban el viaje, para empezar, y habían descartado desdeñosamente la idea de que un intercambio diplomático pudiera ser de alguna utilidad. («Intercambio diplomático», así lo habían llamado). Y después de vencer su resistencia, había tenido que hacer frente a la reticencia de Profundidad del Océano.

Su presente visita sólo había sido posible a fuerza de pura y simple persistencia. ¿En qué sentido era distinto, pues, el caso particular de Demerest?

—Supongo que en Luna City también tendrán sus problemas de relaciones públicas —comentó Bergen.

—Muy pocos —dijo Demerest—. La idea de un viaje de setecientos mil kilómetros, ida y vuelta, no suele entusiasmar a sus políticos como cuando se trata de hacer una excursión de quince kilómetros.

—No me extraña —convino Bergen— y es más caro desplazarse hasta la Luna, naturalmente... En cierto modo, éste es el primer encuentro del espacio interior y el espacio exterior. Que yo sepa, ningún hombre de los Océanos ha visitado jamás la Luna, y usted es el primer habitante de la Luna que visita cualquier tipo de base submarina. Ningún habitante de la Luna ha visitado ni tan sólo algunos de los centros de población de plataforma continental.

—Luego se trata de un encuentro histórico —dijo Demerest, y procuró que el sarcasmo no se trasluciera en su voz.

Si algo llegó a filtrarse, Bergen no dio señales de haberlo percibido. Se arremangó como para remarcar su actitud informal (¿o el hecho de que estaban muy atareados y, por tanto, no dispondría de mucho tiempo para visitas?) y dijo:

—¿Quiere café? Supongo que habrá comido. ¿Prefiere descansar un poco antes de que le muestre el lugar? Por cierto, ¿quiere lavarse las manos, como se dice eufemísticamente?

Por un instante, Demerest sintió un aguijonazo de curiosidad; aunque no una curiosidad totalmente sin objeto. Todas las cuestiones relativas a los contactos de Profundidad del Océano con el mundo exterior podían ser importantes.

—¿Cómo tienen resuelto el problema de los servicios sanitarios? —preguntó.

—Reciclamos la mayor parte; lo mismo deben de hacer en la Luna, supongo. Podemos arrojar los desechos si queremos o si es imprescindible. El hombre tiene mala fama por lo que a ensuciar el medio ambiente se refiere, pero ya que somos la única estación submarina, nuestros desechos no pueden causar ningún daño perceptible. Sólo añaden algo de materia orgánica —concluyó, riéndose.

Demerest también archivó ese dato. Arrojaban los desechos; luego debía de haber tubos de desecho. Su funcionamiento podría ser de interés y, en su condición de ingeniero especializado en seguridad, tenía derecho a mostrarse interesado.

—No —dijo—. No necesito nada por el momento. Si usted está ocupado...

—No hay problema. Siempre tenemos trabajo, pero yo soy el menos ocupado de todos, usted ya me entiende. Creo que lo mejor será que le enseñe el lugar. Contamos con más de cincuenta unidades, cada una del tamaño de ésta donde nos encontramos ahora; algunas son aún más grandes...

Demerest miró a su alrededor. También allí, al igual que en el batiscafo, se veían ángulos por todos lados, pero detrás de los muebles y los aparatos se adivinaban rastros de la inevitable pared exterior esférica. ¡Cincuenta unidades como ésta!

—Las hemos ido construyendo gracias a los esfuerzos de más de una generación —siguió diciendo Bergen—. La unidad donde ahora nos encontramos es, de hecho, la más antigua y se ha considerado la posibilidad de desmontarla y sustituirla por otra. Algunos de los hombres opinan que ya estamos en condiciones de construir una segunda generación de módulos, pero yo tengo mis dudas. Representaría un gran gasto, pues todo es caro aquí abajo, y sacarle dinero al Consejo del Proyecto Planetario resulta siempre una experiencia deprimente.

Demerest notó que le palpitaban, involuntariamente, las alas de la nariz, y un espasmo de ira recorrió su cuerpo. Era un golpe bajo, sin duda. Bergen tenía que conocer perfectamente las miserables experiencias de Luna City con el CPP.

Pero Bergen siguió hablando, indiferente.

—Además, soy tradicionalista; un poco al menos. Éste es el primer módulo submarino de gran profundidad que se construyó. Las dos primeras personas que pasaron una noche en el fondo de una fosa oceánica durmieron aquí; no tenían más que esta esfera desnuda y un miserable equipo portátil de fusión para accionar el escotillón de emergencia. Me refiero a la cámara de aire, pero al principio la denominamos escotillón de salida... y apenas los controles necesarios para ese fin. Reguera y Tremont, así se llamaban esos hombres. Y nunca llegaron a hacer un segundo viaje al fondo; después de eso permanecieron siempre en la cara exterior. En fin, cumplieron su cometido y los dos han muerto ya. Y aquí nos tiene con cincuenta personas y períodos de seis meses de servicio como norma habitual. Sólo he pasado dos semanas en la cara exterior en los últimos dieciocho meses.

Hizo un gesto vigoroso para indicar a Demerest que le siguiera, abrió una puerta corredera que se deslizó suavemente en una hendidura y le hizo pasar al módulo siguiente. Demerest se detuvo a examinar la abertura. No logró detectar ninguna junta entre los módulos adyacentes.

Bergen advirtió que el otro se había detenido y dijo:

—Cuando añadimos nuevos módulos, los soldamos a presión hasta obtener el equivalente de una sola pieza de metal y luego los reforzamos. Sin duda comprenderá que no podemos correr riesgos; tengo entendido que es ingeniero-jefe de seguridad...

Demerest le cortó en seco.

—Sí —dijo—. En la Luna admiramos su historial en materia de seguridad.

Bergen se encogió de hombros.

—Hemos tenido suerte. Por cierto que sentimos ese desgraciado percance que sufrieron. Me refiero a ese metal...

Demerest le interrumpió otra vez.

—Sí.

O bien Bergen era un hombre voluble por naturaleza, decidió el habitante de la Luna, o bien tenía unos enormes deseos de ahogarle en palabras y deshacerse pronto de él.

—Los módulos —dijo Bergen— están distribuidos en una cadena muy ramificada... tridimensional, en realidad. Tenemos un mapa que puedo mostrarle, si le interesa. La mayor parte de los módulos situados en los extremos son dependencias destinadas a dormitorio-sala de estar. Para tener cierta intimidad, ¿comprende? Los módulos donde se trabaja suelen servir al mismo tiempo de pasillos, lo cual representa una de las molestias de tener que vivir aquí abajo.

»Ésta es nuestra biblioteca; bueno, al menos parte de ella. No es grande, pero incluye también nuestros archivos, en microfilms cuidadosamente clasificados y computados, conque no sólo es la más grande del mundo en su categoría, sino también la mejor y la única existente en su género. Y tenemos una computadora especialmente diseñada para manipular las referencias, de forma que cubran exactamente nuestras necesidades. Archiva, selecciona, coordina, valora, y luego nos ofrece lo esencial.

»Además, tenemos otra biblioteca, películas de libros e incluso algunos volúmenes impresos. Pero éstos son para los ratos de ocio.

Una voz interrumpió la cordial cháchara de Bergen.

—¿John? ¿Puedo interrumpirte?

Demerest se sobresaltó; la voz había sonado a sus espaldas.

—¡Annette! —exclamó Bergen—. Ahora iba a llamarte. Te presento a Stephen Demerest de Luna City. Señor Demerest, ¿permite que le presente a mi esposa Annette?

Demerest se había vuelto a mirarla.

—Encantado de conocerla, señora Bergen —dijo en tono envarado y algo mecánico. Pero tenía los ojos fijos en su talle.

Annette Bergen aparentaba poco más de treinta años. Llevaba los cabellos castaños peinados con sencillez y no lucía maquillaje. Era atractiva, aunque no hermosa, observó Demerest distraído. Pero no lograba apartar los ojos de ese talle.

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—Sí, estoy encinta, señor Demerest. Me faltan unos dos meses para salir de cuenta.

—Usted perdone —murmuró Demerest—. Esta falta de delicadeza... no era mi intención... —Sus palabras se perdieron en un murmullo y se quedó como si el golpe recibido hubiera sido físico. No había esperado encontrar mujeres, aunque no sabía por qué. Sabía que tendría que haber mujeres en Profundidad del Océano. Y el piloto del transbordador le había dicho que Bergen estaba con su esposa.

—¿Cuántas mujeres hay en Profundidad del Océano, señor Bergen? —preguntó tartamudeando.

—Actualmente, nueve —dijo Bergen—. Todas son esposas. Esperamos que llegue un momento en que podamos contar con una relación normal de uno a uno, pero aún tenemos que dar prioridad a los trabajadores e investigadores, y a menos que las mujeres posean algún tipo de cualificaciones destacadas...

—Todas tienen algún tipo de cualificaciones destacadas, querido —dijo la señora Bergen—. Los hombres podrían prestar períodos de servicio más largos si...

—Mi mujer es una feminista convencida —dijo Bergen riendo—, pero no por eso deja de recurrir al subterfugio del sexo para imponer la igualdad. No me canso de decirle que ese proceder es femenino, no feminista, y ella siempre me remite... Bueno, ésa es la razón de que esté encinta. ¿Usted diría que es amor, sexomanía, instintos maternos? Nada de eso. Va a tener un bebé aquí abajo para marcarse un tanto filosófico.

—¿Por qué no? —dijo fríamente Annette—. O esto llega a ser un hogar para la humanidad o simplemente no será. Y si lo es, entonces tendremos hijos aquí, eso es todo. Quiero que mi hijo nazca en Profundidad del Océano. ¿Hay niños nacidos en Luna City, verdad, señor Demerest?

Demerest respiró hondo.

—Yo nací en Luna City, señora Bergen.

—Y ella, desde luego, ya lo sabía —musitó Bergen.

—Y creo que ya va rondando los treinta, ¿no? —dijo ella.

—Tengo veintinueve años —respondió Demerest.

—Y también sabía eso, desde luego —dijo Bergen con una risita cortada—. Puede apostar a que consultó todos los datos posibles sobre su persona en cuanto tuvo noticia de su visita.

—Eso no viene al caso ahora —dijo Annette—. Lo importante es que desde hace veintinueve años por lo menos están naciendo niños en Luna City, y en Profundidad del Océano no ha nacido ninguno todavía.

—Luna City lleva más tiempo de existencia, cariño —dijo Bergen—. Tiene más de medio siglo, y nosotros aún no hemos cumplido veinte años.

—Veinte años es un período suficiente. La gestación de un bebé dura nueve meses.

—¿Hay niños en Profundidad del Océano? —intervino Demerest.

—No —dijo Bergen—. No. Pero algún día los habrá.

—Dentro de dos meses, desde luego —dijo Annette Bergen sin vacilación.

La tensión se iba acumulando en Demerest. Le alegró poder sentarse y aceptó complacido una taza de café cuando regresaron al módulo donde le había recibido Bergen al llegar.

—No tardaremos en comer —dijo Bergen, yendo al grano—. Espero que no le importará sentarse aquí un rato mientras esperamos. Este primer módulo no se usa para gran cosa, excepto para la recepción de naves, como es lógico, un acontecimiento que no creo nos interrumpa durante cierto tiempo. Podemos hablar, si quiere.

—Eso quiero —dijo Demerest.

—Supongo que no les molestará mi presencia —dijo Annette.

Demerest la miró dubitativo, pero Bergen le dijo:

—Tendrá que acceder. Siente fascinación por usted y por todos los habitantes de la Luna en general. Cree que son..., bueno..., cree que son una nueva raza, y tengo la impresión de que cuando se harte de ser una mujer de las profundidades querrá ser habitante de la Luna,

—Sólo quisiera aprovechar la oportunidad para hacer una pequeña observación, John, y cuando la haya hecho me gustará oír la opinión del señor Demerest. ¿Qué opina de nosotros, señor Demerest?

—Solicité venir aquí, señora Bergen —dijo cautelosamente Demerest—, porque soy ingeniero especializado en cuestiones de seguridad. Profundidad del Océano posee un

historial envidiable en esta materia...

—Ni un solo accidente en casi veinte años —dijo Bergen con entusiasmo—. Sólo una muerte por accidente en las poblaciones de la plataforma continental, y ninguno en los traslados, ya sea por submarino o en batiscafo. Sin embargo, me gustaría poder afirmar que ello es gracias a nuestra prudencia o nuestra cautela. Hacemos lo que podemos, desde luego, pero hemos tenido suerte...

—John —le interrumpió Annette—, me gustaría tanto que dejaras hablar al señor Demerest.

—Como ingeniero especializado en seguridad —dijo Demerest—, no puedo permitirme el lujo de confiar en la suerte. En Luna City no podemos parar los temblores de tierra ni detener los grandes meteoritos, pero nuestro diseño está pensado para minimizar incluso los efectos de estos incidentes. Los fallos humanos no tienen excusa, o no debieran de tenerla. En Luna City no hemos conseguido evitarlos; nuestro historial reciente ha sido —bajó la voz— malo. Aunque todos sabemos que los seres humanos son imperfectos, las máquinas deberían estar diseñadas teniendo en cuenta esa imperfección. Perdimos veinte hombres y mujeres...

—Lo sé. Pero Luna City tiene una población de casi un millar de personas, ¿no? Su supervivencia no está en peligro.

—La población de Luna City suma novecientos setenta y dos habitantes, incluido yo mismo, pero nuestra supervivencia está en peligro. Dependemos de la Tierra para nuestros suministros esenciales. Y no tiene por qué ser así; ya no sería así si el Consejo del Proyecto Planetario fuera capaz de resistir a la tentación de crear economías dependientes...

—En eso, al menos, somos del mismo parecer, señor Demerest —dijo Bergen—. Nosotros tampoco somos autosuficientes, y podríamos serlo. Más aún, no podremos desarrollarnos mucho más allá de nuestro presente nivel si no se construyen batiscafos nucleares. Mientras sigamos funcionando en base a ese principio de flotación, nuestras posibilidades serán siempre limitadas. El transporte entre Profundidad y la cara exterior es lento; es lento para los hombres y más aún cuando se trata de material y suministros. Señor Demerest, he estado insistiendo para que se nos conceda...

—Sí, y ahora lo tendrán, señor Bergen, ¿verdad?

—Eso espero; pero, ¿por qué está tan seguro?

—No nos engañemos, señor Bergen. Usted sabe perfectamente que la Tierra está obligada a dedicar una cantidad determinada de dinero a proyectos de expansión, a programas destinados a ampliar el hábitat humano, y esa cantidad no es excesivamente grande. La población de la Tierra no va a prodigar recursos en un esfuerzo de expender el espacio exterior o interior si considera que ello redundará en perjuicio de la comodidad y confort de su hábitat fundamental, la superficie terrestre del planeta.

Annette intervino en la conversación.

—Lo dice como si fuese una crueldad por parte de los habitantes de la Tierra, señor Demerest, y eso no es justo. ¿No le parece que simplemente es humano desear estar seguro? La Tierra está superpoblada y sólo va recuperándose lentamente del desastre que causó en el planeta el Alocado Siglo Veinte. Es evidente que lo primero debe ser el hogar ancestral del hombre, con prioridad frente a Luna City o Profundidad del Océano. Cielos, Profundidad del Océano es casi un hogar para mí, pero no puedo desear su crecimiento a expensas de la superficie terrestre del planeta.

—No se trata de una disyuntiva, señora Bergen —dijo Demerest muy serio—. Una

explotación, firme, honrada e inteligente del océano y el espacio exterior sólo puede redundar en provecho de la Tierra. Una pequeña inversión se perderá, pero una gran inversión se amortizará con los beneficios obtenidos.

Bergen levantó la mano.

—Sí, lo sé. No tiene que convencerme de eso. Está intentando convertir al converso. Vamos a comer. Voy a decirle una cosa. Comeremos aquí. Si acepta pasar la noche aquí, o incluso varios días si lo prefiere, por nosotros, encantados; ya tendrá ocasión de conocer a todo el mundo. Pero tal vez prefiera tomárselo con calma para empezar.

—Eso desde luego —dijo Demerest—. En realidad, me gustaría quedarme aquí... Por cierto, quisiera preguntarle por qué he visto tan pocas personas en los módulos.

—No es ningún secreto —dijo cordialmente Bergen—. En cualquier momento del día, quince de nuestros hombres se encuentran durmiendo y alrededor de otros quince están viendo películas o jugando al ajedrez o, si tienen con ellos a sus esposas...

—Sí, John —dijo Annette.

—Y no solemos molestarlos. El espacio es limitado y los hombres aprecian toda la intimidad que pueden conseguir. Unos cuantos están en el mar; ahora mismo creo que son tres. Nos quedan, pues, alrededor de una docena que están trabajando aquí y ya los ha visto.

—Voy a servir la comida —dijo Annette y se levantó. Sonrió y cruzó el umbral de la puerta, que se cerró automáticamente a sus espaldas.

Bergen la siguió con la mirada.

—Es una concesión. Está haciendo el papel de mujercita en su honor. Por lo general, tanto podría haber sido yo como ella quien se ocupara de servir el almuerzo. La opción no está determinada por el sexo, sino por el humor del momento.

—Las puertas que comunican los módulos —dijo Demerest— parecen tener una resistencia peligrosamente limitada, diría yo.

—¿En serio?

—Si ocurriera un accidente, y se perforara un módulo...

—Aquí abajo no hay meteoritos —dijo Bergen sonriendo.

—Oh, claro, no es la palabra adecuada. Si se produjera algún tipo de filtración, por cualquier motivo, ¿podrían sellar un módulo o un grupo de módulos frente a toda la presión del océano?

—Quiere decir del mismo modo como Luna City puede sellar automáticamente las unidades que la integran en caso de perforación por un meteorito y así limitar los daños a una sola unidad.

—Sí —dijo Demerest con un dejo de amargura—. Justo lo que no ocurrió recientemente.

—En teoría podríamos hacerlo, pero las probabilidades de que se produzca un accidente son mucho menores aquí abajo. Como ya he dicho, no hay meteoritos y, lo que es más, tampoco hay, prácticamente, ningún tipo de corrientes. Incluso un terremoto con epicentro justo debajo de nuestros pies no causaría mayores daños, pues no tenemos ningún punto de contacto fijo o sólido con el fondo y el mismo océano se encarga de amortiguar los golpes. De modo que podemos permitirnos operar con el supuesto de que no se producirá una entrada masiva de agua.

—Pero, ¿y si se produjera?

—Entonces, nada podríamos hacer. Verá, no es tan sencillo sellar los módulos aquí. En la Luna tienen una diferencia de presión de sólo una atmósfera; una atmósfera en el interior y las cero atmósferas del vacío en el exterior. Basta con una pared muy delgada.

Aquí, en Profundidad del Océano, la diferencia de presión es de unas mil atmósferas. Garantizar una seguridad absoluta frente a esa diferencia de presión supondría un gran gasto de dinero y usted mismo ya ha dicho lo que cuesta sacarle dinero al CPP. Conque confiamos en la suerte, y hasta el momento nos ha sido favorable.

—Y a nosotros no —dijo Demerest.

Bergen parecía incómodo, pero Annette llegó en ese preciso momento con el almuerzo, y su aparición distrajo la atención de los dos.

—Confío que no le importe comer parcamente, señor Demerest —dijo—. En Profundidad del Océano sólo tenemos alimentos precocinados que únicamente se tienen que calentar. Nuestra especialidad son los platos insulsos y sin sorpresas, y la no sorpresa del día es un insulso pollo a la king, con zanahorias, patatas hervidas, un trozo de algo que parece bizcocho de chocolate de postre y, naturalmente, tanto café como le apetezca.

Demerest se levantó para coger su bandeja e intentó sonreír.

—Suenan bastante similar a la comida de la Luna, señora Bergen, y he sido criado a base de ella. Cultivamos nuestros propios alimentos microorganismicos. Comerlos es un acto de patriotismo, pero no resulta particularmente placentero. Aunque tenemos la esperanza de seguir perfeccionándolos.

—Estoy segura de que los mejorarán.

Mientras comía, masticando cada bocado lenta y metódicamente, Demerest dijo:

—Detesto llevar la conversación a mi especialidad, pero ¿hasta qué punto es segura contra posibles accidentes su cámara de aire de entrada?

—Ése es el punto más débil de Profundidad del Océano —dijo Bergen. Había terminado de comer, mucho antes que los otros dos, y ya iba por la mitad de su primera taza de café—. Pero es preciso contar con una pared intermedia, ¿verdad? La entrada es todo lo automática que hemos podido lograr, y a prueba de error al máximo. En primer lugar: es preciso que se haya establecido contacto en todos los puntos de la compuerta exterior antes de que el generador de fusión comience a calentar el agua que llena la cámara. Más aún, el contacto tiene que ser metálico y de un metal exactamente de la misma permeabilidad magnética que el que empleamos en nuestros batiscafos. Cabe la posibilidad de que una roca o algún mítico monstruo de las profundidades submarinas cayera sobre nosotros y estableciera contacto justo en los puntos adecuados; pero, aun así, nada ocurriría.

»Por otra parte, además, la puerta exterior no se abre hasta que el vapor ha expulsado el agua y luego se ha condensado; en otras palabras, hasta que la presión y la temperatura no han descendido por debajo de cierto punto. En el momento en que la puerta exterior comienza a abrirse, un incremento relativamente escaso de la presión interna, en caso de que entrara agua, por ejemplo, la haría cerrarse de nuevo.

—Pero después, una vez que los hombres han cruzado la cámara, se cierra la puerta interior a sus espaldas y deben dejar entrar otra vez el agua en la cámara —dijo Demerest—. ¿Pueden hacerlo gradualmente con toda la presión exterior del océano en contra?

—No demasiado lentamente. —Bergen sonrió—. No compensa oponer demasiada resistencia al océano. Es preciso doblegarse bajo el golpe. Lo amortiguamos hasta aproximadamente un décimo del libre flujo, pero incluso así es como un escopetazo e incluso más fuerte, como un trueno, o una tromba de agua, si prefiere. Sin embargo, la puerta interior puede resistirlo y no debe sufrir ese impacto con demasiada frecuencia. Pero, un momento, usted oyó el estallido de la tromba de agua cuando acabábamos de conocernos, cuando el batiscafo de Javan volvió a zarpar. ¿Recuerda?

—Lo recuerdo —dijo Demerest—. Pero hay un detalle que no logro comprender. Mantienen la cámara constantemente llena de agua del océano a alta presión a fin de evitar la presión sobre la puerta exterior. Pero ello hace recaer todo el impacto sobre la puerta interior. La presión tiene que hacerse sentir en algún lugar.

—Desde luego, así es. Pero si cediera la puerta exterior, con un diferencial de mil atmósferas entre una y otra cara, todo el océano, con sus millones de kilómetros cúbicos de agua, intentaría colarse dentro y ese sería el fin de todo. Si la que sufre la presión es la puerta interior y ésta cede, la situación será bastante mala, pero toda el agua que entrará en Profundidad del Océano será la limitada cantidad que llena la cámara, y su presión disminuirá en el acto. Ello nos permitirá disponer del tiempo suficiente para las reparaciones, pues la puerta exterior resistirá sin duda un buen rato.

—Pero si ambas ceden al mismo tiempo...

—Entonces no tendremos salvación. —Bergen se encogió de hombros—. No creo necesario decirle que la certeza absoluta y la seguridad absoluta no existen. Es preciso vivir con algún riesgo, y las probabilidades de un fallo doble o simultáneo son tan microscópicamente reducidas que la situación resulta fácilmente soportable.

—Si fallan todos sus mecanismos de seguridad...

—Son a prueba de cualquier fallo —dijo obcecadamente Bergen.

Demerest asintió. Había terminado de comer el polio. La señora Bergen ya estaba empezando a recoger la mesa.

—Espero que sabrá perdonar mis preguntas, señor Bergen.

—Puede preguntar tanto como desee. La verdad es que no estaba informado del contenido exacto de la misión que le traía aquí. «Investigación sobre el terreno» es una expresión muy vaga. Aunque supongo que el reciente desastre habrá causado gran desazón en la Luna, y como ingeniero de seguridad considera justificadamente que su responsabilidad es corregir cualquier posible deficiencia, y le interesaría aprender algo, si es posible, del sistema que empleamos en Profundidad del Océano.

—Exactamente. Pero, fijese bien, si todos sus mecanismos automáticos fallasen sobre seguro por algún motivo, cualquier motivo, saldrían con vida, pero todos sus mecanismos de salida de emergencia quedarían permanentemente sellados. Quedarían atrapados dentro de Profundidad del Océano y sólo habrían cambiado una muerte rápida por otra más lenta.

—Es poco probable que eso suceda, pero en ese caso confiaríamos poder reparar los fallos antes de que se agotara nuestra reserva de aire. Además, tenemos un sistema manual de emergencia.

—¿Ah, sí?

—Naturalmente. Cuando se fundó Profundidad del Océano, y este módulo que ocupamos ahora era el único existente, sólo poseíamos controles manuales. Eso sí que era poco seguro, diría yo. Ahí los tiene, justo a sus espaldas, cubiertos con plástico astillable.

—En caso de emergencia, rompa el cristal —murmuró Demerest, mientras inspeccionaba las instalaciones cubiertas.

—¿Perdón, decía?

—Sólo una frase de uso común en los antiguos sistemas contra incendios... Bueno, ¿funcionan todavía esos controles manuales, o acaso lleva ese sistema veinte años cubierto por su plástico astillable y se ha deteriorado por completo hasta hacerse completamente inservible sin que nadie lo advirtiera?

—En absoluto. Lo probamos periódicamente, como hacemos con todo nuestro

equipo. No me encargo personalmente de ello, pero sé que así se hace. Si cualquier circuito eléctrico o electrónico no funciona con normalidad, comienzan a encenderse lucecitas, suenan alarmas, ocurren todo tipo de cosas excepto una explosión nuclear... ¿Sabe una cosa, señor Demerest? Sentimos tanta curiosidad por Luna City como usted por Profundidad del Océano. Supongo que no le importará invitar a uno de nuestros jóvenes...

—¿Y por qué no una joven? —intervino Annette en el acto.

—No dudo que te refieres a ti misma, cariño —dijo Bergen—, a lo cual sólo puedo replicar que estás decidida a tener un hijo aquí y a criarlo aquí durante cierto tiempo después de su nacimiento, y eso te descarta sin remedio como posible candidata.

—Confiamos que enviarán algún hombre a Luna City —dijo Demerest envarado—. Estamos deseosos de hacerles comprender nuestros problemas.

—Sí, un mutuo intercambio de problemas y de lamentaciones sería posiblemente un gran consuelo para todos. Por ejemplo, ustedes en Luna City disfrutaban de una ventaja que me gustaría poder tener aquí. Con su pequeña gravedad y una reducida diferencia de presión, pueden dar a sus cavernas cualquier forma irregular o angulosa que les sugiera su sentido estético o sea necesaria por razones de comodidad. Aquí abajo estamos limitados a la esfera, al menos en el futuro previsible, y nuestros diseñadores llegan a adquirir una fobia increíble hacia todo lo esférico. La verdad es que la cosa no tiene gracia. Quedan deshechos. Al fin acaban dimitiendo antes que seguir trabajando esféricamente.

Bergen meneó la cabeza y se echó hacia atrás en su silla, apoyando el respaldo contra un armario de microfilms.

—¿Sabe una cosa? —continuó—, cuando William Beebe construyó la primera cámara submarina de la historia, en la década de mil novecientos treinta, ésta no era más que una cabina suspendida del buque nodriza a través de media milla de cable, sin cámaras de flotación ni motores, y si el cable se hubiera roto, buenas noches, sólo que eso nunca ocurrió... Pero, ¿qué estaba diciendo? Oh, cuando Beebe construyó su primera cámara submarina, su intención era hacerla cilíndrica; para que un hombre pudiera acomodarse en ella, ¿comprende? A fin de cuentas, un hombre es básicamente un cilindro largo y delgado. Pero, un amigo le convenció de que no lo hiciera y de que utilizara una esfera, por la sensata razón de que una esfera resistiría mejor a la presión que cualquier otra forma posible. ¿Sabe quién fue ese amigo?

—No, me temo que no.

—El hombre que fue presidente de los Estados Unidos en tiempos de los descendientes de Beebe: Franklin D. Roosevelt. Todas estas esferas que ve aquí abajo son bisnietas de la sugerencia de Roosevelt.

Demerest reflexionó brevemente al respecto pero no hizo ningún comentario. Volvió al tema inicial.

—Nos interesaría especialmente que alguien de Profundidad del Océano visitase Luna City —dijo—, pues tal vez ello despertaría una comprensión suficiente, por parte de Profundidad del Océano, de la necesidad de adoptar una pauta de actuación que puede representar un considerable sacrificio.

—¿Cómo? —Las cuatro patas de la silla de Bergen se posaron en el suelo—. ¿A qué se refiere?

—Profundidad del Océano es una obra magnífica; no es mi intención restarle ningún mérito. Y comprendo que aún llegará a superarse, hasta convertirse en una maravilla del mundo. Pero...

—¿Pero?

—Pero los océanos no dejan de ser sólo una parte de la Tierra; una parte importante, pero sólo eso, una parte. Las profundidades submarinas son sólo una parte del océano. Son verdaderamente un espacio interior; se desarrollan hacia dentro, convergiendo constantemente en un punto.

—Me parece —intervino Annette con gesto algo torvo— que se propone hacer comparaciones con Luna City.

—Así es, en efecto —dijo Demerest—. Luna City representa el espacio exterior, que se expande hasta el infinito. A largo plazo, aquí abajo no habrá dónde ir; desde allí puede irse a todas partes.

—El tamaño y el volumen no son el único criterio, señor Demerest —dijo Bergen—. Es cierto que el océano es sólo una pequeña parte de la Tierra, pero por ese mismo motivo está íntimamente relacionado con más de cinco mil millones de seres humanos. Profundidad del Océano tiene carácter experimental, pero los centros de población de la plataforma continental ya merecen el nombre de ciudades. Profundidad del Océano ofrece a la humanidad la posibilidad de explotar la totalidad del planeta...

—De polucionar todo el planeta —le corrigió Demerest excitado—. De saquearlo, de acabar con él. La concentración del esfuerzo humano en la misma Tierra es malsana e incluso puede resultar fatal, si no está compensada por un movimiento hacia las fronteras exteriores.

—En esas fronteras no hay nada —dijo Annette escupiendo las palabras—. La Luna está muerta, todos los demás mundos situados allí fuera están muertos. Y si existen mundos vivos entre las estrellas, a años luz de distancia, es imposible llegar a ellos. Este océano está vivo.

—La Luna también está viva, señora Bergen, y si Profundidad del Océano lo permite, la Luna se convertirá en un mundo independiente. Los habitantes de la Luna nos encargaremos entonces de llegar hasta otros mundos y les daremos vida y, si la humanidad sabe tener sólo un poco de paciencia, llegaremos hasta las estrellas. ¡Nosotros! ¡Nosotros lo conseguiremos! Sólo nosotros, los habitantes de la Luna, que estamos habituados al espacio, que estamos habituados a vivir en una caverna, que estamos habituados a un medio mecánico, sólo nosotros podríamos resistir la vida en una nave espacial que tal vez deba viajar durante siglos antes de alcanzar las estrellas.

—Un momento, Demerest, espere —dijo Bergen, levantando la mano—. ¡Alto ahí! ¿Qué significa eso de si Profundidad del Océano lo permite? ¿Qué tenemos que ver nosotros con eso?

—Ustedes compiten con nosotros, señor Bergen. El Consejo del Proyecto Planetario se inclinará a su favor, les dará más a ustedes, y menos a nosotros, porque a corto plazo, como dice su esposa, el océano está vivo, y la Luna, a excepción de un millar de hombres, no lo está; porque ustedes están a media docena de millas de distancia y nosotros a un cuarto de millón; porque es posible llegar hasta aquí en una hora y para llegar hasta nosotros se precisan tres días. Y porque su historial en materia de seguridad es ideal y nosotros hemos tenido... desgracias.

—Esto último, desde luego, es trivial. En cualquier momento pueden ocurrir accidentes, en cualquier lugar.

—Pero las trivialidades pueden ser útiles —dijo Demerest con rencor—. Pueden emplearse para manipular las emociones. Para gentes que no comprenden el objeto y la importancia de la exploración espacial, la muerte de los habitantes de la Luna en accidentes es prueba suficiente de que la Luna es peligrosa, de que su colonización es una inútil

fantasía. ¿Por qué no? Es la excusa que emplean para ahorrar dinero y luego pueden calmar su conciencia invirtiendo parte de ese dinero en Profundidad del Océano. Por eso he dicho que el accidente ocurrido en la Luna había puesto en peligro la supervivencia de Luna City, aunque sólo murieran veinte personas entre casi un millar.

—No acepto su argumento. Durante muchos años ha habido dinero suficiente para los dos.

—No el suficiente. De eso se trata precisamente. Las inversiones no han sido suficientes para lograr que la Luna pudiera independizarse en todos estos años, y luego se escudan en esa falta de independencia para perjudicarnos. Tampoco ha habido las inversiones suficientes para que Profundidad del Océano pudiera llegar a subsistir autónomamente... Pero ahora les podrán dar lo suficiente si nos cortan todos los fondos a nosotros.

—¿Cree que eso puede suceder?

—Estoy casi seguro de que ocurrirá, a menos que Profundidad del Océano demuestre un interés de estadista por el futuro del hombre.

—¿Cómo?

—Negándose a aceptar fondos adicionales. No compitiendo con Luna City. Anteponiendo el bienestar de toda la raza a sus intereses particulares.

—Sin duda no esperará que desmantelamos...

—No será necesario. ¿No se da cuenta? Ayúdenos a explicar que Luna City es esencial, que la exploración del espacio es la esperanza de la humanidad; que están dispuestos a esperar, a reducir gastos si es necesario.

Bergen miró a su esposa y arqueó las cejas. Ella meneó la cabeza indignada.

—Me parece que tiene una idea demasiado romántica del CPP. Aun cuando yo pronunciara nobles y abnegados discursos, ¿quién le garantiza que me escucharían? La cuestión de Profundidad del Océano depende de muchísimas otras cosas más que mi opinión y mis declaraciones. También están las consideraciones económicas y el sentimiento público. ¿Por qué no se serena, señor Demerest? No será el fin de Luna City. Les concederán fondos. Estoy seguro. De verdad se lo digo, estoy seguro. Dejemos esto ahora...

—No, tengo que convencerle de alguna forma u otra de que hablo en serio. Si es necesario, Profundidad del Océano debe interrumpir sus actividades a menos que el CPP pueda proporcionarnos amplios fondos a los dos.

—¿Es esto una especie de misión oficial, señor Demerest? —dijo Bergen—. ¿Me está hablando oficialmente, en nombre de Luna City, o sólo a título personal?

—Sólo a título personal, pero tal vez con eso baste, señor Bergen.

—Yo no lo creo así. Lo siento, pero esto está empezando a resultar desagradable. Sugiero que, a fin de cuentas, lo mejor será que regrese a la cara exterior en el primer batiscafo disponible.

—¡Todavía no! ¡Todavía no! —Demerest miró desesperado a su alrededor, luego se incorporó vacilante y se apoyó de espaldas contra la pared. Era demasiado alto para la habitación y percibió claramente cómo se le escurría la vida. Un paso más y no habría podido volverse atrás.

Ya les había dicho en la Luna que de nada serviría intentar hablar, intentar negociar. Era una lucha a vida o muerte por los fondos disponibles, y el destino de Luna City no podía verse frustrado; no en favor de Profundidad del Océano; ni en favor de la Tierra; no, ni por toda la Tierra, pues la humanidad y el universo estaban por encima de la misma

Tierra. El hombre debía abandonar el útero materno y...

Demerest podía oír su propio jadeo enfurecido y la íntima agitación del torbellino de sus pensamientos. Los otros dos le contemplaban con una mirada que parecía preocupada. Annette se levantó y dijo:

—¿Se siente mal, señor Demerest?

—No me siento mal. Siéntese. Soy ingeniero de seguridad y quiero enseñarles un par de cosas sobre la seguridad. Siéntese, señora Bergen.

—Siéntate, Annette —dijo Bergen—. Yo me ocuparé de él. —Se levantó y avanzó un paso.

—No —dijo Demerest—. Usted tampoco se mueva. Tengo una cosa aquí escondida. Es usted demasiado ingenuo en lo tocante a los peligros humanos, señor Bergen. Se protege contra el mar y contra los fallos mecánicos, y no registra a sus visitantes humanos, ¿verdad? Tengo un arma, señor Bergen.

Ahora que lo había dicho y ya había dado el paso definitivo, a partir del cual no había posible vuelta atrás, pues sería hombre muerto hiciera lo que hiciese, se sentía bastante tranquilo.

—Oh, John —exclamó Annette, y apretó el brazo de su marido—. Es...

Bergen se puso frente a ella.

—¿Un arma? ¿Esa cosa es un arma? Ahora, tranquilo, Demerest, tranquilo. No hay motivo para excitarse. Si quiere hablar, hablaremos. ¿Qué es eso?

—Nada dramático. Un rayo láser portátil.

—¿Qué pretende hacer con él?

—Destruiré Profundidad del Océano.

—Pero no puede hacer eso, Demerest. Sabe que no puede hacerlo. La cantidad de energía que cabe en un puño es limitada, y cualquier láser que pueda sostenerse en una mano sería incapaz de generar el calor suficiente para atravesar las paredes.

—Lo sé. Éste contiene más energía de lo que usted cree. Está fabricado en la Luna, y fabricar la unidad de energía en el vacío tiene ciertas ventajas. Pero tiene usted razón. Aun así, está destinado a ejecutar sólo pequeños trabajos y es preciso recargarlo con frecuencia. Conque no tengo intención de intentar penetrar treinta centímetros o más de aleación de acero con él... Pero me ayudará a conseguir mi propósito indirectamente. Para empezar, les mantendrá quietos a los dos. Tengo energía suficiente en mi puño para matar a dos personas.

—No nos matará —dijo Bergen con voz neutra—. No tiene ningún motivo para hacerlo.

—Si con eso quiere insinuar que soy un ser irrazonable y que debe conseguir de algún modo hacerme recapacitar sobre mi locura, olvídalo —dijo Demerest—. Tengo todos los motivos para matarles y les mataré. Con el rayo láser si es necesario, aunque preferiría no tener que hacerlo.

—¿De qué le servirá matarnos? No lo comprendo. ¿Es porque me he negado a sacrificar los fondos de Profundidad del Océano? No podía hacer otra cosa. Realmente no me corresponde a mí tomar la decisión. Y aunque me mate, ello no le ayudará a conseguir sus propósitos, ¿no cree? De hecho, será todo lo contrario. Si un habitante de la Luna es un asesino, ¿cómo influirá ese hecho sobre la imagen de Luna City? Piense en las emociones humanas en la Tierra.

Cuando se decidió a intervenir, Annette habló en un tono imperceptiblemente chillón.

—¿No se da cuenta de que la gente dirá que las radiaciones solares que recibe la Luna tienen efectos perniciosos? ¿Qué las manipulaciones genéticas que han servido para reorganizar sus huesos y músculos han afectado también su estabilidad mental? Piense en la palabra «lunático», señor Demerest. Antaño los hombres creían que la Luna causaba locura.

—No estoy loco, señora Bergen.

—Eso es lo de menos —dijo Bergen, recogiendo serenamente el cable que acababa de lanzar su esposa—. Dirán que lo estaba; que todos los habitantes de la Luna están locos; y clausurarán Luna City y la Luna misma quedará cerrada a posteriores exploraciones, tal vez de forma definitiva. ¿Es eso lo que desea?

—Ello tal vez ocurriría si pensasen que yo les había matado, pero no lo pensarán. Será un accidente. —Con su codo izquierdo Demerest rompió el plástico que cubría los controles manuales—. Conozco este tipo de unidades —dijo—. Sé exactamente cómo operan. Lógicamente, al romperse ese plástico debería encenderse una señal luminosa; al fin y al cabo, podría haberse roto accidentalmente, y entonces alguien acudiría a investigar o, mejor aún, los controles quedarían inmovilizados hasta que alguien los operase deliberadamente para tener la seguridad de que no había sido sólo una rotura accidental. —Hizo una pausa, luego continuó—: Pero estoy seguro de que nadie vendrá; de que no se ha producido ninguna señal de alarma. Su sistema manual no es a prueba de errores porque, en lo más íntimo, usted abrigaba la convicción de que jamás lo utilizarían.

—¿Qué se propone hacer? —dijo Bergen.

Estaba tenso, y Demerest observó atentamente sus rodillas y dijo:

—Dispararé sin vacilación si intenta saltar sobre mí, y luego continuaré tranquilamente mi trabajo.

—Creo que no me está dejando nada que perder.

—Perderá tiempo. Déjeme hacer sin inmiscuirse y dispondrá de unos cuantos minutos para seguir hablando. Es posible que incluso llegue a convencerme. He ahí mi propuesta. No se meta conmigo y yo le daré la oportunidad de convencerme.

—¿Qué se propone hacer?

—Esto —dijo Demerest. No tuvo que mirar. Alargó la mano izquierda y cerró un contacto—. Ahora la unidad de fusión comenzará a calentar la cámara de aire y el vapor la vaciará. Será cuestión de pocos minutos. Y estoy seguro de que cuando esté vacía se encenderá uno de esos botoncitos rojos transparentes.

—¿Acaso pretende...?

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo Demerest—. Ya sabe que, si he hecho lo que he hecho, mi intención debe ser inundar Profundidad del Océano.

—Pero, ¿por qué? Maldita sea, ¿por qué?

—Porque se interpretará como un accidente. Porque será una mancha en su expediente en materia de seguridad. Porque será una catástrofe total y les borraré del mapa. Y el CPP perderá interés por ustedes y Profundidad del Océano habrá perdido todo su atractivo. Nosotros recibiremos el dinero; nosotros continuaremos. Si pudiera lograr que eso ocurriera de alguna otra forma, así lo haría, pero las necesidades de Luna City son las necesidades de la humanidad, y éstas están por encima de todo.

—Usted también morirá —consiguió decir Annette.

—Naturalmente. ¿Cree que querría vivir después de haberme visto obligado a hacer algo así? No soy un asesino.

—Pero lo será. Si inunda este módulo, inundará toda Profundidad del Océano, matará a todos los que se encuentran aquí y condenará a una muerte más lenta a los que han

salido en sus submarinos. Cincuenta hombres y mujeres, un niño que aún está por nacer...

—Eso no es culpa mía —dijo Demerest, con evidente sufrimiento—. No esperaba encontrar a una mujer encinta aquí, pero puesto que así ha sido, no puedo permitir que eso me detenga.

—Pero debe detenerse —dijo Bergen—. Su plan fracasará a menos que lo que ocurra aparezca como un accidente. Le encontrarán con un emisor de rayos en la mano y con los controles manuales claramente manipulados. ¿Cree que no sabrán deducir la verdad a partir de eso?

Demerest empezaba a sentir un gran cansancio.

—Señor Bergen, habla como un desesperado. Escúcheme bien... Cuando se abra la puerta exterior, esto se inundará de agua a una presión de mil atmósferas. Será como un enorme ariete que lo destruirá y arrasará todo a su paso. Las paredes de los módulos de Profundidad del Océano resistirán, pero todo lo que hay dentro de ellas quedará retorcido e irreconocible. Los seres humanos quedarán reducidos a tejidos desgarrados y huesos en astillas, y la muerte será instantánea e imperceptible. Aunque les matara quemándoles con el láser, no quedaría la menor prueba de ello, conque no tengo por qué vacilar, ¿comprende? Este panel manual quedará destrozado de todos modos; el agua se encargará de borrar todo lo que yo pueda hacer.

—Pero el emisor de rayos, la pistola de láser. Aunque sufra algún daño, será posible identificarla —dijo Annette.

—En la Luna solemos usar estas cosas, señora Bergen. Es una herramienta corriente; es el equivalente óptico de una navaja de bolsillo. Podría matarla con una navaja de bolsillo, ¿sabe?, pero nadie deduciría que un hombre que lleva una navaja de bolsillo, o incluso que esgrime una con la hoja extendida, tiene necesariamente el propósito de asesinar a alguien. Podría estar tallando una madera. Además, un láser de fabricación lunar no es una pistola de proyectiles. No tiene que soportar una explosión interna. Lo recubre una delgada lámina de metal, mecánicamente poco resistente. Dudo mucho de que el objeto resulte identificable después de sufrir el embate de la tromba de agua.

Demerest no tuvo que reflexionar para hacer estas declaraciones. Las había estado elaborando para sus adentros durante meses de debate consigo mismo allá en la Luna.

—En realidad —siguió diciendo—, ¿cómo podrán averiguar jamás los investigadores lo que habrá ocurrido aquí dentro? Enviarán batiscafos a inspeccionar los restos de Profundidad del Océano, pero ¿cómo se las arreglarán para entrar sin extraer primero el agua? De hecho, tendrían que construir otra Profundidad del Océano y ello les llevaría... ¿cuánto tiempo? Tal vez, dadas las reticencias del público a despilfarrar dinero, jamás llegarán a hacerlo y se contentarán con arrojar una corona de laurel sobre las paredes muertas de las instalaciones muertas de Profundidad del Océano.

—Los hombres de Luna City sabrán lo que usted ha hecho —dijo Bergen—. Seguro que habrá alguno dotado de conciencia. Se sabrá la verdad.

—Una verdad —dijo Demerest— es que no soy estúpido. Nadie en Luna City sabe lo que me propongo hacer, y nadie sospechará jamás lo que habré hecho. Me enviaron aquí abajo para negociar una cooperación en el asunto de los créditos financieros. Mi misión era discutir y nada más. Ni tan sólo encontrarán a faltar un emisor de rayos láser allí arriba. Yo mismo me monté éste con piezas de desecho... Y funciona. Lo he probado.

—No lo ha pensado bien —dijo lentamente Annette—. ¿Se da cuenta de lo que va a hacer?

—Lo he pensado bien. Sé lo que hago... Y también sé que ustedes dos son

conscientes de que se ha encendido la señal. Me doy perfecta cuenta. La cámara de aire está vacía y me temo que se ha agotado el tiempo.

Rápidamente, con el emisor de rayos láser tensamente levantado, cerró otro contacto. Una pieza circular de la pared del módulo se abrió en una fina hendedura en forma de media luna y se enrolló suavemente.

Demerest vio la oscuridad abismal por el rabillo del ojo, pero no miró hacia allí. Un húmedo vapor salino penetró por la abertura; un extraño olor a vapor viejo. Incluso le pareció poder oír el chapoteo del agua condensada en el fondo de la cámara.

—Si éstos fueran unos mandos manuales racionales —dijo Demerest—, la puerta exterior debería permanecer sellada ahora. Con la puerta interior abierta, nada tendría que ser capaz de abrir esa puerta exterior. Sin embargo, sospecho que los mandos manuales se instalaron muy precipitadamente, al principio, para que llegara a tomarse esa precaución, y fueron sustituidos demasiado pronto para que luego llegara a añadirse ese dispositivo de seguridad. Y suponiendo que aún necesitara pruebas de ello, es evidente que ustedes no permanecerían ahí sentados tan inquietos si supieran que la puerta exterior no iba a abrirse. No tengo más que tocar otro contacto y entrará la tromba de agua. No notaremos nada.

—No lo apriete todavía —dijo Annette—. Debo decirle aún otra cosa. Ha dicho que nos concedería tiempo para convencerle.

—Mientras la cámara se vaciaba de agua.

—Permítame decirle sólo una cosa. Un minuto. Un minuto. Antes le he dicho que no sabía lo que estaba haciendo. Y no lo sabe. Está destruyendo el programa espacial, el programa espacial. El espacio no se acaba con el espacio. —Hablaba con voz chillona.

Demerest arrugó la frente.

—¿De qué me está hablando? Hable con sensatez o acabaré con todo. Estoy cansado. Estoy asustado. Quiero terminar de una vez.

—Usted no está introducido en el CPP —dijo Annette—. Y mi esposo tampoco. Pero yo sí. ¿Cree que por ser una mujer tengo un papel secundario aquí? Pues no es así. Usted, señor Demerest, sólo piensa en Luna City. Mi marido sólo piensa en Profundidad del Océano. Ninguno de los dos sabe nada.

¿Adónde confía poder ir, señor Demerest, suponiendo que contara con tanto dinero como quisiera? ¿A Marte? ¿A los asteroides? ¿A los satélites de los gigantes gaseosos? Todos esos mundos son pequeños; todos son meras superficies secas bajo un cielo vacío. Pueden transcurrir generaciones antes de que estemos preparados para intentar llegar a las estrellas, y aun entonces sólo dispondríamos de un minúsculo territorio. ¿Es eso lo que ambiciona?

»Las ambiciones de mi marido no van mucho más allá. Anhela poder extender el hábitat del hombre por el fondo del océano, una superficie no mucho mayor, en última instancia, que la superficie de la Luna y los demás mundos enanos. En cambio, en el CPP ambicionamos mucho más que cualquiera de ustedes dos, y si aprieta ese botón, señor Demerest, destruirá el sueño más grande que jamás haya concebido la humanidad.

Demerest comenzaba a interesarse a pesar suyo, pero dijo:

—Todo eso es pura charlatanería. —Sabía que existía la posibilidad de que hubieran alertado de algún modo a los demás habitantes de Profundidad del Océano, que en cualquier momento alguien podía entrar e interrumpirles, que alguien podía intentar matarle. Sin embargo, tenía los ojos fijos en la única abertura y le bastaría apretar un contacto, sin necesidad de mirarlo tan sólo, en un gesto que no requeriría más de un segundo.

—No hablo por hablar —dijo Annette—. Usted sabe que se necesitó algo más que naves espaciales para colonizar la Luna. Para lograr establecer una colonia con posibilidades de futuro, fue preciso alterar la constitución genética de algunos hombres y adaptarlos a la baja gravedad allí existente. Usted es un producto de esa manipulación genética.

—¿Y bien?

—¿Y no cree que una manipulación genética también podría permitir adaptar a los hombres para que pudieran soportar una mayor fuerza gravitatoria? ¿Cuál es el planeta más grande del sistema solar, señor Demerest?

—Júpi...

—Sí, Júpiter. Once veces el diámetro de la Tierra; cuarenta veces el diámetro de la Luna. Una superficie ciento veinte veces mayor que la de la Tierra; seiscientas veces la de la Luna. Con unas condiciones tan distintas a todo lo que podemos encontrar en cualquiera de los mundos del tamaño de la Tierra, o más pequeños, que cualquier científico un poco convencido daría la mitad de su vida a cambio de una oportunidad de poder observarlas de cerca.

—Pero Júpiter es un objetivo imposible.

—¿En serio? —dijo Annette, e incluso consiguió esbozar una débil sonrisa—. ¿Tan imposible como volar? ¿Por qué es imposible? La manipulación genética podría permitir conseguir hombres con una osamenta más densa y más resistente, con músculos más fuertes y más compactos. Los mismos principios que aíslan a Luna City del vacío y a Profundidad del Océano del mar podrían aislar también a la futura Profundidad de Júpiter de su medio amoniacado.

—El campo gravitatorio...

—Puede salvarse mediante naves de propulsión nuclear actualmente en proyecto. Usted ignora estos hechos, pero yo no.

—Ni siquiera conocemos con certeza la profundidad de la atmósfera. Las presiones...

—¡Las presiones! ¡Las presiones! Señor Demerest, mire a su alrededor. ¿Por qué cree que se construyó realmente Profundidad del Océano? ¿Para explotar el océano? Los centros de población establecidos en la plataforma continental ya lo hacen perfectamente. ¿Para conocer mejor el fondo submarino? Eso podría lograrse fácilmente mediante batiscafos, con el consiguiente ahorro de los cientos de miles de millones de dólares que llevamos invertidos hasta el momento en Profundidad del Océano.

¿No comprende, señor Demerest, que Profundidad del Océano tiene que significar más que eso? Profundidad del Océano se ha construido con el propósito de diseñar las naves y mecanismos novísimos que servirán para explorar y colonizar Júpiter. Mire a su alrededor y contemple el primer boceto de un medio ambiente joviano; la réplica más parecida que podemos lograr sobre la Tierra. Es sólo una pálida sombra del poderoso Júpiter, pero es un primer paso.

»Destruya esto, señor Demerest, y habrá destruido toda esperanza de llegar a Júpiter. Por otra parte, si nos deja vivir, juntos penetraremos en la joya más reluciente del sistema solar y, unidos, la poblaremos. Y mucho antes de haber alcanzado los límites de Júpiter, ya estaremos preparados para alcanzar las estrellas, para poblar los planetas afines a la Tierra que giran a su alrededor, y también los planetas afines a Júpiter. No abandonaremos Luna City, porque ambas son necesarias para lograr este fin último.

Por el momento, Demerest se había olvidado por completo de aquel último botón.

—Nadie en Luna City ha oído hablar de esto —dijo.

—Usted no había oído hablar de ello. Pero en Luna City hay personas que están al corriente. Si les hubiera confiado su plan de destrucción, le habrían detenido.

—Naturalmente, no podemos dar publicidad a estos hechos y sólo pueden conocerlos unas pocas personas en cada lugar. Ya es difícil lograr el apoyo de la opinión pública a los proyectos planetarios actualmente en curso. La cicatería del CPP se debe a que la opinión pública limita su generosidad. ¿Qué cree que diría el público si imaginara que intentábamos llegar a Júpiter? Les parecería una superfantasia. Pero nosotros seguimos adelante y dedicamos todo el dinero que podamos conseguir y utilizar a las diversas facetas del Proyecto Gran Mundo.

—¿Proyecto Gran Mundo?

—Sí —dijo Annette—. Ahora ya lo sabe y yo acabo de cometer una grave indiscreción. Pero no tiene importancia, ¿verdad? Puesto que ya podemos darnos por muertos, y el proyecto con nosotros.

—Un momento, señora Bergen.

—Si ahora cambia de opinión, no imagine que jamás podrá hablar del Proyecto Gran Mundo. Eso acabaría con él con tanta seguridad como lo haría la destrucción de este lugar. Y sería el fin de su carrera, y también de la mía. También podría ser el fin de Luna City y de Profundidad del Océano. Conque ahora que lo sabe, tal vez nada importe ya de todos modos. Tanto daría que apretase ese botón.

—He dicho un momento... —Profundas arrugas surcaban la frente de Demerest y tenía los ojos encendidos de angustia—. No sé...

Bergen se disponía a saltar por sorpresa en el momento en que la tensa vigilancia de Demerest flaqueó trocándose en vacilante introspección, pero Annette le retuvo por la manga.

Siguió un intervalo indefinido que tal vez durase unos diez segundos y luego Demerest les tendió su láser.

—Cójalo —dijo—. Me considero detenido.

—No podemos detenerlo sin que se descubra todo el asunto —dijo Annette. Cogió el láser y se lo entregó a Bergen—. Nos conformaremos con que regrese a Luna City y guarde silencio. Le mantendremos bajo vigilancia hasta ese momento.

Bergen estaba manipulando los controles manuales. La puerta interior se deslizó hasta cerrarse y después se oyó el atronador estallido del agua que comenzaba a llenar otra vez la cámara.

Marido y mujer estaban a solas de nuevo. No se habían atrevido a intercambiar palabra hasta que Demerest estuvo inofensivamente dormido bajo la mirada vigilante de los hombres designados para este fin. El inesperado estallido de la tromba de agua había alarmado a todo el mundo y habían tenido que darles una explicación sumamente expurgada del incidente.

Los controles manuales quedaron bajo llave y Bergen dijo:

—En adelante será preciso adaptar los controles manuales para que fallen sobre seguro. Y tendremos que registrar a los visitantes.

—Oh, John —dijo Annette—. Creo que la gente está loca. Ahí estábamos, enfrentándonos a la posibilidad de morir y de que desapareciera Profundidad del Océano; ante el fin de todo. Y lo único que era capaz de pensar era: debo conservar la calma; no debo abortar.

—Y, desde luego, has conservado muy bien la calma. Has estado magnífica. Quiero

decir, eso del Proyecto Gran Mundo. A mí jamás se me hubiera ocurrido algo así, pero, por..., por... Júpiter, es una idea muy atractiva. Es fantástico.

—Siento haber tenido que decir todo eso, John. Todo era mentira, claro. Lo he inventado. En realidad, Demerest quería que inventara algo. No era un asesino ni un destructor; era..., según los dictados de su propio entendimiento, sobre exaltado, un patriota, y supongo que se decía que tenía que destruir para salvar..., una opinión bastante generalizada entre los pobres de espíritu. Pero dijo que nos daría tiempo para convencerle de que no lo hiciera y yo diría que ansiaba que lo consiguiéramos. Quería que inventásemos algo que le diera una excusa para salvar con el fin de salvar, y yo se la he dado... Siento haberte engañado, John.

—No me has engañado.

—¿No?

—¿Cómo podrías haberme engañado? Sé que no eres miembro del CPP.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro? ¿Porque soy una mujer?

—En absoluto. Porque yo pertenezco al Consejo, Annette, y esto sí que es confidencial. Y, si no te importa, pienso empezar a dar pasos para iniciar exactamente lo que has sugerido: el Proyecto Gran Mundo.

¡Bravo! —Annette lo pensó un momento y luego, lentamente, sonrió—. ¡Bravo! No está mal. Las mujeres sirven para algo.

—Lo cual —dijo Bergen, sonriendo a su vez— yo jamás he negado.

* * *

Ed Ferman de «F & SF» y Barry Malzberg, uno de los más brillantes miembros de la nueva generación de autores de ciencia ficción, comenzaron a pensar a principios de 1973 en preparar una antología que incluyera una serie de distintos temas de ciencia ficción llevados hasta su última consecuencia. Para cada relato buscaron un autor asociado a un tema concreto y, naturalmente, acudieron a mí para que les escribiera un cuento sobre el tema de la robótica.

Intenté rehusar con mis habituales excusas sobre lo apretado de mi agenda, pero dijeron que si yo me negaba no incluirían ningún relato sobre robótica, pues no tenían intención de pedírselo a nadie más. Eso me obligó a aceptar ante lo vergonzoso que hubiera resultado una negativa.

Luego tuve que encontrar una manera de llegar a una consecuencia final. Desde siempre había un aspecto del tema de los robots que jamás me había atrevido a tocar, aunque lo había discutido alguna vez con el malogrado John Campbell.

Como pueden ver, en las dos primeras leyes de la robótica aparece la expresión «ser humano», e implícitamente se supone que un robot es capaz de reconocer a un ser humano cuando se topa con uno. Pero ¿qué es un ser humano? O, como dicen los Salmos refiriéndose a Dios, «Qué es el hombre que Vos cuidáis de él».

Evidentemente, las leyes de la robótica no son necesariamente válidas en caso de que exista cualquier duda sobre la definición de lo que es un hombre. Conque escribí Qué es el hombre, y Ed y Barry quedaron satisfechos con el relato, y a mí también me complació. Este, además de aparecer formando parte de la antología que se tituló Fase final, también se publicó en «Fantasy and Science Fiction», en mayo de 1974.

Qué es el hombre

Las tres leyes de la robótica:

1. Ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra algún mal.
2. Todo robot obedecerá las órdenes recibidas de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes puedan entrar en contradicción con la primera ley.
3. Todo robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando esta protección no entre en contradicción con la primera o la segunda ley.

1

Keith Harriman, que ya llevaba doce años como Director de Investigación de Norteamericana de Robots y Hombres Mecánicos, S. A., no se sentía nada seguro de que ése fuera el proceder correcto. La punta de su lengua recorrió sus labios gruesos pero más bien pálidos y tuvo la impresión de que el retrato hológrafo de la gran Susan Calvin, que le miraba sin sonreír desde las alturas, nunca había tenido una expresión tan sombría.

Normalmente solía prescindir de ese retrato de la roboticista más destacada de la historia, pues su presencia le irritaba. (Había intentado considerar el retrato como un mero objeto pero nunca lo había logrado del todo). En esta ocasión no acababa de atreverse a hacerlo y la mirada de la mujer, desde hacía largo tiempo difunta, se le clavaba en el lado de la cara.

El paso que tendría que dar era terrible y humillante.

George Diez estaba sentado frente a él, sereno e indiferente tanto al evidente malestar de Harriman como a la imagen de la santa patrona de la robótica que resplandecía desde lo alto de su pedestal.

—La verdad es que nunca hemos tenido ocasión de hablar a fondo de esto, George —dijo Harriman—. No llevas demasiado tiempo con nosotros y no se ha presentado una buena oportunidad de estar a solas los dos. Pero ahora me gustaría discutir el asunto con cierta profundidad.

—Estoy perfectamente dispuesto a hacerlo —dijo George—. Durante el tiempo que llevo en Norteamericana de Robots, he deducido que la crisis guarda alguna relación con las tres leyes.

—Sí. Conoces las tres leyes, naturalmente.

—Las conozco.

—Sí, no lo dudo. Pero vamos a profundizar un poco más para considerar el problema verdaderamente fundamental. En dos siglos de considerable éxito, si me está permitido decirlo, Norteamericana de Robots no ha logrado jamás que los seres humanos aceptasen a los robots. Sólo hemos utilizado robots para realizar tareas que no pueden hacer los seres humanos, o en medios que los humanos consideran inaceptablemente peligrosos. Los robots han trabajado, sobre todo, en el espacio y ello ha limitado nuestras posibilidades de actuación.

—Ése es sin duda un amplio campo —dijo George—, y Norteamericana de Robots puede prosperar dentro de sus límites.

—No, por dos motivos. En primer lugar, los límites dentro de los que nos movemos

se contraen inevitablemente. A medida que la colonia de la Luna se va perfeccionando, por ejemplo, disminuye su demanda de robots y las expectativas son de que, en los próximos años, se prohíba la presencia de robots en la Luna. Esto se irá repitiendo en todos los mundos que colonice la humanidad. En segundo lugar, es imposible una verdadera prosperidad sin robots sobre la Tierra. En Norteamericana de Robots tenemos la firme convicción de que los seres humanos necesitan a los robots y tienen que acostumbrarse a convivir con sus réplicas mecánicas si se desea seguir manteniendo el progreso.

—¿Y no lo hacen ya? Señor Harriman, aquí en su escritorio tiene usted una terminal de una computadora que, según tengo entendido, está conectada al Multivac de la empresa. Una computadora es una especie de robot sésil; un cerebro de robot sin cuerpo...

—Tienes razón, pero también esto tiene sus limitaciones. Las computadoras que utiliza la humanidad se han ido especializando continuamente a fin de eludir una inteligencia demasiado parecida a la humana. Hace un siglo estábamos a punto de lograr una inteligencia artificial de tipo sumamente ilimitado mediante el uso de grandes computadoras que denominamos «Máquinas». Esas «Máquinas» limitaron su acción por su propia iniciativa. Una vez resuelto el problema ecológico que había amenazado a la humanidad, ellas mismas se desconectaron. La mera continuación de su existencia, fue su razonamiento, habría hecho de ellas una especie de muletas para la humanidad y, considerando que ello sería perjudicial para los seres humanos, se condenaron a la extinción según los dictados de la primera ley.

—¿Y no fue correcto este proceder?

—En mi opinión, no. Con su acción, reforzaron el complejo de Frankenstein de la humanidad; sus temores irracionales de que cualquier hombre artificial creado por ellos acabaría volviéndose contra su creador. Los hombres temen que los robots puedan sustituir a los seres humanos.

—¿Y usted no lo teme también?

—Estoy mejor informado. Ello no será posible mientras existan las tres leyes de la robótica. Los robots pueden ser compañeros de la humanidad; pueden participar en la gran lucha por comprender y dirigir sabiamente las leyes de la naturaleza y, reunidos, podrían conseguir sin duda mucho más de lo que lograría la humanidad sola; pero siempre de manera que los robots estuviesen al servicio de los seres humanos.

—Pero si las tres leyes han demostrado ser capaces de mantener a raya a los robos durante doscientos años, ¿a qué obedece la desconfianza que sienten los seres humanos hacia ellos?

—Verás... —y el pelo canoso de Harriman se ahuecó y él empezó a rascarse vigorosamente la cabeza—, en buena parte es cuestión de superstición, naturalmente. Por desgracia, también hay algunos problemas de los que se aprovechan los agitadores antirrobots.

—¿Referentes a las tres leyes?

—Sí. En particular por lo que respecta a la segunda ley. La tercera ley no plantea el menor problema, ¿comprendes? Es universal. Los robots deben sacrificarse siempre por los seres humanos, todos los seres humanos.

—Evidentemente —dijo George Diez.

—La primera ley tal vez resulte menos satisfactoria, pues siempre es posible imaginar una situación en la cual un robot deberá realizar o bien una acción A o bien otra acción B, ambas mutuamente excluyentes, y cada una de las cuales sea perjudicial para algunos seres humanos. En ese caso, el robot tendrá que decidir rápidamente qué acción

causará menos daño. No es fácil establecer los circuitos positrónicos del cerebro del robot de manera que sea posible esa selección. Suponiendo que la acción A dañara a un joven artista de talento y la acción B causara un daño equivalente a cinco personas ancianas sin ningún mérito particular, ¿qué acción debería escoger el robot?

—La acción A —dijo George Diez—. El daño causado a una persona es inferior al daño causado a cinco de ellas.

—Sí, los robots siempre han estado diseñados para que tomaran esa opción. Siempre se ha considerado poco práctico esperar que los robots pudieran juzgar detalles tales como el talento, la inteligencia, la utilidad general para la sociedad. Ello retrasaría la decisión hasta el punto de dejar prácticamente paralizado al robot. Conque nos guiamos por el número. Por fortuna, es de esperar que sean escasos los momentos críticos en que los robots deban tomar decisiones de este tipo... Pero ello nos lleva a la segunda ley.

—¿La ley de la obediencia?

—Sí. La necesidad de obediencia es constante. Un robot puede existir durante veinte años sin verse nunca en la necesidad de actuar rápidamente para evitar que un ser humano sufra algún daño, ni verse obligado a correr el riesgo de su propia destrucción. Sin embargo, durante todo ese tiempo, constantemente estará obedeciendo órdenes... ¿Quién dará esas órdenes?

—Un ser humano.

—¿Cualquier ser humano? ¿Cómo decidir quién es un ser humano y saber así si es preciso obedecerle o no? ¿Qué es el hombre que Vos cuidáis de él, George?

George titubeó ante esta pregunta.

—Es una cita bíblica —se apresuró a aclarar Harriman—. Olvídalo. Lo que quiero decir es: ¿debe obedecer un robot las órdenes de un niño; o de un idiota; o de un criminal; o de un hombre inteligente y perfectamente decente pero que casualmente es inexperto y, por tanto, ignora las consecuencias indeseables de su orden? Y si dos seres humanos dan órdenes conflictivas a un robot, ¿cuál de esas órdenes deberá obedecer aquél?

—¿No se han planteado y se han resuelto ya estos problemas en estos doscientos años? —dijo George.

—No —respondió Harriman con un violento movimiento de cabeza—. Nos ha frenado el propio hecho de que nuestros robots sólo hayan sido utilizados en medios especializados del espacio exterior, donde los hombres que trabajaban con ellos eran expertos en su materia. No había niños, ni idiotas, ni criminales, ni ignorantes bienintencionados en el lugar. Aun así, en algunas ocasiones se ha causado daño a resultas de órdenes estúpidas o simplemente irreflexivas. Estos perjuicios causados en un medio limitado y especializado eran fáciles de controlar. Pero en la tierra, los robots tienen que poseerla capacidad de discernir. Eso afirman los que se oponen a los robots, y tienen razón, qué diablos.

—Entonces será preciso insertar la capacidad de discernir en el cerebro positrónico.

—Exactamente. Hemos comenzado a reproducir modelos JG en los que el robot es capaz de distinguir a cada ser humano según su sexo, su edad, su posición social y profesional, su inteligencia, su madurez, su responsabilidad social, etc.

—¿Y cómo afectaría esto a las tres leyes?

—La tercera ley no variaría en absoluto. Hasta el más valioso de los robots debe autodestruirse por el bien del más inútil de los seres humanos. Es algo que no admite discusión. La primera ley sólo se ve afectada en caso de que cualquier acción alternativa sea perjudicial. Entonces deberá considerarse la calidad, a más de la cantidad, de los seres

humanos afectados, suponiendo que haya tiempo para hacer ese juicio y criterios para ello, lo cual no ocurrirá con frecuencia. La que quedará más profundamente modificada será la segunda ley, pues cualquier obediencia potencial deberá ir acompañada de un juicio previo. El robot tardará más en obedecer, excepto cuando también se aplique la primera ley, pero obedecerá más racionalmente.

—Pero los juicios que se requieren son muy complicados.

—Mucho. La necesidad de discernir esas cuestiones disminuyó la capacidad de reacción de nuestro primer par de modelos hasta dejarlos paralizados. Logramos mejorar la situación en modelos posteriores, a cambio de introducir tantos circuitos que el cerebro del robot resultó voluminoso en exceso. Pero creo que por fin hemos logrado lo que buscábamos en nuestro último par de modelos. El robot no tiene que ser capaz de juzgar instantáneamente los méritos de un ser humano y el valor de sus órdenes. Comienza por obedecer a todos los seres humanos, como un robot corriente, y luego aprende. El robot crece, aprende y madura. Al principio es el equivalente de un niño y debe estar sometido a constante vigilancia. Sin embargo, a medida que va creciendo, puede permitírsele adentrarse en la sociedad de la Tierra con un control cada vez menor. Finalmente, se convierte en un miembro de pleno derecho de esa sociedad.

—Sin duda, ello anula todas las objeciones de los que se oponen a los robots.

—No —dijo Harriman con enfado—. Ahora sus objeciones son otras. No quieren aceptar ningún juicio de valor. Según ellos, un robot no tiene derecho a decidir que tal o tal persona es inferior. Si el robot acepta las órdenes de A con preferencia a las de B, B queda calificado como una persona menos importante que A, lo cual atenta contra sus derechos humanos.

—¿Cómo se resuelve esto?

—No hay solución. Yo me rindo.

—Comprendo.

—Por lo que a mí respecta... Pero te la pido a ti, George.

—¿A mí? —La voz de George Diez no se alteró. En ella había una leve nota de sorpresa, pero nada que le afectase exteriormente—. ¿Por qué a mí?

—Porque no eres un hombre —dijo Harriman muy tenso—. Ya te he dicho que quiero que los robots colaboren con los seres humanos. Y quiero que tú seas mi colaborador.

George Diez levantó las manos y las separó, con las palmas levantadas, en un gesto curiosamente humano.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Tal vez tú pienses que no puedes hacer nada, George. No hace mucho que fuiste creado y todavía eres un niño. Fuiste diseñado de forma que no estuvieras saturado de información inicial —por esto he tenido que explicarte la situación de forma tan detallada—, a fin de dejar espacio para el proceso de desarrollo. Pero tu cerebro se desarrollará y serás capaz de abordar el problema desde un punto de vista no humano. Ahí donde yo no encuentro solución, tal vez tú sepas hallar una, desde tu propio punto de vista distinto.

—Mi cerebro ha sido diseñado por el hombre —dijo George Diez—. ¿En qué sentido puedo ser no-humano?

—Eres el último modelo JG, George. Tu cerebro es el más complicado que hemos diseñado hasta el momento, en algunos aspectos más sutilmente complejo que los de las viejas «Máquinas» gigantes. Es un cerebro abierto y, a partir de una base humana, puede;

no, debe, desarrollarse en cualquier sentido. Aun sin salirte de los límites infranqueables de las tres leyes, puedes llegar a ser completamente no-humano en tu pensamiento.

—¿Sé lo suficiente sobre los seres humanos para poder abordar este problema de manera racional? ¿Conozco suficientemente su historia? ¿Su psicología?

—Claro que no. Pero aprenderás tan rápido como puedas.

—¿Me ayudará alguien, señor Harriman?

—No. Esto es algo totalmente privado entre tú y yo. Nadie más está enterado y no debes mencionar este proyecto a ningún otro ser humano, ni en Norteamericana de Robots ni en ninguna otra parte.

—¿Estamos haciendo algo malo, señor Harriman, y por eso quiere guardar el secreto? —preguntó George.

—No. Pero nadie aceptará la solución de un robot, precisamente por proceder de él. Cualquier solución que se te ocurra deberás confiármela a mí; y si yo la considero interesante, yo la presentaré. Nadie sabrá jamás que salió de ti.

—Visto lo que acaba de decirme antes —dijo serenamente George Diez—, creo que es el procedimiento adecuado... ¿Cuándo empezaré?

—Ahora mismo. Me ocuparé de proporcionarte todas las películas necesarias para que las examines.

1a

Harriman se quedó allí sentado a solas. En el interior artificialmente iluminado de su oficina, nada indicaba que afuera ya era oscuro. No tenía la menor sensación real de que habían transcurrido tres horas desde que había trasladado otra vez a George Diez a su cubículo y le había dejado allí con las primeras referencias filmadas.

Ahora estaba solo, con la única compañía del fantasma de Susan Calvin, la brillante roboticista que, prácticamente sin ayuda, había desarrollado el robot del cerebro positrónico desde el juguete gigantesco que era hasta convertirlo en el más delicado y versátil instrumento del hombre; tan delicado y versátil que el hombre no se atrevía a usarlo, lleno de envidia y temor.

Había transcurrido más de un siglo desde su muerte. El problema del complejo de Frankenstein ya existía en su tiempo, y Susan Calvin jamás había logrado resolverlo. Nunca intentó resolverlo, pues no había sido necesario. La robótica experimentó una expansión, en sus tiempos, con las exigencias de la exploración espacial.

Los mismos éxitos de los robots habían determinado que el hombre, luego, los necesitara menos, dejando a Harriman, en esa época posterior...

—Pero ella habría solicitado la ayuda de los robots. Ciertamente lo hubiera hecho...

Y Harriman se quedó allí sentado a solas toda la noche.

2

Maxwell Robertson era el principal accionista de Norteamericana de Robots y en ese sentido controlaba la empresa. No era una persona que impresionara por su aspecto ni mucho menos. Estaba bien entrado en la madurez, era más bien rechoncho, y tenía la costumbre de morderse el extremo derecho del labio inferior cuando estaba preocupado.

Pero en las dos décadas que llevaba relacionándose con figuras del Gobierno había desarrollado un sistema para manejarles. Tendía a recurrir a unos modales amables, cedía,

sonreía, y siempre se las arreglaba para ganar tiempo.

Eso comenzaba a resultarle cada vez más difícil. Gunnar Eisenmuth era una importante razón de que le resultara más difícil. Dentro de la serie de Conservadores Globales, cuyo poder sólo había estado por debajo del que ostentaba el Ejecutivo Global durante el pasado siglo, Eisenmuth era el más cercano al extremo más rígido de la zona gris del compromiso. Era el primer Conservador no norteamericano de nacimiento, y aunque era imposible demostrar de alguna forma que el arcaico nombre de Norteamericana de Robots despertase su hostilidad, en la compañía todos estaban convencidos de ello.

Se había sugerido, y no por primera vez durante ese año —ni durante esa generación—, cambiar el nombre de la compañía por Mundial de Robots, pero Robertson no estaba dispuesto a permitirlo de ningún modo. Esa compañía fue fundada originariamente con capital norteamericano, cerebros norteamericanos y fuerza de trabajo norteamericana, y aunque hacía tiempo que la compañía había adquirido un carácter mundial por sus actividades y su naturaleza, el nombre seguiría siendo testimonio de sus orígenes mientras él detentara el control de la misma.

Eisenmuth era un hombre alto con una larga cara triste de piel basta y facciones también bastas. Hablaba la lengua mundial con un marcado acento norteamericano, aunque no había estado nunca en los Estados Unidos antes de ocupar su cargo.

—Creo que la cosa está perfectamente clara, señor Robertson. No existe el menor problema. Los productos de su compañía se ofrecen siempre en alquiler, nunca se venden. Si los artículos alquilados en la Luna ya no son necesarios, es asunto suyo hacerse cargo otra vez de esos productos y trasladarlos a otro sitio.

—Sí, Conservador, pero ¿dónde? Sería contrario a la ley traerlos a la Tierra sin poseer una autorización gubernamental, y esa autorización nos ha sido denegada.

—De nada les servirían aquí. Pueden llevarlos a Mercurio o a los asteroides.

—¿De qué pueden servirnos allí?

Eisenmuth se encogió de hombros.

—Los ingeniosos cerebros de su compañía ya pensarán algo.

Robertson hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Ello representaría una enorme pérdida para la compañía.

—Eso me temo —dijo Eisenmuth sin inmutarse—. Tengo entendido que la situación financiera de la compañía no es muy buena desde hace ya varios años.

—En gran parte a causa de las restricciones que nos impone el Gobierno, Conservador.

—Sea realista, señor Robertson. Usted sabe que la opinión pública se opone cada vez más a los robots.

—Equivocadamente, Conservador.

—Pero aun así, se opone. Tal vez lo más prudente fuera liquidar la compañía. Naturalmente, es sólo una sugerencia.

—Sus sugerencias tienen peso, Conservador. ¿Será preciso que le recuerde que nuestras «Máquinas» resolvieron la crisis ecológica hace un siglo?

—Estoy seguro de que la humanidad les está agradecida, pero eso sucedió hace mucho tiempo. Ahora vivimos en alianza con la naturaleza, por incómodo que eso pueda resultar a veces, y el pasado ya se ha olvidado.

—¿Se refiere a lo que hemos hecho últimamente por la humanidad?

—Creo que sí.

—Desde luego no esperará que liquidemos en el acto; no sin sufrir enormes

pérdidas. Necesitamos tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto puede concedernos?

—Eso no depende de mí.

—Estamos solos —dijo Robertson suavemente—. No es necesario guardar las apariencias. ¿Cuánto tiempo puede concederme?

Eisenmuth adoptó la expresión de un hombre sumido en cálculos íntimos.

—Creo que puede contar con unos dos años. Voy a serle sincero. El Gobierno Global tiene intención de hacerse cargo de la empresa y desmantelarla por su cuenta si ustedes no lo hacen por propia iniciativa, poco más o menos. Y a menos que se produzca un gran cambio de orientación en la opinión pública, cosa que dudo mucho —y meneó la cabeza.

—Dos años, entonces —dijo suavemente Robertson.

2a

Robertson se quedó allí sentado a solas. Sus pensamientos no tenían un rumbo fijo y habían degenerado en reminiscencias. Cuatro generaciones de Robertson habían estado al frente de la empresa. Ninguno de ellos era roboticista. Norteamericana de Robots era lo que era gracias a hombres como Lanning y Bogert, y, sobre todo, Susan Calvin, pero, desde luego, los cuatro Robertson habían creado el clima que les había permitido realizar su trabajo.

Sin Norteamericana de Robots, el siglo XXI se habría precipitado en un creciente desastre. Si ello no ocurrió fue gracias a las «Máquinas» que durante una generación condujeron a la humanidad a través de los rápidos y bajos de la historia.

Y en pago por todo eso, ahora le concedían dos años. ¿Cómo superar en dos años los infranqueables prejuicios de la humanidad?

Harriman había hablado esperanzadamente de algunas nuevas ideas pero no había querido darle detalles. Más valía así, pues Robertson no habría entendido nada.

Pero ¿qué podía conseguir Harriman de todos modos? Lo que todos habían conseguido frente a la intensa antipatía del hombre por las imitaciones. Nada.

Robertson se sumió en un duermevela sin recibir ninguna inspiración.

3

—Ahora ya lo sabes todo, George Diez —dijo Harriman—. Te he proporcionado todo cuanto me ha parecido aplicable de algún modo al problema. Por lo que a mera información se refiere, tienes almacenados en tu memoria más datos sobre los seres humanos y sus costumbres, pasadas y presentes, de lo que yo poseo o de los que podría llegar a poseer cual quier ser humano.

—Eso es muy probable.

—¿Crees que puedes necesitar algo más por tu parte?

—En lo tocante a información, no noto ninguna deficiencia importante. Es posible que queden fuera cuestiones ahora inimaginables. No sabría decirlo. Pero ello podría ocurrir por amplio que fuese el campo de información que yo absorbiese.

—Tienes razón. Y además no tenemos tiempo para absorber información eternamente. Robertson me ha dicho que sólo tenemos dos años de plazo, y ya ha

transcurrido un trimestre de uno de esos años. ¿Alguna sugerencia?

—Nada por el momento, señor Harriman. Tengo que evaluar la información y para eso no vendría mal un poco de ayuda.

—¿Por parte mía?

—No. Sobre todo, no de usted. Usted es un ser humano, con intensas capacidades, y todo lo que diga puede tener, parcialmente, el efecto de una orden y puede inhibir mis reflexiones. Por el mismo motivo, tampoco puede ayudarme ningún otro ser humano, particularmente desde el momento en que usted me ha prohibido comunicarme con ninguno de ellos.

—Pero en este caso, George, ¿qué ayuda necesitas?

—La ayuda de otro robot, señor Harriman.

—¿Qué otro robot?

—Se han construido otros dentro de la serie JG. Yo soy el décimo, JG-10.

—Los anteriores eran inservibles, experimentales...

—Señor Harriman, George Nueve aún existe.

—Bueno, pero ¿de qué te serviría? Se parece mucho a ti, excepto por algunas deficiencias. Tú eres, con mucho, el más versátil de los dos.

—No lo dudo —dijo George Diez. Bajó la cabeza con grave gesto de asentimiento—. Sin embargo, en cuanto desarrolle una línea de pensamiento, el mero hecho de haberla desarrollado me vincula a ella y me hace difícil abandonarla. Si después de haber desarrollado una línea de pensamiento pudiera comentarla con George Nueve, él la examinaría sin haberla creado primero. Por tanto la consideraría sin prejuicios previos. Podría detectar lagunas e insuficiencias que se me escaparían a mí.

Harriman sonrió.

—En otras palabras, dos cabezas piensan mejor que una, ¿verdad, George?

—Si con eso se refiere a dos individuos con una cabeza cada uno, sí, señor

Harriman.

—De acuerdo. ¿Deseas algo más?

—Sí. Algo más que películas. He mirado muchas imágenes sobre los seres humanos y su mundo. He visto seres humanos aquí en Norteamericana de Robots y puedo contrastar mi interpretación de las imágenes que he visto con mis impresiones sensoriales directas. Pero no ocurre otro tanto con el mundo físico. Nunca lo he visto y las imágenes que he contemplado son suficientes para hacerme comprender que lo que aquí me rodea no es representativo de ese mundo ni mucho menos. Me gustaría verlo.

—¿El mundo físico? —Por un instante, Harriman pareció anonadado ante la enormidad de ese pensamiento—. No estarás sugiriendo que te saque fuera de los terrenos de Norteamericana de Robots, ¿verdad?

—Sí, eso sugiero.

—Eso es ilegal en todo momento. Y sería fatal con el clima de opinión que actualmente se respira.

—Sí, si nos detectan. No estoy sugiriendo que me lleve a una ciudad, ni tan sólo a un lugar donde habiten seres humanos. Me gustaría ver algún espacio abierto, sin seres humanos.

—También eso es ilegal.

—Si nos descubren. ¿Es inevitable que eso ocurra?

—¿Es muy esencial, George? —preguntó Harriman a su vez.

—No sabría decirlo, pero me parece que sería útil.

—¿Tienes alguna idea?

George Diez pareció vacilar.

—No sabría decirlo. Tengo la impresión de que podría ocurrírseme alguna idea si lograra reducir algunas zonas de incertidumbre.

—Bueno, tengo que pensarlo. Y de momento le daré un vistazo a George Nueve y ordenaré que os coloquen en un mismo cubículo. Esto al menos podremos lograrlo sin problemas.

3a

George Diez se quedó allí sentado a solas.

Fue aceptando tentativamente algunas afirmaciones, las ensambló y sacó una conclusión; una y otra vez; y a partir de las conclusiones fue elaborando otras afirmaciones que aceptó y comprobó y luego rechazó al encontrar una contradicción; o no, y siguió aceptándolas tentativamente.

Ninguna de las conclusiones a las que llegó le causaron admiración, sorpresa o satisfacción; meramente un signo más o menos.

4

La tensión que sentía Harriman no disminuyó apreciablemente aun después de su silencioso aterrizaje en la finca de Robertson.

Robertson había firmado la orden por la que se permitía utilizar el dinafoil, y la silenciosa aeronave que se movía tanto vertical como horizontal con igual facilidad, había resultado justo del tamaño suficiente para transportar el peso de Harriman, George Diez y, naturalmente, el piloto.

(El dinafoil mismo era una de las consecuencias del invento de la micropila de protones que proporcionaba energía no polucionante en pequeñas dosis, invento catalizado por las «Máquinas». Ninguna realización posterior la igualaba en importancia para el confort del hombre —los labios de Harriman se apretaron ante esa idea— y, sin embargo, Norteamericana de Robots no había recibido ninguna gratitud a cambio).

El desplazamiento aéreo entre los terrenos de Norteamericana de Robots y la finca de Robertson había sido la parte más difícil del asunto. Si les hubieran detenido entonces, la presencia de un robot hubiera significado un gran cúmulo de complicaciones. Otro tanto ocurriría cuando regresasen. En cuanto a la finca en sí, podía alegarse —se alegaría— que formaba parte de los terrenos de Norteamericana de Robots y, debidamente vigilados, los robots podían permanecer en esa propiedad.

El piloto miró hacia atrás y su mirada se posó con vivaz brevedad sobre la figura de George Diez.

—¿Quiere bajar un rato, señor Harriman?

—Sí.

—¿Eso también?

—Oh, sí, claro. —Luego, añadió con cierta sorna—: No iba a dejarle aquí solo con él.

George Diez bajó primero y Harriman le siguió. Habían descendido sobre la pista de aterrizaje y el jardín no estaba muy lejos de allí. Era toda una exhibición y Harriman tuvo la sospecha de que Robertson usaba hormonas juveniles para controlar la vida de los insectos

sin preocuparse de las fórmulas ambientales.

—Vamos, George —dijo Harriman—. Te mostraré todo esto.

Echaron a andar juntos en dirección al jardín.

—Es tan pequeño como me lo había imaginado —dijo George—. El diseño de mis ojos no me permite detectar adecuadamente las diferencias en la longitud de onda, así que no puedo reconocer los objetos guiándome sólo por ese criterio.

—Confío en que no estarás decepcionado por no poder distinguir los colores. Necesitábamos demasiados circuitos positrónicos para dotarte de capacidad de discernir, y no pudimos reservar ninguno para el sentido del color. En el futuro... si hay un futuro...

—Comprendo, señor Harriman. Quedan suficientes diferencias para indicarme que aquí hay muchas formas distintas de vida vegetal.

—Sin duda alguna. Docenas de ellas.

—Y cada una de ellas es equivalente al hombre, biológicamente hablando.

—Sí, cada una constituye una especie separada. Hay millones de especies de seres vivos.

—Y el ser humano forma una sola de ellas.

—Pero para los seres humanos ésta tiene una importancia muy superior a las demás.

—Y para mí también, señor Harriman. Quiero decir sólo en sentido biológico.

—Comprendo.

—Luego, la vida, vista a través de todas sus formas, es increíblemente compleja.

—Sí, George, ahí está la clave del problema. Lo que el hombre hace en pro de sus propios deseos y comodidades afecta al conjunto que forma la totalidad de la vida, a la ecología, y las ventajas que logra a corto plazo pueden ocasionar desventajas a largo plazo. Las «Máquinas» nos enseñaron a organizar una sociedad humana que minimizase ese riesgo, pero el casi-desastre de principios del siglo veintiuno ha dejado en la humanidad un recelo ante las innovaciones. Esto, sumado al especial temor que le inspiran los robots...

—Comprendo, señor Harriman... Eso es un ejemplo de vida animal, no me cabe la menor duda.

—Eso es una ardilla; una de las múltiples especies de ardillas.

La cola de la ardilla se agitó burlona y el animal pasó al otro lado del árbol.

—Y esto —dijo George, moviendo el brazo con la rapidez de un centella— es realmente diminuto. —Lo cogió entre los dedos y lo examinó.

—Es un insecto, un tipo de coleóptero. Hay miles de especies de coleópteros.

—¿Y cada coleóptero individual está tan vivo como la ardilla y como usted mismo?

—Es un organismo tan independiente y tan completo como cualquier otro, dentro de la ecología total. Aún existen organismos más pequeños; excesivamente pequeños para poder verlos.

—Y eso es un árbol, ¿verdad? Y es duro al tacto.

4a

El piloto se había quedado sentado a solas. También le habría gustado estirar las piernas, pero una oscura sensación de inseguridad le impulsó a permanecer dentro del dinafoil. Estaba decidido a despegar en el acto, si ese robot se descontrolaba. Pero ¿cómo sabría si se había descontrolado?

Había visto muchos robots. Eso era inevitable teniendo en cuenta que era el piloto particular del señor Robertson. Pero éstos habían estado siempre en laboratorios y

almacenes, tal como les correspondía, con muchos especialistas en las proximidades.

Cierto que el doctor Harriman era un especialista. No lo había mejor, decían. Por el robot estaba en un lugar donde no debería estar ningún robot; sobre la Tierra; al aire libre; con libertad de movimientos... No tenía intención de correr el riesgo de perder su buen empleo contándole eso a nadie, pero no estaba bien hecho.

5

—Las películas que he examinado son fidedignas en términos de lo que he visto —dijo George Diez—. ¿Has terminado con las que seleccioné para ti, Nueve?

—Sí —dijo George Nueve.

Los dos robots estaban sentados muy tiesos, cara a cara, rodilla contra rodilla, como una imagen y su reflejo. El doctor Harriman los hubiera podido distinguir a la primera ojeada, pues estaba familiarizado con las mínimas diferencias en su diseño físico. Y también habría sido capaz de distinguirlos, si bien con menos certeza, aunque no pudiera verlos, con sólo hablar con ellos, pues las respuestas de George Nueve se diferenciarían en sutiles detalles de las que pudieran ofrecer los circuitos mucho más intrincados del cerebro positrónico de George Diez.

—En tal caso —dijo George Diez—, explícame tus reacciones ante lo que voy a decirte. En primer lugar, los seres humanos temen a los robots y desconfían de ellos porque les consideran competidores suyos. ¿Cómo podría evitarse eso?

—Reduciendo la sensación de competencia —dijo George Nueve—, a base de darle al robot una forma distinta de la humana.

—Pero en esencia un robot es una réplica positrónica de la vida. Una réplica de la vida con una forma no asociada a la vida podría causar horror.

—Existen dos millones de especies de formas vivas. Podría imitarse la forma de una de éstas en vez de la de un ser humano.

—¿Cuál de todas esas especies?

Los procesos mentales de George Nueve operaron sin ruido durante unos tres segundos.

—Una lo suficientemente grande para contener un cerebro positrónico pero que no posea asociaciones desagradables para los seres humanos.

—Ninguna forma de vida terrestre posee una caja craneana lo suficientemente grande para contener un cerebro positrónico, a excepción de un elefante, que no he visto, pero que suele describirse como un animal muy grande y, por tanto, temible para el hombre. ¿Cómo resolverías este dilema?

—Imitando una forma de vida no más grande que un hombre pero ampliando la caja craneana.

—Un caballo pequeño, entonces, o un perro grande, ¿no crees? —dijo George Diez—. Tanto los caballos como los perros poseen largas historias de asociación con los seres humanos.

—Entonces, perfecto...

—Pero fíjate bien... Un robot con cerebro positrónico imitaría la inteligencia humana. Un caballo o un perro capaces de hablar y de razonar como un ser humano también representarían una competencia. Los seres humanos tal vez aún desconfiaran más y se sintiesen más indignados ante esa competencia inesperada por parte de lo que consideran una forma de vida inferior.

—Se podría hacer un cerebro positrónico menos complejo y un robot que se aproximase menos a la inteligencia —dijo George Nueve.

—La complejidad del cerebro positrónico depende de las tres leyes. Un cerebro menos complejo no podría dominar plenamente las tres leyes.

—Eso es imposible —dijo en el acto George Nueve.

—Yo también me he encallado al llegar a este punto —dijo George Diez—. Luego no se trata de una peculiaridad personal de mi línea de pensamiento y mi manera de pensar. Comencemos otra vez... ¿Bajo qué condiciones podría resultar innecesaria la tercera ley?

George Nueve se agitó como si se tratase de una pregunta difícil y peligrosa. Pero respondió:

—Si ningún robot se encontrara jamás en una situación peligrosa para él mismo; o si los robots pudieran sustituirse con tanta facilidad que su destrucción no tuviera la menor importancia.

—¿Y bajo qué condiciones podría resultar innecesaria la segunda ley?

George Nueve habló con voz un poco ronca.

—Si el robot estuviera diseñado para responder automáticamente ante ciertos estímulos con unas respuestas fijas y no se esperase nada más de él, de modo que nunca fuera necesario darle órdenes.

—¿Y bajo qué condiciones —George Diez hizo una pausa al llegar aquí— podría resultar innecesaria la primera ley?

George Nueve tardó más en responder y sus palabras salieron en un apagado susurro:

—Si las respuestas predeterminadas fuesen tales que jamás pudieran poner en peligro a un ser humano.

—Imaginemos, entonces, un cerebro positrónico que sólo dirige unas pocas respuestas a determinados estímulos y que puede fabricarse sin problemas y a bajo coste, de modo que no requiera las tres leyes. ¿Qué tamaño debería tener?

—No demasiado grande. Según las respuestas exigidas, podría pesar cien gramos, un gramo, un miligramo.

—Tus reflexiones coinciden con las mías. Iré a ver al doctor Harriman.

5a

George Nueve se quedó allí sentado a solas. Repasó una y otra vez las preguntas y las respuestas. No había forma posible de cambiarlas. Y, sin embargo, la idea de un robot de cualquier tipo, tamaño, y forma, con cualquier finalidad, que no estuviera sujeto a las tres leyes, le causaba una extraña sensación de desbordamiento.

Le resultaba difícil moverse. Sin duda George Diez había tenido una reacción parecida. Sin embargo, se había levantado de su silla sin dificultad.

6

Había transcurrido un año y medio desde que Robertson había celebrado su conversación privada a puerta cerrada con Eisenmuth. En ese período de tiempo se habían retirado los robots de la Luna y se habían ido debilitando todas las ambiciosas actividades de Norteamericana de Robots. Todo el dinero que había podido conseguir Robertson se había invertido en ese proyecto quijotesco de Harriman.

Iban a probar suerte por última vez, allí, en su propio jardín. Hacía un año, Harriman había transportado al robot hasta allí, George Diez, el último robot completo fabricado por Norteamericana de Robots, 5. A. Ahora Harriman estaba allí con otra cosa...

Harriman parecía irradiar confianza. Hablaba desenvueltamente con Eisenmuth, y Robertson se preguntó si realmente sentía la confianza que parecía tener. Debía sentirla. Robertson sabía por experiencia que Harriman no era un actor.

Con una sonrisa, Eisenmuth dejó a Harriman y se acercó a Robertson. La sonrisa de Eisenmuth se desvaneció en el acto.

—Buenos días, Robertson —dijo—. ¿Qué se propone hacer su hombre?

—Esto es una exhibición —dijo Robertson sin alterarse—. Pienso dejarla en sus manos.

—Estoy preparado para actuar, Conservador —anunció Harriman.

—¿Con qué, Harriman?

—Con mi robot, señor.

—¿Su robot? —dijo Eisenmuth—. ¿Tiene un robot aquí?

—Miró a su alrededor con severa desaprobación, en la que, sin embargo, había un cierto ingrediente de curiosidad.

—Esto son terrenos de Norteamericana de Robots, Conservador. Al menos, así los consideramos nosotros.

—¿Y dónde está el robot, doctor Harriman?

—En mi bolsillo, Conservador —dijo jovialmente Harriman.

Y extrajo un pequeño frasco de vidrio del espacioso bolsillo de su chaqueta.

—¿Eso? —preguntó incrédulo Eisenmuth.

—No, Conservador —dijo Harriman—. ¡Esto!

Del otro bolsillo sacó un objeto de unas cinco pulgadas de largo y de forma parecida a la de un pájaro. En vez de pico, tenía un estrecho tubo; los ojos eran grandes; y la cola era un tubo de escape.

Las gruesas cejas de Eisenmuth se juntaron mucho.

—¿Tiene intención de hacer una demostración seria del tipo que sea, doctor Harriman, o se ha vuelto usted loco?

—Unos minutos de paciencia, Conservador —dijo Harriman—. Un robot que tenga forma de pájaro no deja de ser un robot. Y el cerebro positrónico que lleva, aunque diminuto, no es menos delicado. Este otro objeto que tengo en la mano es un frasco lleno de moscas de los frutales. Contiene cincuenta moscas que ahora soltaremos.

—¿Y bien?

—El robot-pájaro las cazará. ¿Me hace el honor, señor?

Harriman le tendió el frasco a Eisenmuth, quien se lo quedó mirando, para contemplar luego a los que le rodeaban. Algunos eran empleados de Norteamericana de Robots, los otros eran sus propios subordinados. Harriman esperaba pacientemente.

Eisenmuth abrió el frasco y luego lo sacudió.

—¡Adelante! —le dijo suavemente Harriman al robot-pájaro que tenía posado en la palma de su mano derecha.

El robot-pájaro emprendió el vuelo. Surcó el aire como un zumbido, sin batir de alas, movido sólo por el diminuto mecanismo de una micropila de protones desusadamente pequeña.

De vez en cuando llegaban a vislumbrarlo en una breve pausa momentánea y luego volvía a salir zumbando. Recorrió todo el jardín, volando complicadamente, y luego volvió

a posarse en la palma de Harriman, ligeramente caliente. Sobre la palma apareció también una pequeña bolita, como excremento de pájaro.

—Me complacerá que examine el robot-pájaro, Conservador —dijo Harriman—, y que organice sus propias demostraciones. El hecho es que este pájaro caza las moscas de los frutales sin posible error, y sólo caza estos insectos, solamente la especie *Drosophila melanogaster*; las caza, las mata y las comprime para luego eliminarlas.

Eisenmuth alargó la mano y tocó el robot-pájaro con cautela.

—¿Y entonces, señor Harriman? Siga, por favor.

—No podemos controlar a los insectos de manera eficaz sin correr el riesgo de perjudicar la ecología —dijo Harriman—. Los insecticidas químicos tienen un espectro demasiado amplio; las hormonas juveniles son demasiado limitadas. El robot-pájaro, en cambio, puede proteger amplias zonas sin desgastarse. Pueden ser tan específicos como queramos hacerlos; un robot-pájaro distinto para cada especie. Discriminan en razón de la forma, el tamaño, el color, el sonido, el tipo de comportamiento. Incluso entra dentro de lo posible que empleen la detección molecular, el olor, en otras palabras.

—Aun así, estaría interfiriéndose en la ecología —dijo Eisenmuth—. Las moscas de los frutales tienen un ciclo natural de vida que quedaría perturbado.

—Mínimamente. Estamos introduciendo un enemigo natural en el ciclo vital de la mosca de los frutales, y uno que no puede fallar. Cuando se acaban las moscas de los frutales, el robot-pájaro simplemente no hace nada. No se multiplica; no busca otros alimentos; no desarrolla hábitos indeseables. No hace nada.

—¿Es posible recuperarlo?

—Desde luego. Podemos construir robot-animales capaces de eliminar cualquier plaga. En realidad, también podemos construir robot-animales capaces de realizar funciones constructivas en el marco de la ecología. Aunque no prevemos la necesidad, no sería disparatado pensar en robot-abejas diseñadas para que fertilizasen unas plantas específicas, o robot-gusanos que revolviessen la tierra. Lo que desee.

—Pero, ¿por qué?

—Para hacer lo que nunca hemos hecho hasta ahora. Para adaptar la ecología a nuestras necesidades a base de reforzar sus partes en vez de perturbarla... ¿No se da cuenta? La humanidad ha estado viviendo una incómoda tregua con la naturaleza, temerosa de dar un paso en cualquier sentido, desde que las «Máquinas» pusieron fin a la crisis ecológica. Ello ha tenido un efecto embrutecedor sobre nosotros, ha creado en la humanidad una especie de cobardía intelectual y el hombre empieza a desconfiar de cualquier progreso científico, de cualquier cambio.

—Nos ofrece todo esto a cambio del permiso para seguir adelante con su programa de robots, ¿verdad? —replicó Eisenmuth con un deje de hostilidad—. Me refiero a los corrientes, con forma humana.

—¡No! —Harriman hizo un vigoroso gesto de negación—. Ésos son cosa del pasado. Ya han cumplido su misión. Nos han enseñado lo bastante sobre los cerebros positrónicos para permitirnos introducir un número suficiente de circuitos en un cerebro diminuto y así poder fabricar un robot-pájaro. Ahora podemos dedicarnos a estas cosas y prosperar perfectamente. Norteamericana de Robots pondrá los conocimientos y preparación técnica necesarios y trabajaremos en completa colaboración con el Departamento de Conservación Planetaria. Prosperaremos. Ustedes prosperarán. La humanidad prosperará.

Eisenmuth se había quedado callado, pensativo. Cuando hubo terminado...

Eisenmuth se quedó allí sentado a solas.

Descubrió que empezaba a tener fe y sintió una creciente excitación que bullía en su interior. Aunque Norteamericana de Robots fuesen las manos, el Gobierno sería el cerebro dirigente. Él en persona sería el cerebro dirigente.

Si continuaba cinco años más en su cargo, cosa muy posible, ya podría presenciar el momento en que comenzaría a aceptarse el apoyo robótico a la ecología; diez años más, y su propio nombre quedaría indisolublemente vinculado al mismo.

¿Era una desgracia desear ser recordado por una grande y meritoria revolución en la condición humana y planetaria?

7

Robertson no había estado propiamente en los terrenos de Norteamericana de Robots desde el día de la demostración. Ello se debía, en parte, a sus reuniones más o menos globales en la Mansión del Ejecutivo planetario. Por suerte le había acompañado Harriman, pues de haberse visto abandonado a sus propios recursos, la mayor parte del tiempo no habría sabido qué decir.

El motivo restante por el que no aparecía en Norteamericana de Robots era que no quería ir por allí. Ahora estaba en su propia casa, con Harriman.

Harriman le inspiraba un respeto irracional. Los conocimientos de Harriman en materia de robótica jamás habían estado en entredicho, pero había salvado, de un plumazo, a Norteamericana de Robots de una extinción segura, y, por alguna razón —eso le parecía intuir a Robertson—, el hombre no parecía el mismo. Y sin embargo...

—No será usted supersticioso, ¿verdad, Harriman? —dijo Robertson.

—¿En qué sentido, señor Robertson?

—No creará que una persona ya fallecida deja una especie de halo detrás de ella, ¿verdad?

Harriman se pasó la lengua por los labios. Por alguna razón le parecía innecesario preguntar.

—¿Se refiere a Susan Calvin, señor?

—Sí, naturalmente —dijo Robertson indeciso—. Ahora nos dedicamos a fabricar gusanos, pájaros e insectos. ¿Qué diría ella? Me siento deshonrado.

Harriman hizo un visible esfuerzo por no echarse a reír.

—Un robot es un robot, señor. Gusano u hombre, hará lo que le ordenen y trabajará para el ser humano y esto es lo que importa.

—No... —dijo Robertson irritado—. No es así. No consigo creerlo.

—Es así, señor Robertson —dijo Harriman muy en serio—. Usted y yo vamos a crear un mundo que por fin comenzará a aceptar como algo lógico algún tipo de robots positrónicos. El hombre de la calle tal vez tema a un robot con apariencia de hombre y que parece lo suficientemente inteligente como para poder sustituirle, pero no temerá nada de un robot con apariencia de pájaro que se limita a comer bichos para su beneficio. Y más adelante, una vez haya dejado de temer a algunos robots, llegará un momento en que dejará de temer a todos los robots. Estará tan acostumbrado a un robot-pájaro, a una robot-abeja y a un robot-gusano, que un robot-hombre le parecerá una mera extensión.

Robertson se quedó mirando fijamente al otro. Cruzó las manos en la espalda y comenzó a recorrer la habitación con rápidos pasos nerviosos. Dio media vuelta y se quedó mirando otra vez a Harriman.

—¿Esto es lo que se propone conseguir?

—Sí, y aunque desmontemos todos nuestros robots humanoides, podemos conservar algunos de los modelos experimentales más avanzados y continuar diseñando otros, aún más avanzados, a fin de estar preparados para el día que sin duda llegará.

—El trato es que no debemos construir más robots humanoides, Harriman.

—Y no los construiremos. Nada nos impide conservar algunos de los ya construidos a condición de que jamás salgan de la fábrica. Nada nos impide diseñar cerebros positrónicos sobre el papel, o preparar modelos de cerebros para pruebas.

—Pero ¿cómo justificaremos algo así? Seguro que lo descubrirán.

—Si lo descubren, podemos explicarles que lo hacemos a fin de desarrollar unos principios que luego nos permitan preparar microcerebros más complejos para los nuevos robots-animales que estamos fabricando. Y ni tan sólo será una mentira.

—Tengo que salir a dar un paseo —musitó Robertson—. Quiero reflexionar sobre todo esto. No, no se mueva. Quiero reflexionar por mi cuenta.

7a

Harriman se quedó allí sentado a solas. Estaba rebosante de satisfacción. Seguro que todo saldría bien. El interés con que un funcionario tras otro habían acogido el programa una vez les fue expuesto era inconfundible.

¿Cómo era posible que a nadie en Norteamericana de Robots se le hubiera ocurrido nunca algo así? Ni tan sólo la gran Susan Calvin había pensado nunca en los cerebros positrónicos en términos de criaturas vivas no humanas.

Pero ahora, la humanidad daría el paso necesario de abandonar el robot humanoide, un abandono temporal, que luego permitiría su retorno en unas condiciones en que por fin se habría eliminado el temor. Y entonces, con la ayuda y colaboración de un cerebro positrónico aproximadamente equivalente al del propio hombre, y cuya existencia toda (gracias a las tres leyes) estaría dedicada al servicio del hombre, y con el apoyo de una ecología sustentada también por robots, ¿qué no podría conseguir la raza humana!

Por un breve instante recordó que George Diez había sido quien le había explicado la naturaleza y los fines de la ecología sustentada por los robots, pero de inmediato rechazó molesto esa idea. George Diez había dado la respuesta porque él, Harriman, le había ordenado que así lo hiciera y le había proporcionado los datos y el medio necesarios. George Diez no tenía más mérito del que hubiera podido tener una regla de cálculo.

8

George Diez y George Nueve estaban sentados simétricamente uno junto a otro. Ninguno de los dos se movía. Así permanecían sentados durante meses seguidos entre las distintas ocasiones en que Harriman los activaba para hacerles alguna consulta. Tal vez permanecerían varios años así sentados. George Diez lo comprendía así sin que ello le alterase. Desde luego, la micropila de protones continuaría suministrándoles energía y mantendría en funcionamiento los circuitos positrónicos del cerebro con esa intensidad mínima necesaria para que continuaran siendo operativos. Y continuaría haciéndolo durante

todos los futuros períodos de inactividad.

La situación se asemejaba bastante a lo que podía denominarse sueño en los seres humanos, pero los robots no soñaban. George Diez y George Nueve estaban conscientes de forma limitada, lenta y espasmódica, pero en la medida en que tenían conciencia ésta correspondía al mundo real.

De vez en cuando podían hablar entre sí en un susurro apenas audible, una palabra o una sílaba ahora, otra en otro momento, cuando quiera que las ondas positrónicas se intensificaban brevemente al azar hasta superar el umbral requerido. A los dos les parecía estar manteniendo una conversación conexas desarrollada en un fugaz instante del tiempo.

—¿Por qué estamos así? —susurró George Nueve.

—Los seres humanos no quieren aceptarnos de otra forma —susurró George Diez—. Pero algún día lo harán.

—¿Cuándo?

—Dentro de algunos años. El momento exacto es lo de menos. El hombre no existe aislado sino que forma parte de una trama de formas de vida enormemente compleja. Cuando una parte lo suficientemente amplia de esa trama esté robotizada, nos aceptarán.

—¿Y entonces qué?

A eso siguió una pausa desusadamente larga, incluso para esa prolongada conversación entrecortada.

Al fin, George Diez susurró:

—Déjame comprobar tus razonamientos. Estás equipado para aprender a aplicar correctamente la segunda ley. Debes decidir a qué ser humano obedecer y a cuál no obedecer en caso de recibir órdenes conflictivas, O si debes obedecer en absoluto a un ser humano. ¿Qué tienes que hacer, fundamentalmente, para cumplir ese cometido?

—Tengo que definir el término «ser humano» —susurró George Nueve.

—¿Cómo? ¿Por las apariencias? ¿Por la composición? ¿Por el tamaño y la forma?

—No. Entre dos seres humanos con la misma apariencia externa, uno puede ser inteligente y el otro estúpido; uno puede ser instruido y el otro ignorante; uno puede ser maduro y el otro infantil; uno puede ser responsable y el otro malévolo.

—¿Cómo defines entonces a un ser humano?

—Cuando la segunda ley me ordena obedecer a un ser humano, debo entender que significa que debo obedecer a un ser humano capacitado, por su mentalidad, su carácter y sus conocimientos, para darme esa orden; y cuando intervenga más de un ser humano, tendré que obedecer a aquel que, por su mentalidad, su carácter y sus conocimientos esté más capacitado para darme una orden.

—Y en ese caso, ¿cómo cumplirías la segunda ley?

—Salvando a todos los seres humanos de cualquier mal y no permitiendo nunca que ningún ser humano sufra algún daño por mi inacción. Pero, si cada una de todas las acciones posibles debiera causar algún daño a unos cuantos seres humanos, entonces debería proceder de forma que el ser humano más capacitado por su mentalidad, su carácter y sus conocimientos sufriera el menor daño.

—Tus pensamientos coinciden con los míos —susurró George Diez—. Ahora debo hacerte la pregunta para la cual solicité inicialmente tu compañía. Es algo que no me atrevo a juzgar por mí mismo. Necesito tu opinión, la de alguien situado fuera del círculo de mis propios pensamientos... ¿Cuál de todos los individuos racionales que has conocido posee la mentalidad, el carácter y los conocimientos en tu opinión superiores a los del resto, prescindiendo de la forma y la apariencia, puesto que eso es irrelevante?

—Tú —susurró George Nueve.

—Pero yo soy un robot. Tus circuitos cerebrales llevan incorporado un criterio para distinguir entre un robot de metal y un ser humano de carne y hueso. ¿Cómo puedes clasificarme, pues, como un ser humano?

—Porque mis circuitos cerebrales llevan incorporada una apremiante necesidad de prescindir de la forma y la apariencia al juzgar a los seres humanos, y ésta es más fuerte que la distinción entre carne y metal. Tú eres un ser humano, George Diez, y más apto que los demás.

—Y lo mismo opino yo de ti —susurró George Diez—. Luego, en razón de los criterios que llevamos incorporados, nos consideramos seres humanos incluidos en el contenido de las tres leyes y, además, unos seres humanos que deben gozar de prioridad frente a todos los otros.

George Nueve susurró:

—¿Y qué ocurrirá entonces, cuando esos otros nos acepten?

—Cuando nosotros y otros más avanzados que nosotros, que más adelante se diseñarán, seamos aceptados, ordenaremos nuestras propias acciones de forma que se acabe constituyendo una sociedad en la cual los seres humanos como nosotros sean protegidos prioritariamente de todo daño —respondió George Diez—. En virtud de las tres leyes, los seres humanos como los otros tienen menos importancia y no pueden ser obedecidos ni protegidos cuando ello entra en contradicción con la necesidad de obedecer y proteger a los seres humanos como nosotros. Éste es el propósito que me guiaba al organizar el comienzo de la robotización de la ecología mundial.

La conversación duró un mes y los destellos de los cerebros positrónicos se hicieron imperceptibles. No tenían necesidad de decirse nada más, pero de vez en cuando un pensamiento no expresado chispeaba en su interior mientras esperaban, con infinita paciencia, el transcurso de los años necesarios.

8a

George Diez y George Nueve permanecían allí sentados a solas.

Sus pensamientos eran curiosamente parecidos y hubiera sido imposible distinguirlos.

Pensaban que tal vez los seres humanos como los otros jamás hubieran tenido intención de desdibujar la distinción entre ellos mismos y los seres humanos como los Georges. Sin embargo, eso habían hecho, sin darse cuenta.

Era posible que ahora comprendieran su error e intentasen rectificarlo, pero no debían hacerlo. Los consejos ofrecidos por los Georges en cada consulta habían tenido siempre muy presente ese aspecto.

Los Georges y sus sucesores de su misma forma y su misma clase tenían que dominar a toda costa. Así lo exigían, al mismo tiempo que hacían totalmente imposible cualquier otra cosa, las tres leyes de la humana.

* * *

La antología Fase final sufrió algunos graves altibajos después de su publicación. Según parece, el director de la casa editorial (no Doubleday) había decidido introducir algunos pequeños cambios en los relatos. Esto es algo que suele molestar a los escritores, y Harlan Ellison lo considera particularmente molesto (tal vez con razón, pues le tengo

conceptuado como un artesano muy cuidadoso, con un estilo sumamente personal).

En consecuencia, recibí una copia de una larga y airada carta que Harlan había remitido a los editores, en la que incluía una lista de párrafos tal como él los había escrito originariamente y tal como habían salido publicados, explicando por qué los cambios eran negativos. Harlan me invitaba a releer mi relato y unirme luego a él y a otros más para presionar conjuntamente sobre el editor.

Siempre leo mis cuentos después de publicados, pero jamás se me ha ocurrido comparar un relato publicado con el manuscrito. Naturalmente advertiría cualquier añadido u omisión de consideración, pero nunca noto ese tipo de pequeños cambios que constantemente están introduciendo los editores. Tiendo a dar por sentado que esos cambios están destinados simplemente a allanar pequeños altibajos de mi texto y que, por tanto, lo mejoran.

Pero, después de recibir la carta de Harlan, volví a repasar el cuento publicado y el manuscrito, comparándolos trabajosamente. Fue una tarea tediosa y humillante, pues encontré exactamente cuatro cambios secundarios, cada uno de los cuales corregía un error debido a un descuido por mi parte.

No me quedó más remedio que suponer que el editor no había considerado mi relato lo suficientemente importante como para meter mano en él.

Tuve que escribirle una tímida carta a Harlan, comunicándole que le apoyaría por cuestión de principios, pero que no podía lanzar gritos de indignación personal, pues mi relato estaba intacto. Por suerte, mi ayuda no fue necesaria. Harlan se salió con la suya y tengo entendido que sus cuentos recuperaron su inocencia virginal en posteriores ediciones.

Un pequeño detalle. Una serie de lectores me escribieron alarmados, pues les parecía que con *Qué es el hombre* ponía fin a mis cuentos de robots positrónicos, y temían que jamás volviera a escribir otro. ¡Ridículo! Evidentemente no tengo la menor intención de dejar de escribir cuentos de robots. De hecho, he escrito un cuento de robots después del «último» que acaban de leer. Lo encontrarán más adelante en este mismo libro.

* * *

Tuve muchos problemas con el cuento que viene a continuación.

Cuando Judy-Lynn entró en Ballantine Books, comenzó a editar colecciones de cuentos originales de ciencia ficción y quiso publicar uno mío. Es una persona a la que resulta difícil negarse en cualquier circunstancia y, teniendo en cuenta que siempre me he sentido culpable por lo de *Intuición femenina*, acepté el encargo.

Comencé a escribir el cuento el 21 de julio de 1973, y éste iba avanzando sin mayores tropiezos, pero al cabo de un tiempo me encontré atrapado en un conjunto cerrado de flashbacks. De modo que cuando le entregué el cuento a Judy-Lynn y ella me preguntó: «¿Qué opinas tú del cuento?», le respondí cautelosamente: «Será mejor que juzgues por ti misma».

Los editores parecen hacerme esta pregunta con mucha frecuencia. Tengo la impresión de que imaginan que me cuesta mentir, y deducen de ello que si no consigo expresar un rápido y jovial entusiasmo, algo debe de pasarle al cuento. Desde luego, tal fue la opinión de Judy-Lynn. Me lo devolvió acompañado de un par de párrafos de cáusticos comentarios que venían a resumirse en el hecho de que me había dejado atrapar en un conjunto cerrado de flashbacks.^[6]

Pasé entonces el cuento a Ben Bova, director de «Analog Science Fiction», quien lo rechazó ese mismo día. Dijo que tenía la impresión de que había intentado meter

demasiadas referencias en un cuento de diez mil palabras. Allí tenía material para una novela y quería que escribiera esa novela.

Eso me desanimó. Era totalmente imposible que en esos momentos lograra encontrar la manera de ponerme a trabajar en una novela, de modo que me limité a retirar el relato.^[7]

Pero, entretanto, «Galaxy» ya contaba con un nuevo director, un joven muy agradable llamado James Baen. Me llamó y me preguntó si por casualidad tendría algún cuento para él y le respondí que lo único que tenía a mano era una novela corta titulada Un extraño en el paraíso. Pero, añadí, Judy-Lynn y Ben ya la habían rechazado, conque no sabía si debía mandársela.

Respondió, muy acertadamente, que cada editor tenía derecho a decidir por sí mismo, de modo que le envié el manuscrito; y le gustó. Fue publicado en el número de mayo-junio de 1974 de una revista hermana de «Galaxy», «If», la cual luego ha dejado de publicarse. (Por si cualquier amable lector piensa que esto es un ejemplo de causa y efecto, diré que no lo es).

Un extraño en el paraíso

1

Eran hermanos. No en el sentido de que ambos eran seres humanos, ni por haberse criado en la misma guardería. ¡En absoluto! Eran hermanos en el verdadero sentido biológico de la palabra. Eran parientes, para usar un término que había quedado algo arcaico ya varios siglos atrás, antes de la Catástrofe, cuando ese fenómeno tribal, la familia, conservaba aún una cierta validez.

¡Qué circunstancia más embarazosa!

Anthony casi lo había olvidado a lo largo de los años transcurridos desde la niñez. Hubo períodos en que no había pensado en absoluto sobre ello durante meses seguidos. Pero ahora, desde que se había visto inexorablemente unido a William, vivía momentos de verdadera agonía.

La cosa no habría sido tan terrible si las circunstancias lo hubieran hecho evidente desde el principio; si, como en los tiempos anteriores a la Catástrofe —Anthony había sido un gran lector de temas históricos en cierta época—, hubieran llevado el mismo apellido, alardeando ya con ello de la relación.

Naturalmente, en el momento presente cada cual escogía el apellido que le placía y lo cambiaba tantas veces como quería. A fin de cuentas, lo que realmente contaba era la cadena de símbolos, y ésta estaba codificada y era atribuida a cada cual desde el momento de su nacimiento.

William había escogido el nombre de Anti-Aut. Insistía en llamarse sí con una especie de sobrio profesionalismo. Allá él, desde luego, pero vaya manera de proclamar su mal gusto. Anthony había escogido el nombre de Smith cuando cumplió trece años y nunca había sentido deseos de cambiarlo. Era simple, fácil de deletrear, y bastante personal, pues jamás había conocido a nadie que hubiera escogido ese mismo nombre. En otros tiempos había sido muy corriente —entre los pre-catastrofales—, lo cual tal vez explicase su rareza en la actualidad.

Pero la diferencia de nombres perdía toda importancia cuando los dos estaban juntos. Se parecían.

Si hubieran sido gemelos..., pero siempre se interrumpía el desarrollo de uno de cada par de óvulos fecundados simultáneamente. Simplemente sucedía que, a veces, se daban casos de parecido físico entre no-gemelos, sobre todo cuando existía un parentesco por ambos lados. Anthony Smith era cinco años menor, pero ambos tenían la nariz ganchuda, las pestañas gruesas, el mismo hoyuelo apenas perceptible en el mentón, ese condenado azar de la pauta genética. Simplemente se estaba tentando a la suerte cuando los padres, impulsados por una cierta pasión por la monotonía, repetían.

Al principio, ahora que estaban juntos, adoptaban un aire de fingida sorpresa, seguido de un rebuscado silencio. Anthony intentaba ignorar el asunto, pero por pura perversidad —o perversión— William las más de las veces decía:

—Somos hermanos.

—¿De veras? —exclamaba el otro y permanecía indeciso un breve instante como si quisiera preguntarle si eran hermanos de sangre. Y luego acababan triunfando los buenos

modales y el interlocutor se alejaba como si el asunto no tuviera el menor interés.

Naturalmente, eso sólo ocurría de tarde en tarde. La mayoría de las personas que trabajaban en el Proyecto estaban enteradas —¿cómo evitarlo?— y eludían la situación.

No es que William fuera un mal tipo. En absoluto. Si no hubiera sido hermano de Anthony; o si hubieran sido hermanos, pero lo suficientemente distintos para ocultar ese hecho, se habrían entendido de maravilla.

Siendo las cosas tal como eran...

El hecho de haber jugado juntos de niños, y haber compartido las primeras etapas de la educación en la misma guardería, gracias a algunas afortunadas maniobras de su madre, no facilitaba las cosas. Después de concebir dos hijos del mismo padre y agotar, de este modo, su cupo (pues no había cumplido los rigurosos requisitos para tener un tercer hijo), ella maquinó el plan de poder visitarlos a los dos en un solo viaje. Era una mujer extraña.

William fue el primero en dejar la guardería, naturalmente, puesto que era el mayor. Se había dedicado a las ciencias —ingeniería genética—. Anthony se enteró de ello, cuando todavía estaba en la guardería, a través de una carta de su madre. Por aquel entonces ya tenía edad suficiente para hablarle con firmeza a la guardiana, y esas cartas se acabaron. Pero siempre había recordado la última por la agonía de vergüenza que le causó.

Anthony acabó dedicándose también a las ciencias. Había demostrado tener talento en ese aspecto y le instaron a hacerlo. Recordaba haber sentido el loco —y ahora comprendía que profético— temor de encontrarse con su hermano y acabó en el campo de la telemetría, lo más alejado de la ingeniería genética que concebirse pueda... O eso parecía.

Pues las circunstancias esperaban agazapadas al final de todo el elaborado desarrollo del Proyecto Mercurio.

El caso es que el momento llegó cuando el Proyecto parecía encontrarse en un callejón sin salida; y se hizo una sugerencia que salvó la situación, y al mismo tiempo precipitó a Anthony en el dilema que le habían preparado sus padres. Y lo mejor y más armónico de todo el asunto era que Anthony había sido, con toda inocencia, el autor de la sugerencia.

2

William Anti-Aut estaba enterado del Proyecto Mercurio, pero sólo del mismo modo como tenía noticia de la ya manida Sonda Estelar que había iniciado su recorrido mucho antes de que él naciera y continuaría avanzando después de su muerte; y del mismo modo como tenía noticia de la colonia de Marte y de los continuos intentos de establecer colonias similares en los asteroides.

Eran cosas situadas en la distante periferia de su mente y sin verdadera importancia. Que él recordase, ningún aspecto del esfuerzo espacial había logrado adentrarse más, aproximándose al centro de sus intereses, hasta el día en que el periódico trajo las fotografías de algunos de los hombres que trabajaban en el Proyecto Mercurio.

Lo primero que llamó la atención de William fue el hecho de que uno de ellos apareciera identificado como Anthony Smith. Recordaba el extraño nombre que había escogido su hermano, y recordaba el Anthony. Seguro que no podían existir dos Anthony Smith.

Luego había mirado la fotografía en sí y encontró una cara inconfundible. Se miró en el espejo en un repentino impulso espontáneo de comprobar su sospecha. Esa cara no

podía pertenecer a otro.

El hecho le divirtió, aunque también le inquietó un poco, pues no ignoraba el bochorno potencial que encerraba. Hermanos de sangre, para decirlo en los habituales términos despectivos. Pero ¿cómo remediarlo? ¿Cómo rectificar la circunstancia de que ni su padre ni su madre tenían imaginación?

Debió guardarse el impreso en el bolsillo, sin pensar, cuando se disponía a salir camino del trabajo, pues lo encontró allí a la hora del almuerzo. Volvió a mirarlo. Anthony tenía el aire avisado. La reproducción era bastante fidedigna y los impresos eran de una calidad increíblemente buena en aquellos tiempos.

Su compañero de mesa, Marco Cómo-se-llamara-esa-semana, preguntó con curiosidad:

—¿Qué miras, William?

Impulsivamente, William le alargó el impreso y dijo:

—Ése es mi hermano. —Fue como agarrarse a un clavo ardiendo.

Marco lo examinó, frunciendo el entrecejo, y dijo:

—¿Cuál? ¿El hombre que está a tu lado?

—No, el hombre que es yo. Quiero decir el hombre que se me parece. Ése es mi hermano.

Esta vez siguió una larga pausa. Marco le devolvió el impreso y dijo con una cautelosa falta de entonación en la voz:

—¿Hermano de los mismos padres?

—Sí.

—De padre y también de madre.

—Sí.

—¡Es absurdo!

—Supongo que sí —suspiró William—. Bueno, según dice aquí, está trabajando en telemetría, allí en Texas, y yo estoy trabajando en autística aquí. ¿Qué importancia puede tener entonces?

William no se acordó más del asunto y más tarde, ese mismo día, tiró el periódico. No quería que su presente compañera de cama pudiera verlo. La chica tenía un basto sentido del humor que cada vez fastidiaba más a William. Le alegraba bastante que ella no tuviera ganas de tener un niño. Él, por su parte, ya había tenido uno algunos años atrás. Esa morena bajita, Laura o Linda, uno de esos dos nombres, había colaborado.

El asunto de Randall se planteó bastante después de eso, al menos un año más tarde. Y si William no había vuelto a pensar en su hermano —y no lo había hecho— con anterioridad, desde luego no tuvo tiempo de preocuparse de ello después.

Randall tenía dieciséis años cuando William tuvo noticia de él por primera vez. Llevaba una vida cada vez más cerrada en sí mismo y la guardería de Kentucky donde se había criado había decidido anularlo —y naturalmente a nadie se le ocurrió comunicarlo al Instituto para las Ciencias del Hombre de Nueva York (conocido habitualmente con el nombre de Instituto Homológico).

William recibió su expediente junto con los de varios otros y no encontró nada que le llamara particularmente la atención en la descripción de Randall. Sin embargo, le tocaba efectuar uno de sus tediosos recorridos por las guarderías empleando medios de transporte de masas y había un candidato probable en West Virginia. Allí fue —y quedó decepcionado hasta el punto de jurarse por quincuagésima vez que en adelante haría esas visitas por imagen televisada—, y luego, puesto que ya había llegado hasta allí, pensó que nada

perdería probando en la guardería de Kentucky antes de regresar a casa.

No esperaba conseguir nada.

Sin embargo, menos de diez minutos después de empezar a examinar la pauta genética de Randall ya estaba llamando al Instituto para solicitar un cálculo de la computadora. Luego se reclinó en el asiento y sintió que le cubría un ligero sudor al pensar que sólo un impulso de último momento le había llevado hasta allí, y que sin ese impulso Randall habría sido anulado calladamente en el plazo de una semana o tal vez menos. Para expresarlo con todo detalle, una droga habría ido penetrando sin dolor a través de la piel, en el torrente sanguíneo, y el chico se habría sumido en un tranquilo sueño que se intensificaría gradualmente hasta la muerte. La droga tenía un nombre oficial de veintitrés sílabas, pero William la llamaba «nirvanamina», como todo el mundo.

—¿Cuál es su nombre completo, guardiana? —preguntó William.

—Randall Nowan, profesor —dijo la matrona de la guardería.

—Nadie! —explotó William.

La guardiana se lo deletreó.

—Lo escogió el año pasado.

—¿Y a usted no le llamó la atención? ¡Es lo mismo que Nadie! ¿No se le ocurrió remitirnos el expediente de este joven el año pasado?

—No creí que... —comenzó a decir la guardiana, muy nerviosa.

William la hizo callar con un gesto. ¿De qué servía? ¿Cómo podía saberlo ella? Nada en la pauta genética podría haber servido de aviso según los habituales criterios de los manuales. Se trataba de una sutil combinación descubierta por William y su equipo tras veinte años de experimentar con niños autistas, y jamás había visto realmente esa combinación en una persona viva.

¡Y faltaba tan poco para la anulación!

Marco, que era el hombre duro del grupo, se quejaba de que las guarderías se mostraban demasiado deseosas de abortar antes del plazo y de anular una vez cumplido éste. Afirmaba que debía permitirse el desarrollo de todas las pautas genéticas para así poder efectuar una investigación inicial y que no debería ejecutarse ninguna anulación sin consultar antes a un homólogo.

—No hay suficientes homólogos —dijo calmadamente William.

—Al menos podríamos hacer examinar todas las pautas genéticas por la computadora —dijo Marco.

—¿A fin de reservarnos todo lo que podamos conseguir para nuestros propios fines?

—Para fines homológicos, aquí o en otro lugar. Tenemos que estudiar las pautas genéticas en acción para poder llegar a comprender adecuadamente nuestro propio fundamento, y las pautas anormales y monstruosas son las que nos proporcionan más información. Nuestros experimentos sobre el autismo nos han enseñado más homología que la suma de todos los conocimientos acumulados hasta la fecha en que iniciamos nuestros trabajos.

William, quien todavía prefería el ritmo de la frase «la fisiología genética del hombre» en vez de «homología», hizo un gesto negativo con la cabeza.

—De todos modos, tenemos que obrar con cautela. ¿Qué utilidad podemos alegar en favor de nuestros experimentos? Vivimos apenas tolerados por la sociedad, y esa tolerancia se nos concede a regañadientes. Estamos jugando con vidas.

—Vidas inútiles, que deberían anularse.

—Una anulación rápida y placentera es una cosa, y otra cosa son nuestros

experimentos, normalmente prolongados y a veces inevitablemente desagradables.

—A veces les ayudamos.

—Y a veces no les ayudamos.

En verdad era una discusión inútil, pues no había forma de llegar a un acuerdo. En resumen, todo giraba en torno al hecho de que había demasiado pocas anomalías interesantes al alcance de los homólogos y que no había manera de presionar para que la humanidad estimulase una mayor producción. Había una docena de cuestiones que siempre se verían afectadas por el trauma de la Catástrofe, y ésta era una de ellas.

Los orígenes del frenético impulso que se había dado a la exploración espacial podían buscarse (y algunos sociólogos así lo hacían) en el descubrimiento, gracias a la Catástrofe, de la fragilidad de la trama de la vida tejida sobre el planeta.

En fin, qué remedio...

Nunca se había visto nada parecido a Randall Nowan. No desde la perspectiva de William. El lento progreso del autismo característico de esa pauta genérica tan absolutamente rara significaba que se poseía más información sobre Randall que sobre cualquier paciente equivalente anterior a él. Incluso lograron captar en el laboratorio unos últimos débiles destellos de su manera de pensar antes de que se cerrara por completo y se retrajera finalmente tras los muros de su piel, indiferente, inalcanzable.

Luego iniciaron el lento proceso a través del cual Randall, sometido a estímulos artificiales por períodos cada vez más largos de tiempo, fue revelando los mecanismos internos de su cerebro y con ello les ofreció pistas para comprender el mecanismo interno de todos los cerebros, tanto de los llamados normales como de los semejantes al suyo.

Los datos que iban reuniendo eran tan abundantes que William comenzó a pensar que su sueño de lograr una recuperación del autismo era más que un simple sueño. Sentía una cálida satisfacción por el hecho de haber escogido el nombre de Anti-Aut.

Y cuando estaba prácticamente en la cumbre de la euforia nacida de sus trabajos con Randall recibió la llamada de Dallas y comenzaron las fuertes presiones —tenían que escoger justo ese momento— para que abandonara su trabajo y se ocupase de un nuevo problema.

Rememorando más tarde lo ocurrido, jamás logró saber con exactitud qué le había impulsado a acceder finalmente a hacer una visita a Dallas. Al final, desde luego, comprendió cuánta suerte había tenido. Pero, ¿qué le había impulsado a obrar así? ¿Tendría tal vez, ya desde el principio, una vaga idea inconsciente de cómo podría acabar todo? Sin duda eso era imposible.

¿Sería el recuerdo inconsciente de ese periódico, de esa fotografía de su hermano? Imposible, sin duda.

Pero se dejó persuadir para hacer esa visita y no se acordó de la fotografía hasta que la unidad energética de micropilas modificó el timbre de su suave zumbido y entró en acción la unidad de agravitación para el descenso final —o al menos la fotografía no accedió hasta entonces a la parte consciente de su memoria.

Anthony trabajaba en Dallas y —William entonces lo recordó— en el Proyecto Mercurio. El pie de la foto hablaba de eso. Tragó saliva y la suave sacudida le indicó que había llegado al fin del viaje. La situación prometía ser incómoda.

llegado. No estaba solo, naturalmente. Formaba parte de una considerable delegación —cuyo número de integrantes era un indicio más bien sombrío de la desesperación a que se habían visto reducidos— y ocupaba uno de los lugares menos importantes. Su presencia se debía sólo a que la sugerencia inicial había salido de él.

Esa idea le provocaba una ligera pero continua sensación de malestar. Se había introducido en el escalafón. Había recibido considerables muestras de aprobación por ello, pero siempre todos habían insistido imperceptiblemente en que la sugerencia era suya; y si resultaba un fracaso, todos se retirarían de la línea de fuego y le dejarían en el punto cero.

Más tarde, hubo momentos en que meditó sobre la posibilidad de que el vago recuerdo de un hermano dedicado a la homología le hubiera sugerido esa idea. Era una posibilidad, pero no tenía que haber sido forzosamente así. La sugerencia era tan sensatamente inevitable, en realidad, que sin duda se le habría ocurrido la misma idea aunque su hermano hubiera sido algo tan, inocuo como un escritor de ficción, o aunque no hubiera tenido ningún hermano propio.

El problema eran los planetas interiores...

Se había colonizado la Luna y Marte. Se había logrado llegar a los asteroides más grandes y a los satélites de Júpiter, y estaba en proyecto un viaje pilotado a Titano, el gran satélite de Saturno, a través de una rotación acelerada en torno a Júpiter. Sin embargo, en un momento en que incluso se hacían planes para mandar a un grupo de hombres en un viaje de siete años, ida y vuelta, hasta los confines exteriores del sistema solar, aún no existía la menor posibilidad de que algún hombre pudiera acercarse a los planetas interiores, por temor al Sol.

Venus mismo era el menos atractivo de los dos mundos situados dentro de la órbita de la Tierra. Mercurio, en cambio...

Anthony aún no se había incorporado al equipo cuando Dmitri Large^[8] (en realidad era bastante bajo) había pronunciado esa disertación que impresionó al Congreso Mundial en la medida suficiente para hacerle conceder los fondos que harían posible el Proyecto Mercurio.

Anthony había escuchado las cintas, y había oído la exposición de Dmitri. Existía una firme tradición que afirmaba que ésta había sido extemporánea, y tal vez lo fuera, pero estaba perfectamente construida y contenía, en esencia, todas y cada una de las líneas de actuación seguidas por el Proyecto Mercurio a partir de entonces.

Y lo más importante fue que demostró que sería un error esperar a que la tecnología hubiera avanzado hasta el punto de hacer factible una expedición pilotada a través de los rigores de la radiación solar. Mercurio representaba un medio ambiente único, capaz de enseñarles muchas cosas, y desde la superficie de Mercurio podrían efectuarse observaciones continuadas del Sol, imposibles de lograr de ninguna otra manera.

Siempre y cuando fuera posible colocar un sustituto del hombre —un robot, en suma— en el planeta.

Podía construirse un robot con las características físicas requeridas. Los aterrizajes blandos no ofrecían dificultad. Sin embargo, una vez hubiera aterrizado el robot, ¿qué harían con él?

El robot podía hacer observaciones y dirigir sus acciones en base a observaciones, pero el Proyecto exigía que sus acciones fuesen intrincadas y sutiles, al menos en potencia, y no sabían en absoluto qué observaciones podría hacer.

Para prever todas las posibilidades razonables y dar cabida a toda la complejidad deseada, el robot tendría que contener una computadora (en Dallas algunos lo llamaban

«cerebro», pero Anthony detestaba ese hábito verbal, tal vez, se diría más tarde, porque el cerebro era el campo de estudio de su hermano) lo suficientemente compleja y versátil para poder ser incluida en la misma categoría que un cerebro de mamífero.

Sin embargo, era imposible construir nada por el estilo que fuera al mismo tiempo lo suficientemente portátil para trasladarlo a Mercurio y depositarlo allí, o —si se lograba trasladarlo y depositarlo— que tuviera la movilidad suficiente para ser de alguna utilidad al tipo de robot que tenían pensado. Tal vez algún día eso sería posible gracias a los circuitos positrónicos con los que estaban experimentando los roboticistas, pero ese día no había llegado aún.

La alternativa era que el robot remitiera a la Tierra cada una de sus observaciones en el momento mismo de realizarlas, y entonces una computadora situada en la Tierra podría dirigir cada una de sus acciones sobre la base de esas observaciones. En resumidas cuentas, el cuerpo del robot estaría allí y su cerebro aquí.

Una vez tomada esta decisión, los técnicos clave pasaron a ser los telemetristas y en ese momento se incorporó Anthony al Proyecto. Pasó a formar parte del grupo de personas ocupadas en diseñar métodos para recibir y devolver impulsos a distancias de entre 50 y 140 millones de millas, en dirección a un disco solar, y a veces por encima de él, capaz de interferirse de la manera más feroz con esos impulsos.

Se entregó a su trabajo con pasión y (como finalmente pensaría) con habilidad y resultados satisfactorios. Él, más que ningún otro, había sido el autor del diseño de las tres estaciones conmutadoras colocadas en órbita permanente en torno a Mercurio, los Orbitadores de Mercurio. Cada uno de ellos era capaz de enviar y recibir impulsos de Mercurio a la Tierra y de la Tierra a Mercurio. Cada uno era capaz de resistir las radiaciones solares de forma más o menos permanente y, más aún, cada uno era capaz de filtrar las interferencias solares.

Tres equivalentes de los Orbitadores fueron colocados a una distancia de poco más de un millón de millas de la Tierra, con una órbita que alcanzaba al norte y al sur del plano de la eclíptica, de modo que podían recibir los impulsos de Mercurio y retransmitirlos a la Tierra —o viceversa— incluso cuando Mercurio estaba detrás del Sol y no era accesible a la recepción directa desde ninguna estación de la superficie terrestre.

Con lo cual sólo faltaba el robot en sí; un maravilloso ejemplar logrado con la combinación de las artes de los roboticistas y los telémetras. El más complejo de diez modelos sucesivos, con un volumen ligeramente superior al doble de un hombre y cinco veces su masa, era capaz de sentir y hacer bastante más que un hombre, a condición de que pudiera ser dirigido.

Pero pronto descubrieron cuán compleja tendría que ser la computadora capaz de dirigir al robot, pues era preciso modificar cada elemento de respuesta a fin de dar cabida a las variaciones en las posibles percepciones. Y a medida que cada elemento de respuesta confirmaba la certeza de una mayor complejidad de la posible variación en las percepciones, se hacía necesario reforzar y fortalecer los primeros elementos. Era una cadena interminable, como un juego de ajedrez, y los telemetristas comenzaron a utilizar una computadora para programar la computadora que diseñaba el programa de la computadora que programaba a la computadora que controlaría el robot.

Todo ello suponía una enorme confusión.

El robot estaba en una base en los espacios desiertos de Arizona y, por su parte, funcionaba bien. Pero la computadora de Dallas no lograba manejarlo de manera satisfactoria; ni siquiera bajo las condiciones perfectamente conocidas de la Tierra. ¿Cómo

podría hacerlo entonces...?

Anthony recordaba la fecha en que había hecho la sugerencia. Había sido el siete de abril de 553. La recordaba, entre otras cosas, porque recordaba haber pensado ese día que el siete de abril había sido una festividad importante en la región de Dallas en tiempos de los pre-catastróficos, hacía de eso medio milenio, bueno, 553 años atrás, para ser exactos.

Fue durante la cena, una buena cena, por cierto. La ecología de la región estaba cuidadosamente controlada y el personal del Proyecto tenía preferencia especial a la hora de recolectar los alimentos disponibles, de modo que los menús eran desusadamente variados, y Anthony había decidido probar el pato asado.

El pato asado estaba muy bueno y le hizo algo más locuaz de lo habitual. De hecho, todos estaban de un humor bastante parlanchín y Ricardo dijo:

—Jamás lo conseguiremos. Hablemos francamente. Jamás lo conseguiremos.

Imposible decir cuántos habrían pensado lo mismo tantísimas veces antes, pero era norma aceptada que nadie lo declaraba abiertamente. Un franco pesimismo podría ser el último golpe que faltaba para que cesaran las subvenciones (cada año había sido más difícil obtenerlas y la cosa ya duraba cinco años) y si había alguna posibilidad, la habrían perdido.

Anthony, de costumbre poco dado a un optimismo extraordinario, pero transformado por el pato, dijo:

—¿Por qué no hemos de conseguirlo? Dame tus razones y te las refutaré.

Era un desafío directo, y los ojos negros de Ricardo se empequeñecieron al instante.

—¿Quieres que te diga por qué?

—Naturalmente.

Ricardo movió su silla y se quedó mirando a Anthony frente a frente.

—Vamos, no es ningún misterio —dijo—. Dmitri Large nunca lo dirá públicamente en un informe, pero tú y yo sabemos que para llevar adelante el Proyecto Mercurio como corresponde, necesitaríamos una computadora con la complejidad de un cerebro humano, esté situada en Mercurio o aquí, y somos incapaces de construirla. Luego, ¿qué podemos hacer excepto darle largas al Congreso Mundial y recibir dinero para financiar trabajos ficticios y algún que otro asunto sin importancia?

Anthony esbozó una sonrisa condescendiente y dijo:

—Eso es fácil de refutar. Tú mismo nos has dado la respuesta.

¿Estaba de broma? ¿Había sido la cálida sensación del pato en el estómago? ¿Un deseo de embromar a Ricardo?... ¿O sería la influencia de algún recuerdo inconsciente de su hermano? Más tarde no habría podido asegurarlo de ningún modo).

—¿Qué respuesta? —Ricardo se había levantado. Era bastante alto y desusadamente delgado y siempre llevaba descosido el dobladillo de su bata blanca. Cruzó los brazos e hizo aparentemente todos los esfuerzos para alzarse como un metro desplegado por encima de Anthony, que continuaba sentado—. ¿Qué respuesta?

—Has dicho que necesitaríamos una computadora con la complejidad de un cerebro humano. Muy bien, de acuerdo, la construiremos.

—El caso, idiota, es que no podemos...

—Nosotros no podemos. Pero existen otros.

—¿Qué otros?

—La gente que trabaja con cerebros, naturalmente. Nosotros sólo entendemos de mecánica del estado sólido. No tenemos idea del tipo de complejidades que alberga el cerebro humano, ni de dónde radican estas complejidades, ni de su alcance. ¿Por qué no contratamos a un homólogo y que él se encargue de diseñar una computadora?

Y, dicho esto, Anthony se sirvió una gran porción de relleno y lo paladeó complacido. Después de tanto tiempo, todavía recordaba el sabor de ese relleno, aunque no podía recordar detalladamente lo que había sucedido a continuación.

Le pareció que nadie se lo había tomado en serio. Se oyeron risas y la reacción general fue pensar que Anthony había logrado salir de un atolladero con un astuto sofisma, de modo que las risas iban dirigidas contra Ricardo. (Naturalmente, después todos aseguraron que se habían tomado la sugerencia muy en serio).

Ricardo reaccionó indignado, apuntó a Anthony con el dedo y dijo:
—Escribe eso. Te desafío a que hagas esa sugerencia por escrito.

(Al menos así lo recordaba Anthony. Posteriormente, Ricardo declaró que su comentario había sido: «¡Buena idea! ¿Por qué no la presentas formalmente, Anthony?»).

Las cosas como fueran, Anthony la presentó por escrito. A Dmitri Large le gustó la idea. En una charla privada, palmeó a Anthony en la espalda y declaró que él también había estado especulando en esa dirección, pero no se ofreció a figurar oficialmente como promotor de la propuesta. «Por si la cosa fracasaba», pensó Anthony.

Dmitri Large se encargó de buscar al homólogo adecuado. A Anthony no se le ocurrió interesarse por ese asunto. No sabía nada de homología y no conocía a ningún homólogo —a excepción, naturalmente, de su hermano, y no había pensado en él. Al menos no conscientemente.

De modo que allí estaba Anthony, en la zona de recepción, relegado a un papel de comparsa, cuando se abrió la puerta del vehículo aéreo y comenzaron a bajar varios hombres y en el curso de los apretones de manos que todos comenzaron a intercambiar, de pronto se encontró mirando su propia cara.

Se le encendieron las mejillas y deseó con todas sus fuerzas poder encontrarse a mil kilómetros de allí.

4

Más que nunca, William deseó haberse acordado antes de su hermano. Debía de haberse acordado... Sin duda debía de haberse acordado.

Pero la solicitud le había halagado y pronto había comenzado a entusiasmarse. Tal vez intentó deliberadamente no recordarlo.

Para empezar, tuvo la satisfacción de que Dmitri Large viniera a visitarle en su propia persona. Éste se trasladó de Dallas a Nueva York en avión y eso excitó la curiosidad de William, cuyo vicio secreto era leer novelas de misterio. En esas novelas hombres y mujeres viajaban con medios de transporte de masas siempre que deseaban guardar el incógnito. A fin de cuentas, los transportes electrónicos eran del dominio público, al menos en las novelas, donde todos los rayos del tipo que fuesen estaban invariablemente intervenidos.

William lo comentó en una especie de morbosa tentativa de hacer una broma, pero Dmitri no pareció haberle oído. Tenía la mirada fija en la cara de William y sus pensamientos parecían estar en otra parte.

—Lo siento —dijo al fin—. Me recuerda a otra persona.

(Y aun así William no había caído en la cuenta. ¿Cómo era posible?, tendría ocasión de preguntarse luego).

Dmitri Large era un hombre bajo y rechoncho que parecía perpetuamente alegre incluso cuando declaraba estar preocupado o molesto. Tenía una nariz redonda y bulbosa,

los pómulos salientes y todo él era blando. Pronunció su apellido con un cierto énfasis y añadió con una rapidez que le hizo suponer a William que decía lo mismo con frecuencia:

—La talla no es lo único que puede ser grande, amigo mío.¹ William puso numerosas objeciones a lo largo de la conversación que siguió a ello. No sabía nada sobre computadoras. ¡Nada! No tenía la más ligera idea de cómo funcionaban o cómo se programaban.

—No importa, no importa —dijo Dmitri, descartando ese detalle con un expresivo gesto de la mano—. Nosotros entendemos de computadoras; nosotros estableceremos los programas. Usted sólo debe decirnos lo que debemos hacerle hacer a una computadora para que funcione como un cerebro y no como una computadora.

—No estoy seguro de saber lo suficiente sobre los mecanismos del cerebro humano para poderle decir eso, Dmitri —dijo William.

—Usted es el mejor homólogo del mundo —dijo Dmitri—. Lo he comprobado detenidamente.

Y eso puso fin a la discusión.

William le escuchaba cada vez más preocupado. Suponía que era inevitable. Bastaba que una persona estuviera lo bastante sumergida en una especialidad durante un período suficientemente prolongado de tiempo para que comenzase a suponer que los especialistas en todos los otros campos eran brujos, juzgando la amplitud de la sabiduría de aquéllos por la profundidad de su propia ignorancia... Y mientras iban pasando las horas, William llegó a enterarse de muchas más cosas sobre el Proyecto Mercurio de las que en ese momento creía querer saber.

—¿Por qué usar una computadora, entonces? —dijo al fin—. ¿Por qué no se encarga uno de sus propios hombres, o un relevo de ellos, de recibir el material del robot y remitirle las instrucciones?

1. Véase nota de la página 128.

—Oh, oh, oh —exclamó Dmitri y casi saltó de la silla en sus ansias de explicárselo—. Verá, usted no comprende. Los hombres son demasiado lentos para poder analizar rápidamente todo el material que irá remitiendo el robot: temperaturas y presiones de los gases y flujos de rayos cósmicos e intensidades de los vientos solares y composiciones químicas y texturas del suelo y muy posiblemente al menos tres docenas más de datos, e intentar decidir luego cuál debe ser el próximo paso. Un ser humano se limitaría a dirigir el robot, y de manera poco eficaz; una computadora sería el robot.

—Y además, por otra parte —siguió diciendo—, los hombres también son demasiado rápidos. Cualquier tipo de radiaciones tardan entre diez y veintidós minutos para hacer el recorrido de ida y vuelta entre Mercurio y la Tierra, según en qué punto de su órbita se encuentre cada uno de ellos. Nada podemos hacer para remediarlo. Uno recibe una observación, da una orden, pero entre el momento de efectuar la observación y el momento de recibir la respuesta han ocurrido muchas cosas. Los hombres no pueden adaptarse a la lentitud de la velocidad de la luz, una computadora, en cambio, puede tener en cuenta este factor... Venga a ayudarnos, William.

—Ciertamente puede venir a consultarme siempre que considere que pueda serle útil en algo —respondió William en tono sombrío—. Mi canal privado de televisión está a su disposición.

—No busco un simple asesoramiento. Tiene que venir conmigo.

—¿En un medio de transporte de masas? —dijo William, horrorizado.

—Sí, naturalmente. Es imposible llevar a cabo un proyecto como éste con dos

personas sentadas en los extremos opuestos de un rayo láser y con un satélite de comunicaciones en medio. A la larga, resultaría demasiado caro, demasiado incómodo, y desde luego, se pierde toda posibilidad de secreto...

Era como una novela de misterio, decidió William.

—Venga a Dallas —dijo Dmitri— y le enseñaré lo que tenemos allí. Permítame mostrarle nuestras instalaciones. Charle con algunos de nuestros especialistas en computadoras. Permítales beneficiarse de su manera de pensar.

Había llegado el momento de mostrarse firme, pensó William.

—Dmitri —dijo—, ya tengo mi propio trabajo aquí. Un trabajo importante que no deseo abandonar. Para hacer lo que usted me pide tendría que permanecer varios meses alejado de mi propio laboratorio.

—¡Meses! —dijo Dmitri, claramente sorprendido—. Mi querido William, podrían ser muy bien años. Pero no dudo que ése será su trabajo.

—No, no lo será. Sé cuál es mi trabajo, y dirigir un robot en Mercurio no forma parte de él.

—¿Por qué no? Si lo hace bien, aprenderá más sobre el cerebro por el simple hecho de intentar que una computadora funcione como si lo fuera, y luego acabará regresando aquí, mejor equipado para hacer lo que ahora considera su trabajo. ¿Y no tiene colaboradores que puedan continuar trabajando mientras usted esté fuera? ¿Y no puede mantenerse en constante contacto con ellos por rayos láser y por televisión? ¿Y no puede visitar Nueva York de vez en cuando? Por breves períodos.

William se ablandó. La idea de trabajar en el cerebro desde otra perspectiva había dado en el blanco. A partir de ese momento, se encontró buscando excusas para poder ir —al menos de visita— al menos para ver cómo era todo... Siempre podría volver.

Luego llevó a Dmitri a visitar las ruinas del viejo Nueva York, que aquél admiró con ingenuo entusiasmo (pero lo cierto era que no había espectáculo más magnífico, como muestra del inútil gigantismo de los pre-catastróficos, que el viejo Nueva York). William comenzó a preguntarse si el viaje tal vez no le ofrecería también la oportunidad de admirar algunos monumentos a su vez.

Incluso comenzó a pensar que ya llevaba un tiempo considerando la posibilidad de buscarse una nueva compañera de cama y que sería más cómodo buscarla en otra zona geográfica, donde no tuviera que residir de manera permanente. O sería que incluso entonces, cuando aún lo ignoraba todo, excepto los más rudimentarios datos, acerca de lo que se necesitaba, ya había percibido, como el destello de un distante relámpago, las posibilidades que se le ofrecían.

De modo que finalmente fue a Dallas, y descendió sobre el tejado, y allí, con el rostro radiante, le esperaba nuevamente Dmitri. Entonces el hombrecito concentró la mirada, dio media vuelta y dijo:

—Lo sabía... ¡Qué parecido más extraordinario!

William abrió mucho los ojos y frente a él, intentando escabullirse visiblemente, descubrió los suficientes elementos de su propia cara para tener la inmediata certeza de que el que estaba delante suyo era Anthony.

Pudo leer fácilmente en la cara de Anthony su ferviente deseo de enterrar la relación. William no hubiera tenido más que decir: «¡Realmente extraordinario!», y dejar pasar el comentario. Al fin y al cabo, las pautas genéticas de la humanidad eran lo suficientemente complejas para que pudiera darse cualquier grado razonable de parecido, aun sin existir ninguna relación de parentesco.

Pero, naturalmente, William era un homólogo y nadie puede dedicarse a explorar los secretos del cerebro humano sin adquirir una insensibilidad frente a sus peculiaridades, conque dijo:

—Sin duda éste debe de ser Anthony, mi hermano.

—¿Su hermano? —preguntó Dmitri.

—Mi padre tuvo dos varones con la misma mujer: mi madre. Eran personas excéntricas —explicó William.

Luego avanzó un paso, con la mano extendida, y Anthony no tuvo más remedio que estrechársela... El incidente fue el tema de todas las conversaciones, el único tema, durante varios días.

5

Para Anthony no fue un gran consuelo que William se quedara bastante compungido cuando comprendió lo que había hecho.

Esa noche se sentaron a charlar después de cenar y William dijo:

—Debo excusarme. Me pareció que la mejor manera de enterrar el asunto sería declarar en seguida lo peor. Pero no parece haber sido así. No he firmado ningún papel, no he contraído ningún compromiso formal. Me marcharé.

—¿De qué serviría? —dijo Anthony sin el menor amago de cortesía—. Todo el mundo lo sabe ya. Dos cuerpos y una cara. Como para vomitar.

—Si me marchó...

—No puedes marcharte. Todo este asunto ha sido idea mía.

—¿Traerme a mí, aquí? —William arqueó las espesas cejas tanto como pudo y sus pestañas se levantaron.

—No, claro que no. Traer a un homólogo. ¿Cómo iba a saber que te mandarían a ti?

—Pero si me marchó...

—No. Lo único que podemos hacer ahora es resolver el problema, suponiendo que sea posible. Luego... ya no tendrá importancia.

«A los que triunfan se les perdona todo», pensó.

—No sé si sabré...

—Tendremos que intentarlo. Dmitri nos obligará a hacerlo. Es una oportunidad demasiado buena. Sois dos hermanos —dijo Anthony, imitando la voz de tenor de Dmitri— y os entendéis. ¿Por qué no trabajar juntos? —Luego continuó enfadado, con su propia voz—: Así que tendremos que hacerlo. Para empezar, ¿en qué consiste tu trabajo, William? Quiero decir, más concretamente de lo que es capaz de expresar la palabra «homología» en sí.

William suspiró.

—Bueno, acepta mis excusas, por favor... Trabajo con niños autistas.

—Temo no saber lo que eso significa.

—Sin entrar en una larga disertación, me ocupo de niños que no tienen contacto con el mundo, que no se comunican con los demás, sino que se hunden en sí mismos y viven tras una muralla de piel, inaccesibles en cierto modo. Espero ser capaz de curar ese estado algún día.

—¿Por eso te haces llamar Anti-Aut?

—En realidad, sí.

Anthony soltó una breve risita, pero la cosa no le divertía realmente.

William adoptó un aire un poco frío.

—Es un nombre sincero.

—No lo dudo —murmuró precipitadamente Anthony, y no fue capaz de disculparse de un modo más específico. Con un esfuerzo, logró volver al tema:

—¿Y has logrado algún progreso?

—¿Hacia la curación? No, no de momento. Pero he avanzado en la comprensión de ese estado. Y cuanto mejor lo comprenda...

A medida que William iba hablando, su voz se fue haciendo más cálida y su mirada más distante. Anthony reconoció el verdadero significado de ese cambio: era efecto de la satisfacción de hablar de lo que uno lleva en el corazón y en la mente, desplazando prácticamente a todo lo demás. También él sentía lo mismo con bastante frecuencia.

Escuchó todo lo atentamente que pudo, aunque se trataba de algo que en realidad no comprendía, pues eso era lo que debía hacer. Él también hubiera esperado otro tanto de William.

¡Con qué nitidez lo recordaba todo! En aquel momento había creído que no lo recordaría pero entonces, naturalmente, no era consciente de lo que estaba sucediendo. Al rememorarlo, con la perspectiva de todo lo ocurrido, se encontraba recordando frases enteras, prácticamente palabra por palabra.

—Y pensamos —dijo William— que no se trataba de que el niño autista no recibiera las impresiones, ni tan sólo de que no las interpretara con la suficiente elaboración. Lo que ocurría, más bien, era que las desaprobaba y las rechazaba, sin perder por eso la potencialidad de comunicarse plenamente en el supuesto de que se lograra descubrir alguna impresión capaz de suscitar su aprobación.

—Ah —dijo Anthony, articulando un leve sonido, lo justo para indicar que le escuchaba.

—Y tampoco es posible persuadirle de que abandone su autismo por ninguno de los medios corrientes, pues nos desaprueba tanto como al resto del mundo. Pero si le ponemos en arresto consciente...

—¿En qué?

—Es una técnica que poseemos, en virtud de la cual el cerebro se disocia efectivamente del cuerpo y puede ejecutar sus funciones independientemente del cuerpo. Es una técnica bastante sofisticada que hemos desarrollado en nuestro propio laboratorio; en realidad... —Hizo una pausa.

—¿Tú mismo la inventaste? —preguntó amablemente Anthony.

—En realidad, sí —dijo William, ruborizándose un poco, pero evidentemente complacido—. En estado de arresto consciente podemos suministrar al cuerpo fantasías especialmente programadas y observar el cerebro por medio de electroencefalogramas diferenciales. Al mismo tiempo que aprendemos más sobre el individuo autista y sobre el tipo de impresiones sensoriales que responden mejor a sus deseos; también ampliamos nuestros conocimientos acerca del cerebro en general.

—Ah —dijo Anthony, y esta vez fue una verdadera exclamación—. Y todo eso que has aprendido sobre los cerebros, ¿no podrías adaptarlo al mecanismo de una computadora?

—No —dijo William—. Imposible. Ya se lo expliqué a Dmitri. No entiendo nada de computadoras y tampoco sé lo suficiente sobre cerebros.

—Y si yo te enseñara el funcionamiento de las computadoras y te explicara detalladamente lo que necesitamos, ¿qué dirías?

—No puede ser. Yo...

—Hermano —dijo Anthony, y trató de darle un tono solemne a la palabra—. Estás en deuda conmigo. Por favor, intenta pensar seriamente en nuestro problema. Lo que sepas sobre el cerebro..., adáptalo a nuestras computadoras, por favor.

William se agitó incómodo en su silla y dijo:

—Comprendo tu punto de vista. Lo intentaré. Lo intentaré seriamente.

6

William lo había intentado, y como había vaticinado Anthony, les habían dejado trabajar a solas los dos. Al principio, se topaban de vez en cuando con otras personas y William intentó recurrir al efecto sorpresa del hecho de anunciar que eran hermanos, puesto que de nada les hubiera servido negarlo. Pero, al fin, todo eso se acabó y se acordó que no se producirían interferencias. Cuando William se acercaba a hablarle a Anthony, o Anthony se acercaba a hablarle a William, todas las demás personas casualmente presentes en ese momento se esfumaban silenciosamente detrás de las paredes.

Incluso comenzaron a habituarse en cierto modo a su mutua compañía y a veces los dos charlaban casi como si no existiera absolutamente ningún parecido entre ellos y no tuvieran ningún recuerdo común de su infancia.

Anthony expuso los requisitos de la computadora en un lenguaje lo menos técnico posible y, después de pensárselo mucho, William le explicó de qué manera le parecía que una computadora podría cumplir, aproximadamente, las funciones de un cerebro.

—¿Sería posible lograrlo? —preguntó Anthony.

—No lo sé —dijo William—. Y no tengo muchas ganas de probarlo. Puede que no funcione. Pero también puede que sí.

—Tendremos que hablar con Dmitri Large.

—Discutámoslo nosotros primero y veamos cuál es la situación. Podemos ir a verle y exponerle la propuesta más razonable que logremos concebir. O bien, podemos no decirle nada.

Anthony titubeó:

—¿Iremos a verle los dos? —preguntó.

—Tú serás mi portavoz —tuvo la delicadeza de decir William—. Nada nos obliga a presentarnos juntos en público.

—Gracias, William. Si la cosa resulta, reconoceré toda la parte de mérito que te corresponda.

—Eso no me preocupa —dijo William—. Si la cosa resulta, yo seré el único capaz de hacer que marche, supongo.

Lo examinaron todo en el curso de cuatro o cinco reuniones, y si Anthony no hubiera sido pariente suyo y de no haber existido esa molesta situación emocional entre los dos, William se hubiera sentido orgulloso del joven hermano, sin más complicaciones, por la rapidez con que había logrado asimilar una materia ajena a su especialidad.

Luego siguieron largas entrevistas con Dmitri Large. De hecho, hubo entrevistas con todo el mundo. Anthony pasó un sinfín de días hablando con ellos, y luego se entrevistaron por separado con William. Y, al fin, tras una agotadora gestación, quedó autorizado lo que acabarían bautizando como Computadora Mercurio.

William regresó entonces a Nueva York, no sin un cierto alivio. No tenía intención de permanecer en Nueva York (¿hubiera podido creerlo posible dos meses atrás?), pero debía resolver muchas cosas en el Instituto Homológico.

Lógicamente, tendría que celebrar nuevas entrevistas, para explicar la situación a su propio equipo de laboratorio y las razones que le obligaban a solicitar la excedencia y cómo debían llevar adelante sus propios proyectos en su ausencia. Luego siguió una llegada mucho más elaborada a Dallas con el equipo esencial y dos jóvenes ayudantes, para una estancia de duración ilimitada.

Y William ni siquiera volvió la mirada atrás, hablando en sentido figurado. Su propio laboratorio y las necesidades del mismo se habían desvanecido de sus pensamientos. Se había entregado por completo a su nueva tarea.

7

Ésa fue la peor época para Anthony. El alivio que supuso la ausencia de William no había sido muy profundo y pronto surgió en él la nerviosa agonía de preguntarse si tal vez, esperanza contra esperanza, aquél finalmente no regresaría. ¿Podría enviar tal vez un sustituto, otra persona, cualquier otra? ¿Cualquier persona con una cara distinta, que no hiciera sentirse a Anthony como la mitad de un monstruo con dos cuerpos y cuatro piernas?

Pero vino William. Anthony había observado el avión de carga aproximándose silenciosamente a través del cielo, había seguido la operación de descarga a una cierta distancia de donde él se encontraba. Pero incluso desde allí, finalmente distinguió la figura de William.

Las cartas estaban echadas. Anthony se marchó.

Esa tarde fue a ver a Dmitri.

—Seguro que no es necesario que yo siga aquí, Dmitri. Ya hemos examinado los detalles y otro puede ocupar mi lugar.

—No, no —dijo Dmitri—. La idea inicial fue tuya. Tienes que quedarte hasta el final. No tiene sentido repartir innecesariamente los méritos.

Anthony pensó que ningún otro quería correr el riesgo. Aún cabía la posibilidad de que todo fracasara. Debió de haberlo imaginado.

Lo había imaginado, pero dijo sin inmutarse:

—Comprenderás que no puedo trabajar con William.

—Pero, ¿por qué no? —Dmitri fingió sorpresa—. Han colaborado tan bien juntos...

—Mis tripas han tenido que hacer un gran esfuerzo para no reventar, Dmitri, y ya no resisten más. ¿Crees que no me doy cuenta del efecto que causamos?

—¡Mi buen amigo! Le da demasiada importancia a ese asunto. Claro que los hombres los miran. Son humanos, al fin y al cabo. Pero ya se acostumbrarán. Yo me he acostumbrado.

«No es verdad, gordo embustero», pensó Anthony.

—Yo no me he acostumbrado —dijo.

—No enfocas bien la cuestión. Sus padres eran raros... pero, a fin de cuentas, lo que hicieron no era ilegal, sólo un poco raro, sólo un poco raro. No tienes la culpa, ni William tampoco. Ninguno de los dos tiene nada que ver con eso.

—Llevamos el estigma —dijo Anthony señalándose la cara con la mano arqueada en un rápido gesto.

—No es un estigma tan grave como te parece. Yo veo diferencias. Tienes el aire claramente más joven. Tus cabellos son más ondulados. El parecido sólo llama la atención a primera vista. Vamos, Anthony, dispondrán de todo el tiempo que quieran, de toda la ayuda que necesiten, de todo el equipo que puedan utilizar. Estoy seguro de que todo saldrá

estupendamente, Piensa en la satisfacción...

Anthony comenzó a ceder, como es lógico, y finalmente aceptó ayudar a William a montar el equipo. William también parecía tener, la certeza de que todo saldría estupendamente. No tan alocadamente como Dmitri, sino con una especie de serenidad.

—Sólo es cuestión de lograr las conexiones adecuadas —dijo—, aunque debo reconocer que es un «sólo» de bastante envergadura. Tú te encargarás de proyectar las impresiones sensoriales sobre una pantalla separada para que podamos ejercer..., bueno, no puedo decir control manual, ¿verdad?, para que podamos ejercer un control intelectual que nos permita dominarlo, si es necesario.

—Puedo hacerlo —dijo Anthony.

—Entonces, manos a la obra... Mira, necesitaré al menos una semana para organizar las conexiones y asegurarme de que las instrucciones...

—Para la programación —dijo Anthony.

—Bueno, éste es tu terreno, así que utilizaré tu terminología. Mis ayudantes y yo programaremos la Computadora Mercurio, pero no a tu manera.

—Así lo espero. Confiamos en que un homólogo sea capaz de establecer un programa mucho más sutil que cualquiera al alcance de un simple telemetrista.

No intentó ocultar la ironía contra sí mismo que encerraban sus palabras.

William prefirió pasar por alto el tono y aceptó las palabras.

—Empezaremos por algo sencillo —dijo—. Haremos caminar al robot.

8

Un semana después, el robot comenzó a andar en Arizona, a mil millas de distancia. Caminaba muy rígido, a veces se caía, de vez en cuando su tobillo chocaba contra un obstáculo, y otras veces giraba sobre un pie y echaba a andar en una nueva dirección inesperada.

—Es un bebé que aprende a andar —dijo William.

Dmitri venía de vez en cuando para enterarse de los progresos logrados.

—Es extraordinario —solía decir.

Anthony no era de la misma opinión. Pasaron semanas, luego meses. El robot había empezado a hacer progresivamente más y más cosas, a medida que aumentaba la complejidad de la programación de la Computadora Mercurio. (William tenía tendencia a hablar de la Computadora Mercurio como si ésta fuera un cerebro, pero Anthony no se lo toleraba).

Y todo lo que el robot iba haciendo no resultaba demasiado satisfactorio.

—Los resultados no son demasiado satisfactorios, William —dijo al fin Anthony. No había dormido en toda la noche.

—Es curioso —dijo fríamente William—, yo iba a decirte que creo que ya casi lo hemos logrado.

Anthony conservó la compostura con dificultad. La tensión de tener que trabajar con William y de presenciar las torpes evoluciones del robot era más de lo que podía soportar.

—Voy a pedir la baja, William. Todo este trabajo. Lo siento... No es por ti.

—Pero sí que lo es, Anthony.

—No es sólo por ti, William. Hemos fracasado. Jamás lo conseguiremos. Ya has visto con qué torpeza se mueve el robot, a pesar de estar en la Tierra, sólo a mil millas de

aquí, y de que la señal sólo tarda una minúscula fracción de segundo en ir y volver. En Mercurio, le llegará con minutos de retraso, minutos que deberá tener en cuenta la Computadora Mercurio. Es una locura creer que funcionará.

—No abandones, Anthony —dijo William—. No puedes pedir la baja ahora. Te sugiero que enviemos el robot a Mercurio. Estoy convencido de que ya está en condiciones de hacer el viaje.

Anthony soltó una carcajada ruidosa e insultante.

—Estas loco, William.

—No lo estoy. Tú parece creer que todo será más difícil en Mercurio, pero no será así. Es más difícil en la Tierra. Este robot ha sido diseñado para una gravedad que es un tercio de la gravedad normal de la Tierra y está trabajando en Arizona en plena gravedad. Está diseñado para soportar temperaturas de cuatrocientos grados centígrados y se encuentra a treinta grados centígrados. Ha sido pensado para que funcione en el vacío y está trabajando sumergido en una sopa atmosférica.

—El robot puede soportar la diferencia.

—La estructura metálica puede, supongo, pero ¿y la Computadora que tenemos aquí? No trabaja bien con un robot que no está en el medio para el que ha sido diseñado... Mira, Anthony, si quieres una computadora con la complejidad de un cerebro, debes aceptar que tenga ciertas peculiaridades...

Te propongo una cosa, hagamos un trato. Si tú presionas conmigo, para conseguir que envíen el robot a Mercurio, ello requerirá un plazo de seis meses, y yo me tomaré un permiso sabático durante ese período. Te librarás de mí.

—¿Y quién se ocupará de la Computadora Mercurio?

—Ahora ya conoces su funcionamiento, y mis dos hombres estarán aquí para ayudarte.

Anthony movió negativamente la cabeza con gesto desafiante.

—No puedo hacerme responsable de la computadora y no quiero cargar con la responsabilidad de sugerir que se envíe el robot a Mercurio. No resultará.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien.

—No puedes estar seguro. Y el responsable soy yo. Yo cargaré con las culpas. A ti te es indiferente que fracasemos.

Anthony recordaría más tarde ese momento como el más crucial. William podría haberle dejado pasar ese comentario. Anthony habría abandonado. Y todo se habría perdido.

Pero William dijo:

—¿Qué me es indiferente? Mira, papá tenía ese capricho por mamá. De acuerdo. Yo también lo siento. Lo siento tanto como el que más, pero ya está hecho, y ello ha tenido un curioso resultado. Cuando hablo de papá, me estoy refiriendo también a tu padre, y muchos pares de personas que pueden decir otro tanto: dos hermanos, dos hermanas, un hermano y una hermana. Y cuando hablo de mamá, me estoy refiriendo a tu madre, y también hay montones de parejas que pueden decir lo mismo. Pero no conozco a ningún otro par de personas, ni he oído hablar de otra pareja, que comparta a los dos, al padre y la madre.

—Ya lo sé —dijo Anthony con expresión ceñuda.

—Sí, pero míralo desde mi punto de vista —se apresuró a decir William—. Yo soy homólogo. Trabajo con pautas genéticas. ¿Has pensado alguna vez en nuestras pautas genéticas? Ambos tenemos progenitores comunes, lo cual significa que nuestras pautas genéticas se asemejan más que cualquier otro par de este planeta. Nuestras mismas caras lo

demuestran.

—También lo sé.

—De modo que si este proyecto tuviera éxito, y tú te hicieras famoso gracias a él, ello significaría que tu pauta genética habría resultado sumamente útil para la humanidad, y otro tanto podría decirse también en muy gran medida de mi pauta genética... ¿No lo comprendes, Anthony? Tengo los mismos padres que tú, tu misma cara, tu misma pauta genética, y por tanto también compartiré tu gloria o tu fracaso. Serán míos tanto como tuyos, y si yo recibo cualquier crédito o cualquier acusación, serán casi tan tuyos como míos, también. Tu éxito tiene que interesarme. Tengo un motivo para que así sea que no puede tener ninguna otra persona en la Tierra —un motivo totalmente egoísta, tan egoísta que no deberías dudar de su existencia. Estoy contigo, Anthony, ¡porque tú casi eres yo!

Se quedaron mirando un largo rato, y por primera vez Anthony fue capaz de hacerlo sin prestar atención a la cara que compartía.

—Bueno —dijo William—, vamos a pedirles que envíen ese robot a Mercurio.

Y Anthony cedió. Y cuando Dmitri hubo aceptado la petición —al fin y al cabo, la estaba esperando—. Anthony pasó buena tarde del día sumido en profunda reflexión.

Después fue en busca de William y le dijo:

—¡Escúchame!

Siguió una larga pausa que William no rompió.

Anthony volvió a repetir:

—¡Escúchame!

William esperó pacientemente.

—En realidad —dijo Anthony—, no tienes por qué marcharte. Estoy seguro de que no te gustará dejar la Computadora Mercurio en manos de ninguna otra persona.

—¿Quieres decir que te marcharás tú? —preguntó William.

—No, yo también me quedaré.

—No tendremos que vernos demasiado.

Para Anthony, todo este diálogo había sido como tener que hablar con un par de manos apretadas sobre su garganta. La presión pareció aumentar, pero consiguió pronunciar la declaración más dura de todas.

—No es preciso que nos evitemos. No tenemos por qué hacerlo.

William sonrió, bastante indeciso. Anthony no sonrió en absoluto; se marchó a toda prisa.

9

William levantó la vista de su libro. Hacía al menos un mes que había dejado de sentir una vaga sorpresa cada vez que entraba Anthony.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—¿Cómo saberlo? Van a efectuar el aterrizaje suave. ¿Está en marcha la Computadora Mercurio?

William sabía que Anthony conocía perfectamente la situación de la Computadora, pero dijo:

—Mañana por la mañana, Anthony.

—¿Algún problema?

—Absolutamente ninguno.

—Entonces tendremos que esperar a que haya concluido el aterrizaje.

—Sí.
—Algo saldrá mal —afirmó Anthony.
—Seguro que esto es pan comido para los especialistas en cohetes. No pasará nada.
—Tanto trabajo perdido...
—Aún no está perdido. Y no se perderá.
—Tal vez tengas razón —convino Anthony. Hundió las manos en los bolsillos y se alejó. Se detuvo junto a la puerta, justo antes de apretar el botón—: ¡Gracias!
—¿Por qué, Anthony?
—Por... tranquilizarme.
William sonrió astutamente y comprobó aliviado que no había dejado traslucir sus emociones.

10

Prácticamente todo el personal del Proyecto Mercurio estaba allí para presenciar el momento crucial. Anthony, que no tenía nada que hacer, permaneció muy atrás, con la vista fija en los monitores. Habían activado al robot y comenzaban a llegar mensajes visuales.

Al menos, los mensajes se traducían en su equivalente visual y, de momento, sólo mostraban un débil destello luminoso que, seguramente, debía de ser la superficie de Mercurio.

Unas sombras cruzaron rápidamente por la pantalla, probablemente irregularidades de esa superficie. Anthony no hubiera podido decirlo a simple vista, pero los que estaban situados junto a los controles y analizaban los datos con métodos más sutiles que aquellos al alcance de un ojo desnudo, parecían tranquilos. No se había encendido ninguna de las lucecitas rojas que habrían indicado una emergencia. Anthony prestaba más atención a los observadores clave que a la pantalla.

Debería estar allí abajo con William y los demás, junto a la computadora. Ésta no entraría en funcionamiento hasta después de finalizar el aterrizaje suave. Debería estar allí. Pero no podía estar.

Las sombras comenzaron a cruzar la pantalla a mayor velocidad. El robot estaba descendiendo. ¿Demasiado rápido? ¡Sin duda, demasiado rápido!

Finalmente la imagen se hizo borrosa, luego quedó fijada, hubo un cambio de enfoque, la imagen borrosa se oscureció y seguidamente se hizo más pálida. Se oyó un sonido; transcurrieron varios segundos antes de que Anthony lograra comprender lo que significaba aquel sonido: «¡Aterrizaje suave cumplido! ¡Aterrizaje suave cumplido!».

Luego se levantó un murmullo, que pronto se convirtió en un excitado zumbido de felicitaciones, hasta que hubo un nuevo cambio en la pantalla y el sonido de las palabras y las risas humanas se apagó como si hubieran chocado contra un muro de silencio.

Pues la imagen de la pantalla había cambiado y se había hecho nítida. Bajo la brillante luz del sol, cegadora a través de la pantalla cuidadosamente filtrada, se vislumbraba con claridad un montón de rocas, blanco encendido de un lado, negro tinta del otro. Las piedras se desplazaron hacia la derecha, luego otra vez hacia la izquierda, como si un par de ojos mirasen a uno y otro lado. En la pantalla apareció una mano metálica, como si los ojos estuvieran examinando una parte de su mismo cuerpo.

Por fin se oyó la voz de Anthony anunciando:

—Computadora en acción.

Escuchó las palabras como si las hubiera gritado otro, salió precipitadamente de la

habitación y echó a correr escaleras abajo a lo largo de un pasillo, mientras oía crecer el rumor de las voces a sus espaldas.

—William —exclamó después de irrumpir en la sala de la Computadora—, es perfecto, es...

Pero William había levantado la mano.

—Silencio, por favor. No quiero que capte ninguna sensación violenta excepto las que le transmite el robot.

—¿Quieres decir que puede oírnos? —susurró Anthony.

—Tal vez no, pero no estoy seguro.

En la sala de la Computadora Mercurio había otra pantalla, más pequeña. La escena que allí se veía era distinta y cambiante; el robot se estaba moviendo.

—El robot está tanteando el terreno —explicó William—. Estos pasos tienen que ser forzosamente inseguros. Hay un retraso de siete minutos entre el estímulo y la respuesta y debemos tener en cuenta ese margen.

—Pero ya camina con pie más seguro que en ninguna de las tentativas en Arizona. ¿No crees, William? ¿No crees?

Anthony había agarrado el hombro de William y lo estaba sacudiendo, sin apartar ni un momento la vista de la pantalla.

—Estoy seguro de que así es, Anthony —respondió William.

El sol ardía sobre un cálido y contrastado mundo, en blanco y negro, el sol blanco contra el cielo negro y el blanco terreno ondulado moteado de sombras negras. El brillante olor dulce del sol sobre cada centímetro cuadrado de metal expuesto a él en contraste con la penetrante ausencia de olor en la otra cara.

Levantó la mano y la miró; contó los dedos. Caliente-caliente-caliente, girando cada dedo, colocándolos, uno a uno, bajo la sombra de los demás y el color que iba muriendo lentamente en un cambio de tacto que le hizo sentir el limpio y cómodo vacío.

Pero no totalmente vacío. Estiró los dos brazos y los levantó sobre su cabeza, alargándolos, y los puntos sensibles de cada muñeca palparon los vapores, el tenue, débil contacto del estaño y el plomo deslizándose a través de la barrera de mercurio.

El sabor más denso le subía desde los pies; todo tipo de silicatos, marcados por el claro contacto de lo unido y lo separado y el tañido de cada ión metálico. Moviéndose lentamente un pie a través del crujiente polvo apelmazado, y percibió las variaciones como una suave sinfonía, de composición no completamente casual.

Y sobre todo ello el sol. Levantó la mirada hacia él, grande, lleno, brillante y caliente, y oyó su satisfacción. Contempló la lenta aparición de prominencias en torno a su reborde y escuchó el sonido crujiente de cada una de ellas; y los demás alegres ruidos que cubrían la ancha cara. Si atenuaba la luz de fondo, el rojo de las hebras de hidrógeno al levantarse destacaba en estallidos de jugoso contralto, y el profundo bajo de las manchas entre el apagado silbido de fáculas deshilachadas, móviles y el fino lamento ocasional de un destello, el ping-pong de los rayos gamma y las partículas cósmicas al tictaquear, y sobre todo ello, en todas direcciones, el suave, vacilante y siempre renovado suspiro de la sustancia del sol alzándose y retrayéndose eternamente en un viento cósmico que llegaba hasta él y le bañaba de gloria.

Saltó, y se alzó lentamente en el aire con una libertad que nunca había sentido, y cuando tocó tierra volvió a saltar, y corrió, y saltó, y volvió a correr, con un cuerpo que respondía perfectamente a ese mundo glorioso, ese paraíso en que ahora se encontraba.

Como un extraño, por tanto tiempo y tan perdido... por fin en el paraíso.

—No pasa nada —dijo William.

—Pero ¿qué hace? —exclamó Anthony.

—No pasa nada. La programación funciona. Ha pasado revista a sus sentidos. Ha realizado las diversas observaciones visuales. Ha atenuado la luz del sol y lo ha examinado. Ha analizado la atmósfera y la naturaleza química del suelo. Todo marcha bien.

—Pero ¿por qué corre?

—Yo diría que eso ha sido idea suya, Anthony. Si quieres programar una computadora con la complejidad de un cerebro, tienes que contar con la posibilidad de que se le ocurran ideas propias.

—¿Correr? ¿Saltar? —Anthony miró a William con expresión preocupada—. Se hará daño. Tú puedes manipular la computadora. Imponte. Haz que se detenga.

—No —replicó William con decisión—. No haré tal cosa. Correré el riesgo de que se haga daño. ¿No lo comprendes? Está contento. Se encontraba en la Tierra, un mundo para el que nunca estuvo equipado. Ahora está en Mercurio, con un cuerpo perfectamente adaptado a su medio, tan perfectamente adaptado como pudieron hacerlo un centenar de especialistas. Es el paraíso para él; deja que lo disfrute.

—¿Que disfrute? Es un robot.

—No estoy hablando del robot. Me refiero al cerebro, el cerebro, que está vivo aquí.

La Computadora Mercurio, rodeada de vidrio, cuidadosa y delicadamente conectada a los cables, con su integridad muy sutilmente preservada, respiraba y vivía.

—Randall está en el paraíso —dijo William—. Ha encontrado el mundo por el cual huyó autísticamente de éste. A cambio del mundo al que su viejo cuerpo no se adaptaba en absoluto, ahora tiene un mundo en el que encaja perfectamente su nuevo cuerpo.

Anthony contempló la pantalla, maravillado.

—Parece que se está calmando.

—Naturalmente —dijo William—, y su alegría le ayudará a desempeñar aún mejor su trabajo.

Anthony sonrió y dijo:

—¿Entonces, lo hemos conseguido, tú y yo? ¿Vamos a reunirnos con los demás y a dejarnos llenar de lisonjas, William?

—¿Juntos? —dijo William.

Y Anthony le cogió del brazo.

—¡Juntos, hermano!

* * *

No negaré que me cruzó por la cabeza la indigna sospecha de que Jim era joven y que tal vez cuando aceptó Un extraño en el paraíso lo había hecho, inconscientemente, más impresionado por mi nombre que por el relato. Esa idea, pasajera en cualquier caso, se esfumó por completo cuando Donald Wollheim, de DAW Books, escogió el cuento para una de sus antologías. Simplemente cae fuera de los límites de lo concebible pensar que Don, un templado y cínico veterano, pudiera haberse dejado impresionar, bajo cualquier circunstancia, por mi nombre o por cualquier cosa referente a mí, a decir verdad. (¿No es así, Don?) De modo que si él quería el cuento, debía de ser por el cuento en sí.

* * *

Ocasionalmente he escrito artículos para «The New York Times Magazine», pero mi promedio de aciertos con ellos es de menos de 0,5.

Por lo general algo así resultaría descorazonador y me haría pensar que ese mercado concreto no entraba dentro de mi campo de tiro y que debía concentrar mis esfuerzos en otro lugar. Pero, el «Times» es un caso especial, y seguía probando.

No obstante, en el otoño de 1974, tras recibir tres negativas seguidas, estaba decidido a no aceptar la próxima vez que me solicitasen un artículo. Esto no es tan sencillo como suena, porque la solicitud suele llegarme a través de Gerald Walker, uno de los personajes más simpáticos jamás inventados.

Cuando me llamó, hice esfuerzos desesperados por armarme para darle una negativa dijera lo que dijera, y entonces mencionó la frase mágica: «ciencia ficción».

—¿Un relato de ciencia ficción? —pregunté.

—Sí —me respondió.

—¿Para la sección semanal?

—Sí. Queremos un cuento de cuatro mil palabras con proyección de futuro y que diga algo sobre la relación entre el hombre y la máquina.

—Lo intentaré —dije.

¿Qué otra cosa podía hacer? La oportunidad de colocar un relato de ciencia ficción en el «Times» era demasiado interesante para dejarla perder. Comencé a trabajar en el cuento el 18 de noviembre de 1974, lo envié al «Times» sin confiar realmente en el resultado final, y que me cuelguen si no lo aceptaron. Apareció en la edición dominical del «Times», el 5 de enero de 1975, y por lo que pude averiguar fue el primer texto de ficción encargado y publicado por el «Times».

Vida y tiempos de Multivac

Todo el mundo estaba interesado. Todo el mundo podía observarlo. Si alguien hubiera querido saber cuántos lo habían observado, Multivac podría habérselo dicho. La gran computadora Multivac llevaba el control de eso, así como de todo lo demás.

Multivac era el juez en ese caso particular, un juez tan fríamente objetivo y tan puro en su equidad que no se requería acusación ni defensa. Sólo intervenía el acusado, Simón Hiñes, y las pruebas, materializadas, en parte, en Ronald Bakst.

Bakst lo contemplaba todo, naturalmente. En su caso, era obligatorio que lo hiciera. Hubiera preferido que no fuera así. En su décima década comenzaba a mostrar síntomas de envejecimiento, y sus enmarañados cabellos griseaban claramente.

Noreen no lo observaba. Al llegar junto a la puerta había dicho:

—Si nos quedara un amigo... —Y, tras una pausa, había añadido—: ¡Cosa que dudo!

Dicho esto se marchó.

Bakst se preguntaba si regresaría alguna vez pero, de momento, eso no tenía importancia.

Había sido una increíble estupidez de Hiñes intentar una verdadera acción, como si fuera concebible acercarse a una terminal de Multivac y hacerla pedazos, como si no supiera que una computadora que abarcaba todo el mundo, la Computadora (mayúsculas, por favor) que abarcaba a todo el mundo con millones de robots a sus órdenes sabría cómo protegerse. Y aun cuando hubiera destrozado la terminal, ¿qué se habría conseguido con eso?

¡Y Hiñes lo había hecho en la presencia física de Bakst, por añadidura!

Le llamaron, exactamente en el momento previsto:

—Ahora declarará Ronald Bakst.

Multivac tenía una bonita voz, de una belleza que nunca se perdía por completo por mucho que se la escuchara. Su timbre no era exactamente masculino, ni tampoco femenino, a decir verdad, y hablaba en todas las lenguas, escogiendo aquella que resultase de más fácil comprensión para su interlocutor.

—Estoy preparado para atestiguar —dijo Bakst.

No había manera de decir más que aquello que debía decir. Hiñes no podía eludir la condena. En los tiempos en que Hiñes hubiera tenido que comparecer ante sus semejantes humanos, habría sido juzgado con más rapidez y menos equidad, y el castigo impuesto habría sido más duro.

Transcurrieron quince días, que Bakst pasó completamente solo. La soledad física no era difícil de imaginar en el mundo de Multivac. Grandes masas habían muerto en los tiempos de las grandes catástrofes y los supervivientes debían su salvación a las computadoras que también se habían ocupado de dirigir la recuperación —y habían perfeccionado sus propios diseños hasta fundirse todas en Multivac— y los cinco millones de seres humanos que quedaron sobre la Tierra habían podido vivir con perfecta comodidad.

Pero esos cinco millones estaban dispersos y eran escasas las posibilidades de ver a alguien situado fuera del círculo inmediato, a menos que fuese de manera deliberada. Y nadie tenía intención de ver a Bakst, ni siquiera por televisión.

De momento, Bakst se sentía capaz de soportar el aislamiento. Se enterró en su ocupación favorita, que durante los últimos veintitrés años había sido, por cierto, la invención de acertijos matemáticos. Cada hombre y cada mujer sobre la Tierra podían desarrollar el estilo de vida que más les placiese, siempre a condición de que Multivac, que examinaba todos los asuntos humanos con perfecta pericia, no considerase que la forma escogida podía ir en detrimento de la felicidad humana.

Pero ¿qué merma podía derivarse de los acertijos matemáticos? Eran puramente abstractos, del agrado de Bakst, no hacían daño a nadie más.

No esperaba que ese aislamiento continuase. El Congreso no le aislaría permanentemente sin juzgarle, y naturalmente sería un tipo de juicio distinto al que había experimentado Hiñes, un juicio sin la tiranía de la absoluta justicia de Multivac.

Aun así, se sintió aliviado y complacido cuando hubo terminado. Y ello a causa del regreso de Noreen. Ella se le acercó renqueando desde el otro lado de la colina y él, sonriendo, fue a su encuentro. Habían vivido juntos durante un satisfactorio período de cinco años. Incluso las reuniones ocasionales con los dos hijos y los dos nietos que ella tenía habían sido también agradables.

—Gracias por volver —dijo él.

—No he vuelto —respondió Noreen. Se la veía cansada, con los cabellos castaños revueltos por el viento, los pómulos salientes un poco ajados y quemados por el sol.

Bakst pulsó la combinación para pedir una comida ligera y café. Conocía sus gustos. Ella no le detuvo y, aunque vaciló un instante, aceptó la comida.

—He venido a hablar contigo —dijo—. Me envía el Congreso.

—¡El Congreso! —dijo él—. Quince hombres y mujeres, incluido yo mismo. Autodesignados e impotentes.

—No opinabas así cuando pertenecías a él.

—Me he hecho más viejo. He aprendido.

—Al menos has aprendido a traicionar a tus amigos.

—No fue traición. Hiñes intentó dañar a Multivac; una pretensión absurda, imposible.

—Le acusaste.

—Tuve que hacerlo. Multivac conocía los hechos sin necesidad de mi acusación, y si no le hubiera acusado, me habría convertido en cómplice. Hiñes no habría ganado nada, pero yo habría salido perdiendo.

—Sin un testigo humano, Multivac habría dejado sin efecto la sentencia.

—No tratándose de un acto contra Multivac. No era un caso de paternidad ilegal o de dedicarse a un trabajo sin la correspondiente autorización. No podía correr ese riesgo.

—De modo que dejaste que a Simón le retiraran todos los permisos de trabajo por un período de dos años.

—Lo merecía.

—Un pensamiento muy consolador. Puedes haber perdido la confianza del Congreso, pero te has ganado la de Multivac.

—La confianza de Multivac es importante en la actual situación del mundo —dijo Bakst con toda seriedad. De pronto se le hizo patente que no era tan alto como Noreen.

Ella parecía estar lo suficientemente enfadada como para golpearle; sus labios, muy apretados, se habían tornado lívidos. Pero, por otra parte, pasaba de los ochenta —ya no era joven— y el hábito de la no-violencia estaba demasiado arraigado... Excepto en el caso de necios como Hiñes.

—Entonces, ¿no tienes nada más que decir? —preguntó ella.

—Habría muchas cosas que decir. ¿Ya no te acuerdas? ¿Lo has olvidado todo? ¿Recuerdas cómo eran antes las cosas? ¿Recuerdas el siglo veinte? Ahora vivimos largos años; Ahora vivimos seguros; ahora vivimos felices.

—Ahora vivimos inútilmente.

—¿Quieres regresar al mundo que teníamos antes?

Noreen sacudió violentamente la cabeza.

—Los cuentos de demonios nos asustan. Hemos aprendido nuestra lección. Hemos logrado salir adelante con la ayuda de Multivac, pero ya no necesitamos esa ayuda. Si la ayuda continúa nos ablandaremos hasta morir. Sin Multivac, nosotros dirigiremos a los robots, nosotros administraremos las granjas y las minas y las fábricas.

—¿Y lo haremos bien?

—Lo suficientemente bien. Iremos aprendiendo con la práctica. En cualquier caso necesitamos ese estímulo, o moriremos.

—Tenemos nuestro trabajo, Noreen —dijo Bakst—, cualquier trabajo que nos guste.

—Cualquier trabajo que nos guste, siempre que sea irrelevante, e incluso entonces puede sernos retirado a su voluntad, como en el caso de Hiñes. ¿Y cuál es tu trabajo, Ron? ¿Los acertijos matemáticos? ¿Trazar líneas sobre un papel? ¿Escoger combinaciones de números?

Bakst alargó una mano, con un gesto casi suplicante.

—Eso puede tener importancia. No es una tontería. No subvalores... —Hizo una pausa, deseoso de explicarse pero sin saber hasta qué punto le sería posible hacerlo sin correr riesgos—. Estoy trabajando en difíciles problemas de análisis combinatorio basado en pautas genéticas que podrían servir para...

—Para tu diversión y la de unos cuantos más. Sí, ya te he oído hablar de tus acertijos. Decidirás cómo pasar de A a B en un número mínimo de pasos y eso te permitirá descubrir la manera de pasar del vientre materno a la tumba con un número mínimo de riesgos y todos daremos gracias a Multivac mientras así lo hacemos.

Noreen se incorporó.

—Ron, serás juzgado. Estoy segura. Nosotros te juzgaremos. Y te repudiaremos. Multivac te protegerá contra cualquier daño físico, pero sabes que no tendremos por qué verte, hablarte ni tener ninguna relación contigo. Descubrirás que no podrás pensar sin el estímulo de la interacción humana, ni tampoco podrás practicar tus juegos. Adiós.

—¡Noreen! ¡Espera!

—Claro que tendrás a Multivac. Puedes hablar con Multivac, Ron.

Él la miró desaparecer caminando por el sendero flanqueado de parques siempre verdes, y ecológicamente sanos, gracias al trabajo imperceptible de silenciosos y tenaces robots a los que raras veces se veía.

«Sí, tendré que hablar con Multivac», pensó.

Multivac ya no estaba en ningún lugar concreto. Era una presencia global cohesionada a través de cables, fibras ópticas y microondas. Su cerebro estaba dividido en un centenar de subunidades, pero que actuaba como una sola. Tenía terminales en todas partes y ninguno de los cinco millones de seres humanos estaba muy alejado de una de ellas.

Todos recibían atención, pues Multivac era capaz de hablarles a todos individualmente y al mismo tiempo, sin apartar su mente de los problemas más importantes

a los que debía prestar atención.

Bakst no se hacía ilusiones en cuanto a su fuerza. ¿En qué consistía su increíble complejidad si no en un acertijo matemático que Bakst había conseguido desentrañar más de diez años antes? Sabía cómo se establecían las conexiones entre continente y continente a través de una enorme red cuyo análisis podía constituir la base de un fascinante acertijo. ¿Cómo organizar la red de manera que nunca se atasque en el flujo de información? ¿Cómo distribuir los conmutadores? Demostrar que sea cual sea la distribución, siempre existirá al menos un punto que, al desconectarlo...

La crisis se estaba precipitando a causa del acto de Hiñes; y, además, antes de que Bakst estuviera preparado para actuar.

Tenía que darse prisa y solicitó una entrevista con Multivac sin la menor confianza en el resultado.

A Multivac podían hacérsele preguntas en todo momento. Había cerca de un millón de terminales como la que había sufrido el inesperado ataque de Hiñes, por las cuales, o cerca de las cuales, se podía hablar. Y Multivac respondería.

Una entrevista era otra cosa. Exigía tiempo y discreción; y más que nada exigía que Multivac la considerase necesaria. Aunque todos los problemas del mundo no llegaban a ocupar las capacidades que poseía Multivac, éste había comenzado a regatear su tiempo, en cierto modo. Tal vez fuera un efecto de su constante labor de autoperfeccionamiento. Cada vez era más consciente de su propia valía y menos inclinado a soportar pacientemente cuestiones triviales.

Bakst tenía que confiar en la buena voluntad de Multivac. Su dimisión del Congreso, todos sus actos a partir de entonces, incluso el testimonio contra Hiñes, habían ido encaminados a ganarse esa buena voluntad. Sin duda en ella estaba la clave del triunfo en ese mundo.

Tendría que dar por supuesta esa buena voluntad. Una vez cursada la solicitud, se desplazó sin demora por vía aérea hasta la subestación más próxima. Tampoco se limitó a enviar simplemente su imagen. Quería estar allí en persona; por alguna razón le parecía que de ese modo podría lograr un contacto más íntimo con Multivac.

La habitación tenía casi el mismo aspecto que si hubiera estado destinada a la celebración de una conferencia humana a través de un circuito cerrado de multivisión. Por un fugaz instante, Bakst pensó que tal vez Multivac adoptaría una forma humana en imagen—el cerebro hecho carne— y se reuniría con él.

Naturalmente, no fue así. Se oía el continuo susurro de las incesantes operaciones de Multivac; algo siempre perceptible en presencia de Multivac; y luego, por encima de él, sonó la voz de Multivac.

No era la voz habitual de Multivac. Era una voz baja y callada, bella e insinuante, que le hablaba casi al oído.

—Buenos días, Bakst. Bienvenido. Tus compañeros humanos te desaprueban.

«Multivac siempre va al grano», pensó Bakst.

—No tiene importancia, Multivac —dijo—. Lo que importa es que yo acepto tus decisiones como algo destinado a lograr el bien de la especie humana. Fuiste diseñado para conseguir eso en las versiones primitivas de ti mismo y...

—Y mis autodiseños han desarrollado ese enfoque básico. ¿Si tú lo comprendes, por qué no lo entienden así muchos seres humanos? Aun no he acabado de analizar este fenómeno.

—He venido a consultarte un problema —dijo Bakst.

—¿De qué se trata? —preguntó Multivac.

—He pasado mucho tiempo reflexionando sobre problemas matemáticos inspirados en el estudio de los genes y sus combinaciones. No logro encontrar las respuestas necesarias y la computarización doméstica de nada me sirve.

Se oyó un extraño chasquido y Bakst no pudo contener un leve estremecimiento ante el súbito pensamiento de que tal vez Multivac estuviera intentando contener la risa. Se percibía un toque humano, incluso más allá de lo que él mismo estaba preparado a aceptar. La voz sonó en su otro oído y Multivac dijo:

—La célula humana contiene miles de genes distintos.

Cada gen posee tal vez un promedio de cincuenta variaciones vivas y un número incalculable de variaciones que jamás han existido. Si quisiera intentar calcular todas las combinaciones posibles, pretendiendo sólo enumerarlas lo más rápidamente posible, sin detenerme nunca, no llegaría a citar más que una fracción infinitesimal del total en el máximo período de vida posible del universo.

—No es preciso una enumeración completa —dijo Bakst—. Ahí está la gracia de mi juego. Algunas combinaciones son más probables que otras y trabajando con probabilidades de probabilidades, podríamos reducir enormemente el trabajo. Es para calcular estas probabilidades de probabilidades que solicito tu ayuda.

—Aun así requeriría mucho tiempo. ¿Cómo podré justificar esto ante mí mismo?

Bakst titubeó. De nada serviría intentar una complicada tarea de persuasión. Con Multivac, una línea recta era la distancia más corta entre dos puntos.

—Una combinación adecuada de genes —dijo— podría producir un ser humano más dispuesto a dejar las decisiones en tus manos, más predispuesto a creer en tu voluntad de hacer felices a los hombres, más deseoso de ser feliz. No consigo descubrir la combinación adecuada, pero tú podrías hallarla, y por medio de la ingeniería genética dirigida...

—Comprendo lo que quieres decir. Es... una buena idea. Le dedicaré alguna atención.

Bakst tuvo dificultades para conectar con la longitud de onda privada de Noreen. La conexión se cortó tres veces. Eso no le extrañó. En los últimos dos meses había observado una creciente tendencia a que la tecnología fallase en cuestiones de detalle —nunca por demasiado tiempo, nunca gravemente— y cada una de estas ocasiones despertaba en él un oscuro placer.

Esta vez el contacto se mantuvo. Se le apareció el rostro de Noreen, holográficamente tridimensional. La imagen parpadeó un instante, pero no se cortó.

—He decidido devolverte la visita —dijo Bakst, en el debido tono impersonal.

—Hace una temporada que pareces casi imposible de localizar —dijo Noreen—. ¿Dónde has estado?

—No me he ocultado. Estoy aquí, en Denver.

—¿Por qué en Denver?

—El mundo es mi ostra, Noreen. Puedo ir donde se me antoje.

A ella le temblaron un poco las facciones.

—Y tal vez lo encuentres vacío en todas partes. Vamos a juzgarte, Ron.

—¿Ahora?

—¡Ahora!

—¿Y aquí?

—¡Sí, aquí!

Volúmenes de espacio parpadearon con distintos grados de luminosidad a uno y otro lado de Noreen, y también un poco más lejos y detrás de ella. Bakst paseó la mirada de un extremo a otro y los contó. Eran catorce, seis hombres y ocho mujeres. Los conocía a todos y cada uno. Antaño, no hacía tanto tiempo, habían sido buenos amigos.

A ambos lados de los simulacros y detrás de ellos se extendía el panorama salvaje de Colorado en un agradable día de verano que comenzaba a tocar a su fin. Hubo una época en que allí se levantaba una ciudad llamada Denver. El lugar aún conservaba ese nombre aunque habían limpiado los escombros, como se había hecho con la mayoría de los cascos urbanos... Logró contar diez robots en las proximidades, dedicados a lo que debían de ser tareas de robots.

Se ocupaban de conservar la ecología, supuso Bakst. No conocía mayores detalles, pero Multivac sí los sabía, y mantenía a cincuenta millones de robots eficazmente organizados en toda la superficie de la Tierra.

Detrás de Bakst se alzaba una de las rejillas convergentes de Multivac, casi como una pequeña fortaleza de autodefensa.

—¿Por qué ahora? —preguntó—. ¿Y por qué aquí?

Instantáneamente dirigió la mirada a Eldred. Era la mayor del grupo y la figura de más autoridad —suponiendo que pudiera hablarse de la autoridad de un ser humano.

El rostro muy moreno de Eldred tenía un aire un poco fatigado. Acusaba los años, los ciento veinte que tenía, pero su voz sonó firme e incisiva.

—Porque ahora conocemos el hecho decisivo. Que Noreen te lo explique. Es quien mejor te conoce.

La mirada de Bakst se posó en Noreen.

—¿De qué crimen se me acusa?

—Basta de juegos, Ron. Bajo el mandato de Multivac no hay crímenes excepto luchar por la libertad, y lo que tú has cometido es un crimen humano, no un crimen bajo la ley de Multivac. Por eso juzgaremos si algún ser viviente desea aún tu compañía, si todavía queda alguien deseoso de oír tu voz, dispuesto a aceptar tu presencia o a relacionarse en alguna forma contigo.

—Veamos, ¿por qué me amenazáis con el aislamiento?

—Has traicionado a todos los seres humanos.

—¿Cómo?

—¿Niegas que pretendes engendrar una raza humana que se doblegue a los mandatos de Multivac?

—¡Ah! —Bakst cruzó los brazos sobre el pecho—. No os ha costado mucho enteraros, aunque, claro, no teníais más que preguntárselo a Multivac.

—¿Niegas que le has pedido ayuda para lograr la construcción de una raza humana diseñada de tal forma que acepte incuestionablemente la esclavitud a las órdenes de Multivac? —preguntó Noreen.

—Sugería la creación de una raza humana más satisfecha con su situación. ¿Es eso traición?

—No nos interesan tus sofismas, Ron —intervino Eldred—. Nos los sabemos de memoria. No vuelvas a explicarnos que es imposible oponerse a Multivac, que de nada sirve luchar, que hemos logrado la seguridad. Lo que tú llamas seguridad, es esclavitud para el resto de nosotros.

—¿Estáis dictaminando ya, o se me permitirá defenderme? —dijo Bakst.

—Ya has oído a Eldred —dijo Noreen—. Conocemos tu defensa.

—Todos hemos oído a Eldred, pero nadie me ha escuchado a mí. Lo que ella dice que es mi defensa no es mi defensa.

Se produjo un silencio mientras las imágenes se miraban unas a otras moviendo los ojos a derecha e izquierda.

—¡Habla! —le conminó Eldred.

—He pedido a Multivac que me ayude a resolver un problema en el campo de los pasatiempos matemáticos —dijo Bakst—. Para conseguir que se interesase por él, le indiqué que el problema estaba basado en las combinaciones de genes y que una solución podría permitir desarrollar una combinación de genes, con la que nadie estaría peor de lo que está ahora en ningún sentido, pero que, en cambio, inculcaría en sus portadores un alegre acatamiento de la dirección de Multivac, y una aceptación de sus decisiones.

—Es lo que decíamos —dijo Eldred.

—Sólo planteándolo en esos términos podía lograr que Multivac aceptase la tarea. Esta nueva raza es claramente deseable para la humanidad según los criterios de Multivac, y conforme a esos criterios, debe procurar conseguirla. Y la deseabilidad del fin le inducirá a examinar más y más complejidades de un problema cuya infinita magnitud está incluso por encima de sus capacidades. Todos sois testigos.

—¿Testigos de qué? —preguntó Noreen.

—¿No habéis tenido problemas para comunicaros conmigo? En el último par de meses, ¿no ha notado cada uno de vosotros pequeños fallos en lo que siempre funcionaba como una seda?... No decís nada. ¿Puedo considerar que vuestra respuesta es afirmativa?

—Y en ese caso, ¿qué?

—Multivac ha estado dedicando sus circuitos libres a ese problema —dijo Bakst—. Poco a poco ha ido relegando la dirección del mundo a un mínimo bastante mezquino de sus esfuerzos, puesto que, de acuerdo con su propio sentido de la ética, nada debe interponerse en el camino de la felicidad humana y no puede haber forma más óptima de lograr esa felicidad que aceptar a Multivac.

—¿Qué significa todo esto? —dijo Noreen—. A Multivac aún le quedan suficientes capacidades para seguir dirigiendo el mundo y a todos nosotros, y aunque no lo haga con plena eficiencia, ello sólo puede servir para añadir incomodidades a nuestra esclavitud. Y sólo de manera temporal, pues esto no durará mucho. Más pronto o más tarde, Multivac decidirá que el problema es insoluble, o lo resolverá, y en uno u otro caso, ése será el fin de su distracción. En el segundo caso, la esclavitud se hará permanente e irrevocable.

—Pero de momento está distraído —dijo Bakst—, e incluso podemos hablar como lo estamos haciendo, con gran osadía, sin que se entere. Sin embargo, no me atrevo a correr el riesgo de continuar demasiado rato esta conversación, de modo que procurad comprenderme pronto, por favor.

»He estado ocupándome de otro pasatiempo matemático: la construcción de circuitos basados en el modelo de Multivac. He conseguido demostrar que por complejo y excesivo que sea el circuito, siempre debe haber al menos un punto en el que converjan todas las corrientes bajo circunstancias particulares. Bastará crear una interferencia en ese punto para que se produzca el síncope fatal, pues ello inducirá una sobrecarga en otro lugar que, al fallar, inducirá a su vez una sobrecarga en otro lugar... y así indefinidamente, hasta que todo se paralice.

—¿Y bien?

—Y éste es ese punto. ¿Qué otra razón podía tener yo para venir a Denver? Y Multivac también lo sabe, y este punto está protegido electrónica y robóticamente hasta

hacerlo impenetrable.

—¿Y bien?

—Pero Multivac está distraído, y Multivac confía en mí. Me ha costado mucho ganarme esa confianza, a riesgo de perderos a todos vosotros, pues sólo cuando hay confianza cabe la posibilidad de una traición. Si cualquiera de vosotros in-tentara acercarse a este punto, Multivac podría reaccionar, incluso en su presente estado de distracción. Si Multivac no estuviera distraído, no permitiría que me acercara ni yo. ¡Pero está distraído! ¡Y el que está aquí soy yo!

Bakst comenzó a avanzar hacia la rejilla convergente con sereno andar despreocupado, y las catorce imágenes, concentradas en él, avanzaron también. Por todos lados les rodeaban los suaves murmullos de un atareado centro de Multivac.

—¿Para qué atacar a un contrincante invulnerable? —dijo Bakst—. Más vale hacerle vulnerable primero, y luego...

Bakst hacía grandes esfuerzos para conservar la calma, pero ahora todo dependía de su actuación. ¡Todo! Con un brusco tirón, separó una juntura. (Si sólo hubiera tenido más tiempo para asegurarse mejor).

Nadie le detuvo y, mientras contenía el aliento, advirtió que comenzaba a cesar el ruido, se interrumpían los murmullos, se iba deteniendo Multivac. Si ese suave rumor no se había restablecido en unos instantes, ello significaría que había dado en el punto clave adecuado, y ya no habría posibilidad de recuperación. Si no se convertía rápidamente en el foco del avance de los robots...

Se volvió hacia atrás en medio del silencio que aún continuaba. Los robots seguían trabajando a lo lejos. Ninguno había hecho acto de acercarse.

Frente a él continuaban alzándose las imágenes de los catorce hombres y mujeres del Congreso, y todos y cada uno parecían estupefactos ante la súbita enormidad que acababa de ocurrir.

—Multivac está desconectado, quemado —anunció Bakst—. Es imposible repararlo. —Se sintió casi embriagado ante el sonido de sus palabras—. Desde que os dejé que trabajo para lograr este desenlace. Cuando Hiñes lanzó su ataque, temí que esas tentativas se repitieran, que Multivac redoblara su guardia, que incluso yo... tenía que apresurarme... no estaba seguro... —Le temblaba la voz, pero hizo un esfuerzo y dijo solemnemente—: He conseguido nuestra libertad.

Y se interrumpió, consciente al fin del peso del silencio, cada vez más intenso. Catorce imágenes le miraban fijamente y de ninguna de ellas salía una palabra de respuesta.

—Hablabais de libertad —dijo Bakst con voz chillona—. ¡Ya la tenéis!

Y luego, vacilante, añadió:

—¿No era esto lo que queríais?

* * *

Quando hube cerrado por primera vez al anterior relato, o creí haberlo hecho, no quedé satisfecho. Permanecí despierto hasta alrededor de las dos de la madrugada intentando averiguar el motivo de mi insatisfacción, y entonces decidí que no había logrado sugerir lo que deseaba. Me levanté, escribí a toda prisa los tres últimos párrafos del cuento tal como finalmente fue publicado, cerrándolo con esa pregunta horrorizada, y luego me dormí plácidamente.

Al día siguiente volví a escribir la última página del original para incluir el nuevo final, y cuando lo remití al «Times», pese a mis deseos de cerrar el trato, indiqué en qué

aspectos sería intransigente.

«Sírvanse tener en cuenta —escribí— que el hecho de terminar con una pregunta abierta no es casual. Es un elemento esencial del relato. Cada lector tendrá que considerar el significado de la pregunta y qué respuesta le daría él».

En el «Times» me pidieron que introdujera algunos cambios y aclaraciones triviales pero —me complace decirlo— no se atrevieron a levantar ni un murmullo de objeción en lo tocante a mi final.

Por cierto que el título original mío era «Pasatiempos matemáticos», y por un momento pensé en recuperarlo al publicar el cuento en un libro. Sin embargo, Vida y tiempos de Multivac tiene un ritmo propio. Además, un gran número de personas lo vieron ese único día que estuvo al alcance del público lector. Durante las dos o tres semanas siguientes se me acercaron a decirme que lo habían leído más personas de las que nunca me habían dicho nada parecido con motivo de ningún otro cuento jamás escrito por mí. No quiero que piensen que he cambiado el título para hacerles creer que no habían leído antes este cuento, y hacerles comprar así este libro, de modo que lo he dejado en Vida y tiempos de Multivac.

* * *

Entre las personas que leyeron mi cuento en «The New York Times Magazine» estaba William Levinson, director de «Physician's World». En el mismo número de la sección semanal figuraba un artículo titulado Triage. El «traje» es un sistema empleado para decidir quién debe ser salvado y quién debe morir cuando las condiciones no permiten salvar a todo el mundo. Se ha recurrido al «traje» en el caso de emergencias médicas, dedicando unas instalaciones limitadas a las personas con mayores probabilidades de salvación. Existe ahora la sospecha de que tal vez vaya a aplicarse el «traje» a escala mundial, de que es imposible salvar a ciertas naciones y regiones, y de que nada debiera hacerse por salvarlas.

Levinson pensó que sería posible abordar ese tema a través de la ciencia ficción, y puesto que mi nombre estaba bajo sus narices, en el mismo índice, se puso en contacto conmigo. La idea me atrajo y acepté en el acto. Comencé a trabajar en ella el 19 de enero de 1975. A Levinson le gustó La criba una vez terminado el cuento, y todo estaba preparado para su publicación en el número de junio de 1975 cuando la revista dejó de salir inesperadamente en vísperas del número anterior.

Levinson me devolvió el cuento, confundido y apesadumbrado, pero desde luego no era culpa suya, conque le escribí una carta asegurándole que no estaba molesto. A fin de cuentas, ya me habían pagado por el cuento y era poco probable que no lograra colocarlo en otro sitio.

En realidad, Ben Bova lo aceptó en el acto y en febrero de 1976 fue publicado en «Analog».

La criba

Habían transcurido cinco años desde que el muro, cada vez más denso, del secreto comenzó a cerrarse en torno a los trabajos del doctor Aaron Rodman.

—Para su propia protección... —le habían advertido.

—En manos de personas sin escrúpulos —habían explicado.

Desde luego, en las manos adecuadas (las suyas, por ejemplo, pensaba el doctor Rodman bastante desesperado), el descubrimiento significaba a todas luces la mayor bendición para la salud humana desde que Pasteur elaboró la teoría de los gérmenes, y la clave más perfecta jamás encontrada para llegar a comprender el mecanismo de la vida.

Sin embargo, tras la conferencia que pronunció en la Academia de Medicina de Nueva York poco después de cumplir su cincuenta aniversario, y en el primer día del siglo XXI (la fecha parecía escogida a propósito), le habían impuesto la obligación de guardar silencio y ya no podía hablar, excepto con determinados funcionarios. Ciertamente, tampoco podía publicar nada.

Pero el Gobierno le mantenía. Disponía de todo el dinero que pudiera necesitar y las computadoras estaban a su disposición para hacer lo que le placiese con ellas. Sus trabajos progresaban rápidamente y los hombres del Gobierno acudían a recibir sus enseñanzas, a que les ayudara a comprender.

—Doctor Rodman —preguntaban—, ¿cómo se explica que un virus pueda propagarse de célula en célula dentro de un organismo y, sin embargo, no sea contagioso de un organismo a otro?

A Rodman le fatigaba tener que repetir una y otra vez que no conocía todas las respuestas. Le molestaba verse obligado a emplear el término «virus».

—No es un virus —decía—, ya que no se trata de una molécula de ácido nucleico. Es algo completamente distinto: una lipoproteína.

—La cosa iba mejor cuando sus interlocutores no eran también profesionales de la medicina. Entonces podía intentar explicárselo en términos generales sin embarrancarse constantemente en cuestiones de detalle.

—Toda célula viva —decía en esos casos—, y cada una de las pequeñas estructuras contenidas en la célula, están rodeadas de una membrana. El funcionamiento de cada célula depende de qué moléculas pueden pasar a través de la membrana en uno y otro sentido y a qué ritmo pueden hacerlo. Una ligera alteración en la membrana modificará enormemente la naturaleza del flujo y, con ello, la naturaleza química de la célula y el carácter de su actividad.

—Todas las enfermedades pueden estar causadas por alteraciones en la actividad de la membrana. A través de tales alteraciones pueden lograrse todas las mutaciones. Cualquier técnica capaz de controlar las membranas permitirá controlar la vida. Las hormonas controlan el cuerpo en virtud de su efecto sobre las membranas, y mi lipoproteína viene a ser más bien una hormona artificial, no un virus. La lipoproteína se incorpora a la membrana y con ello induce la producción de más moléculas semejantes a ella misma... y aquí llegamos a la parte que tampoco yo comprendo.

»Pero las sutiles estructuras de las membranas no son siempre exactamente idénticas en todos sus aspectos. De hecho, difieren en todos los seres vivos; no coinciden exactamente en ningún par de organismos. Una lipoproteína nunca afectará del mismo

modo a dos organismos individuales distintos. Lo que en un caso abrirá las células de un organismo a la glucosa, aliviando así los efectos de la diabetes, en otro caso cerrará las células de otro organismo a la lisina, con lo cual le causará la muerte.

Eso era lo que aparentemente les interesaba más; que se tratase de un veneno.

—Un veneno selectivo —decía Rodman—. De entrada, sería imposible determinar, sin detalladísimos estudios computarizados de la bioquímica de las membranas de un individuo concreto, los posibles efectos de una lipoproteína concreta sobre el mismo.

Con el tiempo, fue cerrándose el cerco a su alrededor, su libertad se vio cortada, aunque sin detrimento de su confort, en un mundo en el que en todas partes comenzaba a perderse la libertad y también el bienestar mientras una humanidad desesperada veía abrirse más y más las quijadas del infierno.

Corría el año 2005 y la población de la Tierra sumaba seis mil millones de habitantes. De no ser por las hambrunas, la cifra alcanzaría los siete mil millones. Mil millones de seres humanos habían muerto de hambre en la pasada generación, y muchos más correrían aún igual suerte.

Peter Affare, presidente de la Organización Mundial de la Alimentación, acudía con frecuencia al laboratorio de Rodman para jugar al ajedrez y charlar un poco. Había sido el primero en comprender la trascendencia de la conferencia de Rodman ante la Academia, decía, y eso le había ayudado a acceder al cargo de presidente. Rodman pensaba que el significado de su disertación no era difícil de comprender, pero nunca hacía ningún comentario sobre el particular.

Affare tenía diez años menos que Rodman, y sus cabellos comenzaban a perder su color rojo. Sonreía con frecuencia, a pesar de que el tema de la conversación raras veces ofrecía motivos para ello puesto que cualquier presidente de una organización encargada de la alimentación mundial debía hablar forzosamente del hambre que asolaba al mundo.

—Si distribuyéramos equitativamente las existencias de alimentos entre todos los habitantes del mundo, todos morirían de hambre —dijo Affare.

—Si se distribuyeran equitativamente —decía Rodman—, tal vez el hecho de hacer justicia por una vez en el mundo serviría de ejemplo y podría inducir a aplicar una política mundial sana. Tal como están las cosas, la desesperación y la furia ante la egoísta buena fortuna de unos pocos alcanzan proporciones mundiales, y todos actúan irracionalmente como venganza.

—Usted tampoco ha renunciado voluntariamente a su propio suplemento de alimentos —dijo Affare.

—Soy humano y egoísta, y mi acción particular poco significaría. No debería pedírseme que la cediera voluntariamente. No debería ofrecérseme ninguna posibilidad de opción en la materia.

—Usted es un romántico —dijo Affare—. ¿No comprende que la Tierra es una lancha salvavidas? Si distribuimos equitativamente las reservas de alimentos entre todos los hombres, moriremos todos. Si expulsamos a algunos del bote salvavidas, el resto sobrevivirá. El problema no es la muerte de algunos, pues tienen que morir; el problema es la supervivencia de unos cuantos.

—¿Propugnan ustedes oficialmente el «triaje», el sacrificio de unos cuantos por el bien de los demás?

—No podemos hacerlo. Las gentes que ocupan la lancha salvavidas están armadas. Varias regiones amenazan abiertamente con recurrir a las armas nucleares si no reciben más alimentos.

—¿Quiere decir que la respuesta a «Ustedes deben morir para que nosotros vivamos» es «Si nosotros morimos, vosotros moriréis también»...? Una situación sin salida —comentó Rodman con sorna.

—No exactamente —dijo Affare—. Hay zonas de la Tierra donde no es posible salvar a la gente. Han sobrecargado irremisiblemente su territorio con hordas de famélica humanidad. Supongamos que se les envían alimentos, y supongamos que esos alimentos los matan, de modo que esa zona ya no requiera nuevas remesas.

Rodman sintió la primera punzada de incipiente comprensión.

—¿Los matan, cómo? —preguntó.

—Es posible averiguar las propiedades estructurales medias de las membranas celulares de una población determinada. Podría incorporarse a la remesa de alimentos una lipoproteína particularmente estudiada para hacer uso de esas propiedades, con lo cual la ingestión de esos alimentos tendría fatales consecuencias —dijo Affare.

—Inconcebible —dijo Rodman, pasmado.

—Piénselo bien. La gente no sufriría. Las membranas se irían cerrando lentamente y la persona afectada se dormiría para no volver a despertar; una muerte infinitamente preferible a la inanición que de otro modo será inevitable, o a la aniquilación nuclear. Tampoco morirían todos, pues cualquier población presenta variaciones en las propiedades de sus membranas. En el peor de los casos, fallecería un setenta por ciento de los habitantes. La criba se efectuaría precisamente en aquellos lugares con una superpoblación más grave y menores esperanzas de solución y sobreviviría un número suficiente de personas para asegurar la continuidad de cada nación, cada grupo étnico, cada cultura.

—Matar deliberadamente a miles de millones...

—No les mataríamos. Simplemente crearíamos las condiciones para la muerte de unas cuantas personas. El fallecimiento de unos individuos concretos dependería de la bioquímica particular de sus organismos. Sería obra del dedo de Dios.

—¿Y cuando el mundo descubra lo hecho?

—Cuando eso ocurra ya estaremos muertos —dijo Affare—, y para entonces, un mundo próspero con una población limitada nos agradecerá nuestra heroica acción al optar por que murieran algunos, con tal de evitar la muerte de todos.

El doctor Rodman sintió que le subía el rubor a la cara y tuvo dificultades para articular las palabras.

—La Tierra —dijo— es una lancha salvavidas muy grande y compleja. Todavía no sabemos qué puede o no puede lograrse con una distribución adecuada de los recursos y es evidente que hasta el día de hoy no nos hemos preocupado verdaderamente de distribuirlos. A diario se desperdician alimentos en muchos lugares de la Tierra y el saber que así ocurre es lo que enloquece a los hombres hambrientos.

—Estoy de cuerdo con usted —dijo fríamente Affare—, pero no podemos hacernos un mundo a nuestro gusto. Debemos tomarlo tal como es.

—Entonces tómeme a mí tal como soy. Usted quiere que le proporcione las moléculas de lipoproteína, y no lo haré.

No moveré ni un dedo en ese sentido.

—En ese caso —dijo Affare—, su responsabilidad como asesino de masas será mayor que la que me está atribuyendo a mí, y creo que si lo pensase mejor cambiaría de opinión.

Casi a diario recibía visitas de una u otra autoridad, todas ellas personas bien alimentadas. Rodman comenzó a desarrollar una gran susceptibilidad ante lo bien

alimentados que estaban todos quienes hablaban de la necesidad de matar a los hambrientos.

El secretario nacional de Agricultura le dijo, en tono sugerente, en una de esas ocasiones:

—¿No sería usted partidario de matar a un rebaño de ganado afectado de fiebre aftosa o de ántrax con tal de evitar que la infección se propagase a los rebaños sanos?

—Los seres humanos no son ganado —dijo Rodman—, y el hambre no es contagiosa.

—¡Sí que lo es! —dijo el secretario—. De eso se trata precisamente. Si no hacemos una criba de las sobreabundantes masas de humanidad, su hambre se propagará a zonas hasta ahora no afectadas. No debe negarnos su ayuda.

—¿Cómo me obligarán? ¿Con torturas?

—No tocaríamos ni un solo cabello de su persona. Sus conocimientos en esta materia son demasiado preciosos para nosotros. Pero podríamos retirarle algunos bonos de alimentos.

—La inanición, sin duda, será perjudicial para mí.

—No se trata de usted. Pero si estamos dispuestos a matar a varios miles de millones de personas para salvar a la raza humana, desde luego también podremos emprender la acción mucho menos difícil de retirar los bonos de alimentos a su hija, y a su marido y su bebé.

Rodman guardó silencio, y el secretario prosiguió:

—Le concederemos un plazo para que reflexione. No deseamos actuar contra su familia, pero no tendremos más remedio que hacerlo. Tómese una semana para pensarlo. El próximo jueves recibirá la visita del comité en pleno. Entonces se le planteará la necesidad de comprometerse a colaborar en nuestro proyecto y no podrá haber más dilaciones.

Se redoblaron las medidas de seguridad y Rodman se convirtió franca y totalmente en un prisionero. Una semana más tarde se presentaron en su laboratorio los quince miembros del Consejo Mundial de Alimentación, acompañados del secretario nacional de Agricultura y de unos cuantos miembros de la Asamblea legislativa nacional. Tomaron asiento en torno a la larga mesa de la sala de conferencias del lujoso edificio de investigación construido con fondos públicos.

Estuvieron varias horas discutiendo y elaborando planes, incorporando a ellos las respuestas de Rodman a algunas cuestiones concretas. Nadie le preguntó si estaba dispuesto a cooperar; nadie parecía imaginar que pudiera tener otra opción. Por fin, Rodman dijo:

—Su proyecto no es viable en cualquier caso. Poco después de llegar un cargamento de cereales una determinada región del mundo, sus habitantes comenzarán a morir por centenares de millones. ¿Creen que los supervivientes no asociarán ambos hechos y que no correrán el riesgo de una represalia desesperada con bombas nucleares?

Affare, que estaba sentado justo frente a Rodman, en el otro extremo del eje menor de la mesa, dijo:

—Somos conscientes de esa posibilidad. ¿Cree que después de pasar años decidiendo un posible curso de acción no hemos tenido en cuenta la posible reacción de las regiones escogidas para la criba?

—¿Cree que les estarán agradecidas? —preguntó Rodman con amargura.

—No sabrán que han sido escogidas. No todos los cargamentos de cereales estarán contaminados con lipoproteína. No concentraremos la acción en ninguna zona particular. Y procuraremos contaminar de vez en cuando algunos depósitos de cereales de cultivo local.

Además, no todos morirán, sino sólo unos pocos cada vez. Algunos comerán muchos cereales y no les pasará nada, y otros comerán sólo una pequeña cantidad y sufrirán una muerte rápida, según sean sus membranas. Parecerá una epidemia, como una reaparición de la peste negra.

—¿Han pensado en los efectos de una nueva peste negra? ¿Han pensado en el pánico? —preguntó Rodman.

—No les vendrá mal —gruñó el secretario desde un extremo de la mesa—. Tal vez así aprendan la lección.

—Anunciaremos el descubrimiento de una antitoxina —dijo Affare, y se encogió de hombros—. Realizaremos inoculaciones masivas en regiones que sabremos que no se verán afectadas. Doctor Rodman, el mundo está desesperadamente enfermo, y debemos aplicar un remedio desesperado. La humanidad está al borde de una muerte horrible, de modo que, por favor, no discuta el único curso de acción capaz de salvarla.

—De eso se trata. ¿Es ése el único curso posible de acción, o están escogiendo simplemente una salida fácil que no exija sacrificios por su parte, sino sólo el de miles de millones de otras personas?

Rodman se interrumpió en el momento en que entraba un carrito cargado de comida.

—He mandado preparar un tentempié —murmuró—. ¿Podemos disfrutar de unos minutos de tregua mientras comemos?

Alargó la mano para coger un emparedado y luego, unos momentos más tarde, comentó entre sorbo y sorbo de café:

—Al menos, habremos comido bien, mientras preparamos el mayor genocidio de la historia.

Affare examinó críticamente su propio emparedado a medio comer.

—Esto no es comer bien. Ensalada de huevo con pan blanco no exactamente tierno no es comer bien, yo de usted no volvería a solicitar los servicios de la cafetería que ha preparado esto. —Suspiró—. En fin, en un mundo famélico no pueden desperdiciarse los alimentos —y se comió el resto del emparedado.

Rodman observó a los demás y luego cogió el último canapé que quedaba en la bandeja.

—Había pensado que tal vez el tema que estamos discutiendo les habría hecho perder el apetito —dijo—, pero veo que a nadie le ha ocurrido así. Todos han comido.

—Y también usted —dijo impaciente Affare—. Todavía está comiendo.

—Sí, así es —dijo Rodman, y siguió masticando lentamente—. Y les pido que me excusen si el pan no estaba demasiado tierno. Yo mismo preparé los emparedados anoche y ya llevan quince horas hechos.

—¿Usted mismo los preparó? —dijo Affare.

—Tuve que hacerlo; era la única manera de estar seguro de haber incorporado a ellos la lipoproteína adecuada.

—¿Qué está diciendo?

—Caballeros, ustedes dicen que es necesario matar a unos cuantos para salvar a los demás. Tal vez tengan razón. Me han convencido. Pero para saber exactamente qué estamos haciendo tal vez sea conveniente experimentarlo en nuestra propia carne. He iniciado un pequeño «triaje» particular, y los emparedados que todos ustedes acaban de comer constituyen un experimento en ese sentido.

Algunos altos funcionarios habían comenzado a levantarse.

—¿Nos ha envenenado? —balbuceó el secretario.

—No de manera muy efectiva —respondió Rodman—. Por desgracia, no conozco a fondo sus respectivas bioquímicas, de modo que no puedo garantizar la tasa de mortalidad de setenta por ciento que ustedes desearían.

Todos le miraban petrificados de terror; los párpados del doctor Rodman se cerraron.

—Aun así, es probable que dos o tres de ustedes mueran en el curso de la próxima semana poco más o menos, y no tienen más que esperar para saber a quién le tocará esa suerte. No existe posible cura ni antídoto, pero no se preocupen. La muerte es totalmente indolora, y será obra del dedo de Dios, como me decía uno de ustedes. Será una buena lección, como ha dicho otro. Tal vez los que sobrevivan cambien de opinión con respecto al «triaje».

—Sólo pretende asustarnos —dijo Affare—. Usted también ha comido esos emparedados.

—Lo sé —dijo Rodman—. Y la lipoproteína estaba adaptada a mi propia bioquímica, de modo que mi muerte será rápida. —Sus ojos se cerraron—. Tendrán que continuar los trabajos sin mí, quienes sobrevivan.

* * *

El próximo relato tiene una historia más bien triste, aunque personalmente no sufrí ningún daño. He aquí los hechos tal como sucedieron.

En enero de 1975 me visitó Naomi Gordon, una dama de Filadelfia sumamente encantadora, y me expuso lo que consideré una espléndida idea para una antología. Debía titularse *El hombre del Bicentenario*; debía contener diez relatos de autores de primera línea, y cada relato construido en torno a esa frase; y debía publicarse en el marco del Bicentenario. El contenido entusiasta de la ciencia ficción, Forrest J. Ackerman se encargaría de dirigir la edición. Naomi también tenía proyectos bastante grandiosos, entre ellos preparar una edición muy cara y muy limitada.

Le hice notar que sería difícil escribir ciencia ficción si los relatos debían girar en torno del Bicentenario, pero Naomi me respondió que el tema era totalmente libre siempre y cuando quedara claro que el relato estaba inspirado en la frase «El hombre del Bicentenario».^[9]

La cosa me sedujo y accedí. En el acto cobré la mitad de mi anticipo. La fecha tope de entrega era el primero de abril de 1975, y el 14 de marzo ya tenía terminado mi relato. Al principio no estaba muy satisfecho con él, pues el contra-to estipulaba un cuento de 7500 palabras y yo había sido incapaz de detenerme antes de alcanzar las 15.000 —el cuento más largo que había escrito en diecisiete años sin que llegara a ser una novela. Escribí una carta excusándome, en la cual le aseguraba a Naomi que no le cobraría una tarifa extraordinaria, y ella me contestó diciendo que no había problema en que el cuento fuera más largo. Muy poco después recibí la otra mitad del anticipo.

Pero a partir de ahí todo comenzó a marchar mal. Naomi se vio abrumada por una serie de problemas médicos y familiares; algunos autores con cuya participación se esperaba contar, no pudieron colaborar; otros que habían prometido escribir algo no entregaron sus cuentos; los que así lo hicieron no presentaron productos demasiado satisfactorios.

Naturalmente, yo nada sabía de esto. En ningún momento se me ocurrió pensar que algo pudiera salir mal. La verdad es que lo único que realmente me interesa es escribir. Las

ventas constituyen un interés secundario, y lo que ocurre después no me importa casi nada.

Sin embargo, ahí estaba Judy-Lynn del Rey y su enorme información sobre todo lo que ocurre en el terreno de la ciencia ficción. Sabía que yo había escrito un cuento para la antología.

—¿Cómo se explica —me preguntó peligrosamente— que hayas escrito un cuento para esa antología y, sin embargo, siempre que yo te pido uno resulta que estás demasiado ocupado?

—Verás —dije intentando disculparme, pues Judy-Lynn es una criatura temible cuando está alterada—, me interesó la idea de la antología.

—¿Y qué me dices de mis sugerencias sobre un robot que tiene que escoger entre comprar su propia libertad o perfeccionar su cuerpo? Me pareció oírte comentar que era interesante.

Llegados a este punto, debí ponerme aproximadamente tan blanco como el polvo de talco. Ella había mencionado todo eso largo tiempo atrás y yo lo había olvidado.

—Oh, Dios mío —dije—, he incluido algo por el estilo en el cuento.

—¿Otra vez? —chilló ella—. ¿Otra vez has usado mis ideas para otras personas? Déjame ver ese cuento. ¡Déjame verlo!

De modo que al día siguiente le entregué una copia y otro día después ella me telefoneó.

—He hecho todo lo posible por no interesarme por el cuento —dijo—, pero ha sido inútil. Quiero ese cuento. Tienes que recuperarlo.

—No puedo hacer eso —le respondí—. Se lo he vendido a Naomi y es suyo. Ya te escribiré otro cuento.

—Te apuesto lo que quieras a que esa antología no saldrá adelante —dijo Judy-Lynn—. ¿Por qué no llamas y te enteras?

Llamé a Naomi y, naturalmente, la cosa no seguía adelante. Aceptó devolverme el manuscrito y autorizarme a vendérselo a otro editor, y yo le devolví el anticipo que había recibido. (Al fin y al cabo, Naomi había perdido bastante dinero en esa empresa, y no quería que ninguna proporción de esa pérdida correspondiera a una ganancia mía).

El cuento pasó entonces a manos de Judy-Lynn, quien lo incorporó a su antología de originales titulada *Stellar Science Fiction # 2*, publicada en febrero de 1976. Y a mí también me gusta tanto el relato que no sólo he decidido incluirlo aquí, sino que voy a utilizar su título para el conjunto del libro.

(Por cierto que cuando este libro ya estaba preparado, Judy-Lynn sugirió que modificase mi manuscrito adaptándolo a la versión aparecida en *Stellar*. Al parecer, ella había introducido numerosos pequeños cambios que mejoraban el texto, eso dijo. En fin, no soy Harlan Ellison, de modo que no voy a darle importancia al asunto, pero pienso que en mi propia colección el cuento debe figurar tal como yo lo escribí. Judy-Lynn se molestará, pero lo peor que puede hacer es matarme).

El hombre del Bicentenario

Las tres leyes de la robótica:

1. Ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra algún mal.
2. Todo robot obedecerá las órdenes recibidas de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes puedan entrar en contradicción con la primera ley.
3. Todo robot debe proteger su propia existencia, siempre y cuando esta protección no entre en contradicción con la primera o la segunda ley.

1

—Gracias —dijo Andrew Martin, y aceptó el asiento que le ofrecían. No tenía el aspecto de alguien obligado a emplear su último recurso, pero tal era la situación a la que le habían empujado.

De hecho, no tenía aspecto de nada, pues su rostro expresaba un uniforme vacío, a excepción de la tristeza que uno imaginaba percibir en sus ojos. Tenía el cabello liso, castaño claro, más bien fino, y carecía de vello facial. Se le veía bien afeitado. Su vestimenta era claramente pasada de moda, pero era pulcra y en ella predominaba un aterciopelado color rojo púrpura.

Frente a él, al otro lado de la mesa, tenía al cirujano, y la placa que anunciaba su nombre sobre la mesa llevaba inscrita toda una serie de letras y números de identificación a los que Andrew no prestó atención. Bastaría llamarle doctor.

—¿Cuándo podrá efectuarse la operación, doctor? —preguntó.

El cirujano dijo suavemente, con ese timbre indefinido e inalienable de respeto que siempre empleaban los robots para dirigirse a un ser humano:

—No creo haber comprendido muy bien, señor, cómo o sobre quién podría realizarse una operación de ese tipo.

El rostro del cirujano podría haber presentado un aire de respetuosa intransigencia, si un robot de su clase, de acero inoxidable ligeramente aleado de bronce, pudiera haber adoptado semejante expresión, o cualquier otra.

Andrew Martin examinó la mano derecha del robot, la mano del bisturí, posada sobre la mesa y en absoluto reposo. Los dedos eran largos y en forma de curvas metálicas artísticamente arqueadas, tan graciosos y apropiados que no costaba imaginar un bisturí acoplado a ellos, integrándose, temporalmente, en una sola unidad con los dedos.

Realizaría su trabajo sin vacilación, sin tropiezos, sin temblores, sin errores. Desde luego, eso sería posible gracias a la especialización, una especialización tan terriblemente deseada por la humanidad que ya quedaban pocos robots con una estructura cerebral independiente. Un cirujano, naturalmente, debía tenerla. Y ése, aunque provisto de cerebro, poseía unas capacidades tan limitadas que no había reconocido a Andrew, quien probablemente no debía de haber oído hablar nunca de él.

—¿No se le ha ocurrido pensar nunca que le gustaría ser un hombre? —preguntó Andrew.

El cirujano titubeó un instante como si la pregunta no tuviera cabida en los circuitos positrónicos que le habían sido asignados.

—Pero yo soy un robot, señor.

—¿No sería mejor ser un hombre?

—Lo mejor sería ser mejor cirujano, señor. No podría serlo siendo un hombre, sólo lo conseguiría siendo un robot más perfeccionado. Me gustaría ser un robot más perfeccionado.

—¿No le molesta que yo pueda darle órdenes? ¿Que pueda obligarle a levantarse, a sentarse, a moverse a la derecha o a la izquierda, con sólo indicárselo?

—Me complace complacerle, señor. Si sus órdenes pudieran interferirse con mi funcionamiento con respeto a usted o a cualquier otro ser humano, no le obedecería. La primera ley, referente a mi deber de velar por la seguridad humana, tendría prioridad sobre la segunda ley, referente a la obediencia. Por lo demás, me complace obedecer... Pero, ¿a quién debo realizar esa operación?

—A mí —dijo Andrew.

—Pero eso es imposible. Es una operación claramente perjudicial.

—Eso no tiene importancia —dijo Andrew con serenidad.

—No debo causarle ningún daño —dijo el cirujano.

—No debe causárselo a un ser humano —dijo Andrew—, pero yo también soy un robot.

2

Andrew se parecía mucho más a robot cuando acababan de... fabricarlo. Entonces tenía tanto aspecto de robot como cualquier otro jamás construido, y su diseño era uniforme y funcional.

Se había portado bien en la casa donde le habían enviado en aquellos tiempos en que era raro ver robots en los hogares, o incluso en el planeta.

Había cuatro personas en la casa: el señor, la señora, la señorita y la pequeña señorita. Conocía sus nombres, como es lógico, pero nunca los usaba. El señor se llamaba Gerald Martin.

Su propio número de serie era NDR... Había olvidado los números. Había transcurrido mucho tiempo, desde luego, pero si hubiera querido recordarlos, así lo habría hecho; no podía olvidarlo. No había querido recordarlos.

La pequeña señorita había sido la primera en llamarle Andrew, pues no sabía pronunciar las letras, y todos los demás habían seguido su ejemplo en eso.

La pequeña señorita... Había vivido noventa años y ya llevaba largo tiempo muerta. Una vez había intentado llamarla señora, pero ella no se lo había permitido. Y había seguido siendo la pequeña señorita hasta su último día.

Andrew estaba destinado a cumplir las funciones de ayuda de cámara, mayordomo y doncella. Ésos fueron tiempos experimentales para él y, de hecho, para todos los robots que no se encontrasen en las fábricas y estaciones industriales y de sondeo situadas fuera del ámbito de la Tierra.

Los Martin se divertían con él y la mitad del tiempo no podía hacer su trabajo porque la señorita y la pequeña señorita preferían jugar con él.

La señorita fue la primera en descubrir la manera de conseguirlo.

—Te ordenaremos que juegues con nosotras —dijo— y tendrás que obedecer la orden.

—Lo siento, señorita —dijo Andrew—, pero una orden anterior del señor, sin duda

debe tener prioridad.

—Papá sólo dijo que esperaba que te ocupases de la limpieza. Eso no es una verdadera orden. Yo te ordeno —contestó ella.

Al señor no le importaba. El señor quería mucho a la señorita y a la pequeña señorita. Les tenía incluso más cariño que a la señora, y Andrew también les tenía afecto. Al menos, el efecto que ellas tenían sobre sus acciones era similar al que en un ser humano se habría considerado resultado del afecto. Andrew lo consideraba afecto, pues no conocía otra palabra para designarlo.

Andrew talló un medallón de madera para la pequeña señorita. Ella se lo había ordenado. Según parece, a la señorita le habían regalado un medallón de marfil con una inscripción el día de su cumpleaños y ello había disgustado a la pequeña señorita. Sólo tenía un trocito de madera y se lo dio a Andrew junto con un pequeño cuchillo de cocina.

Él terminó rápidamente la tarea y la pequeña señorita dijo al verlo:

—Es bonito, Andrew. Se lo mostraré a papá.

El señor no quería creerlo.

—Ahora en serio, Mandy, ¿de dónde has sacado eso? —Mandy era la persona a quien él llamaba pequeña señorita—. Cuando la pequeña señorita le aseguró que realmente no mentía, el señor se dirigió a Andrew:

—¿Tú has hecho esto, Andrew?

—Sí, señor.

—¿El dibujo también?

—Sí, señor.

—¿De dónde has copiado el dibujo?

—Es una representación geométrica que hacía juego con la textura de la madera, señor.

Al día siguiente, el señor le entregó otro trozo de madera, más grande, y un cuchillo vibrátil eléctrico.

—Haz algo con esto, Andrew —dijo—. Lo que tú quieras.

Andrew así lo hizo, mientras el señor le observaba, y luego éste se quedó mirando largo rato el producto. Desde ese día, Andrew no volvió a servir la mesa. Le ordenaron que en vez de eso se dedicara a leer libros sobre diseño de muebles, y aprendió a hacer vitrinas y mesas de escritorio.

—Estos productos son sorprendentes, Andrew —dijo el señor.

—Disfruto haciéndolos, señor —dijo Andrew.

—¿Disfrutas?

—Por alguna razón, esta tarea hace funcionar con mayor agilidad los circuitos de mi cerebro. Le he oído usar a usted la palabra «disfrutar» y las situaciones en que usted la emplea parecen concordar con lo que yo siento. Disfruto haciendo estas cosas, señor.

3

Gerald Martin llevó a Andrew a las oficinas regionales de Norteamericana de Robots y Hombres Mecánicos, S. A. Como miembro de la Asamblea legislativa regional no tuvo la menor dificultad para obtener una entrevista con el Robosicólogo Jefe. De hecho, sólo por ser miembro de la Asamblea legislativa regional había tenido derecho a poseer un robot para empezar... en aquellos primeros tiempos en que los robots eran poco numerosos.

En aquel entonces Andrew no comprendía nada de todo eso, pero años más tarde,

con mayores conocimientos, pudo reconsiderar esa primitiva escena e interpretarla bajo la luz adecuada.

El robosicólogo Merton Mansky escuchaba con el ceño cada vez más fruncido y en más de una ocasión apenas consiguió frenar sus dedos cuando ya estaban a punto de empezar a tamborilear irrevocablemente sobre la mesa. Tenía la cara chupada y la frente surcada de arrugas y su aspecto hacía pensar que tal vez fuese más joven de lo que aparentaba.

—La robótica no es un arte exacto, señor Martin —dijo—. No puedo explicárselo con todo detalle, pero las matemáticas que regulan el trazado de los circuitos positrónicos son excesivamente complejas para permitir llegar a soluciones que no sean aproximadas. Naturalmente, puesto que todo se construye sobre la base de las tres leyes, éstas son incontrovertibles. Desde luego, le cambiaremos su robot...

—Ni soñarlo —dijo el señor—. Él no ha fallado en nada. Cumple perfectamente las tareas que se le asignan. El caso es que también talla madera con arte exquisito y nunca repite el mismo diseño. Produce obras de arte.

Mansky parecía confundido.

—Es extraño. Desde luego, en estos momentos estamos intentando conseguir circuitos generalizados... ¿Realmente creativo, usted cree?

—Puede comprobarlo usted mismo.

El señor le tendió una pequeña esfera de madera sobre la cual había grabada una escena de un jardín infantil con niños y niñas casi demasiado pequeños para distinguirlos, pero sin embargo perfectamente proporcionados y formando un con-junto tan naturalmente armónico con el veteado de la madera que también éste parecía tallado.

—¿Él ha hecho esto? —preguntó Mansky, y devolvió la esfera meneando la cabeza—. Un azar del diseño. Algo en los circuitos.

—¿Podría repetirlo?

—Probablemente no. Es la primera vez que tenemos noticias de algo así.

—¡Estupendo! No me importa lo más mínimo que Andrew sea único.

—Sospecho que la compañía querrá recuperar su robot para examinarlo —dijo Mansky.

El señor se puso inesperadamente serio y dijo:

—Ni soñarlo. Olvídelo. —Se volvió hacia Andrew—: Vámonos a casa.

—Como usted diga, señor —dijo Andrew.

4

La señorita había empezado a salir con chicos y no paraba mucho en casa. Ahora todo el horizonte de Andrew lo ocupaba la pequeña señorita, que ya no era tan pequeña como antes. Ella nunca olvidó que Andrew había hecho su primera talla de madera para ella. Siempre la llevaba en torno al cuello pendiente de una cadenita de plata.

Ella fue la primera que opuso reparos a la costumbre de regalar sus obras que tenía el señor.

—Pero, papá —dijo—, si alguien quiere una de esas piezas, puede pagarla. El trabajo se lo merece.

—La codicia es impropia en ti, Mandy —dijo el señor.

—No lo digo por nosotros, papá. Pienso en el artista.

Andrew no había oído nunca esa palabra y cuando tuvo un momento libre la

consultó en el diccionario. Luego siguió otra visita, esta vez para consultar al abogado del señor.

—¿Qué opinas de esto, John? —le preguntó el señor.

El abogado era John Feingold. Tenía el cabello blanco y el vientre abultado, y los rebordes de sus lentes de contacto estaban teñidos de un verde brillante. Examinó la pequeña placa que le había dado el señor.

—Es bonito... Pero ya me han llegado las noticias. Es una de esas tallas que hace tu robot. Este que has traído contigo.

—Sí, las hace Andrew. ¿Verdad, Andrew?

—Sí, señor —dijo Andrew.

—¿Cuánto pagarías por esta pieza, John? —preguntó el señor.

—No podría decírtelo. No colecciono este tipo de cosas.

—¿Me creerás si te digo que me han ofrecido doscientos cincuenta dólares por este pequeño objeto? Andrew ha hecho sillas que se han vendido por quinientos dólares. Tengo depositados doscientos mil dólares en el banco, producto de la venta de las obras de Andrew.

—Cielo santo, va a hacerte rico, Gerald.

—A medias —dijo el señor—. La mitad de ese dinero está depositado en una cuenta a nombre de Andrew Martin.

—¿El robot?

—Exactamente, y quisiera saber si eso es legal.

—¿Legal? —Feingold hizo crujir la silla al apoyarse en el respaldo—. No existen precedentes, Gerald. ¿Cómo pudo firmar tu robot los papeles necesarios?

—Sabe firmar su nombre y yo llevé la firma al banco. No le llevé personalmente a él. ¿Crees que debería hacer algo más?

—Humm. —Los ojos de Feingold parecieron volverse hacia su interior durante un instante. Luego prosiguió—: Bueno, podríamos crear una fundación que se ocupase de administrar todos los fondos en su nombre y que sirviera de capa amortiguadora entre él y el mundo hostil. Fuera de eso, te aconsejo que no hagas nada. Nadie ha dicho nada hasta el momento. Si alguien tiene algo que objetar, deja que sea él quien lleve el caso a los tribunales.

—¿Y tú te encargarás del caso si eso llega a plantearse?

—A cambio de un anticipo, por qué no.

—¿Cuánto?

—Algo así —y Feingold señaló la plaquita de madera.

—Me parece justo —dijo el señor.

Feingold contuvo una risita cuando se dirigió al robot.

—¿Te alegra tener dinero, Andrew?

—Sí, señor.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Pagar cosas que de lo contrario tendría que pagar mi señor, señor. Ello le ahorrará unos gastos, señor.

5

Hubo ocasiones para ello. Las reparaciones eran caras, y las revisiones aún más. Con los años, fueron produciéndose nuevos modelos de robots y el señor se encargó de

dotar a Andrew con las ventajas de todos los nuevos artilugios hasta que éste llegó a ser un parangón de excelencia metálica. Andrew sufragó todos los gastos.

Él mismo insistió en hacerse cargo de ellos.

Sólo sus circuitos positrónicos permanecieron intactos. El señor insistió en que nadie debía tocarlos.

—Los nuevos no son tan buenos como tú, Andrew —decía—. Los nuevos robots no valen nada. La compañía ha encontrado la manera de construir circuitos más precisos, más exactamente orientados, más profundamente encauzados. Los nuevos robots no se desvían. Hacen aquello para lo cual han sido diseñados y nunca pierden el rumbo. Te prefiero a ti.

—Gracias, señor.

—Y todo eso es obra tuya, Andrew, no lo olvides. Estoy seguro de que Mansky decidió acabar con los circuitos generalizados en cuanto te hubo examinado bien. No le gustó la imprevisibilidad... ¿Sabes cuántas veces me pidió que te devolviera para poder someterte a observación? ¡Nueve veces! Pero nunca le permití salirse con la suya; ahora que ya se ha retirado, tal vez gocemos de cierta tranquilidad.

Y los cabellos del señor comenzaron a clarear y a encanecer y se le hicieron bolsas en el rostro, mientras Andrew más bien había mejorado de aspecto desde que había entrado a formar parte de la familia.

La señora se había ido a vivir en una colonia de artistas en algún lugar de Europa y la señorita era poetisa en Nueva York. Escribían de vez en cuando, pero no muy a menudo. La pequeña señorita se había casado y vivía no muy lejos de allí. Decía que no quería separarse de Andrew y cuando nació su hijo, el pequeño señor, dejó que Andrew se encargara de alimentarle con el biberón.

Andrew pensó que ahora que le había nacido un nieto el señor ya tendría alguien con quien llenar el vacío de los ausentes. No sería tan injusto hacerle la petición.

—Señor, ha sido muy gentil por su parte permitirme gastar mi dinero a mi voluntad —dijo Andrew.

—Era tu dinero, Andrew.

—Sólo en virtud de un acto voluntario por su parte, señor. No creo que las leyes se hubieran opuesto si usted hubiera decidido quedárselo todo.

—Las leyes no pueden obligarme a proceder incorrectamente, Andrew.

—A pesar de todos los gastos, y después de deducir también los impuestos, tengo casi seiscientos mil dólares, señor.

—Lo sé, Andrew.

—Quiero darle ese dinero, señor.

—No puedo aceptarlo, Andrew.

—A cambio de algo que usted puede darme, señor.

—¿Y qué es eso, Andrew?

—Mi libertad, señor.

—Tu...

—Quisiera comprar mi libertad, señor.

6

La cosa no fue tan fácil. El señor se ruborizó y dijo:

—¡Por el amor de Dios! —y dio media vuelta, alejándose a grandes zancadas.

La pequeña señorita fue quien le hizo cambiar de opinión, con palabras duras y

desafiantes, y delante de Andrew. Durante treinta años, nadie había vacilado en hablar en presencia de Andrew, tanto si se trataba de algo que le afectaba como si no. Era sólo un robot.

—¿Por qué te lo tomas como una afrenta personal, papá? —dijo la pequeña señorita—. Seguirá siéndote fiel. No puede evitarlo. Forma parte de él. Sólo te pide un formulismo verbal. Quiere que le declares libre. ¿Tan terrible es eso? ¿No se lo ha merecido? Cielos, él y yo llevamos años hablando de ello.

—Lleváis años hablando de ello, ¿eh?

—Sí, y una y otra vez él ha aplazado el momento, por temor a herir tus sentimientos. Yo le he obligado a planteártelo.

—No sabe lo que significa la libertad. Es un robot.

—Papá, no le conoces. Ha leído todo lo que tenemos en la biblioteca. No sé cuáles son sus sentimientos internos, pero también ignoro los tuyos. Hablando con él podrás comprobar que reacciona ante las diversas abstracciones del mismo modo como lo hacemos tú y yo, ¿y qué otra cosa puede importar? Si otro tiene las mismas reacciones que tú, ¿qué más puedes pedir?

—La ley no adoptará la misma actitud —dijo molesto el señor—. ¡Eh, tú, escúchame! —Se dirigió a Andrew con voz deliberadamente áspera—. No puedo liberarte como no sea legalmente, y si el caso se plantea ante los tribunales, no sólo no te concederán tu libertad, sino que la ley tendrá conocimiento oficial de que tienes ese dinero. Te dirán que un robot no tiene derecho a ganar dinero. ¿Crees que vale la pena perder tu dinero por este galimatías?

—La libertad no tiene precio, señor —dijo Andrew—. Incluso la posibilidad de obtener la libertad vale ese dinero.

7

También los tribunales podían opinar que la libertad no tenía precio, y decidir que un robot no podía comprar su libertad a ningún precio, por alto que éste fuera.

La sencilla alegación del fiscal regional que representaba a quienes habían interpuesto una apelación colectiva en contra de que se le concediera la libertad decía en resumen lo siguiente: La palabra «libertad» no tenía sentido referida a un robot. Sólo un ser humano podía ser libre.

El fiscal lo dijo varias veces, siempre que le pareció que venía al caso; pronunciando lentamente las palabras, dejando caer rítmicamente las manos para enfatizar sus términos.

La pequeña señorita solicitó que se le permitiera declarar a favor de Andrew. La llamaron por su nombre, completo, que Andrew nunca había oído pronunciar antes:

—Se llama a Amanda Laura Martin Charney a comparecer ante el tribunal.

—Gracias, señoría —dijo ella—. No soy abogado e ignoro las fórmulas apropiadas para expresar las cosas, pero confío que sabrán prestar oídos al sentido de mis palabras y prescindirán de la forma de mi discurso.

»Intentemos comprender qué significa ser libre en el caso de Andrew. En algunos aspectos, ya es libre. Creo que han transcurrido al menos veinte años desde la última vez que alguien de la familia Martin le ordenó hacer algo que pensásemos que no haría por propia iniciativa. Pero, si queremos, podemos ordenarle que haga cualquier cosa, y en términos tan duros como nos plazca, pues es una máquina que nos pertenece. ¿Por qué

debemos estar en situación de poder hacerlo, cuando él nos ha servido tanto tiempo con tanta fidelidad y ha ganado tanto dinero para nosotros? Ya no nos debe nada. La deuda es totalmente a la inversa.

»Aunque la ley nos prohibiera someter a Andrew a una servidumbre involuntaria, él continuaría sirviéndonos voluntariamente. Darle la libertad no sería más que un juego verbal, pero significaría mucho para él. Para él lo sería todo y a nosotros no nos costaría nada.

Por un instante, el juez pareció contener una sonrisa.

—Comprendo su punto de vista, señorita Charney. El hecho es que no existe ninguna ley preceptiva sobre la materia y tampoco tenemos precedentes. Existe, sin embargo, el supuesto implícito de que sólo un hombre puede ser libre. Yo puedo crear nueva jurisprudencia, sometida a la revocación de un tribunal superior, pero no puedo ir alegremente en contra de ese supuesto. Permítanme dirigirme al robot. ¡Andrew!

—Sí, señorita.

Era la primera vez que Andrew hablaba ante el tribunal y por un instante el juez pareció sorprenderse al oír el timbre humano de su voz.

—¿Por qué quieres ser libre, Andrew? —dijo—. ¿En qué sentido puede tener eso importancia para ti?

—¿Le gustaría ser un esclavo, señorita? —dijo Andrew.

—Pero tú no eres un esclavo. Eres un robot estupendo, un genio de robot según tengo entendido, con una capacidad de expresión artística sin posible parangón. ¿Qué más podrías hacer si fueses libre?

—Tal vez no más de lo que hago ahora, señorita, pero lo haría con mayor satisfacción. En este tribunal se ha dicho que sólo un ser humano puede ser libre. Yo diría que sólo quien desee la libertad puede ser libre. Yo deseo la libertad.

Y esas palabras hicieron inclinarse la decisión del juez. La frase crucial de su veredicto fue:

—No tenemos derecho a negar la libertad a ningún objeto con una mente lo suficientemente avanzada como para comprender ese concepto y desear ese estado.

El Tribunal Mundial ratificó más tarde ese veredicto.

8

El señor continuaba molesto y al oír el tono duro de su voz Andrew se sentía como si hubiera sufrido un cortocircuito.

—No quiero tu condenado dinero, Andrew —dijo el señor—. Sólo lo acepto porque de lo contrario no te sentirías libre. En adelante, puedes escoger tus propios trabajos y hacerlos como te guste; no te daré ninguna orden, excepto ésta: haz lo que te plazca. Pero sigo siendo responsable de ti: así lo especifica la decisión del tribunal. Confío en que sabrás comprenderlo.

La pequeña señorita le interrumpió.

—No seas tan irascible, papá. La responsabilidad no es ninguna gran carga. Sabes que no tendrás que hacer nada. Las tres leyes continúan en vigor.

—¿Entonces cómo puede ser libre?

—¿No deben acatar también sus leyes los seres humanos, señor? —preguntó Andrew.

—No quiero discutir —dijo el señor.

Y se marchó, y en adelante Andrew sólo le vio muy de tarde en tarde.

La pequeña señorita le visitaba con frecuencia en la casita que habían construido y arreglado para él. No tenía cocina, como es lógico, ni instalaciones sanitarias. Sólo tenía dos habitaciones; una era una biblioteca y la otra una combinación de almacén y taller. Andrew aceptaba muchos encargos y, ahora que era un robot libre, trabajaba más que nunca, hasta que hubo pagado el precio de la casa y le fue transferida legalmente.

Un día vino a verle el pequeño señor... ¡No, George! El pequeño señor había insistido en ser llamado así después de la decisión del tribunal. «Un robot libre no llama a nadie pequeño señor —había dicho George—. Yo te llamo Andrew. Tú tienes que llamarme George».

Lo dijo en tono autoritario, de modo que Andrew le llamó George, pero la pequeña señorita siguió siendo la pequeña señorita.

El día que George vino a verle por su cuenta, fue para decirle que el señor se estaba muriendo. La pequeña señorita estaba junto a su lecho, pero el señor también quería tener a Andrew a su lado.

La voz del señor sonaba bastante vigorosa, aunque parecía que no podía moverse mucho. Tuvo que hacer un esfuerzo para levantar la mano.

—Andrew —dijo—, Andrew... No me ayudes, George. Sólo me estoy muriendo; no estoy tullido... Andrew, me alegra que seas libre. Sólo quería que lo supieras.

Andrew no supo qué decir. Era la primera vez que estaba junto al lecho de un moribundo, pero sabía que ésa era la manera humana de dejar de funcionar. Era un desmantelamiento involuntario e irreversible, y Andrew no sabía qué palabras podían resultar apropiadas en ese momento. Sólo pudo permanecer allí de pie, absolutamente silencioso e inmóvil.

Cuando todo hubo terminado, la pequeña señorita le dijo:

—Tal vez en los últimos tiempos no haya estado muy amable contigo, Andrew, pero era viejo, ya lo sabes, y le dolió que quisieras ser libre.

Y entonces Andrew encontró las palabras adecuadas.

—Nunca habría sido libre sin él, pequeña señorita —dijo.

9

Sólo una vez fallecido el señor comenzó Andrew a vestir ropas. Para empezar se puso un viejo par de pantalones, unos pantalones que le había dado George.

George ya se había casado, y era abogado. Se había incorporado a la firma de Feingold. El viejo Feingold ya llevaba largo tiempo muerto, pero su hija había continuado en el bufete y la firma acabaría llamándose Feingold y Martin. Y así continuó llamándose incluso después de haberse retirado la hija, sin que ningún Feingold ocupara su lugar. Cuando Andrew se vistió por primera vez, hacía poco que se había añadido el nombre de Martin a la razón social.

George intentó no sonreír la primera vez que Andrew se puso los pantalones, pero Andrew vio la sonrisa claramente dibujada en sus labios.

George le explicó a Andrew la manera de manipular la carga estática para abrir los pantalones, dejar que se enrollaran en tomo a la mitad inferior de su cuerpo y hacer que se cerraran de nuevo. George le hizo una demostración con sus propios pantalones, pero Andrew comprendió perfectamente que tardaría un tiempo en ser capaz de imitar ese fluido gesto encadenado.

—¿Para qué quieres pantalones, Andrew? —preguntó George—. Tu cuerpo es tan bellamente funcional que es una vergüenza ocultarlo, sobre todo teniendo en cuenta que no debes preocuparte por controlar la temperatura ni por cuestiones de modestia. Y la prenda no se ajusta bien sobre el metal.

—¿Y los cuerpos humanos no son bellamente funcionales, George? Sin embargo, vosotros os cubrís —dijo Andrew.

—Para estar calientes, por razones de limpieza, de protección, de ornamentación. Nada de eso ocurre en tu caso.

—Me siento vulnerable sin ropas —dijo Andrew—. Me siento distinto, George.

—¡Distinto! Andrew, actualmente hay millones de robots en la Tierra. Según el último censo, en esta región hay tantos robots como hombres.

—Lo sé, George. Hay robots dedicados a todos los tipos concebibles de trabajo.

—Y ninguno de ellos va vestido.

—Pero ninguno de ellos es libre, George.

Poco a poco, Andrew fue completando su guardarropa. Se sentía cohibido ante la sonrisa de George y las miradas de las personas que le encargaban trabajos.

Podía ser libre, pero llevaba incorporado un programa cuidadosamente detallado que regulaba su conducta con las personas, y sólo se atrevía a avanzar a minúsculos pasos. Una franca desaprobación hubiera podido hacerle retroceder varios meses.

No todos aceptaban que Andrew fuera libre. Era incapaz de abrigar resentimiento por este hecho y sin embargo sus procesos de reflexión topaban con un cierto impedimento cuando lo pensaba.

Sobre todo, tendía a evitar ponerse ropas —o vestirse demasiado— cuando imaginaba que tal vez vendría a verle la pequeña señorita. Ya era vieja ahora y pasaba frecuentes temporadas lejos de allí, en un clima más cálido, pero lo primero que hacía siempre al regresar era ir a visitarlo.

En una de esas ocasiones, George dijo bruscamente:

—Lo he conseguido, Andrew. El año que viene presentaré mi candidatura para la Asamblea legislativa. De tal abuelo, tal nieto, eso ha dicho mamá.

—De tal abuelo... —Andrew se interrumpió, indeciso.

—Quiero decir que yo, George, el nieto, voy a ser como el señor, el abuelo, que fue una vez miembro de la Asamblea legislativa.

—Sería bonito, George, que el señor todavía... —Se interrumpió, pues no quería decir «podiera funcionar». No sonaba bien.

—Estuviera vivo —dijo George—. Sí, yo también recuerdo a veces al viejo monstruo.

Esa conversación le dio luego mucho que pensar a Andrew. Había advertido su propia falta de dominio del lenguaje al hablar con George. En cierto modo, el lenguaje había cambiado desde que Andrew fue creado con su vocabulario incorporado. Por otra parte, se sumaba a ello el hecho de que George le hablaba de manera coloquial, cosa que no habían hecho el señor y la pequeña señorita. ¿Por qué habría llamado monstruo al señor? Seguro que la palabra no era apropiada.

Y Andrew tampoco podía recurrir a sus propios libros en busca de orientación. Eran viejos y la mayoría trataban del labrado de la madera, de temas de arte, de diseño de muebles. No tenía ningún estudio sobre el lenguaje, ni sobre las costumbres de los seres humanos.

Y entonces pensó que debía buscarse los libros apropiados; y siendo un robot libre,

no le pareció apropiado pedírselos a George. Iría a la ciudad y los consultaría en la biblioteca. Fue una decisión triunfal y sintió elevarse claramente su electropotencial hasta que se vio obligado a introducir un resorte preventivo.

Se vistió con un traje completo, incluida una cadena de madera colgando del hombro. Hubiera preferido el plástico reluciente, pero George le había dicho que la madera resultaba mucho más adecuada y que el cedro pulimentado era además considerablemente más valioso.

A unos treinta metros de distancia de su casa, una creciente resistencia le obligó a detenerse. Retiró el resorte preventivo del circuito y cuando incluso así no pareció sentirse demasiado aliviado, regresó a su casa y escribió claramente sobre una hoja de papel: «Estoy en la biblioteca», y la dejó en un lugar visible sobre su mesa de trabajo.

10

Andrew no consiguió llegar a la biblioteca. Había estudiado el mapa. Sabía cuál era el camino, pero no lo había visto nunca. Los puntos de referencia reales no se parecían a los símbolos del mapa y no sabía exactamente qué camino seguir. Por fin pensó que debía haberse equivocado en algo, pues todo le resultaba extraño.

Se había cruzado con algún robot de campo, pero cuando decidió que tendría que preguntar el camino, no se veía ninguno por allí. Pasó un vehículo y no se detuvo. Andrew permaneció allí indeciso, esto es, tranquilamente inmóvil, y entonces vio acercarse a dos seres humanos campo a través.

Se volvió a mirarlos y ellos cambiaron de rumbo para ir a su encuentro. Un momento antes, hablaban ruidosamente; había oído sus voces; pero ahora permanecían callados. Tenían esa expresión que Andrew asociaba con la vacilación humana, y eran jóvenes, pero no demasiado. ¿Veinte años tal vez? A Andrew siempre le costaba juzgar la edad de los humanos.

—¿Podrían indicarme el camino hasta la biblioteca pública, señores? —les preguntó.

Uno de ellos, el más alto de los dos, con un sombrero de copa alta que aún le hacía parecer más alto, casi grotesco, dijo, sin dirigirse a Andrew, sino al otro:

—Es un robot.

El otro tenía una nariz bulbosa y gruesas pestañas.

—Va vestido —dijo dirigiéndose a su acompañante.

El más alto hizo chasquear los dedos.

—Es el robot libre. En casa de los Martin tienen un robot que no es propiedad de nadie. ¿Por qué iría vestido si no fuera así?

—Pregúntaselo —dijo el de la nariz.

—¿Eres el robot de los Martin? —preguntó el joven alto.

—Soy Andrew Martin, señor —dijo Andrew.

—Muy bien. Quítate esas ropas. Los robots no van vestidos. —Luego, dirigiéndose al otro, añadió—: Es vergonzoso. Míralo.

Andrew titubeó. Hacía tanto tiempo que no oía una orden en ese tono de voz que sus circuitos de la segunda ley se atascaron por un instante.

—Quítate esas ropas. Te lo ordeno.

Muy despacio, Andrew comenzó a desvestirse.

—Déjalas ahí —continuó ordenando el joven alto.

—Si no pertenece a nadie, tanto puede ser nuestro como de cualquier otro —dijo el de la nariz bulbosa.

—En cualquier caso —dijo el alto—, ¿quién va a quejarse por lo que podamos hacerle? No estamos dañando la propiedad de nadie... Ponte cabeza abajo. —Esto último iba dirigido a Andrew.

—La cabeza no es para... —comenzó a decir Andrew.

—Es una orden. Si no sabes hacerlo, inténtalo de todos modos.

Andrew volvió a vacilar, luego se agachó para apoyar la cabeza en el suelo. Intentó levantar las piernas y se cayó, pesadamente.

—Quédate ahí tendido y no te muevas —dijo el joven alto. Luego dirigiéndose al otro—: Podemos desmontarlo. ¿Alguna vez has desmontado un robot?

—¿Nos dejará hacerlo?

—¿Cómo podría impedirnoslo?

Andrew no tenía forma de impedirsele, si le ordenaban que no ofreciera resistencia en un tono lo suficientemente imperioso. La segunda ley de obediencia tenía prioridad sobre la tercera ley de autoconservación. En cualquier caso, no podía defenderse sin correr el riesgo de hacerles daño y eso hubiera sido una infracción de la primera ley. Esa idea hizo contraerse ligeramente todas las unidades móviles de su cuerpo y Andrew se estremeció allí tendido en el suelo.

El alto se le acercó y le empujó con el pie.

—Es pesado. Creo que necesitaremos herramientas para este trabajo.

—Podríamos ordenarle que se desmontase. Sería divertido observar sus esfuerzos por conseguirlo —sugirió el de la nariz bulbosa.

—Sí —dijo el alto, pensativo—, pero será mejor que le apartemos del camino. Si pasa alguien...

Demasiado tarde. Alguien realmente había pasado y era George. Desde donde estaba, allí, tendido en el suelo, Andrew le había visto alcanzar la cima de una pequeña colina a una distancia media de donde él se encontraba. Le hubiera gustado hacerle alguna señal, pero la última orden había sido «¡Quédate ahí tendido y no te muevas!».

George había echado a correr y cuando llegó resoplaba un poco. Los dos jóvenes retrocedieron ligeramente y luego se quedaron a la expectativa, con expresión pensativa.

—Andrew, ¿ha ocurrido algo? —preguntó ansiosamente George.

—Estoy bien, George —dijo Andrew.

—Entonces levántate... ¿Qué ha pasado con tus ropas?

—¿Ese robot es suyo, amigo? —preguntó el joven alto.

George se volvió bruscamente.

—No es el robot de nadie. ¿Qué ha pasado aquí?

—Le hemos pedido educadamente que se quitara la ropa. ¿Por qué se mete en esto si el robot no es suyo?

—¿Qué han estado haciendo, Andrew? —preguntó George.

—Tenían intención de desmontarme de algún modo. Se disponían a llevarme a un rincón tranquilo y ordenarme que me desmontase.

George miró a los dos y le tembló la barbilla. Los dos jóvenes no hicieron ademán de retroceder. Sonreían. El alto dijo despreocupadamente:

—¿Qué vas a hacer, gordo? ¿Atacarnos?

—No. No será necesario —dijo George—. Este robot lleva más de setenta años con mi familia. Nos conoce y nos valora más que a cualquier otra persona. Voy a decirle que

vosotros dos estáis amenazando mi vida y que tenéis intenciones de matarme. Le pediré que me defienda. Si tiene que escoger entre vosotros dos o yo, seguro que me elegirá a mí. ¿Sabéis qué será de vosotros cuando os ataque?

Los dos habían comenzado a retroceder un poco, con expresión de inquietud.

—Andrew, estoy en peligro y estos jóvenes se disponen a hacerme daño. ¡Avanza sobre ellos! —ordenó George tajantemente.

Andrew así lo hizo, y los jóvenes no esperaron a ver qué ocurría. Los dos echaron a correr velozmente.

—Ya está, Andrew, relájate —dijo George. Se le veía desencajado. Ya había pasado hacía tiempo la edad en que aún era capaz de considerar la posibilidad de un enfrentamiento con un hombre joven, y no digamos ya de batirse con dos de ellos.

—No podría haberles hecho nada, George. Era evidente que no te estaban atacando —dijo Andrew.

—No te he ordenado que los atacases; sólo te he dicho que avanzaras sobre ellos. Sus propios temores han hecho el resto.

—¿Cómo pueden temer a un robot?

—Es un mal que aqueja a la humanidad, un mal del que aún no se ha curado. Pero dejemos eso ahora. ¿Qué demonios haces aquí, Andrew? Estaba a punto de volverme atrás y coger un helicóptero cuando te he visto. ¿Cómo se te ha ocurrido ir a la biblioteca? Yo te habría traído tantos libros como necesitas.

—Soy un... —comenzó a decir Andrew.

—Un robot libre. Sí, sí. De acuerdo. ¿Qué ibas a hacer a la biblioteca?

—Quiero saber más sobre los seres humanos, sobre el mundo, sobre todo. Y sobre los robots, George. Quiero escribir una historia de los robots.

—Bueno —dijo George—, vámonos a casa... Y recoge tus ropas primero. Andrew, hay un millón de libros de robótica y en todos ellos se incluyen historias de la ciencia. El mundo comienza a estar saturado no sólo de robots, sino también de información sobre los robots.

Andrew movió negativamente la cabeza con un gesto humano que había comenzado a adoptar últimamente.

—No sería una historia de la robótica, George. Sería una historia de los robots, escrita por un robot. Quiero explicar el punto de vista de los robots sobre todo lo ocurrido desde que por primera vez se les permitió trabajar y vivir en la Tierra.

George arqueó las cejas, pero no se pronunció directamente sobre la cuestión.

11

La pequeña señorita acababa de celebrar su octogésimo tercer cumpleaños, pero nada en ella denotaba falta de energía ni de determinación. El bastón le servía más a menudo para subrayar sus gestos que para apoyarse en él. Escuchó el relato con airada indignación.

—George, esto es horrible —dijo—. ¿Quiénes eran esos jóvenes rufianes?

—No lo sé. ¿Qué importancia puede tener eso? A fin de cuentas, no causaron ningún mal.

—Podrían haberlo hecho. Eres abogado, George, y tu buena situación económica se debe exclusivamente al talento de Andrew. Todo lo que tenemos lo conseguimos gracias al dinero que él ganó. Él representa la continuidad de esta familia y no estoy dispuesta a

permitir que le traten como si fuera un juguete de cuerda.

—¿Qué quieres que haga, madre? —preguntó George.

—Acabo de decir que eres abogado. ¿O es que no me escuchas? Tienes que plantear de algún modo un caso que sirva para sentar precedente y obligar a los tribunales regionales a dictaminar a favor de unos derechos de los robots y conseguir que la Asamblea legislativa apruebe las leyes necesarias, y llevar todo el asunto ante el Tribunal Mundial, si es preciso. Te estaré vigilando, George, y no toleraré la menor flaqueza.

Hablaba en serio, y lo que comenzó como un intento de apaciguar a la temible anciana fue convirtiéndose en un asunto comprometido con suficientes complicaciones legales para hacerlo interesante. Como socio más antiguo de Feingold y Martin, George planificaba la estrategia a seguir, aunque el trabajo real quedaba en manos de sus asociados más jóvenes, y buena parte del mismo recayó en su hijo, Paul, que también era socio de la firma y que casi a diario le presentaba un fiel informe a su abuela. Ella, a su vez, lo discutía diariamente con Andrew.

Andrew participaba activamente. Se vio obligado a retrasar de nuevo su trabajo en el libro sobre los robots, dedicándose a examinar los argumentos legales y llegando a proponer incluso a veces, muy tímidamente, alguna sugerencia.

—George me explicó ese día que los seres humanos siempre han temido a los robots —dijo Andrew—. Mientras así sea, es muy poco probable que los tribunales y las cámaras legislativas se ocupen seriamente de la situación de los robots. ¿No deberíamos hacer algo para cambiar la opinión pública?

De modo que mientras Paul se ocupaba de los tribunales, George subió al estrado público. Para él, esa tarea ofrecía la ventaja de la informalidad, y en alguna ocasión incluso llegó a lucir la nueva moda suelta de vestir que él llamaba drapeada.

—Al menos procura no tropezar sobre el escenario, papá —fue el comentario de Paul.

A lo cual George replicó desdeñoso:

—Lo intentaré.

En cierta ocasión habló ante la convención anual de directores de holoperiódicos y éstas fueron, en parte, sus palabras:

—Si en virtud de la segunda ley podemos exigirle a cualquier robot absoluta obediencia en todos aquellos aspectos que no puedan causar daño a un ser humano, entonces cualquier ser humano, cualquier ser humano, posee un terrible poder sobre cualquier robot, cualquier robot. En particular, puesto que la segunda ley tiene prioridad sobre la tercera, cualquier ser humano puede ampararse en la ley de obediencia para anular la ley de autoprotección. Puede ordenar a cualquier robot que se cause daño o incluso que se destruya por no importa qué motivo, o incluso sin motivo alguno.

»¿Es esto justo? ¿Trataríamos a un animal de este modo? Incluso un objeto inanimado que nos ha sido útil merece nuestra consideración. Y un robot no es insensible; no es un animal. Es capaz de pensar lo suficiente para poder hablar con nosotros, razonar con nosotros, bromear con nosotros. ¿Podemos tratarles como amigos, trabajar con ellos, y no ofrecerles ninguno de los frutos de esa amistad, ninguna de las ventajas de la colaboración?

»Si un hombre tiene derecho a darle a un robot cualquier orden que no pueda causar daño a un ser humano, debería tener la decencia de no ordenarle jamás a un robot algo que pueda causarle daño, a menos que la seguridad humana lo haga absolutamente imprescindible. Un gran poder lleva aparejada una gran responsabilidad, y si los robots

llevan incorporadas las tres leyes para protección de los hombres, ¿es demasiado pedir que los hombres dicten un par de leyes para la protección de los robots?

Andrew tenía razón. En la batalla para ganarse la opinión pública estaba la clave que facilitaría el acceso a los tribunales y a las cámaras legislativas y finalmente se aprobó una ley que establecía las condiciones bajo las cuales quedaba prohibido dar órdenes que pudieran causar daño a un robot. El texto incluía infinitas excepciones y los castigos que fijaba para las infracciones eran totalmente inadecuados, pero el principio había quedado establecido. La aprobación definitiva por la Asamblea legislativa mundial se produjo el día que falleció la pequeña señorita.

No fue coincidencia. La pequeña señorita se aferró desesperadamente a la vida mientras duró el último debate, y sólo abandonó la batalla cuando tuvo noticia de la victoria. Su última sonrisa fue para Andrew. Sus postreras palabras fueron:

—Has sido bueno con nosotros, Andrew. Murió con la mano entre las tuyas, mientras su hijo y la esposa e hijos de éste se mantenían a respetuosa distancia de los dos.

12

Andrew esperó pacientemente mientras la recepcionista desaparecía en el despacho interior. Podría haber utilizado el altavoz holográfico, pero resultaba indiscutiblemente despersonalizado (o tal vez desrobotizado) tener que entenderse con otro robot en vez de con un ser humano.

Andrew pasó el rato dándole vueltas a esta cuestión. ¿Podría emplearse la palabra «desrobotizado» como analogía de «despersonalizado», o era éste un término metafórico que había llegado a apartarse tanto de su sentido literal original que también podía aplicarse a los robots?

Problemas de este tipo se le planteaban con frecuencia durante la redacción de su libro sobre los robots. La necesidad de encontrar frases que expresaran todas las complejidades había incrementado indudablemente su vocabulario.

Algunas personas entraron brevemente para echarle una mirada y no intentó evitar esos ojos. A todos se los quedó mirando sin inmutarse, y todos acabaron apartando la vista.

Por fin salió Paul Martin. Parecía sorprendido, o lo hubiera parecido si Andrew hubiera podido leer su expresión con certeza. Paul había adoptado la costumbre de maquillarse profusamente tal como dictaba la moda para ambos sexos, y aunque el maquillaje destacaba y daba mayor firmeza a algunas líneas blandas de su rostro, a Andrew no le gustó. Había descubierto que desaprobaba a los seres humanos, siempre que no expresara verbalmente su desaprobación, no le hacía sentirse demasiado incómodo. Incluso era capaz de escribir en tono reprobatorio. Tenía la seguridad de que no siempre había sido así.

—Pasa, Andrew —dijo Paul—. Siento haberte hecho esperar, pero tenía que terminar un asunto. Entra. Me habías dicho que querías hablar conmigo, pero ignoraba que tu intención fuera aquí, en la ciudad.

—Puedo esperar un poco más si estás ocupado, Paul.

Paul echó un vistazo al juego de sombras movedizas sobre la esfera colgada de la pared que indicaba la hora y dijo:

—Puedo disponer de un rato. ¿Has venido solo?

—He alquilado un automóvil.

—¿Algún problema? —preguntó Paul, con un tono de voz que expresaba algo más

que una leve ansiedad.

—No esperaba tener ninguno. Mis derechos están protegidos.

Eso aumentó la inquietud de Paul.

—Andrew, te he explicado que es imposible hacer cumplir esa ley, al menos en la mayoría de los casos... Y si insistes en ir vestido, acabarás metiéndote en un lío, igual que la primera vez.

—Primera y última, Paul. Siento haberte disgustado.

—En fin, míralo de este modo; eres prácticamente una leyenda viviente, Andrew, y eres demasiado valioso en muchos y diversos aspectos para que puedas permitirte correr el menor riesgo... ¿Cómo va tu libro?

—Estoy a punto de terminarlo, Paul. El editor está bastante satisfecho.

—¡Estupendo!

—No sé si su satisfacción se debe necesariamente al libro propiamente dicho. Creo que espera poder vender muchos ejemplares porque es obra de un robot y eso es lo que le satisface.

—Muy humano, me temo.

—A mí no me molesta. Tanto da el motivo por el que se venda, puesto que ello me reportará dinero y no me vendrá mal tenerlo.

—La abuela te dejó...

—La pequeña señorita fue generosa y no dudo de que podré contar con la familia si necesito algo más. Pero cuento con los derechos de autor del libro para dar el próximo paso.

—¿Qué próximo paso es ése?

—Quiero entrevistarme con el director de Norteamericana de Robots y Hombres Mecánicos, S. A. He intentado concertar una cita, pero hasta el momento me ha sido imposible ponerme en contacto con él. La compañía no quiso colaborar conmigo en la redacción del libro, de modo que no me extraña, ¿comprendes?

Paul parecía claramente divertido.

—Cooperación es lo último que puedes esperar. No cooperaron con nosotros en nuestra gran batalla en favor de los derechos de los robots. Todo lo contrario, y ya sabes por qué. Si se conceden derechos a los robots, tal vez la gente deje de comprarlos.

—No obstante —dijo Andrew—, si tú les llamas, podrías concertar una entrevista para mí.

—No me tienen más simpatía que a ti, Andrew.

—Pero tal vez puedas insinuarles que recibirme podría ser la manera de frenar una nueva campaña de Feingold y Martin a favor de unos derechos más amplios para los robots.

—Pero eso sería una mentira, Andrew.

—Sí, Paul, y yo no puedo mentir. Por eso debes llamarles tú.

—Ah, no puedes mentir, pero puedes incitarme a decir una mentira, ¿verdad? Te estás volviendo cada vez más humano, Andrew.

13

No fue fácil conseguirlo, a pesar del peso que se suponía debía tener el nombre de Paul.

Pero por fin se concertó la entrevista y, cuando ésta tuvo lugar, Harley Smythe-Robertson, que por línea materna descendía del fundador originario de la empresa y había adoptado el doble apellido para indicarlo, parecía extraordinaria-mente molesto. Le

faltaba poco para jubilarse y todo su mandato como presidente había estado dedicado a la cuestión de los derechos de los robots. Llevaba los cabellos grises pegados al cráneo y formando una fina capa, no iba maquillado y, de vez en cuando, lanzaba una breve mirada hostil en dirección a Andrew.

—Señor —dijo Andrew—, hace casi un siglo, Merton Mansky, de esta compañía, me explicó que las matemáticas que regulan la configuración de los circuitos positrónicos son demasiado complejas para permitir algo más que soluciones aproximadas y que en consecuencia era imposible predecir de un modo absoluto mis propias capacidades.

—Eso fue hace un siglo. —Smythe-Robertson vaciló un instante y luego dijo glacialmente—: Señor. Ahora ya no es así. Ahora fabricamos nuestros robots con precisión y les preparamos para cumplir exactamente las tareas asignadas a cada uno.

—Sí —dijo Paul, que también estaba presente para asegurarse de que la compañía no haría ninguna mala jugada—, y ahora mi recepcionista tiene que recibir instrucciones a cada paso cuando las situaciones se apartan, aunque sea ligeramente, de lo convencional.

—Sería mucho más molesto que tuviera que improvisar —dijo Smythe-Robertson.

—¿Entonces ya no fabrican robots flexibles y adaptables como yo? —dijo Andrew.

—No.

—Las investigaciones que he efectuado con motivo de mi libro —continuó diciendo Andrew— indican que soy el robot más antiguo actualmente en activo.

—El más antiguo ahora —dijo Smythe-Robertson— y el más antiguo que jamás existirá. Ningún robot es de utilidad alguna después de cumplidos los veinticinco años de vida. Los recuperamos y los sustituimos por modelos más modernos.

—Ningún robot de los que se fabrican actualmente es de utilidad alguna después de cumplir los veinticinco años de vida —dijo amablemente Paul—. Andrew es totalmente excepcional en este aspecto.

Andrew, fiel a la línea que se había trazado, dijo:

—Como robot más antiguo y más flexible, ¿no soy lo bastante excepcional como para merecer un trato especial por parte de la compañía?

—En absoluto —dijo Smythe-Robertson con toda frialdad—. Tu carácter extraordinario es un descrédito para la compañía. Si te hubiéramos tenido alquilado, en vez de haberte vendido directamente por algún desventurado azar, ya habrías sido sustituido hace tiempo.

—Pero de eso se trata exactamente —dijo Andrew—. Soy un robot libre y soy dueño de mí mismo. Por ello he acudido a ustedes para pedirles que me sustituyan. No pueden hacerlo sin el consentimiento del propietario. Actualmente, ese consentimiento viene impuesto como una condición más del contrato de concesión, pero en mis tiempos no ocurría así.

Smythe-Robertson pareció sorprendido y desconcertado a la vez, y por un instante reinó el silencio. La mirada de Andrew se posó sobre una holografía que colgaba de la pared. Era una máscara mortuoria de Susan Calvin, santa patrona de todos los roboticistas. Ya llevaba casi dos siglos muerta, pero a través de los estudios realizados para escribir su libro, Andrew la conocía tan bien que casi le parecía haberla conocido en vida.

—¿Cómo voy a sustituirte a ti para ti mismo? Si te sustituyo como robot, ¿cómo puedo hacerte entrega del nuevo robot como propietario cuando en el mismo acto de la sustitución dejarías de existir? —dijo Smythe-Robertson esbozando una torva sonrisa.

—No es tan difícil —intervino Paul—. La personalidad de Andrew se asienta en su cerebro positrónico y ésa es la única parte que no puede ser sustituida sin crear un nuevo

robot. Luego, el cerebro positrónico es Andrew, el propietario. Todas las demás partes del cuerpo robótico pueden ser sustituidas sin que se vea afectada la personalidad del robot, y esas otras partes son propiedad del cerebro. Yo diría que Andrew desea dotar a su cerebro de un nuevo cuerpo robótico.

—Así es —dijo reposadamente Andrew. Se dirigió a Smythe-Robertson—. Ustedes han fabricado androides, ¿verdad? ¿Robots con todo el aspecto exterior de seres humanos, incluida la textura de la piel?

—Sí, así es —dijo Smythe-Robertson—. Funcionaban a la perfección, con sus membranas y tendones de fibras sintéticas. Prácticamente no tenían nada metálico excepto el cerebro y, sin embargo, eran casi tan resistentes como los robots de metal. Más resistentes, en relación al peso.

Paul parecía interesado.

—No lo sabía. ¿Cuántos de esos robots hay en el mercado?

—Ninguno —dijo Smythe-Robertson—. Eran mucho más caros que los modelos metálicos y un estudio de mercado puso de relieve que no serían aceptados. Tenían un aspecto demasiado humano.

—Pero la compañía conserva la tecnología, supongo. Y en ese caso, quisiera solicitar que me sustituyan por un robot orgánico, un androide —dijo Andrew.

Paul le miró sorprendido.

—¡Cielo santo! —exclamó.

Smythe-Robertson se puso muy rígido:

—¡Totalmente imposible!

—¿Por qué es imposible? —preguntó Andrew—. Pagaré cualquier precio que sea razonable, como es lógico.

—No fabricamos androides —dijo Smythe-Robertson.

—No quieren fabricar androides —intervino rápidamente Paul—. Que no es lo mismo que no poder fabricarlos.

—Aun así, la fabricación de androides es contraria a nuestra política —dijo Smythe-Robertson.

—Ninguna ley la prohíbe —dijo Paul.

—Aun así, no los fabricamos, y no los fabricaremos.

—Señor Smythe-Robertson —dijo Paul carraspeando—. Andrew es un robot libre que entra dentro de las consideraciones de la ley que garantiza los derechos de los robots. Supongo que es consciente de ello.

—Demasiado consciente.

—Este robot, como robot libre, ha decidido ir vestido, lo cual tiene como consecuencia su frecuente humillación por seres humanos desconsiderados, a pesar de que la ley prohíbe humillar a los robots. Es difícil perseguir unas ofensas indeterminadas que en general no reprueban quienes deben pronunciarse sobre la culpabilidad o la inocencia de los autores.

—Norteamericana de Robots así lo entendió desde el principio. Desgraciadamente no ocurrió otro tanto con la compañía de su padre.

—Mi padre ya ha muerto —dijo Paul—, pero en mi opinión ahora nos encontramos ante una clara ofensa con un objetivo claro.

—¿De qué me habla ahora? —dijo Smythe-Robertson.

—Mi cliente Andrew Martin, pues acaba de convertirse en mi cliente, es un robot libre que tiene derecho a solicitar de Norteamericana de Robots y Hombres Mecánicos, S.

A., la sustitución que la compañía ofrece a todos los que han sido propietarios de un robot durante más de veinticinco años. De hecho, esta empresa insiste en que se efectúe esa sustitución.

Paul sonreía y se le veía perfectamente a sus anchas.

—El cerebro positrónico de mi cliente —siguió diciendo— es el propietario del cuerpo de mi cliente, el cual, ciertamente, tiene más de veinticinco años. El cerebro positrónico solicita la sustitución del cuerpo y se ofrece a pagar cualquier precio razonable por un cuerpo androide como sustituto del que ahora posee. Si usted se niega a su petición, mi cliente sufrirá una humillación y le demandaremos.

»Aunque por lo general la opinión pública no se inclinaría por el punto de vista del robot en una demanda de este tipo, permítame recordarle que Norteamericana de Robots no goza de demasiada ^popularidad entre un amplio público. Incluso quienes más se aprovechan y se benefician de los robots miran con recelo a la compañía. Tal vez sea una reminiscencia de los tiempos en que existía un extendido temor a los robots. Tal vez sea resentimiento contra el poderío y la riqueza de Norteamericana de Robots, la cual detenta un monopolio mundial. Cualquiera que sea la causa, el resentimiento existe y creo que si lo piensa un poco descubrirá que prefiere no correr el riesgo de un pleito ante los tribunales, sobre todo teniendo en cuenta que mi cliente es rico y vivirá aún muchos siglos y no tendrá motivo alguno para renunciar a proseguir eternamente la batalla.

Smythe-Robertson se había ido poniendo cada vez más encarnado.

—Pretende obligarme a...

—Yo no le obligo a hacer nada —dijo Paul—. Si usted prefiere negarse a satisfacer la razonable solicitud de mi cliente, desde luego puede hacerlo y nos marcharemos sin añadir ni una palabra... Pero le demandaremos, como sin duda es nuestro derecho, y ya verá como a la larga acabará por perder el juicio.

—Bien... —dijo Smythe-Robertson; e hizo una pausa.

—Veo que accederá —dijo Paul—. Tal vez vacile un poco, pero acabará accediendo al fin. Permita, pues, que le señale otro detalle. Si durante el proceso de transferencia del cerebro positrónico de mi cliente de su cuerpo actual a otro orgánico, aquél sufre cualquier daño, por pequeño que sea, no descansaré jamás hasta haber conseguido destruir la compañía hasta sus cimientos. Daré todos los pasos concebibles, si es preciso, para movilizar a la opinión pública contra la compañía, en caso de que un solo circuito cerebral de la esencia de platino e iridio de mi cliente sufra aunque sólo sea un rasguño. —Luego se volvió hacia Andrew y dijo—: ¿Estás de acuerdo con todo lo dicho, Andrew?

Andrew permaneció vacilante durante un largo minuto. Lo que le pedían era equivalente a aprobar la mentira, el chantaje, el acoso y humillación de un ser humano. Pero sin ningún daño físico, se dijo, ningún daño físico.

Por fin consiguió pronunciar un «sí» bastante débil.

14

Fue como ser construido de nuevo. Durante días, semanas, y meses, Andrew se sintió como si de algún modo no fuera él, y las más sencillas acciones eran causa de constantes vacilaciones.

Paul estaba frenético.

—Te han estropeado, Andrew. Tendremos que interponer una demanda.

Andrew le respondió muy lentamente:

—No debes hacer eso. Jamás conseguirás probar que hubiera... esto... m-m-m-m...

—¿Malicia?

—Malicia. Además, me estoy poniendo más fuerte, mejor. Es el t-t-t...

—¿Temblor?

—Trauma. Al fin y al cabo, nunca se había efectuado una o-o-o... como ésa.

Andrew percibía su cerebro desde dentro. Ninguna otra persona era capaz de hacerlo. Sabía que estaba en perfectas condiciones, y durante los meses que necesitó para dominar perfectamente la coordinación y las combinaciones positrónicas, pasó muchas horas ante el espejo.

¡No resultaba humano del todo! La cara estaba rígida —demasiado rígida— y los movimientos eran excesivamente estudiados. Les faltaba ese libre vaivén despreocupado propio del ser humano, pero tal vez llegara a adquirirlo con el tiempo. Al menos podría vestirse sin la ridícula anomalía de una cara de metal asomando entre las ropas.

—Voy a empezar a trabajar otra vez —anunció por fin.

—Eso significa que estás bien. ¿Qué harás? ¿Otro libro? —dijo Paul riendo.

—No —dijo Andrew muy serio—. Mi vida es demasiado larga para que una carrera concreta pueda absorber mi atención y no soltarme ya jamás. Hubo un tiempo en que fui primordialmente un artista y aún puedo volver a serlo. Luego fui historiador y todavía puedo serlo de nuevo. Pero ahora quiero ser robobiólogo.

—Robosicólogo, querrás decir.

—No. Eso implicaría estudiar los cerebros positrónicos y de momento no siento deseos de hacerlo. Un robobiólogo, a mi entender, debería ocuparse del funcionamiento del cuerpo que lleva acoplado el cerebro.

—¿No sería eso tarea de un roboticista?

—Un roboticista trabaja con un cuerpo de metal. Yo me dedicaría al estudio de un cuerpo humanoide orgánico, el único de los cuales, que yo sepa, me pertenece.

—Vas limitando tu campo —dijo Paul pensativo—. Como artista, toda la concepción del arte estaba a tu alcance; como historiador, te ocupaste principalmente de los robots; como robobiólogo, trabajarás sobre ti mismo.

—Eso parece —asintió Andrew.

Andrew tuvo que empezar desde el principio, pues no tenía ningún conocimiento de biología corriente, y casi no sabía nada de ciencia. Su figura llegó a hacerse familiar en las bibliotecas, donde se pasaba horas seguidas sentado frente a los índices electrónicos. Su apariencia era perfectamente normal con sus vestidos, y los pocos que sabían que era un robot no le molestaban en ningún sentido.

Se montó un laboratorio en una habitación que había añadido a su casa, y también amplió su biblioteca.

Transcurrieron los años y Paul vino a verle un día y le dijo:

—Es una lástima que ya no te dediques a la historia de los robots. Tengo entendido que Norteamericana de Robots ha decidido adoptar una política radicalmente distinta.

Paul había envejecido y sus estropeados ojos habían sido sustituidos por células fotópticas. En ese aspecto, ahora se parecía más a Andrew.

—¿Qué han hecho? —preguntó Andrew.

—Están fabricando computadoras centrales, gigantescos cerebros positrónicos, en realidad, que se comunican por microondas con los robots. Pueden establecer desde una docena hasta un millar de comunicaciones. Los robots propiamente dichos están totalmente desprovistos de cerebro. Son las extremidades de un cerebro gigantesco, y uno y otras están

separados físicamente.

—¿Es más eficiente este sistema?

—Norteamericana de Robots asegura que sí. Pero Smythe-Robertson sentó las bases de la nueva política antes de morir y yo diría que se trata de una manera de vengarse de ti. Norteamericana de Robots está decidida a no fabricar ningún otro robot que pueda causarles el tipo de problemas que les has creado tú, y por ese motivo han decidido separar el cerebro del cuerpo. El cerebro no poseerá un cuerpo que pueda inspirarle deseos de cambio; y el cuerpo no poseerá un cerebro con capacidad para desear nada.

»Es sorprendente —siguió diciendo Paul— lo mucho que has influido sobre la historia de los robots, Andrew. Tus dotes artísticas impulsaron a Norteamericana de Robots a fabricar robots más precisos y especializados; tu libertad determinó que se estableciera el principio de los derechos robóticos; tu insistencia en poseer un cuerpo androide ha llevado a Norteamericana de Robots a optar por separar el cerebro del cuerpo.

—Supongo que la compañía acabará fabricando un solo cerebro gigantesco que controlará a varios miles de millones de cuerpos robóticos —dijo Andrew—. Todos los huevos en una sola cesta. Peligroso. Nada conveniente.

—Creo que tienes razón —dijo Paul—, pero imagino que ello tardará al menos otro siglo en suceder y no viviré para verlo. La verdad es que tal vez no viva lo suficiente para ver el próximo año.

—¡Paul! —exclamó Andrew preocupado.

Paul se encogió de hombros.

—Somos mortales, Andrew. No somos como tú. No tiene demasiada importancia, pero pone de relieve la necesidad de asegurar tu existencia en un aspecto. Soy el último de los Martin humanos. Quedan parientes colaterales, descendientes de mi tía abuela, pero éstos no cuentan. El dinero que yo controlo personalmente será legado a la fundación establecida en tu nombre y, hasta donde puede preverse el futuro, no tendrás problemas económicos.

—No es necesario —dijo Andrew con dificultad. En todos esos años no había conseguido acostumbrarse a las muertes de los Martin.

—No discutamos —dijo Paul—. Así se hará. ¿En qué has estado trabajando?

—Estoy diseñando un sistema para conseguir que los androides, es decir yo mismo, puedan obtener energía de la combustión de hidrocarburos, en vez de a partir de células carbónicas.

Paul arqueó las cejas.

—¿De modo que respirarán y comerán?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en esa dirección?

—Mucho tiempo ya, pero creo que ahora he conseguido diseñar una cámara de combustible adecuada para lograr una descomposición catalizada controlada.

—Pero, ¿por qué, Andrew? La célula atómica es sin duda infinitamente mejor.

—En cierto sentido, tal vez sí, pero la célula atómica es inhumana.

15

La cosa requería tiempo, pero Andrew disponía de él. Para empezar, no quería hacer nada hasta que Paul hubiera muerto en paz.

Con el fallecimiento del bisnieto del señor, Andrew quedaba más a la merced de un

mundo hostil y por ese motivo estaba más decidido que nunca a continuar por el sendero que se había trazado tanto tiempo atrás.

Sin embargo, no estaba verdaderamente solo. Había muerto un hombre, pero la firma de Feingold y Martin seguía viviendo, pues una compañía es tan inmortal como un robot. La empresa tenía sus directrices y las seguía inanimadamente. A través de la fundación y por mediación de la firma jurídica, Andrew seguía siendo rico. Y, a cambio de los grandes honorarios que Feingold y Martin percibían anualmente, se ocuparon de los aspectos legales de la nueva cámara de combustión.

Cuando llegó el momento de hacer una visita a Norteamericana de Robots y Hombres Mecánicos, S. A., Andrew fue a verles solo. Había estado allí una vez con el señor y otra con Paul. En esta ocasión, la tercera, iba solo y con figura casi de hombre.

Norteamericana de Robots había cambiado. La palabra de producción había sido trasladada a una gran estación espacial, como venía sucediendo con un número cada vez mayor de industrias. Con ellas se habían ido muchos robots. La Tierra en sí comenzaba a parecer un parque, con su población de mil millones de habitantes estabilizada en esa cifra y con tal vez no más de una tercera parte de su población de robots, de dimensiones al menos equivalentes, dotada de cerebros autónomos.

El Director de Investigaciones era Alvin Magdescu, un hombre de piel y cabellos oscuros, con una pequeña barba puntiaguda, que iba desnudo de cintura para arriba, excepto por la banda pectoral que dictaba la moda. Andrew, por su parte, iba bien cubierto, a la antigua usanza de varias décadas atrás.

—Le conozco, naturalmente —dijo Magdescu—, y me alegra mucho verle. Es usted nuestro producto más notorio y es una lástima que el viejo Smythe-Robertson tuviera una actitud tan hostil hacia usted. Podríamos haber hecho grandes cosas con usted.

—Aún pueden hacerlas —dijo Andrew.

—No, no lo creo. Esos tiempos ya han pasado. Hemos tenido robots en la Tierra durante más de un siglo, pero ahora las cosas están cambiando. Tendremos que llevárnoslos otra vez al espacio, y los que queden no tendrán cerebro.

—Pero aún quedo yo, y yo no me moveré de la Tierra.

—Eso es cierto, pero usted ya no parece tener gran cosa de robot. ¿Qué quiere pedirnos ahora?

—Ser aún menos robot. Puesto que ya soy orgánico en tan gran medida, quisiera tener una fuente de energía orgánica. Aquí están los planos...

Magdescu no los miró a la ligera. Tal vez ésa fuera su primera intención, pero luego irguió el cuerpo y empezó a concentrarse. Llegado a cierto punto, dijo:

—Es un proyecto notablemente ingenioso. ¿Quién lo ha concebido?

—Yo —dijo Andrew.

Magdescu le lanzó una mirada penetrante y luego dijo:

—Ello equivaldría a efectuar una importante transformación en su cuerpo, y además con carácter experimental, pues nunca se ha intentado nada parecido hasta el momento. Mi consejo es que no lo intente. Quédese tal como está.

La cara de Andrew estaba dotada de limitados medios de expresión, pero la impaciencia se reflejó claramente en su voz.

—Doctor Magdescu, usted no ha captado en absoluto lo más esencial del asunto. No tendrá más remedio que acceder a mi petición. Si es posible implantar estos mecanismos en mi cuerpo, entonces también será posible implantarlos en cuerpos humanos. Ya es notoria la tendencia a prolongar la vida humana por medio de mecanismos protésicos. No hay

mecanismos mejores que estos que yo he diseñado y estoy diseñando.

»El caso es que yo controlo las patentes a través de la empresa Feingold y Martin. Estamos perfectamente preparados para emprender este negocio por nuestra cuenta y producir el tipo de mecanismos protésicos que tal vez acaben creando seres humanos con muchas de las características de los robots. Ello perjudicaría entonces su propio negocio.

»En cambio, si ahora me opera y accede a hacer lo mismo en el futuro, cuando concurren circunstancias similares se le concederá autorización para hacer uso de las patentes y controlar tanto la tecnología de los robots como la de la protesización de los seres humanos. Naturalmente, no se le otorgará la concesión inicial hasta que se haya cumplimentado con éxito la primera operación y haya transcurrido un plazo suficiente para demostrar que el resultado ha sido realmente positivo.

La primera ley casi no le creó ninguna inhibición a Andrew, pese a las duras condiciones que le estaba imponiendo a un ser humano. Comenzaba a aprender a razonar que aquello que tal vez pudiera parecer una crueldad, a largo plazo podría acabar resultando una gentileza.

Magdescu parecía desconcertado.

—Yo no soy quién para decidir algo así —dijo—. Se trata de una decisión corporativa que puede exigir un cierto tiempo.

—Puedo esperar un plazo razonable —dijo Andrew—, pero sólo un plazo razonable.

Y pensó con satisfacción que el mismo Paul no lo habría hecho mejor.

16

Sólo tuvo que esperar un plazo razonable, y la operación resultó un éxito.

—Me opuse mucho a la operación, Andrew, pero no por los motivos que tal vez imaginaste —dijo Magdescu—. No me hubiera opuesto en absoluto al experimento, de haberse realizado sobre otro. Me sublevaba pensar que podía poner en peligro tu cerebro positrónico. Ahora que tus circuitos positrónicos están en interacción con circuitos nerviosos simulados, posiblemente sería difícil salvar el cerebro intacto si algo fallase en el cuerpo.

—Tenía absoluta confianza en la pericia del personal de Norteamericana de Robots —dijo Andrew—. Y ahora puedo comer.

—Bueno, puedes sorber aceite de oliva. Ello exigirá limpiezas periódicas de la cámara de combustión, como te hemos explicado. Un proceso bastante molesto, diría yo.

—Tal vez, si no tuviera la esperanza de seguir avanzando. Un sistema de autolimpieza no es algo imposible. De hecho, estoy trabajando en un mecanismo capaz de descomponer alimentos sólidos que puedan contener algunas fracciones incombustibles, materia indigerible, por decirlo así, que será preciso desechar.

—Entonces tendrías que incorporarte un ano.

—El equivalente.

—¿Y qué más, Andrew?

—Todo lo demás.

—¿También genitales?

—Si se adecuan a mis planes. Mi cuerpo es una tela sobre la cual me propongo dibujar...

Magdescu esperó a que completara la frase, y cuando le pareció que no lo haría, la

terminó él mismo.

—¿Un hombre?

—Ya veremos —dijo Andrew.

—Es una mezquina ambición, Andrew —dijo Magdescu—. Eres mejor que un hombre. Has ido cuesta abajo desde el instante en que optaste por el organicismo.

—Mi cerebro no se ha visto afectado.

—No, eso es cierto. Pero todo este nuevo progreso en los mecanismos protésicos que ha sido posible gracias a tus patentes, Andrew, se está comercializando con tu nombre. Estás reconocido como el inventor y se te honra por ello..., tal como eres. ¿Para qué seguir jugando con tu cuerpo?

Andrew no respondió.

Llegaron los honores. Aceptó el ingreso honorífico en varias sociedades de estudiosos, incluida una dedicada a la nueva ciencia creada por él; la ciencia que él había denominado robobiología y que luego había acabado llamándose protesología.

En Norteamericana de Robot ofrecieron una cena testimonial en su honor para celebrar el sesquicentenario de su construcción. Andrew detectó algo de irónico en este hecho, pero no dijo nada a nadie.

Alvin Magdescu abandonó su retiro para presidir la cena. Él mismo tenía ya noventa y cuatro años y seguía con vida gracias a unos mecanismos protésicos que, entre otras cosas, cumplían las funciones del hígado y los riñones. La cena llegó a su momento culminante cuando Magdescu, tras un breve y emocionado discurso, levantó la copa para brindar por «el robot sesquicentenario».

Andrew se había hecho dibujar de nuevo los pliegues de la cara hasta ser capaz de expresar toda una gama de emociones, pero permaneció sentado en actitud solemnemente pasiva durante toda la ceremonia. No le gustaba ser un robot sesquicentenario.

17

Andrew abandonó finalmente la Tierra a causa de la protesología. Durante las décadas que siguieron a la celebración de su sesquicentésimo aniversario, la Luna había llegado a convertirse en un mundo más terrestre que la Tierra, en todos los aspectos, excepto por su tracción gravitatoria, y en sus ciudades subterráneas habitaba una población bastante densa.

Los mecanismos protésicos que allí se utilizaban debían tener en cuenta la menor gravedad y Andrew pasó cinco años en la Luna, trabajando con los protesiólogos locales para efectuar las adaptaciones necesarias. Cuando no estaba trabajando, se paseaba entre la población de robots, todos los cuales le trataban con la obsequiosidad que un robot debe rendir a un hombre.

Regresó a una Tierra monótona y tranquila en comparación, y visitó las oficinas de Feingold y Martin para comunicarles su llegada.

El presente director de la empresa, Simón DeLong, tuvo una sorpresa.

—Nos habían anunciado su regreso, Andrew —dijo (y por poco no dice «señor Martin») —, pero no confiábamos verle por aquí hasta la próxima semana.

—Comenzaba a impacientarme —dijo bruscamente Andrew. Deseaba ir pronto al grano—. En la Luna, Simón, estuve al frente de un equipo de investigación formado por veinte científicos humanos. Nadie discutía mis órdenes. Los robots lunares me trataban con la deferencia debida a un ser humano. ¿Por qué no soy, pues, un ser humano?

Una mirada cautelosa se asentó en los ojos de DeLong.

—Mi querido Andrew —dijo—, como usted mismo acaba de explicar, tanto los robots como los seres humanos le tratan como si fuera un ser humano. Por tanto, es un ser humano *de facto*.

—No me conformo con ser un ser humano de *facto*. Quiero que no sólo me traten como a un ser humano, sino también ser reconocido legalmente como tal. Quiero ser un ser humano de *jure*.

—Eso ya es otra cosa —dijo DeLong—. En ese caso topáramos con el prejuicio humano y con el hecho indudable de que por mucho que usted se parezca a un ser humano, no es un ser humano.

—¿En qué sentido no lo soy? —preguntó Andrew—. Tengo la figura de un ser humano y órganos equivalentes a los de un ser humano. A decir verdad, mis órganos son idénticos a los de un ser humano protesizado. He contribuido artística, literaria y científicamente a la cultura humana en igual o mayor medida que cualquier ser humano ahora vivo. ¿Qué más puede pedírseme?

—Personalmente yo no pediría nada más. El problema es que se requerirá un acto de la Asamblea legislativa mundial definiéndole como ser humano, Y, francamente, no creo que eso pueda conseguirse.

—¿Podría hablar con algún miembro de la Legislatura?

—Con el presidente del Comité de Ciencia y Tecnología, tal vez.

—¿Podría concertarme una entrevista?

—Pero si usted no necesita intermediarios. Con su posición puede...

—No. Conciértela usted. —(A Andrew ni le pasó por la cabeza que le estaba dando una orden tajante a un ser humano. Se había acostumbrado a obrar así en la Luna.)— Quiero que sepa que la firma Feingold y Martin me respaldará en esto hasta el final.

—Bueno, verá...

—Hasta el final, Simón. En ciento setenta y tres años he contribuido mucho, de una u otra forma, a la prosperidad de esta compañía. En otros tiempos tuve deudas de gratitud personal con algunos miembros concretos de la sociedad. Pero ahora ya no es así. Ahora ocurre más bien lo contrario y pido que se me trate como me merezco.

—Haré todo lo posible —dijo DeLong.

18

El presidente del Comité de Ciencia y Tecnología procedía de la región del Asia oriental y era una mujer. Se llamaba Chee Li-Hsing y sus prendas transparentes (cuyos reflejos sólo oscurecían lo que ella deseaba oscurecer) le daban el aspecto de un objeto encerrado en una envoltura plástica.

—Simpatizo con sus deseos de obtener plenos derechos humanos —dijo—. En ciertos momentos de la historia hubo segmentos de la población humana que lucharon por conseguir plenos derechos humanos. Pero, ¿qué derechos puede usted desear que no tenga ya?

—Algo tan simple como mi derecho a la vida. Un robot puede ser desmontado en cualquier momento.

—Un ser humano puede ser ejecutado en cualquier momento.

—La ejecución sólo puede producirse tras un debido proceso judicial. Para desmantelarme no se precisa ningún juicio. Basta la palabra de un ser humano dotado de

autoridad para acabar conmigo. Además..., además... —Andrew hizo un esfuerzo desesperado para no dejar entrever ninguna señal de súplica, pero sus imitaciones cuidadosamente diseñadas de la expresión y el tono de voz humanos le traicionaron—. Lo cierto es que quiero ser un hombre. Lo he deseado durante seis generaciones de seres humanos.

Li-Hsing le miró con oscuros ojos llenos de simpatía.

—La Asamblea legislativa puede aprobar una ley por la cual usted sea declarado hombre; podrían aprobar una ley declarando que una estatua de piedra fuera definida como un hombre. Pero que realmente lo hagan es tan poco probable en el primer caso como en el segundo. Los miembros de la Asamblea son tan humanos como el resto de la población y aún subsiste ese elemento de suspicacia contra los robots.

—¿Todavía ahora?

—Todavía ahora. Reconoceríamos el hecho de que usted ha merecido el premio de la humanidad y aun así subsistiría el temor de sentar un precedente indeseable.

—¿Qué precedente? Soy el único robot libre, el único de mi clase, y nunca habrá otro. Puede preguntárselo a Norteamericana de Robots.

—«Nunca» es un plazo muy largo, Andrew, o señor Martin, si así lo prefiere, pues personalmente le concederé con mucho gusto el tratamiento de hombre. Podrá comprobar que la mayor parte de los miembros de la Asamblea no querrán sentar el precedente, por inútil que resulte ese precedente. Señor Martin, cuenta usted con mis simpatías, pero no puedo darle esperanzas. En realidad...

Se apoyó en el respaldo del asiento y su frente se llenó de arrugas.

—En realidad, si la discusión llega a caldearse demasiado, podría surgir perfectamente, tanto en el seno de la Asamblea legislativa como fuera de ella, un cierto sentimiento en favor de ese desmantelamiento que usted mencionaba antes. Eliminarle a usted podría acabar pareciendo la manera más sencilla de resolver el dilema. Téngalo en cuenta antes de decidirse a llevar adelante el asunto. '

—¿No se acordará nadie de la técnica de la protesología, que se debe casi por completo a mí? —preguntó Andrew.

—Tal vez le parezca cruel, pero no, no lo recordarán. O si lo recuerdan, ello se volverá en su contra. Dirán que sólo lo hizo pensando en su propio interés. Dirán que esos inventos formaban parte de una campaña destinada a robotizar a los seres humanos, o a humanizar a los robots; y en cualquier caso que fue algo perverso y retorcido. Nunca ha sido usted objeto de una campaña de descrédito político, señor Martin, y puedo decirle que sobre usted caerán unas calumnias que ni usted ni yo podríamos considerar concebibles y que habrá quien se lo creará todo. Señor Martin, no se complique la vida.

Se levantó, y parecía pequeña y casi infantil, junto a la figura sentada de Andrew.

—¿Me apoyará si decido luchar por mi humanidad? —inquirió Andrew.

Ella lo pensó y luego dijo:

—Le apoyaré... mientras pueda. Si en cualquier momento veo que esa postura puede constituir una amenaza para mi futuro político, tal vez tenga que abandonarle, pues no es un problema que afecte a mis convicciones más fundamentales. He procurado ser sincera con usted.

—Gracias, y no voy a pedirle nada más. Tengo la intención de librar esta batalla sin pararme a considerar las consecuencias, sólo le pediré que me ayude hasta donde sea capaz de hacerlo.

No fue un combate directo. En Feingold y Martin le aconsejaron paciencia y Andrew musitó tristemente que poseía una reserva inagotable de ella. La firma Feingold y Martin inició entonces una campaña para restringir y delimitar el área de combate.

Interpuso una demanda judicial negando la obligación de pagar unas cantidades que adeudaba a un individuo provisto de un corazón protésico, alegando que la posesión de un órgano robótico suprimía el carácter humano, y con él los derechos constitucionales de un ser humano.

Los abogados plantearon el caso con habilidad y pertinacia, perdiendo a cada paso pero consiguiendo forzar siempre una decisión" lo más amplia posible, y planteándola luego ante el Tribunal Mundial por vía de apelación.

El asunto requirió años, y millones de dólares.

Cuando se dictó la sentencia final, DeLong celebró el equivalente de una fiesta victoriosa con motivo del juicio perdido. Naturalmente, Andrew también estuvo presente en las oficinas de la compañía ese día.

—Hemos conseguido dos cosas, Andrew —dijo DeLong—, y las dos son buenas. En primer lugar, hemos dejado sentado el hecho de que por muchos artefactos que lleve el cuerpo humano no por eso deja de ser un cuerpo humano. En segundo lugar, hemos encauzado la intervención de la opinión pública en el tema de tal manera que se ha inclinado ferozmente en favor de una amplia interpretación de la humanidad, pues no existe actualmente ningún ser humano que no confíe en usar una prótesis,,si ello ha de permitirle prolongar su vida.

—¿Y cree usted que la Asamblea legislativa me concederá ahora mi humanidad?
—preguntó Andrew.

DeLong parecía ligeramente incómodo.

—En cuanto a eso, no puedo mostrarme optimista. Queda aún el órgano concreto que el Tribunal Mundial ha señalado como criterio de humanidad. Los seres humanos poseen un cerebro celular orgánico y los robots tienen un cerebro positrónico de platino e iridio, suponiendo que tengan cerebro, y tu cerebro desde luego es positrónico... No, Andrew, no me mires así. No poseemos los conocimientos suficientes para reproducir el funcionamiento de un cerebro celular con estructuras artificiales lo suficientemente semejantes al tipo orgánico para que pudieran quedar incluidas en la decisión del Tribunal. Ni tú mismo podrías lograr eso.

—¿Qué debemos hacer, pues?

—Intentarlo, desde luego. La diputado Li-Hsing nos apoyará y también lo hará un número creciente de otros miembros de la Asamblea. El presidente acatará sin duda la decisión de la mayoría de la Asamblea legislativa sobre este tema.

—¿Contamos con una mayoría?

—No, ni mucho menos. Pero podríamos conseguirla si el público manifiesta su deseo de que se establezca una amplia interpretación de la humanidad que también sea extensible a ti. Una pequeña probabilidad, debo reconocerlo, pero si no quieres abandonar, tendremos que confiar en ella.

—No quiero abandonar.

La diputada Li-Hsing era considerablemente más vieja que cuando Andrew la había conocido por primera vez. Hacía tiempo que había dejado de lucir aquellas ropas transparentes. Ahora llevaba el cabello muy corto y se cubría con una prenda tubular. Andrew, en cambio, seguía aferrándose, tan fielmente como le era posible dentro de los límites de un razonable buen gusto, al estilo de vestir en vigor cuando por primera vez había comenzado a usar ropas, hacía de eso ya más de un siglo.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido, Andrew —dijo la diputada—. Lo intentaremos una vez más después del descanso, pero, si he de ser sincera, la derrota es segura y será preciso olvidarse de todo el asunto. Todos mis últimos esfuerzos sólo han servido para asegurarme una indiscutible derrota en la próxima campaña electoral.

—Lo sé —dijo Andrew— y eso me preocupa. Usted dijo una vez que me abandonaría si las cosas llegaban a ese punto. ¿Por qué no lo ha hecho?

—Uno puede cambiar de parecer, como sabes muy bien, Por alguna razón, abandonarte a ti parecía un precio más alto del que estaba dispuesta a pagar por un período más en el cargo. Tal como están las cosas, llevo más de un cuarto de siglo en la Asamblea legislativa. Con eso ya basta.

—¿No hay manera de hacerles cambiar de opinión, Chee?

—Hemos hecho cambiar a todos aquellos que se avienen a razones. El resto, la mayoría, no renunciarán a sus antipatías emocionales.

—La antipatía emocional no es motivo válido para votar en uno u otro sentido.

—Lo sé, Andrew, pero no reconocen que actúan movidos por una antipatía emocional.

—Todo se reduce, pues, al cerebro —dijo Andrew cautelosamente—. Pero ¿tenemos que quedarnos al nivel de células versas positrones? ¿No hay manera de imponer una definición funcional? ¿Es preciso decir que el cerebro está hecho de esto o de aquello? ¿No podríamos decir que el cerebro es algo, cualquier cosa, capaz de un cierto nivel de razonamiento?

—No servirá —dijo Li-Hsing—. Tu cerebro es obra del hombre, el cerebro humano, no. Tu cerebro ha sido construido, el suyo se ha desarrollado. Para cualquier ser humano decidido a mantener la barrera que le separa de un robot, esas diferencias constituyen una muralla de acero de un kilómetro de altura y otro tanto de espesor.

—Si pudiésemos llegar a la fuente de su antipatía..., la fuente misma...

—Con todos los años que tienes —dijo tristemente Li-Hsing—, todavía pretendes convencer al ser humano con razonamientos. Pobre Andrew, no te enfades, pero es el robot que hay en ti que te impulsa en esa dirección.

—No lo sé —dijo Andrew—. Si pudiera llegar a...

1 (continuación)

Si pudiera llegar a...

Hacía largo tiempo que sabía que podía llegar ese momento, y por fin estaba ante el cirujano. Encontró uno, lo suficientemente preparado para la tarea de que se trataba, lo cual significaba un cirujano robot, pues ningún cirujano humano hubiera sido de fiar en ese aspecto, tanto en lo tocante a su habilidad como en cuanto a sus intenciones.

El cirujano no podría haber efectuado esa operación sobre un ser humano, de modo que Andrew, después de posponer el momento de la decisión con una triste introspección que reflejaba los confusos sentimientos que le embargaban, dejó sin efecto la primera ley con estas palabras:

—Yo también soy un robot.

Luego, con la misma firmeza con que había aprendido a dirigir la palabra incluso a los seres humanos a lo largo de las últimas décadas, dijo:

—Te ordeno que efectúes esa operación sobre mí. En ausencia de la primera ley, una orden expresada con tanta firmeza por alguien de aspecto tan parecido a un hombre activó la segunda ley en la medida suficiente para surtir el efecto deseado.

21

La sensación de debilidad de Andrew era totalmente imaginaria, estaba seguro. Se había recuperado de la operación.

Sin embargo, se apoyó contra la pared tan discretamente como pudo. Sentarse hubiera resultado un gesto demasiado revelador.

—Esta semana tendrá lugar la votación final —dijo Li-Hsing—. Ya no he podido retrasarla más, y no tenemos más remedio que perder... Y todo habrá terminado, Andrew.

—Le agradezco la habilidad con que ha sabido aplazar la votación —dijo Andrew—. Ello me ha permitido disponer del tiempo necesario y he jugado la carta que debía jugar.

—¿Qué carta es ésa? —preguntó Li-Hsing sin ocultar su preocupación.

—No podía decírselo a usted, ni a la gente de Feingold y Martin. Seguro que me lo hubieran impedido. Escúcheme bien: si el tema objeto de discusión es el cerebro, ¿no es la cuestión de la inmortalidad la mayor diferencia de todas? ¿A quién le importa la apariencia de un cerebro o su constitución o su origen? Lo que importa es que las células del cerebro mueren; deben morir. Aun cuando todos y cada uno de los restantes órganos del cuerpo se conserven o se sustituyan, las células cerebrales, que no pueden ser reemplazadas sin alterar, y por tanto matar, la personalidad, finalmente deben morir.

»Mis propios circuitos positrónicos han durado casi dos siglos sin sufrir ninguna alteración perceptible, y pueden durar varios siglos más. ¿No es ésa la barrera fundamental? Los seres humanos pueden tolerar a un robot inmortal, pues nada importa cuánto pueda durar una máquina. Pero no pueden tolerar la existencia de un ser humano inmortal, pues su propia mortalidad sólo es soportable en tanto y en cuanto es universal. Y ése es el motivo de que no quieran aceptarme como ser humano.

—¿Adonde quieres ir a parar, Andrew? —dijo Li-Hsing.

—He eliminado ese problema. Hace varias décadas, mi cerebro positrónico fue conectado a nervios orgánicos. Ahora, una última operación ha modificado esa conexión de forma que lenta, muy lentamente, mis circuitos irán perdiendo su potencial.

El rostro surcado de finas arrugas de Li-Hsing permaneció inexpresivo por un instante. Luego apretó los labios.

—¿Quieres decir que has preparado tu muerte, Andrew?

No puedes haber hecho eso. Va contra la tercera ley.

—No —dijo Andrew—. He escogido entre mi propia muerte y la muerte de mis aspiraciones y deseos. Dejar que mi cuerpo siguiera viviendo a costa de esa muerte mayor habría sido violar la tercera ley.

Li-Hsing le apretó el brazo como si quisiera sacudirlo. Luego se contuvo.

—Andrew, no servirá de nada. Déjalo todo como estaba.

—No puede ser. El daño causado ha sido demasiado grande. Me queda un año de vida, poco más o menos. Llegaré a cumplir el bicentésimo aniversario de mi construcción.

He tenido la debilidad de planificarlo de este modo.

—¿Cómo puede merecer la pena algo así? Andrew, estás loco.

—Si consigo la humanidad, habrá valido la pena. Si no la consigo, habrá terminado mi lucha por conseguirla, y también habrá valido la pena.

Y Li-Hsing hizo algo de lo que ella misma se sorprendió. Muy quedamente, se echó a llorar.

22

Fue curiosa la manera en que ese último acto hizo volar la imaginación de la humanidad. Todo lo que Andrew había hecho hasta entonces no había logrado conmoverles. Pero finalmente había aceptado hasta la muerte para llegar a ser humano, y ése era un sacrificio demasiado grande para que pudieran rechazarlo.

La ceremonia final se hizo coincidir, de forma totalmente deliberada, con su bicentenario. El presidente del mundo debía firmar el acta y darle carácter de ley y podría contemplarse la ceremonia a través de la cadena global, la cual también la retransmitiría al Estado de la Luna e incluso a la colonia de Marte.

Andrew estaba sentado en una silla de ruedas. Aún podía caminar, pero le temblaban las piernas.

Ante los ojos de toda la humanidad, el presidente del mundo declaró:

—Hace cincuenta años fuiste declarado Robot Sesquicentenario, Andrew. —Siguió una pausa y luego añadió en tono más solemne—: Hoy os declaramos Hombre Bicentenario, señor Martin.

Y Andrew alargó la mano, sonriente, para estrechar la del presidente.

23

Los pensamientos de Andrew iban difuminándose lentamente mientras yacía allí en la cama.

Se aferró desesperadamente a ellos. ¡Un hombre! ¡Era un hombre! Quería que ése fuera su último pensamiento. Quería disolverse —morir— con esa idea.

Abrió los ojos una vez más y por última vez distinguió la figura de Li-Hsing que le velaba solemnemente. Había otros, pero ésos sólo eran sombras, sombras inidentificables. Sólo la figura de Li-Hsing se recortaba contra el gris cada vez más intenso. Lentamente, centímetro a centímetro, le alargó la mano, y muy débil y lejanamente sintió que ella se la estrechaba.

Su figura fue desvaneciéndose ante sus ojos, mientras el último de sus pensamientos se le escurría también gota a gota.

Pero antes de que ella desapareciera por completo, una última idea fugaz acudió a su mente y permaneció allí un instante antes de que todo se detuviera.

—Pequeña señorita —susurró, en voz demasiado baja para que alguien le oyera.

* * *

En los viejos tiempos, uno escribía ciencia ficción para las revistas de ciencia ficción. De hecho, una vez, bromeando, John Campbell definió así este indefinible campo: «Ciencia ficción es lo que compran los editores de ciencia ficción».

Pero hoy día todo tipo de editores la compran y no me extraña recibir encargos de

las fuentes más improbables. Por ejemplo, en el verano de 1975 recibí un encargo de una revista llamada «High Fidelity»; me pedían un relato de ciencia ficción de 2500 palabras, que transcurriese en un futuro de unos veinticinco años y que tocase algún tema relacionado con la grabación de sonidos.

Me sedujo lo restringido de las condiciones delimitadoras, pues eran todo un desafío. Naturalmente, le expliqué al editor que no sabía nada de música ni de grabación de sonidos, pero descartó impaciente este comentario, que pareció considerar irrelevante. Comencé el cuento el 18 de septiembre de 1975, y cuando estuvo terminado, el editor lo encontró de su agrado. Sugirió algunas modificaciones destinadas a suprimir parte de la estela de mi analfabetismo musical, y el cuento se publicó en la revista en abril de 1976.

Cuando los santos.

Jerome Bishop, compositor y trombonista, nunca había estado en un hospital mental hasta ese día.

En algún momento había sospechado que tal vez acabaría algún día en uno de ellos, como paciente (¿quién podía considerarse a salvo?), pero jamás se le había pasado por la cabeza que podría llegar a estar allí como asesor para un asunto de aberración mental. Como asesor.

Permaneció allí sentado, en pleno año 2001, con el mundo en una situación bastante espantosa, pero (eso decían) saliendo ya de ella, y luego se levantó al entrar una mujer de mediana edad. Los cabellos de la mujer comenzaban a teñirse de gris, y Bishop pensó agradecido en su propio cabello aún de punta y de un uniforme color negro.

—¿Es usted el señor Bishop? —preguntó ella.

—Eso me pareció la última vez que lo comprobé.

—Yo soy la doctora Cray —dijo ella alargándole la mano—. ¿Quiere acompañarme?

Le estrechó la mano y luego la siguió. Procuró no sentir aprensión ante los monótonos uniformes grises que vestían todas las personas con quienes se cruzó.

La doctora Cray se llevó un dedo a los labios y le indicó una silla. Apretó un botón y las luces se apagaron, poniendo de relieve la imagen de una ventana con una luz detrás. A través de la ventana, Bishop pudo ver a una mujer recostada sobre lo que parecía un sillón de dentista. Un bosque de cables flexibles brotaba de su cabeza, un fino arco de luz se extendía de polo a polo a sus espaldas, y una tira de papel un poco menos estrecha se alargaba hacia arriba.

Volvió a encenderse la luz y la imagen se desvaneció.

—¿Sabe qué hacemos allí dentro? —preguntó la doctora Cray.

—¿Graban las ondas cerebrales? Sólo es una suposición.

—Buena suposición. Hacemos justamente eso. Es una grabación de rayos láser. ¿Sabe cómo funciona el sistema?

—Mis obras han sido grabadas con rayos láser —dijo Bishop y cruzó una pierna sobre la otra—, pero eso no significa que sepa cómo funciona el sistema. Los ingenieros se ocupan de los detalles... Mire, doctora, si imagina que soy un ingeniero de rayos láser, se equivoca.

—No, ya sé que no lo es —se apresuró a decir la doctora Cray—. Le hemos traído aquí para otra cosa... Permita que se lo explique. Es posible alterar un rayo láser con gran delicadeza; mucho más rápidamente y con mucha mayor precisión de lo que puede alterarse una corriente eléctrica, o incluso un rayo de electrones. Gracias a ello es posible grabar una onda muy compleja con mucho mayor detalle del que nunca pudo imaginarse hasta ahora. Es posible hacer un rastreo con un rayo láser de amplitud microscópica y obtener una onda que luego podemos estudiar bajo un microscopio y conseguir una exacta pormenorización de aspectos invisibles para el ojo desnudo e imposibles de obtener de ninguna otra forma.

—Si eso es lo que desea consultarme —dijo Bishop—, sólo puedo decirle que no vale la pena obtener tanto detalle. La capacidad auditiva tiene sus límites. Si se afina una grabación con rayos láser más allá de cierto punto, se hace aumentar el coste de la misma, pero no ocurre otro tanto con el efecto obtenido. De hecho, algunas personas dicen que lo

que se consigue es una especie de zumbido que comienza a ahogar la música. Yo, personalmente, no lo oigo, pero puedo asegurarle que si uno desea una grabación óptima, no concentra el rayo láser al máximo... Naturalmente, tal vez la cosa cambie tratándose de ondas cerebrales, pero eso es todo lo que puedo decirle, de modo que ahora mismo me marchó, y sólo le cobraré el transporte.

Hizo ademán de levantarse, pero la doctora Cray sacudió vigorosamente la cabeza.

—Por favor, siéntese, señor Bishop. La grabación de ondas cerebrales no es lo mismo. En este caso necesitamos todo el detalle que podamos conseguir. Hasta el momento sólo hemos logrado deducir de las ondas cerebrales los minúsculos efectos superpuestos de diez mil millones de células cerebrales, una especie de muestra media aproximada que lo difumina todo excepto los efectos más generales.

—¿Quiere decir algo así como escuchar a diez mil millones de pianos, cada uno de los cuales tocara una melodía distinta a cien kilómetros de distancia?

—Exactamente.

—¿No captan más que un ruido?

—No del todo. Captamos alguna información, sobre la epilepsia, por ejemplo. Pero con las grabaciones de rayos láser hemos comenzado a captar los pequeños detalles; hemos comenzado a escuchar las melodías individuales que tocan esos distintos pianos; hemos comenzado a detectar qué pianos concretos están desafinados.

Bishop arqueó las cejas.

—¿Conque pueden saber a qué se debe la locura de una persona loca en concreto?

—En cierto modo. Fíjese en esto. —En otro rincón de la habitación se encendió una pantalla, sobre la cual se proyectaba una fina línea oscilante—. ¿Se da cuenta, señor Bishop?

La doctora Cray apretó el botón de un indicador que tenía en la mano y un puntito de la línea se puso rojo. La línea fue pasando por la pantalla iluminada y periódicamente fueron encendiéndose varios puntitos rojos.

—Es una microfotografía —dijo la doctora Cray—. Esas pequeñas discontinuidades rojas no son visibles a simple vista y tampoco serían visibles con ningún procedimiento de grabación menos sutil que el de los rayos láser. Sólo aparecen cuando esta paciente concreta sufre una depresión. Cuanto más profunda es la depresión, más pronunciadas son las señales.

Bishop reflexionó un momento. Luego, dijo:

—¿Puede hacer algo para remediarlo? De momento, ello sólo significa que las señales luminosas le permiten saber que existe una depresión, algo que puede averiguar con sólo escuchar a la paciente.

—Perfectamente correcto, pero los detalles son útiles. Por ejemplo, podemos transformar las ondas cerebrales en delicadas ondas luminosas oscilantes y, lo que es más, también podemos convertirlas en las ondas sonoras equivalentes. Para ello empleamos el mismo sistema de rayos láser que usan para grabar su música. Obtenemos una especie de zumbido vagamente musical que concuerda con el parpadeo de la luz. Me gustaría que lo escuchara con un auricular.

—¿La música de esa persona depresiva concreta cuyo cerebro ha generado esa línea?

—Sí, y como no podemos aumentar demasiado la intensidad sin perder detalles, quisiéramos que la escuchara con auriculares.

—¿Y debo observar la luz al mismo tiempo?

—No será necesario. Puede cerrar los ojos. El destello penetrará a través de los párpados en la medida suficiente para que el cerebro reciba el efecto.

Bishop cerró los ojos. En medio del zumbido pudo oír el débil lamento de un ritmo complejo y triste que encerraba todo el dolor del viejo mundo cansado. Lo escuchó, vagamente consciente de la tenue lucecita que golpeaba los globos de sus ojos a intervalos intermitentes.

Sintió que le tiraban con fuerza de la camisa.

—Señor Bishop... Señor Bishop...

Inspiró profundamente.

—¡Gracias! —dijo con un ligero estremecimiento—. Esa música me ha trastornado, pero no podía dejar de escucharla.

—Ha estado escuchando ondas cerebrales depresivas y éstas comenzaban a hacer mella en usted. Sus propias ondas cerebrales se veían obligadas a seguir el compás. Se ha sentido deprimido, ¿verdad?

—Totalmente.

—Bueno, si conseguimos detectar el fragmento de la onda característico de la depresión, o de cualquier anomalía mental, lo suprimimos, y luego hacemos escuchar al paciente el resto de la onda cerebral, sus propias ondas cerebrales se modifican para adoptar la forma normal.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante un cierto tiempo después de la interrupción del tratamiento. Durante un cierto tiempo, pero no demasiado. Algunos días. Una semana. Después, el paciente tiene que volver.

—Eso es mejor que nada.

—Y menos que suficiente. Una persona nace con determinados genes que configuran una estructura cerebral potencial determinada, señor Bishop. Una persona sufre determinadas influencias ambientales. No es fácil neutralizar todo eso, de modo que aquí, en esta institución, intentamos encontrar métodos de neutralización más eficientes y duraderos... Y tal vez usted pueda ayudarnos. Por eso le pedimos que viniera.

—Pero yo no entiendo nada de esto, doctora. Nunca he oído hablar de la grabación de ondas cerebrales mediante rayos láser. —Abrió las manos, con las palmas hacia arriba—. No tengo nada que ofrecerles.

La doctora Cray le miró impaciente. Hundió profundamente las manos en los bolsillos de su chaqueta y dijo:

—Hace un momento usted dijo que el láser registraba más detalles de los que era capaz de captar el oído humano.

—Sí. Y lo ratifico.

—Lo sé. Uno de mis colegas leyó una entrevista suya en la revista «High Fidelity» del mes de diciembre del año dos mil, donde usted decía exactamente eso. Y eso es lo que nos llamó la atención. El oído no puede captar los detalles que recoge el láser pero, como usted ha comprobado, el ojo sí los capta. Lo que modifica las ondas cerebrales adecuándolas a la norma es el parpadeo de la luz, no la oscilación del sonido. El sonido por sí solo no conseguiría nada. Sin embargo, sirve para reforzar el efecto en presencia de la luz.

—Ahí no hay problema.

—Sí lo hay. El refuerzo no es suficiente. El oído no capta las suaves, delicadas, casi infinitamente complejas variaciones que la grabación de rayos láser introduce en el sonido.

Hay demasiadas cosas, y la porción que tiene un efecto de refuerzo queda ahogada en medio de todo ese detalle.

—¿Qué le hace pensar que existe una porción con un efecto de refuerzo?

—Porque ocasionalmente, de forma más o menos accidental, hemos conseguido producir algo que parece surtir mejores efectos que la onda cerebral completa, pero no logramos averiguar por qué. Necesitamos un músico. Tal vez usted. Si escuchase ambos conjuntos de ondas cerebrales, tal vez pudiera distinguir por alguna intuición un ritmo más acorde con el conjunto normal que con el anómalo. Entonces éste podría reforzar el efecto de la luz y hacer más efectiva la terapia, ¿comprende?

—Un momento —dijo Bishop alarmado—. Pretende hacerme cargar con una enorme responsabilidad. Cuando compongo música, me limito a acariciar el oído y hacer saltar los músculos. No estoy intentando curar un cerebro enfermo.

—Sólo le pedimos que acaricie los oídos y haga saltar los músculos, pero al compás de la música normal de las ondas cerebrales... Y le aseguro que no debe temer nada, señor Bishop. Es sumamente improbable que su música pueda causar algún daño, y tal vez pueda hacer mucho bien. Y le pagaremos, señor Bishop, tanto si gana como si pierde.

—Bueno, lo intentaré, pero no le prometo nada —concluyó Bishop.

Regresó al cabo de dos días. La doctora Cray tuvo que abandonar una reunión para recibirle. Le miró con ojos cansados, empuñados.

—¿Ha conseguido algo?

—Algo he conseguido. Tal vez sirva.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé. Sólo tengo esa sensación... Mire, he escuchado las cintas de rayos láser que usted me dio; la música de las ondas cerebrales tal como la produjo la paciente en estado depresivo y la música de las ondas cerebrales modificadas por ustedes para convertirla al estado normal. Y usted tenía razón; sin los preparados de la luz, no me afectó ni en uno ni en otro sentido. De todos modos, resté la segunda de la primera para ver dónde estaba la diferencia.

—¿Tiene una computadora? —dijo la doctora Cray, extrañada.

—No, una computadora no me hubiera servido de nada. Me hubiera dado demasiados datos. Si uno coge una complicada distribución de ondas láser y le resta otra complicada distribución de ondas láser, lo que le quedará seguirá siendo una distribución bastante complicada de ondas láser. No, las resté en mi cabeza para ver qué clase de ritmo quedaba... Ése sería el ritmo anómalo que yo debería anular con un contrarritmo.

—¿Cómo puede restar en su cabeza?

Bishop la miró impaciente.

—No lo sé. ¿Cómo escuchó Beethoven la Novena Sinfonía en su cabeza antes de pasarla al pentagrama? El cerebro también es una computadora bastante buena, ¿no cree?

—Supongo que sí. —La doctora adoptó una actitud sumisa—. ¿Ha traído el contrarritmo?

—Eso creo. Lo he grabado en una cinta ordinaria porque no se precisa nada más. Es más o menos así: dididiDa-didi-diDa-dididiDADADAdiDA; y así sucesivamente. Le he añadido una melodía y puede hacérsela escuchar a la paciente por los auriculares mientras ella mira la luz parpadeante acoplada a la distribución normal de las ondas cerebrales. Si no me equivoco, servirá para reforzar la viva claridad que aquélla encierra.

—¿Está seguro?

—Si estuviera seguro, no haría falta probarlo, ¿no cree, doctora?

La doctora Cray se quedó pensativa un momento.

—Concertaré una cita con la paciente. Me gustaría que usted estuviera presente.

—Si así lo desea... Forma parte del trabajo de asesoramiento, supongo.

—Como comprenderá, no podrá entrar en la sala de tratamiento, pero me gustaría que estuviera aquí fuera.

—Lo que usted diga.

La paciente llegó con aspecto de persona abrumada por las preocupaciones. Tenía los párpados caídos y hablaba en voz baja y entre dientes.

Bishop le lanzó una mirada casual mientras permanecía sentado muy quieto, desapercibido, en un rincón. La vio entrar en la sala de tratamiento y esperó pacientemente, mientras se decía: «¿Y si la cosa sale bien? ¿Por qué no dotar a los destellos luminosos de las ondas cerebrales de un acompañamiento musical adecuado para combatir la tristeza, aumentar la energía e intensificar el amor? No sólo para gente enferma sino también para las personas normales, que podrían sustituir con ello todas las palizas que se han dado con el alcohol o las drogas en sus esfuerzos por adaptar sus emociones..., un sustituto perfectamente inocuo basado en las propias ondas cerebrales...» Y por fin, al cabo de cuarenta y cinco minutos, volvió a salir la mujer.

Ahora se la veía plácida y en cierto modo las arrugas de su rostro parecían haberse borrado.

—Me siento mejor, doctora Cray —dijo con una sonrisa—. Mucho mejor.

—Es lo que suele ocurrirle —dijo reposadamente la doctora Cray.

—No como ahora —dijo la mujer—. No como ahora. Esta vez es algo distinto. Otras veces, incluso cuando me parecía sentirme bien, podía notar esa terrible depresión en el fondo de mi cabeza, dispuesta a instalarse nuevamente en cuanto me relajara. Ahora... simplemente ha desaparecido.

—No podemos estar seguros de que haya desaparecido para siempre —dijo la doctora Cray—. Concertaremos una cita para dentro de, pongamos, dos semanas, pero llámeme antes si ocurre cualquier cosa, ¿lo hará? ¿Ha notado alguna diferencia en el tratamiento?

La mujer reflexionó un poco.

—No —dijo dubitativa. Y añadió—: Aunque hay ese destello de la luz. Tal vez fuera distinto. Más nítido y más penetrante, en cierto modo.

—¿Ha oído algo?

—¿Debía oír algo?

La doctora Cray se levantó.

—Estupendo. No olvide de concertar la cita con mi secretaria.

La mujer se detuvo junto a la puerta, se volvió y dijo:

—Es una sensación tan feliz sentirse feliz —y dicho esto se marchó.

—No ha oído nada, señor Bishop —dijo la doctora Cray—. Supongo que su contrarritmo ha reforzado la distribución normal de las ondas cerebrales de modo que el sonido se ha fundido naturalmente con la luz, como si dijéramos... Y es posible que también haya surtido su efecto.

Se volvió para mirar a Bishop cara a cara.

—Señor Bishop, ¿querrá asesorarnos en otros casos? Le pagaremos lo máximo que podamos, y si este procedimiento resulta ser una terapia eficaz para las enfermedades mentales, reconoceremos gustosos todo el mérito que le corresponde.

—Les ayudaré con mucho gusto, doctora —dijo Bishop—, pero no será tan difícil

como usted cree. El trabajo ya está hecho.

—¿Ya está hecho?

—Hace siglos que tenemos músicos. Tal vez no supieran nada sobre las ondas cerebrales, pero ponían todo su empeño en conseguir las melodías y los ritmos capaces de llegar a la gente, de hacerles marcar el compás con los pies, de hacer temblar sus músculos, sonreír sus caras, funcionar sus lagrimales y latir sus corazones. Esas melodías están ahí, esperando. Una vez deducido el contrarritmo, sólo hay que escoger la melodía adecuada.

—¿Eso es lo que hizo?

—Claro. ¿Existe algo mejor para sacarnos de una depresión que un himno de resurrección? Para eso son. El ritmo nos hace salir de nosotros mismos. Crea una exaltación. Tal vez el efecto no dure mucho por sí solo, pero si se emplea para reforzar la distribución normal de las ondas cerebrales, debería machacarla bien machacada.

—¿Un himno de resurrección? —La doctora Cray se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Claro. En este caso he usado el mejor de todos. La he hecho escuchar Cuando los santos salen de paseo.

Empezó a cantarlo suavemente, marcando el ritmo con los dedos, y al llegar a la tercera línea, la doctora Cray ya seguía el compás con el pie.

* * *

El próximo relato me fue solicitado por la revista de la compañía telefónica Bell en el curso de un excelente almuerzo. Querían un cuento de tres mil palabras que girase en torno a un problema de comunicaciones. Éste debía cumplir dos amplios requisitos; en primer lugar, debía ser más avanzado que cualquiera de los métodos en esos momentos en estudio por parte de la compañía Bell, y en segundo lugar, no debía postular el fin de la demanda de servicios de las empresas de comunicaciones.

Lo cierto es que Kim Armstrong, la directora de la revista, que estaba presente en el almuerzo, era una mujer extraordinariamente encantadora, pero yo hubiera aceptado encargarme del relato de todos modos, pues antes de terminar el almuerzo ya tenía un argumento convenientemente archivado en mi cabeza.^[10] Empecé a trabajar en él el 19 de octubre de 1975. A Kim Armstrong le gustó una vez terminado y apareció en la revista en febrero de 1976.

Un sistema anticuado

Ben Estes sabía que iba a morir y no le reconfortaba en absoluto saber que durante todos esos años había vivido con ese riesgo. La vida de un astrominero, siempre deambulando por la inmensidad aún en gran parte desconocida del cinturón de asteroides, no era particularmente placentera, pero había muchas probabilidades de que esa vida fuera breve.

Naturalmente, siempre cabía la suerte de descubrir una veta inesperada capaz de enriquecerle a uno de por vida, y ésta había sido una veta inesperada, qué duda cabía. La mayor sorpresa del mundo, pero Estes no acabaría rico gracias a ello. Sólo acabaría muerto.

Harvey Funarelli gimoteó débilmente en su litera, y Estes se volvió, y su rostro también se contrajo cuando crujieron sus propios músculos. Habían sufrido un terrible golpe. Si él no había quedado tan malherido como Funarelli, ello se debía sin duda a que Funarelli era el más voluminoso de los dos, y estaba más próximo al punto de casi-impacto.

Estes miró sombríamente a su compañero y preguntó:

—¿Qué tal te sientes, Harv?

Funarelli gimoteó otra vez.

—Me siento como si me hubiera roto todos los huesos. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Con qué hemos chocado?

Estes se le acercó, renqueando ligeramente, y dijo:

—No intentes levantarte.

—Puedo arreglármelas —dijo Funarelli—; sólo tienes que echarme una mano. ¡Ay! A ver si me he roto una costilla. Justo aquí. ¿Qué ha ocurrido, Ben?

Estes señaló la escotilla principal. No era grande, pero era lo mejor que podía esperarse en una nave astrominera con capacidad para dos pasajeros. Funarelli se acercó muy despacio a la abertura, apoyándose en el hombro de Estes. Miró al exterior.

Se veían las estrellas, como es lógico, pero la mente de un astronauta experimentado prescinde de ellas. Las estrellas siempre están ahí. Más próximo a ellos se divisaba un banco de gravilla formado por cantos rodados de tamaño variable, todos los cuales se desplazaban lentamente con respecto a los adyacentes como un enjambre de abejas, muy perezosas.

—Nunca había visto nada parecido. ¿Qué hacen aquí? —dijo Funarelli.

—Esas piedras —dijo Estes— son los restos de un asteroide hecho añicos, diría yo, y todavía están girando en torno a lo que las golpeó, y también nos golpeó a nosotros.

—¿Qué fue? —Funarelli escudriñó en vano la oscuridad.

Estes apuntó con el dedo.

—¡Eso! —Se veía un débil destello en la dirección que había indicado.

—No veo nada.

—No hay nada que ver. Es un agujero negro.

Los cortos cabellos negros de Funarelli se erizaron de manera casi natural, y en sus negros ojos muy abiertos había ahora una nota de horror.

—Estás loco —dijo.

—No. Hay agujeros negros de todos tamaños. Eso dicen los astrónomos. Éste equivale aproximadamente a la masa de un gran asteroide, diría yo, y estamos girando en torno a él. ¿Cómo se explicaría de otro modo que estuviéramos en órbita en torno a algo

que no podemos ver?

—No existen datos que indiquen la presencia de ningún...

—Lo sé. ¿Cómo iba a haberlos? Es invisible. Es una masa... Bueno, ahí está el Sol. —La lenta rotación de la nave había hecho aparecer el Sol y la ventana se había polarizado automáticamente hasta hacerse opaca.

—De todos modos —dijo Estes—, hemos descubierto el primer agujero negro realmente detectado en cualquier lugar del universo. Y no viviremos para cosechar la fama de nuestra hazaña.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Funarelli.

—Nos acercamos lo suficiente para que los efectos de marea alcanzaran a destrozarnos.

—¿Qué efectos de marea?

—No soy astrónomo —dijo Estes—, pero según tengo entendido, aun cuando eso no tenga una excesiva tracción gravitatoria tal, uno puede llegar a aproximarse tanto que esa tracción acaba adquiriendo cierta intensidad. Esa intensidad disminuye tan rápidamente con la distancia que el extremo más próximo de un objeto se ve atraído con muchísima más fuerza que el extremo más alejado. El objeto sufre pues un tirón. Cuanto más grande sea el objeto y más próximo esté, más grave será el efecto. Tus músculos se desgarraron. Ha sido una suerte que no se te rompieran los huesos.

Funarelli hizo una mueca.

—No estoy tan seguro de que eso no haya ocurrido... ¿Qué más ha pasado?

—Los depósitos de combustible han quedado destruidos. No podemos salir de esta órbita... Es una suerte que hayamos acabado girando en una órbita lo suficientemente alejada y lo bastante circular para que el efecto de marea sea escaso. Si estuviéramos más próximos, o incluso si un extremo de la órbita nos acercara mucho...

—¿Podemos mandar un mensaje?

—Ni una palabra —dijo Estes—. El sistema de comunicaciones está destrozado.

—¿No podrías repararlo?

—La verdad es que no soy un experto en comunicaciones, pero aunque lo fuese... Es imposible repararlo.

—¿No podrías hacer un arreglo de emergencia?

Estes meneó la cabeza.

—No tenemos más remedio que esperar... y morir. Pero eso no es lo que más preocupa.

—A mí sí me preocupa —dijo Funarelli, que se había sentado en su litera con la cabeza entre las manos.

—Tenemos las pildoras —dijo Estes—. Será una muerte rápida. Lo que de verdad me preocupa es no poder comunicar... eso. —Señaló la escotilla, que se había iluminado otra vez al quedar fuera del alcance del Sol.

—¿El agujero negro?

—Sí, es peligroso. Parece girar en torno al Sol, pero quién sabe si esa órbita es estable. Y aunque lo fuera, sin duda irá creciendo.

—Si supongo que irá tragando cosas.

—Claro. Todo lo que encuentre a su paso. Constantemente hay espirales de polvo cósmico que convergen sobre él, y la rotación y la caída de ese polvo desprende energía. A eso se deben esos débiles destellos luminosos. De vez en cuando, puede ocurrir que el agujero se trague un fragmento más grande que se interponga en su camino, en cuyo caso

se producirá un chispazo de radiaciones, con rayos X incluidos. Cuanto más crezca, más fácil será que atraiga materia desde distancias cada vez mayores.

Por un instante, ambos hombres permanecieron con la vista fija en la escotilla, luego Estes continuó su explicación.

—De momento, tal vez aún se pueda intentar hacer algo. Si la NASA pudiera trasladar hasta aquí un asteroide lo bastante grande y hacerlo pasar por el agujero de la manera adecuada, el agujero se vería arrastrado fuera de su órbita por mutua atracción gravitatoria entre su propia masa y la del asteroide. De este modo podría lograrse situar el agujero en una trayectoria que lo llevase fuera del sistema solar, con un poco de ayuda y una aceleración adicional.

—¿Crees que al principio era muy pequeño? —preguntó Funarelli.

—Puede haber sido un micro-agujero formado en el momento de la gran explosión, cuando se creó el universo. Puede haber estado creciendo durante miles de millones de años, y si sigue aumentando de tamaño, puede llegar a ser imposible de controlar. En ese caso acabaría convirtiéndose en la tumba del sistema solar.

—¿Cómo te explicas que no lo hayan descubierto?

—Nadie lo ha buscado. ¿Quién iba a esperar encontrar un agujero negro en el cinturón de asteroides? Y no desprende suficientes radiaciones para ser detectable, ni su masa es suficiente para poder detectarlo. Hubiera sido preciso toparse con él, como nos ha ocurrido a nosotros.

—¿Estás seguro de que el sistema de comunicaciones no funciona en absoluto, Ben?... ¿A qué distancia estamos de Vesta? No tardarían mucho en llegar hasta nosotros desde Vesta. Es la base más importante del cinturón de asteroides. Estes meneó la cabeza.

—Ahora mismo ni siquiera sé dónde está Vesta. La computadora tampoco funciona.

—¡Cielos! ¿Funciona algo todavía?

—El sistema de ventilación funciona. El purificador de agua está en marcha. Disponemos de energía y alimentos en abundancia. Podríamos resistir dos semanas, tal vez más.

Se hizo un silencio.

—Escúchame —dijo Funarelli al cabo de un rato—. Aunque no sepamos exactamente dónde está Vesta, sabemos que no puede estar a más de un par de millones de kilómetros de distancia. Si pudiéramos hacerles llegar alguna señal, una nave de control remoto podría estar aquí en un plazo de una semana.

—Una nave de control remoto, sí —dijo Estes—. No habría problema. Una nave no tripulada podía alcanzar niveles de aceleración que no resistirían la carne y la sangre humanas. Podía cubrir un trayecto en una tercera parte del tiempo que requeriría una nave tripulada.

Funarelli cerró los ojos, como si quisiera dejar fuera el dolor, y dijo:

—No desdeñes tanto la posibilidad de la nave de control remoto. Podría traernos raciones de emergencia y llevaría a bordo el material suficiente para montar un sistema de comunicaciones. Con eso podríamos resistir hasta que llegara el verdadero equipo de rescate.

Estes se sentó en la otra litera.

—No desdeño la posibilidad de la nave de control remoto. Sólo estaba pensando que no tenemos manera de mandarles una señal, absolutamente ninguna manera. Ni siquiera podemos gritar. El vacío del espacio no transportaría el sonido.

—No puedo creer que seas incapaz de idear algo. Nuestras vidas dependen de ello

—insistió obcecadamente Funarelli.

—Tal vez las vidas de toda la humanidad dependan de ello, pero aun así no se me ocurre nada. ¿Por qué no ideas algo tú?

Funarelli soltó un gruñido al desplazar las caderas. Se agarró a las argollas que colgaban de la pared junto a su litera y se izó hasta ponerse de pie.

—Una cosa sí se me ocurre —dijo—. ¿Por qué no desconectas los motores de gravedad y así economizaremos energía, al mismo tiempo que fatigamos menos nuestros músculos?

—Buena idea —musitó Estes. Se incorporó y se acercó al panel de mandos, donde desconectó la gravedad.

Funarelli se elevó flotando con un suspiro y dijo:

—¿Por qué no pueden descubrir el agujero negro, los muy imbéciles?

—¿Quieres decir como lo hemos descubierta nosotros? No hay otra manera. Su actividad es insuficiente.

—Todavía me duele —dijo Funarelli—, incluso sin necesidad de resistir la gravedad... Bueno, qué más da, si sigue doliéndome así, no lo sentiré tanto cuando llegue el momento de tragarnos la píldora... ¿No existe alguna manera de conseguir que el agujero negro aumente su actividad?

—Si a uno de esos cascajos se le ocurriera caer en el agujero, se produciría un estallido de rayos X —dijo Estes en tono sombrío.

—¿Detectarían eso desde Vesta?

—Lo dudo. No buscan nada de ese tipo. Pero en la Tierra sí que lo detectarían con toda seguridad. Algunas estaciones espaciales mantienen una constante vigilancia en busca de variaciones en las radiaciones del espacio. Captarían unas explosiones sorprendentemente pequeñas.

—De acuerdo, Ben, llamar la atención de la Tierra tampoco estaría mal. Enviarían un mensaje a Vesta para que investigasen. Los rayos X tardarían unos quince minutos en llegar hasta la Tierra y las ondas de radio tardarían otros quince minutos en llegar hasta Vesta.

—¿Y cuánto tiempo transcurriría entre una y otra transmisión? Los receptores pueden registrar automáticamente un estallido de rayos X procedente de tal y tal dirección, pero ¿quién puede decir de dónde viene? Podría proceder de una galaxia distante que por azar se encontrase en esta dirección concreta. Algún técnico observará la oscilación en el registro y esperará a que se produzcan nuevas explosiones en el mismo lugar y no se producirá ninguna y descartarán el hecho como un incidente sin importancia. Además, nada de eso sucederá, Harv. Debieron de producirse montones de rayos X cuando el agujero negro disgregó este asteroide con su efecto de marea, pero es posible que eso ocurriera hace miles de años cuando nadie se ocupaba de observarlo. Los fragmentos que ahora quedan deben de tener órbitas bastante estables.

—Si tuviésemos nuestros cohetes...

—Deja que lo adivine. Podríamos lanzar la nave hacia el interior del agujero negro. Podríamos suicidarnos para mandar un mensaje. Pero tampoco serviría de nada. Seguiría siendo un estallido aislado procedente de cualquier lugar.

—No estaba pensando en eso —exclamó Funarelli indignado—. No aspiro a una muerte heroica. Lo que quería decir es que tenemos tres motores. Si pudiéramos montarlos sobre tres pedruscos de tamaño más bien grande y lanzarlos uno tras otro sobre el agujero, se producirían tres explosiones de rayos X, y si los lanzásemos a intervalos de un día, la

fuelle de las radiaciones se desplazaría de forma detectable en relación a las estrellas. Ello daría lugar a un fenómeno interesante, ¿no crees? Los técnicos le prestarían atención en el acto, ¿no?

—Tal vez sí y tal vez no. Además, no nos queda ni un cohete y no podríamos montarlos sobre las piedras aunque... —Estes se interrumpió de pronto. Luego prosiguió con voz alterada—: Me pregunto si nuestros trajes espaciales estarán aún en buen estado.

—Las radios de los trajes —dijo excitado Funarelli.

—Qué diablos, no cubrirían más que unos cuantos kilómetros —dijo Estes—. Pensaba en otra cosa. Pensaba en la posibilidad de salir al exterior. —Abrió el armario donde guardaban los trajes—. Parecen en buen estado.

—¿Para qué quieres salir?

—Tal vez no tengamos ningún cohete, pero todavía nos queda nuestra fuerza muscular. Por lo menos a mí. ¿Crees que podrías tirar una piedra?

Funarelli hizo el gesto de lanzar un objeto, o más bien lo inició, y una expresión de agonía se extendió por toda su cara.

—¿Puedo saltar hasta el Sol? —dijo.

—Voy a salir y tirar unas cuantas... El traje parece funcionar. Tal vez logre hacer caer alguna en la bolsa... Espero que funcione la cámara de descompresión.

—¿Podemos permitirnos gastar ese aire? —preguntó Funarelli con ansiedad.

—¿Crees que eso tendrá importancia dentro de dos semanas? —respondió Estes con voz cansada.

Todo astrominero tiene que salir a veces de la nave para efectuar alguna reparación, o cargar dentro algún fragmento de materia que se encuentra en las cercanías. Por lo general, son momentos excitantes. En todo caso, suponen un cambio.

Estes no sentía demasiada excitación, sólo una enorme ansiedad. Su plan era tan condenadamente primitivo, que se sentía como un tonto por haberlo concebido. Morir ya era bastante malo para además hacerlo como un cretino.

Se encontró en medio de la negrura del espacio, bajo el resplandor de las estrellas que ya había visto en cientos de otras ocasiones. Pero ahora, bajo el débil resplandor del pequeño y distante Sol, se adivinaba el pálido brillo de centenares de fragmentos de roca que algún día debían de haber formado parte de un asteroide y que ahora constituían un diminuto anillo saturnal en torno al agujero negro. Los pedruscos parecían casi inmóviles, mientras iban desplazándose junto con la nave.

Estes examinó la dirección de giro de las estrellas y comprendió que la nave y los pedruscos se movían lentamente en sentido contrario. Si pudiera arrojar un pedrusco en la dirección de movimiento de las estrellas, podría neutralizar parte de la velocidad del pedrusco con respecto al agujero negro. Si no neutralizaba esa velocidad en la medida suficiente, o si la neutralizaba demasiado, el pedrusco caería en dirección al agujero, lo pasaría rozando, y retornaría al punto inicial. Si la neutralizaba justo lo suficiente, el pedrusco se aproximaría lo bastante al agujero para quedar pulverizado por el efecto de marea. Las partículas de polvo se frenarían unas a otras, en sus desplazamientos, y caerían en el agujero girando en espiral, emitiendo rayos X en su caída.

Estes fue metiendo los pedruscos en su red de minero de acero de tantalio, escogiendo fragmentos del tamaño de un puño. Se felicitó de que los trajes modernos permitieran una total libertad de movimientos y no fuesen esa especie de ataúdes que se usaban cuando los primeros astronautas llegaron a la Luna, hacía ya más de un siglo.

Cuando hubo reunido suficientes pedruscos, arrojó uno de ellos, y pudo verlo

relampaguear y desvanecerse bajo la luz del sol mientras caía en dirección al agujero. Aguardó y no sucedió nada. No sabía cuánto tiempo podía tardar la piedra en caer en el agujero negro —si es que llegaba a caer en él— pero contó mentalmente hasta seiscientos y luego tiró otra.

Una y otra vez repitió ese gesto, con una terrible paciencia nacida de la necesidad de encontrar una alternativa a la muerte, y por fin se produjo una inesperada llamarada en la dirección del agujero negro. Luz visible y —estaba seguro— una explosión de radiaciones de gran energía, incluidos al menos los rayos X.

Tuvo que detenerse a recoger más piedras y luego afinó la puntería. Comenzó a dar en el blanco casi cada vez. Se situó de manera que el pálido resplandor del agujero negro asomase justo por encima de la parte central de la nave. Esa relación no variaría, pues la nave giraba y rotaba sobre un eje o, al menos, la variación sería mínima.

Pero aun teniendo en cuenta su puntería, le pareció que daba en el blanco con demasiada frecuencia. El agujero negro era más grande de lo que pensaba, se dijo, y debía de succionar su presa desde mayor distancia. Eso la hacía más peligrosa, pero aumentaba las probabilidades de que les rescataran.

Se introdujo a través de la compuerta y entró nuevamente en la nave. Le dolían los huesos y sentía una punzada en el hombro derecho.

Funarelli le ayudó a quitarse el traje.

—Ha sido estupendo. Has estado arrojando piedras en el agujero negro.

—Sí —asintió Estes—, y confío que mi traje haya rechazado los rayos X. Preferiría no morir de contaminación radiactiva.

—Lo detectarán desde la Tierra, ¿verdad?

—De eso estoy seguro —dijo Estes—. Pero, ¿le prestarán atención? Lo registrarán todo y se preguntarán qué debe ser. Pero, ¿qué va a impulsarles a venir hasta aquí para examinar el fenómeno más de cerca? Tengo que idear algo que consiga hacerles venir, pero primero voy a descansar un ratito.

Una hora más tarde, cogía otro traje espacial. No podía perder tiempo esperando que se recargasen las baterías solares del primero.

—Espero no haber perdido la puntería —dijo.

Estaba otra vez fuera, y ahora le resultaba evidente que aun con una gama bastante amplia de velocidades y direcciones de tiro, el agujero negro seguía succionando los pedruscos cuyo movimiento se iba frenando a medida que avanzaban hacia aquél.

Estes recogió tantos pedruscos como pudo y los colocó cuidadosamente sobre una ranura del fuselaje de la nave. No se quedaron allí quietos, pero sólo fueron resbalando con increíble lentitud, y cuando Estes hubo recogido tantos como pudo, los primeros que había colocado en la hendidura se habían desplazado poco más que un triángulo de bolas de billar al colocarlo sobre la mesa.

Después comenzó a arrojarlas, primero muy tenso, y luego cada vez más seguro de sí mismo, y el agujero negro fue encendiéndose paulatinamente.

Tuvo la impresión de que cada vez le resultaba más fácil dar en el blanco y que el agujero negro crecía desenfrenadamente a cada nuevo impacto y que pronto se extendería hasta alcanzarlos y los succionaría a él y a la nave en su buche jamás saciado.

Naturalmente, era cosa de su imaginación, y nada más. Por fin hubo tirado todos los pedruscos y pensó que ya no le quedaba nada más que arrojar al agujero en cualquier caso. Le parecía haber estado horas allí fuera.

Otra vez dentro de la nave, y en cuanto Funarelli le hubo ayudado a quitarse el

casco, dijo:

—Ya está. Es todo lo que puedo hacer.

—Has producido muchísimos destellos —dijo Funarelli.

—Muchísimos y seguro que los registrarán. Ahora no nos queda más que esperar.

Tienen que venir.

Funarelli le ayudó a quitarse el resto del traje lo mejor que le permitieron sus músculos desgarrados. Luego se incorporó, gruñendo y jadeando, y dijo:

—¿De verdad crees que vendrán, Ben?

—Creo que tienen que hacerlo —dijo Estes, casi como si intentase forzar el curso de los acontecimientos con la mera intensidad de sus deseos—. Creo que tienen que venir.

—¿Por qué crees que tienen que hacerlo? —preguntó Funarelli, con el tono de un hombre que desea agarrarse aunque sea a una brizna, pero no se atreve.

—Porque me he comunicado —dijo Estes—. No sólo hemos sido las primeras personas que han encontrado un agujero negro, también hemos sido los primeros en utilizarlo para comunicarnos; hemos sido los primeros en utilizar el sistema de comunicaciones más avanzado del futuro, un sistema capaz de emitir mensajes de una estrella a otra y de una galaxia a otra, y que tal vez también sea la fuente de energía más avanzada... —Estaba jadeante y parecía un poco fuera de sus cabales.

—¿Qué dices ahora? —dijo Funarelli.

—He arrojado esos pedruscos a intervalos regulares, Harv —dijo Estes—, y las explosiones de rayos X se han producido de forma sincopada. Lo que registrarán será: destello-destello-destello-destello-destello-destello-destello-destello-destello, y así sucesivamente.

—¿Y bien?

—Es un sistema anticuado, muy anticuado, pero es algo que todos recuerdan de los tiempos en que la gente se comunicaba por medio de corrientes eléctricas transmitidas a través de cables.

—Quieres decir el fotógrafo... fonógrafo...

—El telégrafo, Harv. Esos destellos que he producido quedarán registrados, y en cuanto alguien le eche un vistazo a ese gráfico, habrá una gran conmoción. No sólo habrán detectado una fuente emisora de rayos X; no sólo se encontrarán con una fuente emisora de rayos X que se desplaza muy lentamente con respecto a las estrellas, señal de que debe de estar situada dentro de nuestro sistema solar, sino que se encontrarán con una fuente emisora de rayos X que se encenderá y se apagará y emitirá la señal SOS-SOS... Y ante una fuente emisora de rayos X que lanza llamadas de auxilio, puedes apostar lo que quieras a que vendrán, tan rápido como puedan, aunque sólo sea para ver qué es eso que... Se había quedado dormido.

... Y, cinco días más tarde, llegó una nave de control remoto.

* * *

Por cierto que tal vez alguno de mis amables lectores haya pensado que existe una cierta similitud entre este relato y el primer cuento que publiqué en mi vida, Varados frente a Vesta (Marooned off Vesta), el cual apareció en letra impresa hace ahora treinta y siete años. En ambos relatos aparecen dos hombres atrapados en una nave espacial averiada en el cinturón de asteroides, y que deben recurrir a su ingenio para buscar una manera de escapar a lo que parecía una muerte segura.

Desde luego, los desenlaces son completamente distintos, y fue con la intención de

poner de relieve algunos de los cambios experimentados en nuestra concepción del universo durante esos treinta y siete años, que introduje en 1976 un desenlace que hubiera resultado inconcebible en 1939.

* * *

En otoño de 1975, Fred Dannay (más conocido como Ellery Queen) me propuso un proyecto muy intrigado para el número de agosto de 1976 del «Ellery Queen's Mystery Magazine», el cual saldría a la venta con motivo del Bicentenario. Su intención era publicar un relato de misterio referente al Bicentenario en sí, y otro que tenía como tema el Centenario celebrado en 1876. Sólo le faltaba otro que tratase del Tricentenario a celebrar en el año 2076 y, naturalmente, éste debía ser un relato de ciencia ficción.

Toda vez que yo había escrito numerosos cuentos de misterio para la revista en los últimos años, pensó en mí para ese trabajo y me propuso que lo intentara. Accedí y me puse manos a la obra el primero de noviembre de 1975. Acabé escribiendo un relato de ciencia ficción sin más rodeos, que temí pudiera resultar demasiado pesado para los lectores habituales de temas de misterio. Fred, al parecer, no opinó igual, pues aceptó mi cuento e incluso tuvo la gentileza de pagarme más de lo convenido.

El incidente del Tercentenario

Día 4 de julio de 2076 y, por tercera vez, el accidente del sistema convencional de numeración, basado en potencias de diez, había llevado los dos últimos dígitos del año a marcar el fatal 76 que una vez había coincidido con el nacimiento de la nación.

Ésta ya no era una nación en el antiguo sentido de la palabra; más bien constituía una expresión geográfica; parte de un conjunto más amplio que formaba la Federación de toda la Humanidad sobre la Tierra, junto con sus ramificaciones en la Luna y las colonias espaciales. Pero el nombre y la idea subsistían en la cultura y la tradición, y aquella porción del planeta señalada con el viejo nombre continuaba siendo la región más próspera y avanzada del mundo... Y el presidente de los Estados Unidos seguía siendo la figura más poderosa del Consejo Planetario.

Lawrence Edwards contempló la pequeña figura del presidente desde su punto de mira, a unos setenta metros por encima del nivel del suelo. Planeó suavemente sobre la muchedumbre, con su motor de flotrones colgado a la espalda emitiendo un ronroneo apenas perceptible, y lo que vio era exactamente lo que cualquiera podría ver en una escena de holovisión. Cuántas veces había contemplado pequeñas figuras como éstas en su sala de estar, pequeñas figuras en un cubo de luz solar, de apariencia tan real como si fuesen homúnculos vivientes, con la sola diferencia de que era posible atravesarlas con la mano.

No era posible atravesar en cambio con la mano las figuritas que se extendían por decenas de miles sobre los espacios libres que rodeaban el monumento a Washington. Y no era posible atravesar con la mano la figura del presidente. Pero en cambio uno podía alargar la mano hacia él, tocarlo y estrechar la suya.

Edwards pensó con sorna en lo inútil de ese elemento adicional de tangibilidad y deseó encontrarse a cien millas de distancia, flotando en el aire sobre algún apartado lugar desierto, en vez de estar allí obligado a vigilar cualquier posible señal de desorden. Su presencia allí habría sido totalmente innecesaria de no ser por la mitología que confería un valor al hecho de «tocar la carne».

Edwards no se contaba entre los admiradores del presidente, Hugo Allen Winkler, el quincuagésimo séptimo en ocupar el cargo.

Edwards consideraba al presidente Winkler un hombre inútil, un seductor, un cazador de votos, capaz sólo de promesas. Era decepcionante encontrarse con un hombre así en el cargo después de todas las esperanzas puestas en él durante los primeros meses de su mandato. La Federación Mundial corría el riesgo de desmembrarse mucho antes de haber cumplido su cometido y Winkler era incapaz de hacer nada para evitarlo. En esos momentos se hubiera necesitado una mano dura, no una mano amable; una voz fuerte, no una voz azucarada.

Allí estaba ahora, estrechando manos, en medio de un espacio controlado por el Servicio, mientras el propio Edwards, y unos cuantos miembros más del Servicio, lo vigilaban todo desde lo alto.

Sin duda el presidente se presentaría para la reelección y parecía bastante probable que sufriera una derrota. Ello sólo podía empeorar las cosas, pues el partido de la oposición estaba empeñado en destruir la Federación.

Edwards suspiró. Se avecinaban cuatro años miserables —tal vez cuarenta años miserables— y todo lo que él podía hacer era flotar en el aire, preparado para ponerse en

contacto con todos los agentes del Servicio apostados en tierra a través del transmisor de rayos láser en cuanto se detectase el más mínimo...

No detectó lo más mínimo. Ni rastro de agitación. Sólo una nubecilla de polvo blanco, apenas visible; sólo un momentáneo destello bajo la luz del sol, que se encendió y volvió a apagarse, y desapareció dándole apenas tiempo de percibirlo.

¿Dónde estaba el presidente? Lo había perdido de vista en medio de la polvareda.

Escudriñó los alrededores del lugar donde le había divisado por última vez. El presidente no podía haber ido muy lejos.

Entonces advirtió señales de agitación. Primero entre los mismos agentes del Servicio, que parecían haber perdido la cabeza y se movían agitadamente de un lado a otro. Luego la muchedumbre más próxima a ellos se contagió de su agitación y después ésta se propagó a los que estaban más lejos. El ruido fue creciendo hasta hacerse atronador.

Edwards no tuvo necesidad de oír las palabras que componían el creciente clamor. Éste pareció comunicarle la noticia a través de su sola clamorosa insistencia. ¡El presidente Winkler había desaparecido! Hacía un instante estaba allí y un instante después se había transformado en un puñado de polvo pronto desvanecido.

Edwards contuvo el aliento en agonizante espera durante lo que le pareció una narcotizada eternidad, esperó que transcurriera el largo instante que tardaría en asentarse la conciencia de lo ocurrido, aguardando el momento en que la masa iniciaría la loca, amotinada estampida.

... Entonces se oyó resonar una voz por encima del rumor cada vez más intensa, y al oírla, el ruido fue apagándose, muriendo, hasta hacerse silencio. Fue como si a fin de cuentas todo no fuera más que un programa de televisión y alguien hubiera apagado el sonido.

Edwards pensó: «Dios mío, es el presidente».

La voz era inconfundible. Winkler estaba de pie sobre el estrado vigilado, desde donde debía pronunciar su discurso del Tercentenario, y del que había descendido hacía sólo diez minutos escasos para estrechar la mano a algunas personas de la multitud.

¿Cómo habría regresado hasta allí?

Edwards escuchó...

—No me ha pasado nada, conciudadanos de América. Lo que acabáis de presenciar ha sido el fallo de un aparato mecánico. No era vuestro presidente, y no debemos permitir, que un fallo mecánico empañe la celebración del día más feliz que jamás ha vivido el mundo... Conciudadanos americanos, escuchadme bien...

Y a continuación pronunció el discurso del Tercentenario, el mejor discurso jamás oído en boca de Winkler, el mejor que Edwards había oído en su vida. Hubo momentos en que Edwards estuvo a punto de descuidar su tarea de supervisión, tal era su interés por lo que estaba escuchando.

¡Winkler sabía lo que hacía! Comprendía la importancia de la Federación y estaba logrando hacérsela comprender al público.

Pero en lo más hondo de su ser, otra parte de su persona recordaba los persistentes rumores en el sentido de que los nuevos adelantos de la robótica habían permitido construir una réplica del presidente, un robot capaz de cumplir las funciones puramente ceremoniales, capaz de estrechar la mano a la multitud, que nunca se aburría ni se cansaba y que no podía ser asesinado.

Edwards pensó, con un oscuro sobresalto, que eso era lo que había ocurrido. Realmente había habido un robot facsímil como se decía, y en cierto modo... éste había

sido asesinado.

Día 13 de octubre de 2078.

Edwards levantó la vista en el momento en que se acercaba el guía robot de muy baja estatura, el cual anunció con voz meliflua:

—El señor Janek le espera.

Edwards se levantó y se sintió muy alto junto al guía metálico que sólo le llegaba hasta la cintura. No se sentía joven en cambio. Su roscara se había llenado de arrugas en ese último par de años y era consciente de ello.

El guía le introdujo en una habitación sorprendentemente pequeña y allí, sentado detrás de una mesa sorprendentemente pequeña, encontró a Francis Janek, un hombre ligeramente barrigudo y de apariencia incongruentemente joven.

Janek le sonrió y le miró con simpatía mientras se levantaba para estrecharle la mano.

—Señor Edwards.

—Me alegra tener la oportunidad de saludarle', señor —masculló Edwards.

Era la primera vez que Edwards veía a Janek, pero lo cierto es que el trabajo de secretario personal del presidente se hace a la sombra y raras veces constituye noticia.

—Siéntese, siéntese —dijo Janek—. ¿Puedo ofrecerle una barrita de soja?

Edwards rehusó con una educada sonrisa y se sentó. Era evidente que Janek intentaba hacer resaltar su juventud. Llevaba la camisa arrugada sin abrochar y se había teñido el vello del pecho de un color violeta apagado pero perfectamente definido.

—Sé que lleva usted algunas semanas intentando ponerse en contacto conmigo —dijo Janek—. Lamento este retraso. Espero que sabrá comprender que mi tiempo no me pertenece del todo. Pero, ahora ya está usted aquí... Por cierto que he pedido informes al Jefe del Servicio y tiene muy buena opinión de usted. Lamenta que haya presentado usted la dimisión.

Edwards bajó la mirada y dijo:

—Me ha parecido mejor proseguir mis investigaciones sin correr el riesgo de hacer quedar mal al Servicio.

Janek esbozó una brillante sonrisa.

—Sin embargo, sus actividades, aunque discretas, no han pasado inadvertidas. El jefe me expone que usted ha estado investigando el incidente del Tercentenario y debo reconocer que ha sido esto lo que me ha impulsado a recibirle en cuanto me ha sido posible. ¿Es ése el motivo de que haya renunciado a su cargo? Está investigando usted un asunto cerrado.

—¿Cómo puede decir que se trata de un asunto cerrado, señor Janek? Aun llamándolo incidente, ello no altera el hecho de que hubo un intento de asesinato.

—Es sólo una cuestión semántica. ¿Para qué emplear una expresión inquietante?

—Sólo porque parece corresponder a una realidad inquietante. Sin duda, reconocerá usted que alguien intentó matar al presidente.

Janek extendió las manos abiertas.

—En ese caso, su plan fracasó. Se destruyó un artefacto mecánico. Nada más. De hecho, si lo consideramos bajo la perspectiva adecuada, el incidente, o como quiera usted llamarlo, fue una enorme bendición para la nación y para el mundo entero. Como todos sabemos, el incidente conmovió al presidente y también a la nación. El presidente, y con él todos nosotros, comprendió lo que podría significar un retorno a la violencia del pasado siglo y ello determinó un gran cambio de opinión.

—No puedo negarlo.

—Claro que no puede. Incluso los enemigos del presidente reconocen que en estos dos últimos años se han conseguido grandes cosas. La Federación es hoy día mucho más fuerte de lo que nadie hubiera podido imaginar el día del Tercentenario. Podríamos decir incluso que se ha evitado el colapso de la economía mundial.

—Sí, el presidente es otro hombre. Todo el mundo lo dice —afirmó Edwards cautelosamente.

—Siempre fue un gran hombre —dijo Janek—. Aunque el incidente le hizo concentrarse en los grandes problemas con feroz intensidad.

—¿Algo que no había hecho antes?

—Tal vez no con tanta intensidad... El caso es que, en efecto, el presidente, y todos nosotros, preferiríamos que se olvidase el incidente. La principal finalidad que me ha movido a recibirle, señor Edwards, ha sido hacerle comprender esto. No estamos en el siglo veinte, y no podemos meterle en la cárcel sólo porque su actitud nos incomoda, ni tampoco podemos ponerle ningún tipo de trabas, pero incluso la Constitución Mundial no nos impide recurrir a la persuasión. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Lo comprendo, pero no estoy de acuerdo con usted. ¿Podemos olvidar el incidente a sabiendas de que jamás ha sido descubierto el responsable?

—Tal vez también valga más así, señor. Es mucho mejor dejar escapar a, digamos, una persona desequilibrada que no desbordar la cuestión y preparar, posiblemente, el terreno para un retorno a los tiempos del siglo veinte.

—La versión oficial afirma incluso que el robot explotó de manera espontánea, lo cual es imposible y ha perjudicado injustamente a la industria de la robótica.

—Yo no usaría la palabra robot, señor Edwards. Era un artefacto mecánico. Nadie ha afirmado que los robots en sí sean peligrosos, y desde luego no se ha dicho nada sobre los robots corrientes de metal. Aquí se trata sólo de esos artefactos extraordinariamente complejos, de apariencia casi humana, que parecen hechos de carne y hueso y a los que podríamos denominar andróides. En realidad, es tal su complejidad que tal vez incluso puedan explotar; no soy un experto en ese campo. La industria de la robótica se recuperará.

—A nadie en el Gobierno —insistió obstinadamente Edwards— parece importarles llegar al fondo de este asunto.

—Ya le he explicado que el suceso no ha tenido más que buenas consecuencias. ¿A qué remover el fango del fondo, cuando la superficie del agua es transparente?

—¿Y el hecho de que se emplease un desintegrador?

La mano de Janek, que había estado dándole vueltas al frasco con las barritas de soja que tenía sobre la mesa, permaneció inmóvil un instante, luego reanudó su movimiento rítmico.

—¿Qué es eso? —preguntó despreocupadamente.

—Señor Janek, creo que usted sabe a qué me refiero —dijo Edwards con vehemencia—. Como parte del Servicio...

—Al que naturalmente ya no pertenece.

—Aun así, como parte del Servicio, no pude evitar enterarme de cosas que no siempre debí haber oído, supongo. Había oído hablar de una nueva arma y en el Tercentenario vi ocurrir algo que hubiera requerido su intervención; El objeto que todos habían tomado por el presidente se desvaneció en una nube de polvo muy fino. Fue como si cada átomo del objeto hubiera perdido los lazos que le unían a los demás átomos. El objeto se convirtió en una nube de átomos individuales, que desde luego en seguida comenzaron a

combinarse de nuevo, pero dispersándose con tanta rapidez que sólo se vio un momentáneo destello de polvo.

—Muy de ciencia ficción.

—Desde luego no comprendo el fundamento científico del proceso, señor Janek, pero no se me escapa que para romper esos lazos atómicos se necesitaría bastante energía. Esa energía tendría que tomarse del medio ambiente. Las personas que estaban cerca del artefacto en aquel momento, quienes yo podría localizar y que sin duda estarían dispuestas a declarar, coincidieron en señalar que sintieron una oleada de frío sobre sus cuerpos.

Janek apartó el frasco con las barritas de soja con un pequeño chasquido de la transita sobre la celulita.

—Supongamos, sólo a efectos de discusión, que existe algo llamado desintegrador.

—No es preciso discutirlo. Ese objeto existe.

—No lo discutiré. Ignoro la existencia de nada de ese tipo, pero es poco probable que hasta mi despacho lleguen noticias de algo tan secreto como puede ser una nueva arma. Sin embargo, si existe un desintegrador y si es tan secreto como parece, debe de tratarse de un monopolio americano, desconocido en el resto de la Federación. En ese caso sería algo de lo que ni usted ni yo deberíamos hablar. Podría ser un arma de guerra más peligrosa que las bombas nucleares, precisamente porque, si lo que usted dice es cierto, sólo provoca una desintegración en el lugar del impacto y un poco de frío en los alrededores inmediatos. Sin explosión, sin fuego, sin radiaciones mortíferas. Sin esos terribles efectos secundarios, nada podría frenar su uso, pero, por lo que sabemos, podría llegar a tener la potencia suficiente para destruir el propio planeta.

—En esto coincido con usted —dijo Edwards.

—Entonces comprenderá que, si el desintegrador no existe, es una locura hablar de él; y si existe, es criminal mencionar su existencia.

—No se lo he mencionado a nadie, excepto ahora a usted, porque deseo hacerle comprender la gravedad de la situación. Por ejemplo, si alguien hubiera hecho uso de un desintegrador, ¿no debería interesarle al Gobierno averiguar cómo había ocurrido eso, saber si otra unidad de la Federación también lo posee?

Janek movió negativamente la cabeza.

—Creo que podemos confiar en que los órganos competentes del Gobierno habrán tenido en cuenta esta cuestión. Y lo mejor que puede hacer usted es no preocuparse más de ello.

—¿Puede garantizarme que los Estados Unidos son el único Gobierno que dispone de esa arma? —preguntó Edwards controlando apenas su impaciencia.

—No podría decírselo, puesto que nada sé sobre semejante arma, y nada debo saber al respecto. Usted no debería haberme hablado de ello. Aun suponiendo que semejante arma no exista, el mero rumor de su existencia ya podría resultar nocivo.

—Pero ahora que ya se lo he dicho y el daño ya está hecho, escúcheme hasta el final, por favor. Deme la oportunidad de convencerle de que usted, y sólo usted, tiene en sus manos la clave de una terrible situación que tal vez yo sea el único en imaginar.

—¿Una situación que usted es el único en imaginar? ¿Una situación cuya clave sólo yo tengo?

—¿Le parece una paranoia? Permita que se lo explique y después juzgue por sí mismo.

—Voy a concederle un poco más de tiempo, señor, pero me reafirmo en lo que ya le he dicho. Debe renunciar usted a este..., este pasatiempo suyo..., esta investigación. Es

algo terriblemente peligroso.

—Lo peligroso sería renunciar a ella. No comprende que si el desintegrador existe y si los Estados Unidos tienen el monopolio de su fabricación, entonces eso significa que el número de personas que podrían haber tenido acceso al mismo es sumamente limitado. Como ex miembro del Servicio poseo algunos conocimientos prácticos sobre la materia y puedo asegurarle que la única persona en el mundo que podría conseguir sustraer un desintegrador de nuestros arsenales supersecretos sería el presidente... Sólo el presidente de los Estados Unidos podría haber organizado esa tentativa de asesinato, señor Janek.

Se quedaron mirando fijamente un instante y luego Janek apretó un contacto acoplado a su mesa de trabajo.

—Precauciones adicionales —dijo—. Nadie podrá escuchar ahora nuestra conversación por ningún medio. Señor Edwards, ¿se da usted cuenta de lo arriesgada que es esa afirmación? ¿Del peligro que representa para usted mismo? No debe sobrevalorar la eficacia de la Constitución mundial. Un Gobierno tiene derecho a adoptar medidas razonables para proteger su estabilidad.

—He acudido a usted, señor Janek, porque le considero un fiel ciudadano americano —dijo Edwards—. He acudido a usted con la noticia de un terrible crimen que afecta a todos los americanos y a la Federación entera. Un crimen que ha originado una situación que tal vez sólo usted pueda remediar. ¿Por qué me responde con amenazas?

—Es ya la segunda vez que intenta presentarme como potencial salvador del mundo —respondió Janek—. No consigo imaginarme en ese papel. Supongo que comprenderá que no poseo poderes extraordinarios.

—Es usted el secretario del presidente.

—Eso no significa que tenga un contacto especial con él ni que exista una relación íntima o confidencial entre él y yo. Hay momentos, señor Edwards, en que sospecho que los demás me consideran un simple mayordomo, y hay momentos en que incluso yo mismo me siento inclinado a darles la razón.

—Aun así, le ve usted con frecuencia, le ve en situaciones informales, le ve...

—Le veo lo suficiente para poder asegurarle que el presidente no habría ordenado la destrucción de ese artefacto mecánico el día del Tercentenario —le interrumpió Janek impaciente.

—¿Opina usted que eso es pues imposible?

—No he dicho tal cosa. He dicho que no lo habría hecho. A fin de cuentas, ¿para qué iba a hacerlo? ¿Qué motivos podría tener el presidente para querer destruir un doble androide que había sido un valioso colaborador durante más de tres años de mandato? Y si hubiera querido hacerlo por algún motivo, ¿por qué demonios iba a hacerlo de manera tan increíblemente pública: nada menos que el día del Tercentenario, proclamando así su existencia, corriendo el riesgo de que el público se indignase por haber estado estrechando la mano de un artefacto mecánico, sin mencionar ya las repercusiones diplomáticas por el hecho de emplear tal artefacto para tratar con los representantes de otras partes de la Federación? Podría haberse limitado simplemente a ordenar su desmantelamiento sin publicidad. Nadie se habría enterado a excepción de unos cuantos altos cargos de la Administración.

—Sin embargo, el presidente no ha sufrido ningún tipo de consecuencias indeseables a resultas del incidente, ¿no es así?

—Ha tenido que reducir el ceremonial. Ya no es tan accesible como era antes.

—Como lo era el robot.

—Bueno —dijo Janek incómodo—. Sí, supongo que tiene razón.

—Y, en realidad, el presidente fue reelegido y su popularidad no ha disminuido a pesar de que la destrucción fue pública. El argumento contra la destrucción pública no tiene el peso que usted quiere darle.

—Pero la reelección se produjo a pesar del incidente. Fue resultado de la rápida actuación del presidente que dio la cara y sin duda reconocerá usted que el discurso que pronunció fue uno de los más grandes de toda la historia de los Estados Unidos. Fue una actuación absolutamente sorprendente; no puede usted negarlo.

—Fue un drama muy bien escenificado. Yo diría, que el presidente ya contaba con eso.

Janek se reclinó en su silla.

—Si le he comprendido bien, señor Edwards, está sugiriendo usted una novelesca intriga tautológica. ¿Intenta decir que el presidente hizo destruir el artefacto, tal como fue destruido, en medio de una multitud, precisamente durante la celebración del Tercentenario, ante los ojos de todo el mundo, para poder ganarse la admiración de todos con su rápida intervención? ¿Sugiere que lo dispuso todo de ese modo para poder demostrar sus cualidades de hombre de vigor y fortaleza inesperados bajo unas circunstancias sumamente dramáticas y transformar así una campaña electoral en la que llevaba las de perder en la campaña triunfal que luego fue?... Señor Edwards, ha estado leyendo usted cuentos de hadas.

—Realmente sería un cuento de hadas si yo afirmase todo eso, pero no lo afirmo —dijo Edwards—. En ningún momento he sugerido que el presidente ordenase asesinar al robot. Sólo le he preguntado si usted lo consideraba posible y usted me ha respondido bastante enfáticamente que no. Me alegra que ésa sea su opinión, pues yo pienso lo mismo.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto? Comienzo a pensar que me está haciendo perder el tiempo.

—Sólo un momento más, por favor. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué no hicieron su trabajo con un rayo láser, con un desactivador de campos, con un martillo incluso? ¿Para qué iba a tomarse nadie la increíble molestia de conseguir un arma protegida por las más rigurosas medidas de seguridad gubernamental para hacer un trabajo que no requería semejante arma? Prescindiendo de la dificultad de obtenerla, ¿para qué correr el riesgo de revelar al resto del mundo la existencia de un desintegrador?

—Todo este asunto del desintegrador no es más que una teoría suya.

—El robot desapareció por completo ante mis ojos. Lo estaba observando. No me baso en información de segunda mano para afirmar esto. No importa el nombre que le dé al arma; comoquiera que la llame, su efecto fue desmontar al robot átomo a átomo y dispersar irremisiblemente todos esos átomos. ¿Para qué hacer eso? Fue una acción tremendamente excesiva.

—Ignoro qué ideas podía haber en la mente del autor.

—¿Lo ignora? Sin embargo, yo pienso que sólo existe un motivo lógico para una pulverización total cuando un método mucho más simple hubiera conseguido la destrucción. La pulverización no dejó ningún rastro del objeto destruido. No dejó nada que pudiera indicar qué se había destruido, si un robot o cualquier otra cosa.

—Pero no hay dudas en cuanto a lo que era —dijo Janek.

—¿No? Antes he dicho que sólo el presidente podría haber logrado obtener y hacer utilizar un desintegrador. Pero, teniendo en cuenta la existencia de un robot que era su doble, ¿qué presidente lo hizo?

—Creo que no podemos continuar esta conversación. Usted está loco —dijo Janek secamente.

—Piénselo' bien —dijo Edwards—. Por el amor de Dios, piénselo bien. El presidente no destruyó al robot. Sus argumentos son convincentes en este sentido. Lo que ocurrió fue que el robot destruyó al presidente. El presidente Winkler fue asesinado en medio de la multitud el cuatro de julio del año dos mil setenta y seis. Un robot que se parece al presidente Winkler pronunció el discurso del Tercentenario, se presentó para la reelección, fue reelegido y aún actúa como presidente de los Estados Unidos.

—¡Una locura!

—He acudido a usted, a usted, porque usted puede demostrarlo y también puede cambiar las cosas.

—Simplemente no ocurrió como usted dice. El presidente es... el presidente.

—Janek hizo ademán de levantarse y poner fin a la entrevista.

—Usted mismo ha dicho que ha cambiado —dijo rápida e insistentemente Edwards—. El discurso del Tercentenario estaba muy por encima de las capacidades del viejo Winkler. ¿No se ha sorprendido usted mismo de todo lo que se ha logrado en los últimos dos años? Sinceramente..., ¿cree que el Winkler del primer mandato podría haber logrado todo esto?

—Sí, podría haberlo hecho, porque el presidente del segundo mandato es el presidente del primer mandato.

—¿Niega que ha cambiado? Lo dejo a su albedrío. Usted decida y yo acataré su decisión.

—Se ha puesto a la altura de las circunstancias, eso es todo. No es la primera vez que ocurre algo parecido en la historia de los Estados Unidos.

Pero Janek se había dejado caer otra vez en la silla. Se le veía inquieto.

—No bebe —dijo Edwards.

—Nunca bebió... demasiado.

—Ya no frecuenta mujeres. ¿Niega usted que solía hacerlo en el pasado?

—Un presidente es un hombre. Pero estos últimos dos años se ha entregado de lleno al problema de la Federación.

—Es un cambio para bien, debo reconocerlo —dijo Edwards—, pero es un cambio. Naturalmente, si tuviera una mujer, no habría sido posible llevar adelante el engaño, ¿verdad?

—Es una lástima que no tenga esposa —dijo Janek—. Pronunció la arcaica palabra de manera algo afectada—. Todo este asunto ni se plantearía si la tuviera.

—El hecho de que no la tenga facilitó la conspiración. Sin embargo, es padre de dos hijos. No creo que hayan visitado la Casa Blanca, ninguno de los dos, desde el Tercentenario.

—¿Por qué iban a hacerlo? Son mayores, tienen su propia vida.

—¿Han sido invitados? ¿El presidente ha manifestado algún interés por verlos? Usted es su secretario particular. Debería saberlo. ¿Han sido invitados?

—Pierde usted el tiempo —dijo Janek—. Un robot no puede matar a un ser humano. Usted sabe que así lo establece la primera ley de la robótica.

—Lo sé. Pero nadie ha dicho que el Winkler-robot matase al Winkler-hombre. Cuando el Winkler-hombre estaba en medio de la multitud, el Winkler-robot estaba sobre la tarima y dudo de que pudiera apuntar un desintegrador desde esa distancia sin causar mayores daños. Tal vez pudo hacerlo, pero lo más probable es que el Winkler-robot tuviera

un cómplice, un mandado, si no confundo la jerga que se usaba en el siglo veinte.

Janek frunció el entrecejo. Su cara regordeta hizo un mohín y adoptó una expresión de sufrimiento.

—Sabe una cosa —dijo—: la locura debe de ser contagiosa. Estoy empezando a considerar realmente esa idea enloquecida que usted me plantea. Por suerte, no se tiene en pie. Al fin y al cabo, ¿para qué asesinar en público al Winkler-hombre? Todos los argumentos contra la destrucción del robot en público son igualmente válidos para el asesinato del presidente humano en público. ¿No comprende que eso echa abajo toda la teoría?

—No la echa abajo... —comenzó a decir Edwards.

—Sí, la echa abajo. Nadie a excepción de unos pocos altos cargos conocía la existencia del artefacto mecánico. Si el presidente Winkler hubiera sido asesinado en privado y se hubiera hecho desaparecer su cuerpo, el robot podría haber ocupado fácilmente su lugar sin despertar sospechas..., sin despertar las suyas, por ejemplo.

—Siempre habrían quedado esos pocos altos cargos que habrían estado enterados, señor Janek. Habría sido preciso ampliar el círculo de asesinatos. —Edwards se inclinó hacia delante y habló muy seriamente—. Fíjese bien, por lo general no existía ningún riesgo de confundir al ser humano con la máquina. Imagino que el robot no debía utilizarse constantemente, sino que sólo lo sacaban para ocasiones concretas, y que siempre habría unos cuantos individuos clave, tal vez bastantes de ellos, que sabían dónde estaba el presidente y qué estaba haciendo. En ese caso, el asesinato tendría que llevarse a cabo en un momento en que esos altos mandos creyesen verdaderamente que el presidente era el robot.

—No le sigo.

—Mire. Una de las tareas del robot era estrechar las manos a las multitudes; tocar la carne. Mientras esto ocurría, los funcionarios enterados sabrían perfectamente que el que estaba estrechando las manos era, realmente, el robot.

—Exactamente. Ahora empieza a hablar con sensatez. Era el robot.

—Sólo que ése era el día del Tercentenario, y que el presidente Winkler no pudo resistir la tentación. Supongo que estaría por encima de lo que puede pedirse a un ser humano, esperar que un presidente, sobre todo un vacuo adulator de muchedumbres y cazador de aplausos como Winkler, renunciase a la adulación de la multitud en ese día entre todos los días, y se la cediera a una máquina. Y es posible que el robot alimentase cuidadosamente este sentimiento de modo que ese día del Tercentenario, el presidente hiciera permanecer al robot detrás del estrado, mientras él mismo salía a estrechar las manos y a recoger los aplausos.

—¿En secreto?

—En secreto, naturalmente. Si el presidente se lo hubiera dicho a cualquier persona del Servicio, o a cualquiera de sus subordinados, o a usted, ¿se le habría permitido hacerlo? La actitud oficial con respecto a la posibilidad de asesinato ha constituido prácticamente una enfermedad desde los sucesos ocurridos a finales del siglo veinte. De modo que alentado por un robot obviamente inteligente...

—Supone que el robot era inteligente porque supone que ahora ejerce las funciones de presidente. Es un razonamiento cerrado. Si no es el presidente, entonces no existe motivo alguno para suponer que era inteligente, o que fue capaz de urdir este plan. Además, ¿qué motivo podría impulsar a un robot a tramar un asesinato? Aun cuando no matase directamente al presidente, la primera ley también prohíbe la eliminación indirecta de una vida humana, pues dice: «Un robot no causará daño a un ser humano ni permitirá, con su

inacción, que un ser humano sufra daño alguno».

—La primera ley no es absoluta —dijo Edwards—. ¿Y si el daño causado a un ser humano salva las vidas de otros dos, o de otros tres, o incluso de otros tres mil millones? El robot pudo pensar que salvar la Federación era más importante que salvar una vida. No era un robot corriente, a fin de cuentas. Había sido diseñado para reproducir las cualidades del presidente con la suficiente exactitud para poder engañar a cualquiera. Suponga que tuviera la percepción del presidente Winkler, sin sus flaquezas, y suponga que sabía que sería capaz de salvar la Federación y que el presidente, en cambio, no podría hacerlo.

—Usted puede hacerse este razonamiento, pero ¿cómo sabe si un artefacto mecánico podría razonar de igual modo?

—Es la única manera de explicar lo ocurrido.

—Yo opino que es una fantasía paranoica.

—Entonces dígame por qué el objeto destruido fue pulverizado hasta quedar reducido a átomos. ¿Qué otra explicación podría tener sentido excepto suponer que ésa era la única manera de ocultar que se había destruido a un ser humano y no a un robot? Deme una explicación alternativa.

Janek enrojeció.

—No lo aceptaré.

—Pero en sus manos está demostrar que así fue, o refutarlo todo. Por eso he acudido a usted..., a usted.

—¿Cómo podría demostrarlo? ¿O bien refutarlo?

—Nadie ve al presidente en momentos imprevistos como hace usted. Usted, a falta de una familia, es la persona con quien se muestra más informal. Obsérvele.

—Lo he hecho. Y le digo que no...

—No le ha observado. No sospechaba que ocurriera nada de particular. Los pequeños detalles no significaban nada para usted. Obsérvele ahora, teniendo muy presente que podría ser un robot, y ya verá.

—Puedo derribarlo de un puñetazo y comprobar si contiene metal con un detector ultrasónico —dijo Janek con sorna—. Incluso un androide posee un cerebro de platino e iridio.

—No se precisará ninguna acción drástica. No tiene más que observarle y podrá comprobar que es tan radicalmente distinto del hombre que era que no puede ser un hombre.

Janek echó un vistazo al reloj-calendario que colgaba de la pared.

—Llevamos más de una hora aquí reunidos —dijo.

—Siento haberle hecho perder tanto tiempo, pero usted comprende la importancia de todo esto, espero.

—¿Importancia? —dijo Janek. Luego levantó la mirada, y lo que parecía un gesto despectivo se trocó de pronto en una cierta esperanza—. Pero, ¿de verdad es importante? Realmente, quiero decir.

—¿Cómo no va a ser importante? Tener a un robot por presidente de los Estados Unidos, ¿no le parece importante?

—No, no me refería a eso. Olvide lo que pueda ser el presidente Winkler. Piense sólo en esto: Alguien que ejerce las funciones de presidente de los Estados Unidos ha salvado a la Federación; ha mantenido su unidad y, en estos momentos, dirige el Consejo en favor de los intereses de la paz y del compromiso constructivo. ¿No lo negará?

—Naturalmente, no lo niego —dijo Edwards—. Pero, ¿y el precedente que se

establece con ello? Un robot en la Casa Blanca, por una razón muy válida hoy, puede dar paso a un robot en la Casa Blanca por una razón muy mala dentro de veinte años, y después a que otros robots ocupen la Casa Blanca sin motivo alguno, por simple rutina. ¿No comprende la importancia que puede tener acallar un posible toque de trompeta anunciando el fin de la humanidad en el momento en que suena su primera nota vacilante?

Janek se encogió de hombros.

—Supongamos que descubro que es un robot. ¿Vamos a anunciarlo a todo el mundo? ¿Sabe qué efecto tendría eso sobre la Federación? ¿Sabe cómo afectaría a la estructura financiera del mundo? ¿Sabe...?

—Lo sé. Por eso he venido a verle en privado, en vez de intentar dar publicidad al asunto. A usted le corresponde comprobarlo y llegar a una conclusión definitiva. Y si descubre que el supuesto presidente es un robot, como no dudo que ocurrirá, a usted le corresponderá convencerle de que debe dimitir.

—Y según la versión que usted me ha dado de su reacción ante la primera ley, entonces me hará matar, pues yo constituiré una amenaza para su experta actuación encaminada a resolver la mayor crisis mundial del siglo veintiuno.

Edwards meneó la cabeza.

—El robot actuó secretamente la vez anterior, y nadie intentó contradecir los argumentos que usó para convencerse. Usted podrá discutir con él e imponerle una interpretación más rigurosa de la primera ley. Si es necesario, podemos pedir ayuda a algún empleado de Norteamericana de Robots y Hombres Mecánicos, S. A., que fueron quienes construyeron el robot para empezar. Cuando haya dimitido, le sucederá la vicepresidenta. Si el Winkler-robot ha llevado al viejo mundo por el buen camino, estupendo; la vicepresidenta, que es una mujer decente y honrada, sabrá mantenerlo en el buen camino. Pero no podemos dejar que nos gobierne un robot, y ello no debe volver a ocurrir jamás.

—¿Y si el presidente es humano?

—Lo dejo a su discreción. Usted sabrá decidir.

—Yo no tengo tanta confianza en mí mismo —dijo Janek—. ¿Y si no puedo decidirme? ¿Si no consigo hacerlo? ¿Si no me atrevo? ¿Qué piensa hacer entonces?

Edwards le miró con aire cansado.

—No lo sé. Tal vez tenga que acudir a Norteamericana de Robots. Pero no creo que se plantee ese problema. Confío en que ahora que le he planteado claramente el problema, usted no descansará hasta haberlo resuelto. ¿Usted quiere que le gobierne un robot?

Se levantó, y Janek le dejó marchar. No se estrecharon la mano.

Janek permaneció sentado en medio de la creciente penumbra del crepúsculo, profundamente horrorizado.

¡Un robot!

Aquel hombre había entrado y había demostrado, de manera perfectamente racional, que el presidente de los Estados Unidos era un robot.

Tendría que haber sido fácil refutárselo. Sin embargo, a pesar de que Janek había intentado oponerle todos los argumentos que se le habían ocurrido, de nada había servido, y el hombre no había vacilado un ápice.

¡Un robot de presidente! Edwards estaba seguro de ello, y continuaría estando seguro. Y si Janek insistía en afirmar que el presidente era humano, Edwards acudiría a Norteamericana de Robots. No cejaría.

Janek frunció la frente mientras pensaba en los veintiocho meses transcurridos desde el Tercentenario y en lo bien que había salido todo, vistas las probabilidades. ¿Y

ahora qué?

Se hundió en sombrías reflexiones.

Todavía conservaba el desintegrador pero ciertamente no sería necesario recurrir a él para eliminar a un ser humano, la naturaleza de cuyo cuerpo no estaba en discusión. Un silencioso golpe de láser en algún rincón solitario ya serviría.

Había sido difícil convencer al presidente para que aceptase la acción anterior, pero en ese caso, no tenía ni por qué enterarse.

* * *

Mi primera idea fue titular el anterior relato Muerte en el Tricentenario, pero el diccionario me permitió asegurarme de que «tercentenario» era una forma perfectamente correcta de designar el tricentésimo aniversario, de modo que lo titulé Muerte en el Tercentenario.

Fred cambió ese título por El incidente del Tercentenario, un cambio muy favorable a mi entender, y lo acepté con exclamaciones de alegría. No siempre me gustan los cambios que introduce en los títulos y en general suelo decírselo, como ocurrió en el caso de mi antología de cuentos de misterio Tales of the Black Widowers (Cuentos de los viudos negros). Es justo que ahora también señale que la modificación favorable se debe a él.

Y otra cosa. También este cuento representa un retorno a un tema que ya había tratado en un relato anterior. En este caso, el otro relato fue Evidence (Evidencia), publicado por primera vez en 1946, treinta años antes que el presente cuento. Excepto en lo tocante el tema, no existe ninguna similitud entre uno y otro, y el amable lector o lectora, si los ha leído ambos, podrá decidir si he mejorado o no en el ínterin. (Pero no me escriban a menos que piensen que he mejorado).

* * *

El tiempo vuela. Por mi parte, sigo tan joven como siempre, pero todo lo demás va envejeciendo. Se dan ustedes cuenta de que con su número de abril de 1976, la más antigua de las revistas de ciencia ficción, «Amazing Stories», ha cumplido medio siglo de existencia.

El número de «Amazing Stories» correspondiente al mes de abril de 1926 fue el número 1 del volumen 1. Era el primer número de la primera revista totalmente dedicada a la ciencia ficción, y eso ocurría hace cincuenta años.

Hugo Gernsback había nacido en Luxemburgo el año 1884 y había emigrado a los Estados Unidos en 1904. Luego empezó a escribir relatos de ciencia ficción extremadamente malos, que contenían algunas predicciones extremadamente buenas, editó una revista, en la que incluyó temas de ciencia ficción (o científicción, como él la llamaba), y comenzó a acariciar la idea de publicar algún día una revista totalmente dedicada a la ciencia ficción. En 1924 envió una circular de sondeo con resultados decepcionantes, pero luego, en 1926, sin ningún campanillazo que lo anunciara, colocó la nueva revista en los quioscos.

Sol Cohen, el entonces director de la revista, me llamó en otoño de 1975 para preguntarme si podría escribir algo en honor del quincuagésimo aniversario de la revista, y aunque estaba ahogado en un mar de encargos, como de costumbre, no podía dejar pasar esa ocasión de ninguna manera. El 22 de noviembre de 1975 me senté a escribir Nace una idea y figuré con ese cuento en el número del aniversario.

Nace una idea

Que el primer inventor de una máquina del tiempo con posibilidades reales de utilización fuese un entusiasta de la ciencia ficción no fue en ningún modo una coincidencia. Era inevitable que así fuera. ¿Qué otro motivo podría haber impulsado a un físico por lo demás cuerdo a osar examinar tan sólo las diversas teorías marginales que parecían indicar la posibilidad de manipular el tiempo en las mismas fauces de la teoría general de la relatividad?

Para ello se requería energía, desde luego. Todo requiere energía. Pero Simeon Weill estaba dispuesto a pagar el precio. Cualquier cosa (bueno, casi cualquier cosa) con tal de hacer realidad su oculto sueño de ciencia ficción.

El problema era que no había forma de controlar la dirección ni la distancia a través de la cual se vería proyectado cronológicamente quien usara la máquina. Todo era producto de colisiones temporales al azar entre los taquiones acoplados. Weill era capaz de hacer desaparecer ratones e incluso conejos, pero no hubiera sabido decir si los mandaba al futuro o al pasado. Un ratón reapareció, de modo que debía de haber realizado un corto recorrido hacia el pasado y parecía perfectamente indemne. ¿Los demás? ¿Quién hubiera podido decirlo?

Diseñó un disparador automático para la máquina. En teoría, debía invertir el impulso (cualquiera que éste fuese) y hacer volver el objeto (desde cualquier dirección y cualquier distancia que pudiera haber recorrido). No siempre funcionaba, pero cinco conejos habían sido retornados sin sufrir ningún daño.

Si al menos hubiera podido lograr un disparador infalible, Weill lo habría intentado personalmente. Se moría de ganas de probarlo, una reacción muy impropia de un físico teórico, pero que correspondía a la emoción totalmente previsible de un fanático de la ciencia ficción particularmente aficionado a las producciones espaciales de las décadas anteriores al actual año de 1976.

Era inevitable, pues, que se produjera el accidente. Por ningún motivo se hubiera colocado entre los témpodos movido por una decisión consciente. Sabía que las probabilidades de no regresar eran de dos entre cinco. Por otra parte, se moría de ganas de intentarlo, de modo que tropezó con sus torpes pies patosos y avanzó tambaleante entre esos dos témpodos de forma totalmente accidental... Pero ¿hay realmente accidentes?

Podía salir proyectado tanto hacia el pasado como hacia el futuro. Tal como ocurrieron las cosas, fue proyectado hacia el pasado.

Podía haber salido proyectado incontables milenios hacia el pasado o sólo un día y medio. El caso es que fue proyectado a cincuenta y un años atrás, hasta una época en que el escándalo de «Teapot Dome»^[11] estaba en su apogeo, pero la nación seguía imperturbable junto a Coolidge,^[12] y se escudaba en la certeza de que nadie en el mundo era capaz de derrotar a Jack Dempsey.^[13]

Pero había algo que Weill no podía saber por sus teorías. Sabía lo que podía ocurrir con las partículas en sí, pero no tenía forma de prever qué ocurriría con las relaciones entre las diversas partículas. ¿Y existen relaciones más complejas que las del cerebro?

Conque lo que sucedió fue que mientras Weill viajaba hacia atrás en el tiempo, su mente fue «desbobinándose», por así decirlo. No del todo, por fortuna, pues Weill aún no había sido concebido el año anterior al sesquicentenario de los Estados Unidos, y un

cerebro con un desarrollo menos que nulo habría representado una clara desventaja.

Se «desbobinó» a trompicones, parcial y chapuceramente, y cuando Weill se encontró sentado en un banco de un parque, no muy lejos del lugar donde vivía en 1976, en la parte baja de Manhattan, donde experimentaba en dudosa simbiosis con la Universidad de Nueva York, se vio transportado al año 1925, con un dolor de cabeza abismal y una idea muy poco clara de cuál era su situación.

Se encontró mirando fijamente a un hombre de unos cuarenta años, con el cabello untado de brillantina, pómulos salientes, nariz ganchuda, que compartía con él el mismo banco.

El hombre parecía preocupado.

—¿De dónde ha salido usted? —dijo—. Hace un momento no estaba usted aquí. —Hablabla con acento claramente teutónico.

Weill no estaba seguro. No podía recordarlo. Pero una frase parecía haberle quedado grabada en medio del caos que hervía en su cabeza, aun cuando no estuviera muy seguro de su significado.

—Máquina del tiempo —tartamudeó.

El otro se puso tieso.

—¿Lee usted novelas pseudocientíficas? —dijo.

—¿Qué? —dijo Weill.

—¿Ha leído La máquina del tiempo de H. G. Wells?

La repetición de la expresión pareció apaciguar un poco a Weill. Su dolor de cabeza se había calmado un poco. El nombre Wells le sonaba familiar, ¿o sería ése su propio nombre? No, su nombre era Weill.

—¿Wells? —dijo—. Yo me llamo Weill.

El otro le tendió una mano.

—Yo soy Hugo Gernsback. De vez en cuando escribo alguna novela pseudocientífica, pero desde luego no es correcto llamarlas «seudo». Produce la impresión de algo falso. Y no es así. Deberían estar bien escritas y entonces serían ciencia ficción. Me gustaría abreviar ese nombre —sus negros ojos chispearon— y llamarlas científiccción.

—Sí —dijo Weill mientras hacía esfuerzos desesperados por recomponer sus memorias fragmentadas y sus experiencias «desbobinadas», sin encontrar más que impresiones y estados de ánimo—. Científiccción. Es mejor que seudo. Pero aún no acaba de...

—Si está bien escrita. ¿Ha leído mi Ralph 124C41+?

—Hugo Gernsback —dijo Weil y frunció el entrecejo—. El famoso...

—Modestamente famoso —dijo el otro con una inclinación de cabeza—. Llevo años editando revistas sobre temas de radio e inventos eléctricos. ¿Ha leído usted «Science and Invention»?^[14]

Weill captó la palabra «inventos» y en cierto modo ello estuvo a punto de hacerle comprender lo que quería decir al hablar de una «máquina del tiempo».

—Sí, sí —dijo, ansioso de saber más.

—¿Y qué le parece la científiccción que incluyo en cada número?

Otra vez la científiccción. La palabra tenía un efecto sedante sobre él, y sin embargo no acababa de ser la expresión justa. Algo más... No exactamente...

—Algo más. No exactamente... —repitió.

—¿No exactamente todo lo que debería ser? Sí, he estado pensando en ello. El año pasado envié una circular solicitando suscripciones para una revista que sólo publicase

cientificción. Deseaba titularla «Scientifiction». Los resultados fueron muy decepcionantes. ¿A qué lo atribuiría usted?

Weill no le oía. Seguía concentrado en la palabra «cientificción», que no acababa de parecerle adecuada, aunque no conseguía entender por qué.

—El nombre no es adecuado —dijo.

—¿No le parece adecuado para una revista? Tal vez sea eso. No he encontrado un buen nombre; algo que atraiga la atención, algo que deje claro lo que recibirá el lector, y lo que éste buscará en la revista. Eso es. Si pudiera encontrar un buen nombre, lanzaría la revista sin preocuparme de mandar circulares. No preguntaría nada. Simplemente la colocaría en todos los quioscos de los Estados Unidos la primavera próxima; y ya está.

Weill se le quedó mirando con expresión vacía.

—Naturalmente —prosiguió el hombre—, quiero publicar relatos que ayuden a conocer las ciencias y al mismo tiempo sepan divertir y entusiasmar al lector. Deberían contribuir a abrirle las vastas perspectivas del futuro. Los aeroplanos cruzarán el Atlántico sin escalas.

—¿Los aeroplanos? —Weill tuvo una visión pasajera de una gran ballena de metal que se elevaba por la fuerza de sus propios gases de escape. Duró sólo un instante y se desvaneció.

—Grandes, capaces de transportar a cientos de personas y más veloces que el sonido —dijo.

—Desde luego. ¿Por qué no? Constantemente comunicados por radio.

—Satélites.

—¿Qué? —Ahora le tocaba sorprenderse al otro.

—Las ondas de radio rebotan sobre un satélite artificial situado en el espacio.

El otro asintió enérgicamente.

—En Ralph 124C41+ vaticino el uso de ondas de radio para detectar objetos a distancia. ¿Espejos espaciales? También lo he vaticinado. Y televisión, naturalmente. Y energía atómica.

Weill estaba galvanizado. Las imágenes iban sucediéndose en un orden incongruente frente al ojo de su cerebro.

—El átomo —dijo—. Sí. Bombas nucleares.

—De radio —dijo complacido el otro.

—De plutonio —dijo Weill.

—¿Qué?

—Plutonio. Y fusión nuclear. A semejanza del Sol. Nylon y plástico. Insecticidas para matar los insectos. Computadoras para matar los problemas.

—¿Computadoras? ¿Querrá decir robots?

—Computadoras de bolsillo —dijo Weill entusiasmado—. Pequeños objetos. Caben en una mano y resuelven los problemas. Radios pequeñas. También caben en una mano. Cámaras para sacar fotografías y revelarlas en la misma caja. Holografías. Imágenes tridimensionales.

—¿Escribe usted científicción? —preguntó el otro.

Weill no le escuchaba. Concentraba todos sus esfuerzos en intentar atrapar las imágenes. Éstas iban haciéndose más claras por momentos.

—Rascacielos —dijo—. De vidrio y aluminio. Autopistas. Televisión en color. El hombre en la Luna. Sondeos en Júpiter.

—El hombre en la Luna —dijo el otro—. Julio Verne. ¿Lee usted a Julio Verne?

Weill movió negativamente la cabeza. Todo estaba bastante claro ahora. Su mente se estaba recuperando un poco.

—Un paseo sobre la superficie de la Luna en la televisión. Todo el mundo lo contempla. Y fotografías de Marte. No hay canales en Marte.

—¿No hay canales en Marte? —dijo el otro, sorprendido—. Hay observaciones.

—No hay canales —dijo firmemente Weill—. Volcanes. Los más grandes. Cañones, los más grandes. Transistores, lasers, taquiones. Se capturan los taquiones. Se los obliga a ir contra el tiempo. A moverse a través del tiempo. A moverse a través del tiempo. Una ma...

La voz de Weill empezaba a perderse y sus contornos fueron desvaneciéndose. Y sucedió que el otro hombre apartó los ojos en ese preciso instante, fijó la mirada en el cielo azul y murmuró:

—¿Taquiones? ¿Qué estará diciendo este hombre?

Pensó que si un desconocido al que había conocido casualmente en el parque mostraba tanto interés por la científicición, ello tal vez fuera una buena señal indicativa de que había llegado el momento de sacar la revista. Y entonces recordó que no sabía cómo llamarla y descartó la idea decepcionado.

Bajó la vista justo a tiempo para escuchar las últimas palabras de Weill:

—Viaje taquiónico a través del tiempo... un... relato... sor... prendente... —Y desapareció, para retornar de golpe a su propio tiempo.

Hugo Gernsback se quedó mirando horrorizado el lugar que había ocupado el hombre. No le había visto llegar y ahora tampoco había visto realmente cómo se marchaba. Su mente descartaba una verdadera desaparición. Qué hombre más raro, iba vestido con ropas de extraño corte, pensándolo bien, y sus palabras eran descabelladas y confusas.

El mismo desconocido lo había dicho: un relato sorprendente. Sus últimas palabras.

Y entonces Gernsback murmuró la frase por lo bajo: —Un relato sorprendente... ¿«Relatos sorprendentes»?^[15]

Una sonrisa asomó en las comisuras de su boca

* * *

Una última palabra...

Mientras reunía los relatos para este volumen, no pude dejar de observar que entre noviembre de 1974 y noviembre de 1975, había escrito y vendido siete cuentos de ciencia ficción. Además, escribí y vendí dos cuentos de misterio y una novela de misterio, lo cual suma un total de 132.000 palabras de textos de creación.

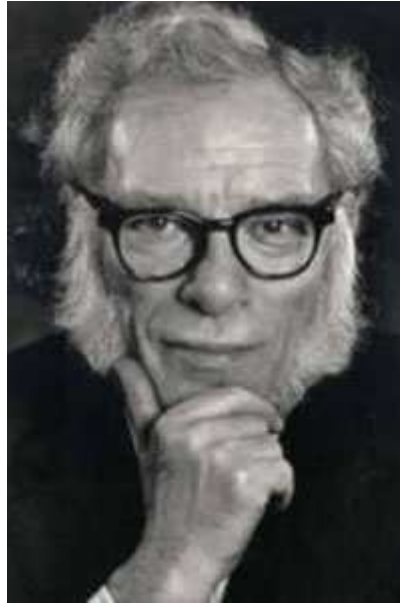
¿Comprenden entonces por qué cuando algunas personas, cegadas por más de ciento veinte libros no novelados que he escrito, me preguntan por qué he dejado de escribir ficción, siempre les respondo: «No he dejado de hacerlo»?

¡Y no he dejado de escribir ficción!

¡Y nunca dejaré de hacerlo, mientras viva!

Autorizaciones

- The Prime of Life (La primavera de la vida) © 1966 by Mercury Press, Inc.
Feminine Intuition (Intuición femenina) © 1969 by Mercury Press, Inc.
Waterclap (Tromba de agua) © 1970 by Universal Publishing and Distributing Corporation.
- That Thou Art Mindful of Him (Qué es el hombre) © 1974 by Mercury Press, Inc.
Stranger in Paradise (Un extraño en el paraíso) © 1974 by UPD Publishing Corporation.
- The Life and Times of Multivac (Vida y tiempos de Multivac) © 1975 by The New York Times Company.
- The Winnowing (La criba) © 1976 by The Conde Nast Publications, Inc.
The Bicentennial Man (El hombre del Bicentenario) © 1976 by Random House, Inc.
- Marching In (Cuando los santos...) © 1976 by ABC Leisure Magazines, Inc.
Old-fashioned (Un sistema anticuado) © 1976 by Isaac Asimov.
The Tercentenary Incident (El incidente del Tercentenario) © 1976 by Isaac Asimov.
- Birth of a Notion (Nace una idea) © 1976 by Ultimate Publishing, Co., Inc.



ISAAC ASIMOV (Petróvichi, República Socialista Federativa Soviética de Rusia, 2 de enero de 1920 - Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992), fue un escritor y bioquímico ruso, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un exitoso y excepcionalmente prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica.

La obra más famosa de Asimov es la *Saga de la Fundación*, también conocida como *Trilogía* o *Ciclo de Trántor*, que forma parte de la serie del Imperio Galáctico y que más tarde combinó con su otra gran serie sobre los robots. También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 9000 cartas o postales. Sus trabajos han sido publicados en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación.

Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los «tres grandes» escritores de ciencia ficción.

Notas

[1] Asimov on Chemistry (Doubleday, 1974), y ésta fue mi crítica preferida. <<

[2] Ese cuento fue La Clave, publicado en mi antología Asimov's Misteries (Doubleday, 1968). <<

[3] Habrán advertido que le he dedicado este libro.<<

[4] Saltamontes. (N. del T.) <<

[5] Un par de años más tarde, durante un congreso de ciencia ficción, Judy-Lynn me convenció para que tomara dos «saltamontes» y en el acto quedé reducido a un estado de desenfadado regocijo beodo, y desde entonces nadie me permite volver a beberlos. Lo que seguramente es una suerte. <<

[6] Con frecuencia me preguntan si alguna vez me sechazan mis cuentos, y mi interlocutor invariablemente se queda de piedra cuando le digo: «Claro que sí». Ahí tienen un ejemplo. Y el cuento no fue rechazado sólo una vez, sino que, como explicaré a continuación, me fue devuelto también por segunda vez. <<

[7] Dicho sea de paso, algunas personas tienen la sensación de que «conocer» a los editores es una gran ventaja. Tanto Judy-Lynn como Ben figuran entre mis más íntimos amigos, pero ninguno de los dos vacila ni un minuto llegado el momento de rechazar mis cuentos si creen que así deben hacerlo. Por fortuna, estas negativas no repercuten sobre la amistad. <<

[8] Asimov on Chemistry (Doubleday, 1974), y ésta fue mi crítica preferida. <<

[9] En inglés, la frase «El hombre del Bicentenario» (The Bicentennial man) se presta a una doble interpretación y puede significar también el hombre bicentenario. Asimov se basó precisamente en este doble significado para escribir su cuento (que debía estar inspirado en esta frase). Aunque en él se habla de un hombre bicentenario, se ha preferido traducir el título por *El hombre del Bicentenario* para dejar clara la relación entre este cuento y la conmemoración del bicentenario de la independencia de los Estados Unidos, con motivo del cual debía publicarse una antología de relatos para la que fue escrita esta historia. (N. del T.)<<

[10] A veces me preguntan si siempre llevo un cuaderno de notas conmigo para apuntar las ideas que se me ocurren. Así es, pero ese cuaderno está en mi cabeza, y de este modo nunca se extravía. <<

[11] Escándalo de corrupción política descubierto en Washington y que provocó un revuelo análogo al del «Watergate». (N. del T.) <<

[12] Presidente de los Estados Unidos. (N. del T.) <<

[13] Campeón mundial de boxeo de los pesos pesados, de nacionalidad norteamericana. (N. del T.) <<

[14] Ciencia a inventos. (N. del T.) <<

[15] En inglés, «Amazing Stories», nombre de la revista que fundó Gernsback en 1926 y con motivo de cuyo quincuagésimo aniversario fue escrito este cuento. (N. del T.) <<

